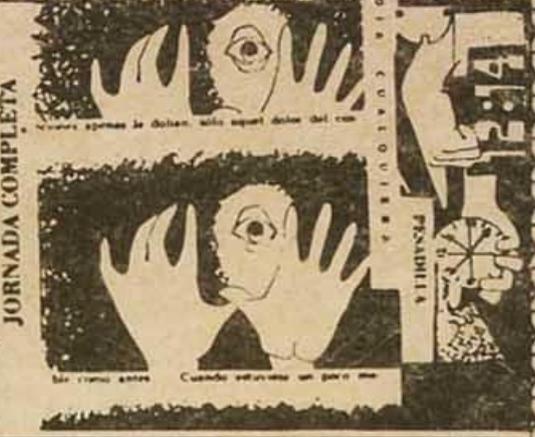
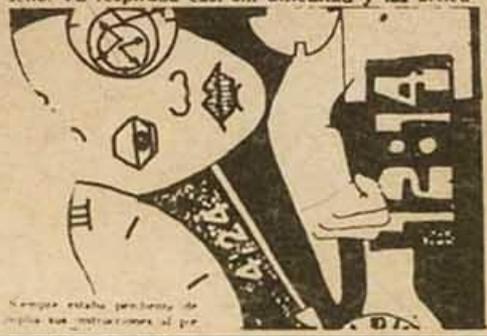


el primer momento. Siempre estaba pendiente de cuanto le decía y cumplía sus instrucciones al pie y la letra... La verdad era que había mejorado mucho. Ya respiraba casi sin dificultad y las articu-



JORNADA COMPLETA

ACUATOVIERA

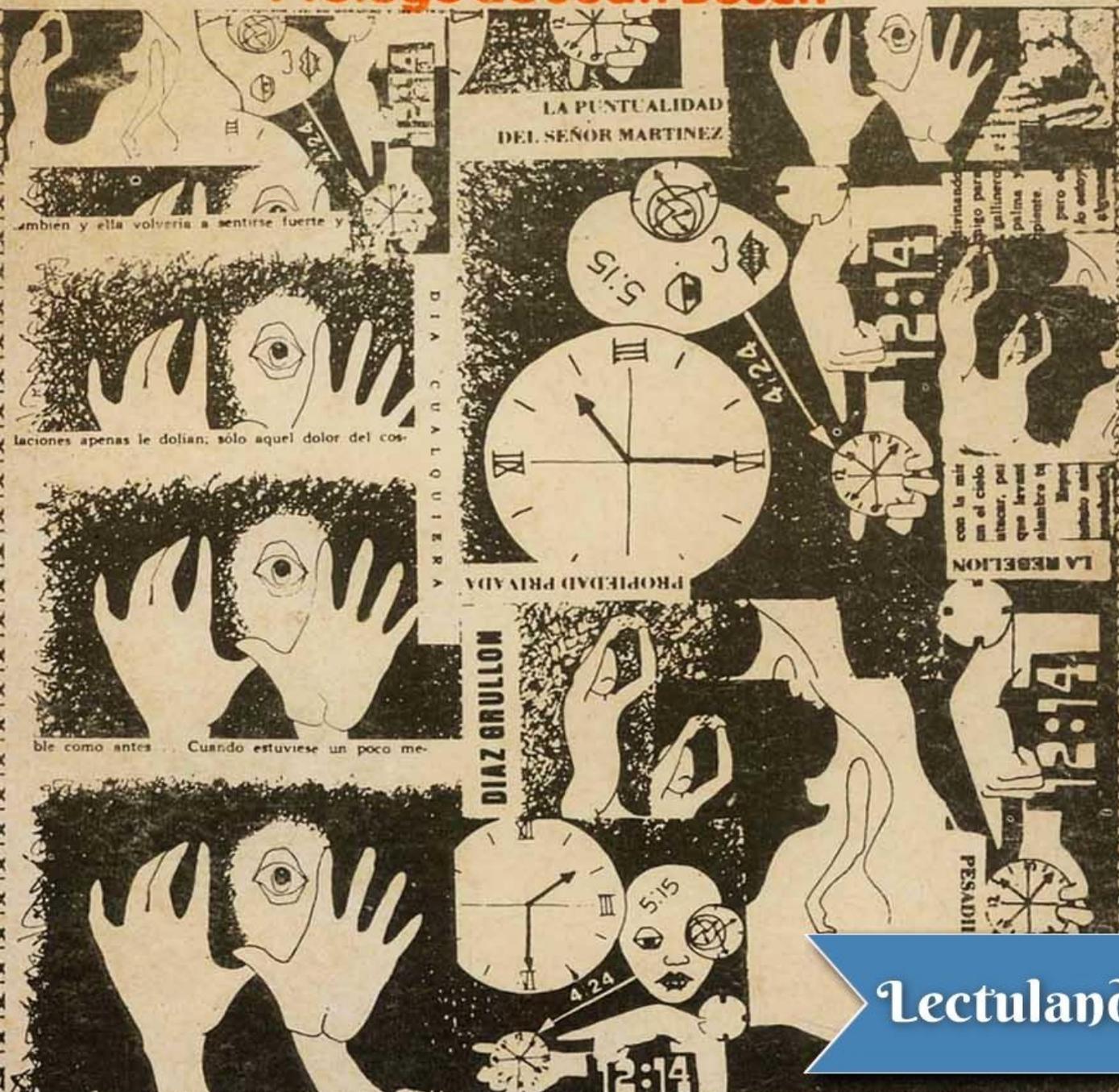
PESADILLA



# DE NIÑOS, HOMBRES Y FANTASMAS

Virgilio Díaz Grullón

## Prólogo de Juan Bosch



LA PUNTUALIDAD DEL SEÑOR MARTINEZ

PROPIEDAD PRIVADA

LA REBELION

DIAZ GRULLON

PESADILLA

Lectulandia

El presente volumen recoge el conjunto de la obra narrativa de Virgilio Díaz Grullón escrita entre los años 1958 y 1980 y comprende, en adición a otros trabajos, textos incluidos en sus libros *Un día cualquiera*, *Crónicas de Altocerro*, *Más allá del espejo* y *Los algarrobos también sueñan*.

Al recopilar su obra, el autor ha escogido clasificarla de acuerdo a la condición de los héroes (o anti-héroes) de sus narraciones y de ahí el título del volumen *De niños, hombres y fantasmas* y la distribución de su contenido en esas tres categorías, la última de las cuales agrupa las incursiones del escritor en el género del realismo fantástico.

**Lectulandia**

Virgilio Díaz Grullón

# De niños, hombres y fantasmas

ePUB v1.0

jlmarte 24.08.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *De niños, hombres y fantasmas*  
Virgilio Díaz Grullón, 1981.

Editor original: jlmarte (v1.0)  
ePub base v2.0

# A manera de prólogo<sup>[1]</sup>

**Juan Bosch**

Buenas noches Ligia, Aída, Virgilio, buenas noches a todos los presentes y permítanme hacer un paréntesis para saludar de manera especial a los Embajadores de España, de Venezuela y de Ecuador, que se encuentran presentes. Debo saludarlos porque lo que ellos representan es, a la vez, el origen mismo de la lengua en la cual hablamos, la lengua en la cual están escritos los libros que se presentan aquí esta noche, pero además de ese origen representan también la extensión de esa lengua por el mundo americano y su vinculación con la tierra española. La lengua, y para mí concreta - mente la española, es algo cuya sola existencia me conmueve, me hace sentirme varias veces hombre, y pienso que si no fuera por esa lengua no podríamos expresar, no solamente lo que uno piensa y lo que uno siente lo que uno sabe, lo que presiente y lo que ignora, sino algunas cosas más profundas aún; las cosas que decía, por ejemplo, Neruda, que escapan a la posibilidad de clasificarlas porque, como he dicho alguna que otra vez, los poetas auténticos tienen el don de saber en un instante, que es sucesivo, presente y constante, todo lo que ha sucedido, todo lo que está sucediendo y todo lo que va a suceder. poeta vive en el corazón mismo del tiempo.

Hecha esta profesión de fe, cierro el paréntesis de saludo a los Embajadores aquí presentes y paso hablar de este libro, “*De Niños, Hombres y Fantasmas*”, y necesariamente al hablar del libro tengo que hablar del género... diríamos de los dos géneros que figuran en él, pero más de uno, que es cuantitativamente mayoritario en el libro (me refiero al cuento); tengo que hablar también de su autor y tengo que hablar de la literatura dominicana. Así es que les pido a Uds. que sean pacientes para poder deglutir este emparedado en el que voy a referirme a cosas que al parecer son tan distintas. Y empecemos hablando del cuento.

Se ha dicho con frecuencia, y de parte de críticos respetables, que el cuento es probablemente el más difícil de los géneros literarios. Yo me he preguntado muchas veces: ¿Por qué es tan difícil? Porque a mí, aunque es verdad que lo que hago son cuentos malos, me resulta fácil hacer un cuento, y creo que lo mismo debe sucederle al Embajador del Ecuador, a quien tenemos aquí, que es un excelente cuentista, así como novelista y pintor, y lo mismo debe sucederle a Virgilio Díaz Grullón, que ha escrito en este libro cuentos, no solamente buenos sino muy buenos (entre ellos hay esa cosa muy difícil de encontrar en un cuentista o en un libro de cuentos, que es lo que yo llamo el cuento perfecto), y además lo hace con una gracia muy propia de él... Pero luego hablaremos de esto.

Es el caso que si el cuento es o no es un género que se ha ganado el título del más difícil de todos los literarios, debe ser porque se requieren algunas condiciones muy

especiales en la conformación cerebral del escritor de cuentos.

Aquí tenemos esta noche, afortunadamente, a una profesora norteamericana de literatura latinoamericana en el City College de Nueva York , que ha escrito sobre el cuento, y en uno de sus libros me enteré de que el cuento tiene leyes que siguen todos los cuentistas, y si esas leyes no habían sido descubiertas, no estaban escritas, ¿por qué las siguen o tienen que seguirlas todos los cuentistas? Hay una sola explicación, lo que decía hace un momento: el cuentista debe tener una conformación cerebral *sui generis*.

Es cierto que son muy raros los buenos cuentos, los cuentos que podríamos calificar de perfectos, y también los grandes cuentistas son muy raros. Abundan mucho más los novelistas, los ensayistas, hasta los filósofos. Aparece de tarde en tarde un Guy de Maupassant en Francia, un Ruyard Kipling en Inglaterra o un Horacio Quiroga en América del Sur, pero no son abundantes los cuentistas y mucho menos lo son los buenos cuentistas, y son muy contados los grandes cuentistas: Sherwood Anderson y Hemingway en los Estados Unidos, y tal vez en ese género suyo tan propio, Mark Twain, que escribió muy buenos cuentos.

Empecemos por la definición del cuento. No se sabe lo que es un cuento. Cada crítico lo describe en una forma. Yo tengo una manera de describirlo; yo digo que el cuento es el relato breve de un acontecimiento, de un solo hecho. Tan pronto el cuento deja de ser el relato de un solo hecho, deja de ser cuento.

¿Cuál es la característica del cuento?

Su intensidad. El cuento es intenso por el solo hecho de ser cuento, porque transmite en su brevedad, y en el relato de ese hecho único, una carga emocional muy tensa y, naturalmente, de tensa a intensa no hay más diferencia que ese in, que nos indica que la tensión ha pasado a ser interior, que está en la entraña misma del relato. Pero el hecho de que el cuento sea intenso no requiere que el lenguaje en el cual se escribe sea un lenguaje a su vez intenso o tenso. Uno de los grandes cuentistas del Occidente, Antón Chejov, escribía con un estilo que no tenía nada de dramático. Tampoco Oscar Wilde, que fue un excelente cuentista, tenía un lenguaje dramático. Lo dramático en el cuento de Chejov como en el cuento de Oscar Wilde y como en el cuento de Virgilio Díaz Grullón, no está en las palabras que sus autores usan, no está en la manera de decir las cosas; está en la sorpresa con que aturden inesperadamente al lector, utilizando una técnica que no se aprende, que nadie puede aprender, gracias a la cual, de las palabras suaves, de las palabras tiernas, de las palabras que no tienen una garra para llevar al lector doblegado hacia un fin que se persigue, salta inesperadamente lo que el cuentista le ha escondido al lector, y en eso que le ha escondido y se presenta en el cuento perfecto al final, es donde está la carga emocional y por tanto la intensidad del cuento. Eso lo logra Virgilio Díaz Grullón; lo logra en general en todos sus cuentos, pero en forma magistral en los mejores y sobre

todo en uno que yo he seleccionado como cuento perfecto, que leeré al final de estas palabras.

Este libro tiene para mí una singularidad en la historia de la literatura dominicana, y es su característica de literatura urbana, y eso tiene su explicación desde nuestro punto de vista; una explicación que vamos a dar inmediatamente.

Cuando Virgilio Díaz Grullón nació yo tenía quince años de edad; los había cumplido hacía pocos días. Esos quince años hacen una gran diferencia: el país en que yo viví mis primeros quince años no era el país en que iba a vivir sus primeros quince años Virgilio Díaz Grullón, porque entre mi nacimiento y sus primeros quince años hay treinta años de diferencia. En esos años míos, en los primeros quince, la República Dominicana era una sociedad eminentemente rural, tan rural que cuando yo cumplía once años se hizo el primer censo que se hacía en la historia de la República, es decir, después de haber dejado nosotros de ser colonia española. El último censo nuestro había sido hecho por españoles, y no se hizo más censo hasta el año 1920. Ese de 1920 fue hecho por el gobierno de ocupación militar norteamericana. Pues bien, en el censo de 1920 la población campesina era el 83.3 por ciento y no era cierto, sin embargo, porque aparecían como poblaciones urbanas las de municipios que no tenían más de 60, 70 u 80 viviendas o fuegos como se decía en la época de la Conquista. Aparecían como poblaciones urbanas los habitantes de Constanza, los habitantes de las Matas de Farfán, los de muchos sitios pequeños del país que en realidad no eran sino pequeñas concentraciones de poblaciones campesinas. Yo viví en algunas de esas poblaciones, no solamente de niño, sino también de joven. Estuve viviendo, por ejemplo, en Constanza, y para que Uds. tengan una idea clara de cómo era de rural la Constanza de entonces les contaré algo sucedido el año 1929, no en 1920, cuando se hizo el censo, sino nueve años después.

En el 1929 en Constanza no había un médico, no había un dentista, no había una sola persona que supiera poner una inyección, no había una farmacia; el correo llegaba una vez a la semana a caballo desde Jarabacoa; hacía ya tiempo que Clemencia la curandera del pueblo había muerto y no había aparecido un sustituto. Como yo llegaba de La Vega y había vivido en la Capital, los vecinos constanceros creían que yo debía saber medicina y tenía que resolver los problemas médicos del pueblo. Si había que poner una inyección me llamaban para ponerla y yo la ponía porque no podía quitarles a esos campesinos, que vivían en un centro oficialmente urbano, la ilusión de que con una inyección iban a curarse. Pero hay algo más grave que el hecho de que yo pusiera inyecciones de una manera tan desaprensiva y peligrosa para mis pacientes, y es que un día, acabando de llegar de La Vega adonde había ido hacer una diligencia, llegaron a buscarme a mi casa porque Felipito Cosma tenía un dolor de muelas que no podía resistir. Me llamaba la familia de Felipito Cosma, y me llamaba para que yo le sacara la muela a Felipito. Y le saqué la muela a

Felipito Cosma, que todavía vive y que con frecuencia va a verme. No hace un mes que estuvo en mi casa. La gente del pueblo dice que hay un santo que protege a los inocentes. Yo no se cual de los dos era el inocente en este caso, si Felipito o yo. Yo creo que los dos éramos inocentes y que además lo eran también los familiares de Felipito que lo sujetaron en una silla como si se tratara de un loco furioso; uno lo agarraba con las dos manos por la frente, por la espalda, siguiendo instrucciones mías (ahí en realidad el responsable era yo) mientras dos lo sujetaban por los brazos. Había aparecido una especie de alicates de boca muy larga (no supe nunca para qué servía ese alicates) que quemé con ron Brugal al que le apliqué un fósforo encendido temeroso de causarle a Felipito una infección, y le saqué una muela de la mandíbula superior. Tres o cuatro años después, leyendo la Anatomía de Cendrero, supe que de milagro no le arranque el tabique del seno maxilar. De manera que en realidad hubo un santo que lo protegió a él y me protegió a mí, porque si Felipito se hubiera muerto a causa de esa aventura incalificable yo habría sido un hombre amargado con la idea de que había dado muerte a mi amigo Felipito.

Ese era el país en el año 1929, el país rural en el cual viví, cinco años después de haber nacido Virgilio Díaz Grullón. Pero Virgilio Díaz Grullón nació en San Pedro de Macorís... Bueno, en realidad no nació allí, nació en Santiago, porque su mamá era santiaguera y los familiares de su madre eran médicos, sobre todo uno muy conocido, el doctor Arturo Grullón, de quien hereda el apellido; su madre fue a darlo a luz en Santiago, pero Virgilio se crió en San Pedro de Macorís, y San Pedro de Macorís, aunque esto le duela a Antonio Zaglul, era la única verdadera ciudad del país en ese momento. No lo era la capital de la República ni lo era tampoco Puerto Plata; lo era San Pedro de Macorís, que estaba rodeada de cinco ingenios de azúcar, es decir, era un centro capitalista, el único centro capitalista que tenía el país.

En ese medio había un ámbito urbano que trasciende en los cuentos de Virgilio Díaz Grullón. Eso es lo que explica que mis cuentos sean cuentos rurales y los suyos sean cuentos urbanos.

Yo mantengo el criterio, leyendo este libro, de que Virgilio Díaz Grullón inicia la literatura urbana en la literatura dominicana, porque en el país se habían escrito libros, novelas, por ejemplo, como "*La Sangre*" de Tulio Cestero, pero esa capital que describía Tulio Cestero no era urbana. La vida de la Capital a principios de este siglo y a fines del siglo pasado no era urbana; tampoco lo era la vida santiaguera, ni la de La Vega ni la de Puerto Plata. Las ciudades del país, con la excepción de San Pedro de Macorís, estaban, en realidad, transidas de ruralidad. Todavía en los primeros años del gobierno de Trujillo la población de la Capital se levantaba a las 5 de la mañana, hábito muy campesino, muy rural, y naturalmente, se acostaba temprano.

Pues bien, me llama la atención esa expresión de lo urbano dominicano en este

libro, pero me llama también la atención el hecho de que por lo menos diez años antes de que Gabriel García Márquez inventara Macondo, Virgilio Díaz Grullón inventó Altocerro. Eso puede haberse debido a influencia de algunos novelistas norteamericanos como Faulkner, pero en español se conoce Macondo, y antes de Macondo, Virgilio Díaz Grullón había convertido a San Pedro de Macorís en Altocerro. Macondo, naturalmente, es Aracataca, la ciudad del nacimiento de García Márquez.

El español que usa Virgilio Díaz Grullón, el español que escribe en este libro, es muy fino, muy cuidadoso, sin estridencias, sin, diríamos, excesos musculares. Es un español que puede escribirse solamente con pluma de mano y no a maquinilla. Está trabajado con mucha finura y me recuerda la prosa de Chejov porque también en estos cuentos hay cierta familiaridad con el estilo de Chejov, sin ser una copia de Chejov. Chejov describía a una mediana pequeña burguesía rusa de su época y Díaz Grullón describe a una mediana y también alta pequeña burguesía, y de vez en cuando a un comerciante rico, pero de su país y más concretamente, de San Pedro de Macorís. Es posible que la similitud del ambiente social en el que se mueve Chejov con el que describe Díaz Grullón explique el parecido de ambos autores en la manera de elaborar el relato, y como en el cuento, lo mismo que en la poesía, la elaboración del género es concomitante, simultánea, con el lenguaje que lo expresa, encontramos que una misma manera, o una parecida manera de describir un determinado estrato social a través de cuentos, da lugar a que en un país muy distante y en una lengua absolutamente diferente —ésta es de origen latino, aquélla es eslava— haya esa familiaridad.

El cuento de Díaz Grullón que califico de perfecto es corto; se titula *La Enemiga* y voy a leerlo, pero antes de leerlo quiero llamar la atención de ustedes hacia una facultad que como cuentista tiene Virgilio Díaz Grullón: la de describir complejidades psicológicas con una cantidad sorprendentemente escasa de palabras, como puede verse en *La Enemiga*.

Virgilio Díaz Grullón comenzó a escribir cuentos a los treinta y dos años y a esa edad era un cuentista maduro; tenía la madurez de un cuentista avezado en el tratamiento del género. Este cuento es de 1978. Al escribirlo su autor tenía 54 años de nacido y veinte y tantos años escribiendo cuentos. No resulta extraño, pues, que con sus dotes nada comunes pudiera escribir a esa edad eso que llamo un cuento perfecto.

# DE NIÑOS



## El pozo sin fondo

La mujer salió a la galería posterior de la casa, y secándose las manos húmedas en el delantal que pendía de su cintura, se dirigió a los niños sentados en los escalones que conducían al jardín:

—No se queden ahí toda la tarde... Anda, niño, lleva tu amiguita a jugar al patio.

—Sí, mamá. —Ambos niños se incorporaron dócilmente y comenzaron a descender los escalones.

—Si ven que se nubla, vuelvan seguido... Pueden jugar en el platanar, pero no vayan más allá de los flamboyanes.

—Sí, mamá. —Los niños se alejaban ya.

—... Y no se acerquen al pozo por nada del mundo... Recuerda lo que te he dicho siempre, mi hijo... — Esta vez tuvo que gritar para hacerse oír.

Cuando los niños desaparecieron de su vista, se volvió y entró en la cocina preguntando a la otra mujer que estaba de pie junto al fogón humeante:

—¿Le llevaste ya su comida?

—Sí, señora; hace un rato.

—¿Cómo la encontraste?

—Igual que siempre. Estaba acostada en la cama y ni siquiera se movió cuando entré... Le hablé, pero no me respondió... ¡Pobre mujer!... Antes por lo menos parecía siempre contenta: cantaba y se reía sola. Pero ahora...

Fuera del alcance de las recomendaciones maternas, el niño se volvió a su compañera diciendo:

—¿Quieres que te enseñe mi combina?

—¿Qué es una combina?

—Es un lugar secreto que tengo para mí solo. Una mata grande del otro lado de la casa... ¿Sabes subirte a una mata?

—Sí, si no es muy alta... ¿Dónde está?

—Mírala. Es aquélla allá en el fondo... ¿La ves? —El niño la señalaba con el dedo y retó desafiante:

—¡El último en llegar es un bobo!...

Corrieron velozmente hacia el árbol de caucho que abría su amplio ramaje junto a la hilera de flamboyanes. El niño llegó el primero y se apoyó en el rugoso tronco, pero no hizo alarde de su fácil victoria.

—Ten cuidado al subir, que las hojas manchan. —advirtió mientras trepaba ágilmente. Se sentó a horcajadas en el ángulo que formaba una fuerte rama con el tronco inclinado y miró a la niña que permanecía indecisa a sus pies. —¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo?

—No, no tengo miedo; es que llevo puesto mi traje nuevo.

—Entonces espérate ahí; voy a enseñarte una cosa...

El niño se inclinó un poco hacia su izquierda y extrajo de un hueco del tronco una caja vieja de zapatos. La apretó contra su pecho mientras se deslizaba con suavidad hasta el suelo. Colocó la caja entre ambos, desató la cuerda que la sujetaba y levantó con lentitud la tapa observando con atención el rostro de su compañera. La caja estaba llena hasta los bordes de semillas de flamboyán. Introdujo en ella ambas manos y tomó un puñado que dejó caer de nuevo poco a poco, entreabriendo los dedos.

—Anda, tócalas tú también —ofreció generoso.

La niña alargó la mano y acarició las semillas suavemente con la yema de los dedos.

—... Y tengo más en casa. —proclamó él con orgullo mientras tapaba de nuevo la caja.

Trepó otra vez al árbol y colocó la caja en su escondite. Allí arriba, la obsesión del pozo le asaltó con la urgencia de siempre. Deseaba ir en seguida, sin perder un minuto... Y allá abajo estaba aquella niña que no quería ensuciarse su vestido nuevo... Dudó un instante, pero de inmediato adoptó su decisión.

Bajó del árbol y cuando estuvo nuevamente junto a ella le dijo:

—Todavía tengo una combina mejor... Te la voy a enseñar si me prometes no contárselo a nadie.

—¿Una combina mejor?... ¿Cuáles?

—El pozo... Ven, vamos a verlo...

—Pero tu mamá dijo...

—Mamá está ahora en la cocina. Si nos vamos por ahí detrás no podrá vernos.

—Pero...

El la tomó con firmeza de la mano y echó a andar venciendo la débil resistencia.

—Te va a gustar mucho —le dijo mientras caminaban apresuradamente—. Yo voy todos los días escondido de mamá. Me paso horas enteras mirando hacia abajo, pero nunca he podido saber dónde termina... Creo que no tiene fondo... Si tiras una piedra por el hoyo, te quedas esperando, esperando y nunca la oyes caer...

A medida que hablaba, sus ojos relucían con un brillo extraño que iba acentuándose cada vez más. Bajó la voz y agregó casi en secreto al oído de la niña:

—...Y a veces, cuando no haces ruido y te estás sin moverte mucho rato junto a él, te dice palabras y te canta canciones...

Bordearon los flamboyanes. se agacharon para pasar bajo una alambrada de púas y penetraron en el terreno prohibido.

Frente a ellos se extendía una amplia zona de yerba que crecía sin cuidado hasta una altura mayor que ellos mismos.

Después de andar algunos pasos, la niña se detuvo temerosa:

—¿Es muy lejos?

—No. Está allí mismo, detrás de aquella empalizada... Anda, vamos. —El niño apremiaba con impaciencia.

Franquearon sin dificultad la cerca de tablas de palma y se encontraron de súbito frente al pozo abandonado. Estaba en el centro de un claro, solitario, con su brocal de cemento y piedras erguido sobre la tierra seca que lo rodeaba. La yerba que crecía por todas partes, se detenía a su alrededor como si respetase su soledad malhumorada y altiva.

Los niños se acercaron cautelosos, y apoyando las manos sobre el brocal, trataron de mirar dentro del profundo agujero. Pero su visión apenas alcanzaba unos dos metros: más abajo, la oscuridad era absoluta.

El niño tomó una piedra del suelo y la dejó caer dentro del pozo. Las cabezas se inclinaron, mas ningún sonido delató su caída.

—¿Ves? —dijo él—. No tiene fondo... Prueba tú ahora...

La niña obedeció, y de nuevo esperaron inútilmente inclinados hacia el hoyo profundo.

Una corriente de aire pareció estremecer de arriba a abajo el cuerpo de la niña:

—¡Vámonos de aquí! —dijo—. Está haciendo frío.

—No, espera un poco... —El niño recogía piedras del suelo y las amontonaba sobre el brocal. Sin hacer caso de la niña, comenzó a arrojarlas una a una hacia abajo, mientras ella a su lado insistía:

—Va a llover. Vámonos, que tu mamá dijo...— La cabeza del niño desaparecía dentro del brocal, esperando el sonido que no llegaba nunca, y continuaba arrojando las piedras ajeno a cuanto le rodeaba.

—Tengo miedo... Me voy... —La niña, adoptando una súbita decisión, echó a correr hacia la casa sin que él pareciese percatarse de ello.

La provisión de piedras se agotó al fin. El niño se apartó un poco para buscar algunas más y, en ese mismo instante, oyó la voz.

Esta vez la escuchó más claramente que nunca. Era una voz suave y dulce entonando una canción desconocida. Al oírla, el niño volvió sobre sus pasos, se asomó al brocal y escrutó de nuevo las tinieblas... Pero, no. La voz no surgía del fondo del pozo. Desconcertado, se apartó de allí e inició la búsqueda por los alrededores.

Al rodear un grupo de matorrales, notó por primera vez la construcción de concreto, levantada a unos pocos pasos de distancia y que hasta aquel momento le había ocultado la maleza.

Se acercó a ella lentamente y observó la puerta de madera gruesa, cerrada por fuera con un gran candado lleno de herrumbre. Con pasos cautelosos le dio la vuelta a la misteriosa construcción. En el lado opuesto, fuera del alcance de su pequeña

estatura, descubrió una ventana con barrotes de hierro.

La voz desconocida había callado, pero el niño estaba ahora seguro de que había provenido de allí adentro. Buscó con la mirada algún tronco suelto para apoyarse y alcanzar la ventana, cuando notó que a través de las rejas le observaba sonriendo una mujer.

—¿Quién eres? —le preguntó, recuperado de su primer sobresalto.

La mujer continuaba mirándole y sonriéndole, pero no respondió.

—¿Qué haces ahí? —insistió el niño, acercándose algunos pasos, fascinado y temeroso.

El rostro asomado a la ventana no hizo un solo gesto.

—¿Te tienen encerrada por algo malo que hiciste?

Ella seguía mirándole con la misma sonrisa extraña y ausente.

Acercándose aún más, el niño la miró fijamente a los ojos profundos y vacíos... De pronto, dio media vuelta y salió corriendo asustado sin saber por qué.

Al trasponer la empalizada, tropezó con la niña que lo aguardaba en el recodo.

—¿Qué ha pasado?... ¿Por qué corres?

El niño se detuvo, la tomó de la mano y la arrastró consigo exclamando:

—Ven. ¡Vámonos de aquí en seguida!

Y después de una pausa, explicó con voz entrecortada, sin cesar de correr:

—Hay una mujer encerrada... Está allí sin moverse, mirándote... Y quisieras quedarte con ella, y sin embargo te da miedo... Le haces preguntas, y es como tirar piedras en el pozo: te quedas esperando, esperando, y no responde...

Se detuvo un instante y, como si hablara para sí mismo, continuó:

—Sí. Igual que el pozo... Dentro de ella todo debe ser negro como la noche... Y por más que la mires y la mires, no sabrás nunca lo que tiene dentro...

Y reanudaron la marcha hacia la casa, lentamente ahora, mudos, estremecidos y confusos.

## El reloj

—Se lo diré yo. —dijo el abuelo. Empuñó su bastón y poniéndose el sombrero de pajilla amarillento se dirigió en busca del niño que jugaba en un rincón de la galería.

—Ven, mi hijo, vamos a pasear.

—¿Tan temprano, abuelito?

El niño, sentado junto al ferrocarril eléctrico, miraba interrogante hacia el anciano.

—No es tan temprano: son ya más de las cuatro.

El niño se incorporó un poco y, de rodillas, comenzó a desarmar cuidadosamente los rieles de latón.

—Deja eso. Tía Irene lo recogerá más tarde.

El abuelo, inclinándose, tomó de la mano al niño y lo ayudó a levantarse:

—Lávate las manos y pásate un poco el peine... —y, al ver que el niño se dirigía hacia el interior de la casa:

—¡No!... ¡No entres ahí!... Lávate las en el fregadero...

El niño volvió sobre sus pasos con docilidad y entró por la puerta que daba a la cocina. Se acercó al lavadero y, abriendo la llave de agua, se mojó un poco las manos alisándose con ellas el pelo rebelde. La mujer que estaba a su espalda extendió sus manos hacia él como si intentase ayudarlo, pero, arrepentida de su gesto, se contuvo y permaneció inmóvil observándole con una expresión extraña hasta que el niño salió de la cocina.

En la galería, el abuelo se paseaba impaciente con las manos a la espalda sujetando tras de sí su bastón.

—¿Ya estás listo?... Anda, vamos.

Lo tomó de la mano y salieron juntos a la calle emprendiendo la marcha hacia el centro del pueblo.

—¿Por qué salimos tan temprano hoy, abuelito?

—Ya te dije que eran más de las cuatro.— El anciano sacó del bolsillo el reloj de plata reluciente y desprendiendo la leontina de la trabilla de su pantalón, se lo pasó al niño diciéndole:

—Toma, llévalo tú; pero ten cuidado de que no se te caiga.

—¿Puedo llevarlo todo el tiempo?— El niño había asido el reloj con ambas manos y lo contemplaba asombrado.

—Sí, mi hijo. Me lo devolverás cuando lleguemos de nuevo a la casa —le respondió el anciano poniéndole una mano sobre el hombro.

—¿Y por qué me lo dejas hoy, abuelito...?

—Porque ya eres un hombre... Es tiempo de que vayas aprendiendo a cuidar las cosas...

El niño miró de nuevo el reloj observando el girar apresurado del segundero.

—¿Y por qué sólo se mueve la agujita dorada, abuelito?

—Las otras también se mueven, pero más despacio...

—No, no... No se mueven... Míralas...— Acercó el reloj al rostro del anciano, celosamente aprisionado entre sus manos juntas.

—No se mueven cuando las están mirando. Pero si te olvidas de ellas y no las miras, aprovechan entonces y corren para recuperar el tiempo perdido.

—Pero por más que corran no podrán alcanzar nunca a la agujita dorada, ¿verdad, abuelito?

—No, mi hijo, no pueden alcanzarla nunca...

—¿Y por qué no pueden alcanzarla...?

—Pues... porque esa agujita dorada en realidad no es una agujita, es un rayito de sol que yo tengo aquí prisionero... Y tú sabes qué deprisa corre el sol, cuando atraviesa todo el cielo en un solo día...

El niño, pendiente de cada palabra del abuelo, asintió con la cabeza y quedó un rato silencioso hasta que luego siguió en voz alta el curso de sus pensamientos:

—¿Y cuándo conseguiste ese rayito de sol, abuelito?

—Anoche, mientras dormía...

—¿Anoche...? ¿Y quién te lo dio?

—Me lo trajo un viejito con una barba muy blanca que le llegaba a la cintura.

—¿Y por qué el viejito tenía el rayito de sol?... ¿Quién se lo regaló a él?

—No era de él, era de Dios... Y Dios se lo había entregado para que me lo trajera a mí...

—¿Dios? —El niño permaneció un instante abrumado. — ¿Y por qué Dios te regaló el rayito de sol, abuelito?

—No fue un regalo: fue un cambio... Yo le di algo mío también a Dios...

—¿Y qué le diste tú?

El abuelo permaneció un momento en silencio y luego respondió sin mirar al niño:

—Yo le regalé algo muy precioso hoy, mi hijito...— Y después de una pausa: — Ven, Vamos a sentarnos allí...

Se dirigieron hasta una cerca de mampostería que circundaba un solar yermo y se sentaron sobre ella, el anciano apoyando sus manos en el bastón colocado verticalmente frente a él, y el niño a su lado, con el reloj entre las manos que reposaban en sus rodillas y el rostro expectante vuelto hacia el abuelo.

Este por fin habló:

—Fue un acuerdo entre Dios y yo, ¿sabes?... El necesitaba de alguien a quien yo quería mucho, y deseaba tenerla a su lado para siempre... Y yo le dije que El era dueño de mí y de todo lo mío, y que podía llevársela cuando quisiera... Entonces El

me dio la gracias y me dijo: “Deseo darte algo a cambio del sacrificio que te pido: toma este rayito de sol y guárdalo para ti...”

El abuelo, que había hablado con la cabeza inclinada sobre el pecho, hizo una pausa y luego agregó mirando al niño a los ojos:

—...y esa es la historia del rayito de sol... Desde hoy lo tendremos tú y yo para nosotros solos. Será nuestro secreto y no se lo diremos a más nadie...

—¿A más nadie, abuelito?... Pero yo quiero contárselo a mamá...

El abuelo colocó el brazo alrededor de los hombros del niño y acercándolo hacia su pecho murmuró:

—No, mi hijito... No podrás decírselo a mamá porque ella ya no estará en casa cuando volvamos...

El niño se levantó de la cerca y anduvo algunos pasos como si diera tiempo para que el sentido de las palabras se abriera paso en su cerebro. Después de permanecer un instante inmóvil, levantó las manos en las que conservaba el reloj y apretándolo fuertemente contra su pecho dijo:

—Ya podemos volver a casa, ¿verdad, abuelo?

El anciano se levantó trabajosamente y respondió mientras iniciaban juntos el retorno:

—Sí, vamos...— Y después de una breve pausa agregó: —...y puedes quedarte para siempre con el reloj...

## Pesadilla

El miedo insuperable, absurdo, paró en seco la carrera del niño a través de la calle y le apretó con mano de hierro el corazón. El monstruo estaba otra vez allí, agazapado tras la alta pared que levantaba su argamasa de tierra y piedras frente a la casa. Desde donde el niño observaba, angustiado, sólo podía verle la cabeza, pero adivinaba su cuerpo inmenso, enroscado como el de una culebra gigantesca, fuera del alcance de su vista.

Inmóvil, como si una fuerza poderosa lo clavara en el suelo, comprobó aterrorizado que el monstruo se daba cuenta de su presencia. Al principio se movió lentamente, como si se desperezase al final de una siesta. Después, mirándole con su único horrible ojo desorbitado, resopló con estruendo y comenzó a arrastrarse hacia él rugiendo lúgubrementemente. Sólo cuando vio que se le venía encima echando fuego, tuvo el niño fuerzas para girar sobre sí mismo y emprender desesperado la carrera hacia la seguridad de la casa, mientras el monstruo corría aullando tras de él.

Dando gritos de espanto, el niño abrió de un empujón la puerta de madera que cerraba el callejón al borde de la casa y atravesó corriendo el patio hasta abrazarse llorando a las faldas de la mujer que colgaba la ropa recién lavada en el cordel extendido sobre la cerca.

—¡Ahí viene otra vez, Tata!... ¡Me quiere comer!...

La mujer, impasible, con un gancho de madera apretado entre los dientes extendía con cuidado una sábana doblada en dos sobre el cordel. Sin mirar al niño, dijo:

—¿Qué tienes?... ¿Por qué lloras de esa manera?

—¡Me va a comer, Tata!... ¡Me va a comer!...

La mujer terminó de extender cuidadosamente la sábana, y asegurando un extremo con el gancho que había sostenido en la boca, se inclinó hacia el niño y lo cargó en los brazos.

—Nadie se va a comer a mi niño, no señor. Nadie se lo va a comer mientras tu Tata esté aquí.— Con la mano libre le acarició el pelo agregando:

—Ande, dígale a su Tata quién es que se lo quiere comer...

—Me venía siguiendo... Está allí...— El niño, ahogado aún por el llanto, señalaba con el dedo hacia la calle.

—Bueno, vamos a ver de qué se trata —repuso ella, condescendiente, iniciando la marcha a través del patio.

—¡No, no!... ¡No quiero volver!... ¡No me lleves allí otra vez!... —El niño apretó con desesperación los brazos alrededor del cuello de la mujer.

—Pero si no hay nada en la calle que pueda asustar a mi niño... ¿No quieres ir allá con Tata para que te convenzas?...

El niño movió la cabeza, hundida en el hombro carnoso de la mujer, y se apretó

aún más contra su pecho.

—Está bien. Nos iremos al fondo del patio, lo más lejos posible, y entonces me dirás a qué le tienes tanto miedo...

Volvió sobre sus pasos, y ya junto a la tapia del fondo, se sentó sobre una silla y colocó al niño en su regazo.

Este, hipando suavemente y enjugándose los ojos con el dorso de la mano, habló con voz entrecortada:

—Quiero volver otra vez a la casa vieja... No me gusta vivir aquí...

—Pero, mi niño, hace solamente dos días que nos mudamos... Al principio siempre es difícil... Ya te acostumbrarás más tarde.

—No, Tata, esta casa no me va a gustar nunca... Hay monstruos horribles que me acechan...

—¿Monstruos que te acechan?... Pero, mi niño, eso no es verdad...— Y después de una pausa: — ¡Ya le decía yo a tu madre que no te leyera esos cuentos!...

—Pero no, Tata. Es verdad lo que te digo... El monstruo me acecha escondido detrás de la pared que esta allí enfrente, y tan pronto cruzo la calle, viene corriendo hacia mí para comerme...

—¿Y cómo es ese monstruo terrible que te quiere comer?...

—Parece una culebra, pero es grande como una casa... y se arrastra por el suelo, y echa fuego, y ruge...

—Pero, mi niño, no hay cosas así... Esa culebra enorme sólo existe dentro de tu cabeza... Es algo que te imaginas, como los sueños que se tienen por la noche...

La mujer se puso en pie colocando al niño en el suelo:

—Ven, vamos a asomarnos a la calle para que veas que allí no hay ninguna culebra...— Y al notar que el niño se resistía:

—Bueno, iré yo sola y te avisaré... Me creerás lo que te diga, ¿verdad?...

El niño asintió con un movimiento de cabeza y permaneció esperando junto a la tapia mientras ella cruzaba el patio y desaparecía en el interior de la casa. Su esfuerzo, sin embargo, fue inútil, porque cuando se asomó a la puerta de la calle, ya la locomotora había desaparecido en la lejanía con su sarta de vagones trepidantes.

## El pequeño culpable

Hoy me dijo tía Clara que yo cumplía cuatro años. Ni Chacha ni papá me habían dicho nada. En casa nadie habla nunca de mi cumpleaños. A veces me llevan a algunas fiestas donde se reparten bizcochos y helados, pero siempre se trata de cumpleaños de otros niños, nunca del mío... Pasé casi toda la tarde en casa de tía Clara. Me gusta estar allí. Hay un patio grande con árboles muy altos. Sobre todo uno, con ramas fuertes y un tronco grueso, fácil de trepar. Me encaramé hasta casi la mitad. Había dos ramas cruzadas y me senté en ellas, como en una silla. Con la uña abrí una zanjita en la rama más gorda y salió una cosa blanca que parecía leche. Se me pusieron las manos pegajosas. Me las limpié con las hojas que arranqué de la otra rama. Eran verdes, del mismo color que la alfombra que está en la sala de casa. Sacándoles pedacitos a cada lado me fabriqué unas plumas y me las puse en la cabeza, como los indios... Pasé mucho rato subido en el árbol, y cuando Chacha salió el patio a buscarme, yo me quedé quietecito hasta que, después de dar algunas vueltas, alzó la cabeza y me vio... Chacha es difícil de engañar. Uno puede esconderse de ella, pero no por mucho tiempo. Me agrada estar con Chacha. Sabe contar cuentos e inventar juegos. Cuando salimos a pasear, me lleva de la mano. A mí no me importa que me coja de la mano dentro de la casa o en el patio de tía Clara, pero no me gusta que lo haga en la calle. A veces yo halo la mano hacia abajo para soltarme, pero ella entonces me aprieta más fuerte. Una vez tropezó y cayó al suelo, pero yo no me reí. Se quedó en medio de la acera, con los ojos cerrados, sin hablar, y yo me senté a su lado y lloré mucho, como si hubiera sido yo quien se hubiera caído. Después se levantó y me apretó contra su pecho. Entonces fue ella quien lloró... Volvimos a casa despacito, porque caminaba cojeando...

Chacha es quien viene cada mañana a sacarme de la cama. Mi cama es chiquita, con rejas de madera que en uno de los lados se bajan y suben. En cambio, la de papá no tiene rejas y es muy grande, tanto que él duerme en la mitad de ella solamente... Cuando Chacha llega por las mañanas yo estoy ya siempre despierto pero me quedo tranquilo, sin llamar, porque me gusta estar bajo el calorcito de las sábanas y esperar hasta oír los pasos de Chacha por el pasillo. Cuando ella entra a la habitación, baja las rejas de la cama y me carga en sus brazos, y yo mantengo los ojos cerrados para hacerle creer que todavía estoy dormido y poder tener la cabeza recostada en su hombro... Chacha entonces me lleva al baño. El baño está junto a mi cuarto. Tiene mosaicos azules en el piso y las paredes. A mí me gusta tocarlos con las manos porque son suaves. Chacha me pone en el suelo y yo entonces abro los ojos y, como estoy descalzo, siento el frío del piso. Ella me lava los dientes con un cepillito que siempre está colgado de la pared, al lado de otro, más grande, que es el de papá... No me gusta que me laven los dientes, porque me hacen daño los pelitos del cepillo. Es

como cuando viene abuelito del campo y me besa. Me gusta cuando llega abuelito, pero cada vez que me besa me pincha la cara... Abuelito tiene un bigote blanco. Se ríe fuerte y mucho. Me sienta sobre sus rodillas y me alborota los cabellos. Sé que le gusta estar conmigo, porque pasa en casa todo el tiempo que duran sus visitas a la ciudad. Tan pronto llega con su maleta negra, Chacha le cuelga una hamaca en la galería que sólo se usa cuando él está en la casa. Allí se acuesta después de cada comida y me lleva con él. Extiende un brazo para que yo apoye la cabeza y comienza a hacerme preguntas y a reírse de lo que le respondo.

Después se pone serio y me hace historias de reyes y guerreros. Por eso sé ya quiénes fueron Alejandro el Grande, Napoleón y Luis Catorce. También me habla de otras cosas, pero yo prefiero que me cuente historias de guerras que pasaron hace mucho tiempo, como la de Troya, en la que había un caballo grande de madera con muchos soldados dentro...

Cuando abuelito se va de nuevo al campo, yo me quedo muy solo y me siento triste, porque papá casi nunca está conmigo. Pasa todo el día fuera de casa y viene sólo por las noches, a la hora en que Chacha rae ha puesto ya el pijama y me está preparando para dormir. Entonces papá entra a mi cuarto y me besa en la frente, sin mirarme, y se va enseguida, sin decirme nada. Sólo algunos domingos, por las tardes, me lleva a pasear y siempre vamos al mismo sitio. Es un lugar bonito, pero triste. Tiene unas paredes muy altas y adentro hay una especie de jardín con muchos árboles y flores. Aunque es más grande que el patio de tía Clara, a mí no me gusta estar allí, porque me asusta el silencio que hay, y las pocas personas que van hablan siempre en voz baja y están muy serias. Papa es el más serio de todos y pone una cara que me da miedo mirarla de tan triste que es... No estoy seguro, pero me parece que una vez lo vi llorar. Puede ser que me equivoque porque papá es muy grande para eso; pero una tarde estábamos frente a una cosa cuadrada de cemento del tamaño de una cama, que se levantaba de la tierra y tenía unas flores encima. Papá la miraba y la miraba, sin cansarse, hasta que al fin volvió la cara y se pasó la mano por los ojos. Después se dio vuelta y, sin hablar, se fue alejando. Yo le seguí detrás, pero él no me miró ni una sola vez hasta que llegamos a la casa...

Esta tarde, después que volvimos de donde tía Clara, llegaron unas visitas. Al principio creí que habían venido por mi cumpleaños. Pero no era eso: todos eran grandes y estaban muy tristes. Abrazaban a papá y se sentaban en la sala muy serios, sin hablar... Chacha me sacó al patio y se quedó allí conmigo mientras duraron las visitas. Nos sentamos en la grama del jardincito que hay frente a la casa y jugamos con los soldaditos de plomo. Por la ventana oía a la gente en la sala hablar en voz baja. No entendía bien lo que decían, pero oí dos veces una palabra rara que no conocía. Creo que era aniversario, pero no estoy muy seguro. También oí la palabra parto y la palabra muerte. Yo sé lo que es la muerte; fue lo que le pasó al perrito aquel

cuando lo pisó un camión frente a la casa; pero nunca había oído aquello de muerte de parto. Cuando le pregunté a Chachalo qué quería decir, no quiso explicármelo. Y a mí me gusta saber las cosas, sobre todo cuando no quieren decírmelas. Es igual que cuando Chacha me esconde una cosa porque no quiere que juegue con ella. Entonces me dan más ganas de tenerla y la busco por toda la casa hasta encontrarla. Y mientras no la he encontrado me siento triste, y pienso siempre en eso y, por las noches, no puedo dormirme... Así haré con estas palabras. Le preguntaré a abuelito cuando vuelva y, si no me lo dice, se lo preguntaré a tía Clara. Y, si tampoco ella quiere explicármelo, se lo preguntaré al hombre que trae la leche por las mañanas y al que deja el periódico... Y así seguiré hasta averiguarlo, porque no hay nada en el mundo que yo quisiera saber más que eso... A quien no se lo preguntaré es a papá... No, a papá no... Quizás porque le tengo un poco de miedo, o quizás pienso que se pondría más triste todavía... No, a él no se lo voy a preguntar, pero alguno de los otros me lo dirá y entonces yo me sentiré mejor, y volveré a jugar sin estar pensando siempre en eso, y estaré contento y, sobre todo, podré dormir tranquilo por las noches...

## La campana rota

Al pasar junto a la vetusta pared de mampostería, Alberto detuvo la marcha y dio una rápida mirada a su reloj de pulsera. Eran las cinco y veinte minutos de una tarde nublada y fría de noviembre, y pensó que disponía de tiempo suficiente para echar un vistazo al patio del colegio. Era algo que se proponía hacer en cada uno de sus viajes al pueblo, y hasta hoy un obstáculo de última hora le había impedido siempre realizarlo.

Avanzó hasta la puerta pintada de un verde desvaído y acarició las maderas carcomidas con la palma de la mano. Para sorpresa suya, comprobó que cedían a su presión y que la enorme hoja se movía lentamente hacia adentro con un quejido agudo de sus goznes herrumbrosos. Avanzó un paso, traspuso el umbral y apareció de súbito a su vista el amplio patio de tierra, rematado en el fondo por el antiguo edificio de dos plantas que alojó las aulas.

Recorrió con la mirada todo el recinto, bordeado por los altos muros grises donde el tiempo había grabado numerosas grietas oscuras. A su izquierda, el viejo cobertizo en que se celebraban los actos de graduación, apenas se sostenía en pie. Muchas de las planchas de zinc que lo techaban habían desaparecido, y el resto — semidesprendidas y oxidadas— parecían sólo sostenerse por milagro. El pequeño jardín que separaba el patio del edificio de las aulas no existía ya y el terreno dedicado a la huerta estaba cubierto totalmente por la yerba crecida y descuidada.

Alberto se sintió profundamente triste de repente. Dio dos pasos a su derecha y se dejó caer sobre el rústico banco de hierro desde el cual tantas veces vio pasar — huraño y abstraído— las ruidosas horas del recreo. A su lado, prodigiosamente sostenida aún por el tosco maderamen de donde pendía, la pequeña campana de bronce parecía ser la única sobreviviente de tiempos antiguos y perdidos. Cerró los ojos y sintió de pronto la extraña sensación de sumergirse en el pasado, como si una fuerza «irresistible lo empujara hacia atrás, vertiginosamente, rumbo a los años lejanos de la infancia.

Sin oponer resistencia, se dejó arrastrar cada vez más lejos, hasta que el aire se llenó de ruidos y el espacio que lo rodeaba se pobló de niños que corrían detrás de una pelota de goma. Junto a Alberto, el profesor “Campana”, con el reloj en una mano y la otra alzada sobre su cabeza empuñando la cuerda, esperó con paciencia hasta que las agujas ocuparon el lugar indicado y, en el instante preciso, hizo sonar con fuerza los tres toques que ponían fin al recreo.

Las carreras y los gritos cesaron de repente y un silencio total, macizo, se fue extendiendo como una ola por todo el inmenso patio. La pelota de goma, abandonada, cayó al suelo y rodó lentamente hacia el banco de hierro. Alberto se levantó, pasó junto a ella sin prestarle atención y fue a ocupar su lugar en las filas.

Los niños se alineaban, juiciosos, en tres largas hileras perpendiculares al pequeño muro de cemento que separaba el jardín del resto del terreno abierto. El profesor “Campana”, con el silbato en los labios, observó con ojos agudos, vigilantes, mientras cada uno ocupaba el sitio que le correspondía. Un silbido, y las filas se tornaron rígidas, uniformes. Los hombros se encuadraron militarmente. Las espaldas, sudorosas, se irguieron y las frentes se alzaron. El profesor revisó la formación una vez más antes de volver a silbar. Al unísono, las piernas se levantaron y marcaron el paso con ruido sordo sobre la tierra. La primera fila de la derecha inició la marcha hacia el interior del colegio. La siguió la segunda. Luego la tercera...

Alberto se sentaba en el último banco de la clase y desde su asiento observaba siempre con igual sensación de lástima cómo el profesor “Campana” subía trabajosamente a la tarima. Todo el cansancio y el peso del mundo parecían gravitar sobre aquellas espaldas encorvadas, y vista al nivel desde donde la observaba Alberto —casi a ras del piso cubierto de polvo de la tarima—, la pobre figura que se movía frente a él justificaba por sí sola el mote burlón que los muchachos le aplicaban. Más que por su misión de suspender los recesos con el toque agudo de la campana, eran aquellos hombros caídos, aquel vientre abultado —en cruel desproporción con el pecho escuálido—, aquella chaqueta pasada de moda que la llegaba casi a las rodillas, aquel color grisáceo de toda la figura, los que habían bautizado con el mote ridículo al triste personaje...

Un día Julito trajo la noticia a la hora del recebo: “El profesor Campancuno viene hoy”. En derredor del portador de la increíble nueva, se arremolinaron las preguntas y las respuestas: “¿Estás seguro? Sería la primera vez”... “¿Estará enfermo?”... “Si es así, ojalá que tarde mucho en sanarse”... “No, no es él quien está enfermo, sino su hijita”... “¿Quién? ¿La rubita de las trenzas?”. Era del propio Alberto que había brotado esta pregunta, casi sin saberlo. “¿Cuál va a ser?: es la única que tiene”... “¿Crees que nos despacharán?...” “¡Claro! ¿Qué otra cosa pueden hacer?...” “Vamos todos a la Dirección...” “Sí, vamos. ¡Vamos!”... Pero Alberto no fue con los demás, y permaneció mucho tiempo inmóvil y en silencio en el banco de hierro...

El profesor sólo volvió una vez más al colegio. Estuvo ausente dos semanas, durante las cuales la campana permaneció muda. Fue una novedad: el director hizo instalar un timbre eléctrico. El decimoquinto día el profesor reapareció. Parecía más pequeñito que nunca y traía una cinta negra en el brazo izquierdo. Cuando entró en el patio a la hora del recreo, se hizo un silencio profundo entre la muchachería alborotada, y todo el mundo se detuvo a mirarlo mientras se dirigía con paso lento hacia la campana. Se detuvo a su lado, alzó la mano y empuñó la cuerda, pero se quedó allí, inmóvil, sin hacer un solo gesto. Asombrados, mudos, los muchachos se agruparon a su alrededor. En el centro de la escena, el profesor parecía una estatua de piedra, impassible, con la mirada lejana y perdida y todo el cuerpo detenido en aquella

actitud incomprensible y absurda.

Los minutos pasaron con lentitud infinita y a todos les pareció que aquella escena duraba horas. Al fin llegaron el Director y otras personas y se llevaron al profesor “Campana”. Se dejó conducir mansamente y nadie en el colegio volvió a saber de él, hasta que alguien dijo un día: “Está en el manicomio”. Y eso fue todo...

Alberto tuvo un sobresalto. De repente el patio se vació de niños y de ruidos, y él volvió a sentirse solo, viejo y triste. Sacudió la cabeza y se levantó del banco.

Miró el reloj: las seis y media. Se acercó a la campana y, sin pensar en lo que hacía, empuñó la cuerda y tiró de ella. Ningún sonido respondió a su ademán: la campana estaba muda: Le dio vuelta y la examinó de cerca. El badajo había desaparecido y el metal estaba hendido en la parte que se ocultaba originalmente a su vista. Alberto la acarició distraídamente con la mano y caminó luego hacia la puerta.

Hoy no seguiría más adelante... Tal vez otro día, con más tiempo... Empujó la hoja de madera suavemente y salió a la calle. El cielo se había despejado ya, y en lo alto brillaba la primera estrella.

## El aprendiz de brujo

Como a Macondo, los gitanos trashumantes visitaban de tiempo en tiempo nuestro pueblo. Llegaban con sus raídos trajes multicolores, sus largos collares de baratijas, su tez cobriza y sus ojos negros y profundos como pozos. No pudieron asombrarnos con el milagro del hielo ni con el prodigio de los imanes porque ya el uso de esas maravillas constituía un hábito antiguo entre nosotros en la época en que se iniciaron sus esporádicas peregrinaciones por nuestros dominios. Pero sí nos enseñaron el arte secreto de adivinar el futuro.

Los gitanos acampaban siempre en despoblado, junto a un recodo que hace el río antes de iniciar su rumorosa entrada en el pueblo. Debieron aquéllos ser terrenos del municipio porque nunca nadie disputó a nuestros exóticos visitantes el derecho de levantar allí las precarias carpas que los protegían a medias de nuestro furioso sol durante el día y de inesperados aguaceros tropicales y nocturnos.

De mañana hacían extraños recorridos por las calles del pueblo que no parecían llevarlos a ningún lugar determinado, pero por las tardes se concentraban todos dentro de sus destartadas viviendas, entregados a quién sabe qué ritos desconocidos de magia y brujería.

Mi único contacto personal con los gitanos se produjo una prima tarde en que yo me había aventurado hasta el espacio amplio y yermo que formaba su territorio, violando órdenes estrictas de mi madre que, a la hora del almuerzo y agitando severamente ante mis ojos un índice admonitorio y rígido, me había informado que los gitanos se robaban los niños curiosos que merodeaban por su campamento y los vendían a tribus antropófagas del África. En aquella época yo no había aprendido aún el complicado arte del miedo, así que aproveché la hora de la siesta de mis padres y me encaminé con bravía decisión hacia el coto prohibido de los peligrosos extranjeros.

Había unas seis carpas de lona agujereada y raída esparcidas en el claro, y, al frente de una de ellas, sentada en el improvisado asiento que le ofrecía un tronco caído de palma de coco, una gitana gorda y desdentada, de rojizo cabello desgredado, mirándome con ojos turbios y perversos me hizo señas para que me acercara.

“¿Cómo te llamas?” me preguntó con voz cascada y acento extraño tan pronto me tuvo al alcance de su fétido aliento. Tenía una edad indefinible y de su extraño cuerpo informe emanaba un olor mezcla de aguardiente barato, hojas podridas y cadáveres de ratones putrefactos. “Iván”, le respondí parándome frente a ella con los brazos cruzados tras la espalda para esconder de su vista la maniobra digital que en aquel instante ejecutaba mi mano derecha remedio aprendido de mis tías como antídoto infalible contra el mal de ojo. “¿Vives por aquí cerca?”, continuó la bruja interrogándome, sin apartar sus ojillos malignos de los míos. “Un poco más allá de

*aquellos laureles, en una casa blanca y grande*”, repuse señalando, imprudente, hacia un vago lugar a mi derecha con los dedos índice y mayor impudicamente entrelazados. La gitana, mirándole fijamente los dedos culpables, sonrió con los pocos dientes que le quedaban y en tono malévolo me increpó: *“De modo que le tienes miedo a los gitanos, ¿eh?”*... No supe qué decirle y me quedé callado frente a ella con la cabeza baja, en mudo gesto de vergüenza desolada.

Ella entonces comenzó a hablarme lentamente en un lenguaje gutural y desconocido y, mientras lo hacía, me fue invadiendo un ligero mareo acompañado de una vaga sensación de irrealidad mientras una red invisible me envolvía implacablemente hasta dejarme paralizado e impedido de todo movimiento. Convertido para todo fin práctico en una verdadera estatua, continué por algún tiempo escuchando la voz de la gitana que entonces parecía proceder de un lugar ignorado y remoto.

De pronto una causa externa interrumpió aquella extraña experiencia. Un gitano inmenso, de ojos apocalípticos y enmarañada barba gris, que no parecía venir de parte alguna, surgió de súbito entre ambos con los brazos en alto y puso fin a la escena con una orden tajante que mi torturadora acató sin protestar recogiendo apresuradamente la red invisible que había enroscado a mi alrededor. Mi libertador me colocó entonces un brazo sobre los hombros con ademán protector y fulminó con una torva mirada a la gitana que, sin proferir palabra, se levantó y desapareció en el interior de la carpa que estaba a su espalda.

*“Perdona a Micaela”*, me pidió con voz cálida el gitano. *“A veces le gusta bromear con los niños y sus mantas han venido agravándose últimamente, sobre todo después que cumplió su segundo siglo de existencia. Desde entonces tenemos que vigilarla constantemente, pero en realidad es inofensiva”*. Mientras me hablaba me condujo hasta la orilla del río y me invitó a sentarme a su lado en una roca pulida que la comente mansa bañaba suavemente por su base.

*“¿Qué sentiste mientras Micaela te sometía a su influencia?”*, me preguntó mi nuevo interlocutor. *“Algo así como si estuviera preso dentro de una red”*, repuse. *“Es curioso”*, comentó él con expresión concentrada. *“El hecho de que pudiese lograrlo en el primer intento indica que eres un sujeto muy perceptivo, extraordinariamente perceptivo”*, y se quedó mirándome fijamente durante un rato.

Luego, poniéndome una mano sobre la rodilla y clavando aún más penetrantemente en los míos sus profundos ojos hipnóticos, me preguntó: *“¿No tendrías miedo de someterte a un pequeño experimento? No te hará ningún daño y me servirá para medir tus condiciones psíquicas; algo muy importante para ti y que podría darle un nuevo sentido a tu vida, ¿Qué me respondes?”* Su voz era demasiado persuasiva y por alguna extraña razón, mi nuevo amigo me inspiraba una confianza sin límites. De modo que mi contestación afirmativa surgió sin vacilaciones.

El gitano me dio una complacida palmada en el hombro, se incorporó rápidamente y me ordenó, ahora con voz autoritaria y firme: *“Mira fijamente, sin pestañear, mi ojo izquierdo. No hagas ningún movimiento y no pienses en nada”*. Así lo hice y tan pronto fijé la vista sobre la negra pupila que concentraba su visión poderosa en el centro de mi frente, me elevé sin esfuerzo diez centímetros sobre la roca en la que estuve hasta ese momento sentado.

*“¡Extraordinario!”*, murmuró asombrado el gitano, *“Increíble para ser la primera vez. No creo que existan precedentes conocidos de una asimilación tan rápida y completa”*, y al tiempo que yo, descendiendo suavemente, me posaba de nuevo en la roca, anduvo varios pasos restregándose nerviosamente las manos, presa de gran excitación. *“Creo que hemos descubierto algo maravilloso”*, decía, *“tienes condiciones únicas para transformarte a corto plazo, con mi ayuda, en un ser con poderes infinitos. Tendrás un dominio total sobre los demás y podrás hacer lo que desees.”*

Yo, entendiendo a medias sus apasionadas expresiones, me sentí abrumado con aquellas increíbles promesas aunque, después del resultado del reciente experimento, ellas no me parecían tan imposibles ni absurdas» *“Quiero saber —dije— qué sucedió hace un momento. Cómo pudiste hacerme mover en el aire sin tocarme”*

*“No fui yo quien lo hizo —me interrumpió todavía excitado—, fuiste tú solo, con la fuerza de tu propia mente quien logró el prodigio. Mi papel consistió solamente en sugerirte la idea de la levitación”*. *“¿La qué?” —pregunté—. “La levitación” —repitió—. “Un ejercicio antiquísimo que se ha practicado en todos los tiempos y en todos los lugares de la tierra. Jesús de Nazareth lo realizó en público varias veces y Francisco de Asís lo hacía también, más discretamente, en su celda monástica. Mira —añadió—, la mente es lo más poderoso que existe en el mundo, pero es utilizada muy por debajo de su capacidad real. Si aprendes a desarrollarla y la manejas con la intensidad y habilidad necesarias, podrás lograr milagros, incluso alterar las reglas del espacio y del tiempo. Levantarse del suelo y permanecer a cierta altura por propia voluntad es relativamente fácil si se alcanza el grado justo de concentración mental. Lo que sucede es que, normalmente, ese dominio de la mente no se logra sino después de largos períodos de entrenamiento y como resultado de numerosos ejercicios de voluntad. Sin embargo, en tu caso —y eso es lo extraordinario— la levitación se ha producido casi espontáneamente, con sólo una leve sugerencia de mi parte”*.

El gitano continuó dando nerviosos pasos a mi alrededor mientras agregaba con voz aún alterada por la emoción: *“Podrás hacer la levitación tantas veces como quieras y, además, aprenderás a desaparecer de la vista de los que te rodean y reaparecer en sitios distantes. Ese arte también podrás dominarlo sin problemas. Y algo todavía más importante; podrás aprender a adivinar el futuro, porque la*

*adivinación del porvenir no es más que un aspecto de esa traslación, lo único que en este caso no te mueves en el espacio sino en el tiempo. Podrás ir hacia atrás o hacia adelante, a voluntad. Aunque para esto último, es decir el traslado hacia el futuro, necesitarás aprender a interpretar las revelaciones que recibas... ¿Te das cuenta del poder que representa predecir lo que va a acontecer en el mundo? ¿Anticiparte a los acontecimientos y adaptar tu conducta a las consecuencias que ellos puedan tener sobre tu vida? El mundo te pertenecerá. La humanidad en masa se echará a tus pies y estará pendiente de tus palabras. Podrás decidir el destino de naciones enteras y serás el hombre más poderoso de la tierra”* Esta última afirmación la acompañó el gitano con una brusca sacudida a mis hombros desprevenidos. Con impulso irreflexivo me libré de sus brazos y eché a correr hacia mi casa, presa de encontrados sentimientos de terror, confusión y vagas esperanzas. Junto al río, con los brazos cruzados sobre el pecho y las bíblicas barbas agitadas por el viento, quedó el gitano inmóvil, con su inmensa silueta destacándose a contraluz de un sol declinante que ya comenzaba a ocultarse tras los grandes árboles que sombreaban la corriente.

Cuando me acercaba, todavía corriendo, a la hilera de laureles que bordeaban mi casa tomé impulso en súbita inspiración, y pasé volando sobre sus altas copas entrando por la ventana abierta de mi habitación hasta posarme en la cama. Allí, con las mantas estiradas hasta la barbilla y los ojos fuertemente cerrados, traté de olvidarme de los gitanos. Pero ni en el resto de ese día ni en los que le siguieron dejé de sentir el influjo de su presencia ni logré olvidar que me bastaría un breve paseo para reencontrar aquella fuente de revelaciones prodigiosas y sumergirme de nuevo en sus profundas aguas misteriosas.

Al tercer día de mi aventura con los gitanos, superada ya aparentemente la fase de terror irracional, decidí ensayar por mi cuenta los experimentos que me habían sido revelados. Comencé por la traslación de lugares y, recostado en mi cama, me concentré, con el mayor vigor de que fui capaz, en el recuerdo de una cabaña que tenía una de mis tías junto al mar, lugar que no había visitado durante años. A los pocos segundos, me encontré junto a la cabaña, tirado en la arena tibia y blancuzca que la rodeaba, mientras olas sucesivas venían a mojarme los pies. No había nadie en los alrededores, así que aproveché la soledad para quitarme la ropa y darme un breve baño de mar antes de regresar a la casa de mis padres por la misma vía empleada para viajar hasta la playa.

Al día siguiente practiqué la traslación en el tiempo. Me encerré en mi habitación y pensé profundamente en mi primer día de escuela. En seguida sentí la presión de la mano de mi madre, agarrada fuertemente de la mía y levantando el rostro, la vi exactamente como era seis años atrás, hermosa y suave, sin las huellas en su frente de los pesares que sufriera años después. Entramos juntos en el patio de la escuela y volví a sentir el temor a lo desconocido que me asaltó la primera vez, y reviví paso a

paso la entrevista de mi madre con la Directora y las lágrimas que nublaron su mirada cuando se alejaba diciéndome adiós con la mano, y el nudo invisible que me apretó la garganta mientras la veía salir por la puerta de la calle y la Directora me conducía con mano firme al aula de clases.

Si algo me faltaba por comprobar de las revelaciones del gitano era la adivinación del futuro y la ocasión se me presentó muy pronto y sin yo buscarla expresamente. Fue en la mañana del próximo domingo, día que mis tías reservaban religiosamente para llevar flores a la tumba de sus padres. Yo participaba siempre en esa ceremonia, que se efectuaba a la salida de la misa dominical y era a mí a quien correspondía llevar la pucha de botones de rosas recién cortados del jardín de nuestra casa y sustituir con ellos las flores marchitas de la semana anterior.

El panteón, que levantaba su pretenciosa arquitectura barroca en el centro del modesto cementerio municipal, tenía seis nichos y sólo dos estaban ocupados, cada uno con su correspondiente tarja de mármol que dejaba constancia para la posteridad de que allí reposaban los restos de los que en vida fueron mis abuelos paternos.

En el momento en que, inclinado sobre el jarrón en que introducía las flores frescas, pasé al descuido la mirada por los nichos, quedé paralizado de terror porque mis ojos leyeron claramente el nombre de mi padre, con letras artísticamente dispuestas sobre una tercera tarja que parecía cerrar uno de los nichos no utilizados todavía. Bajo el nombre de mi progenitor estaba señalada solamente la fecha de su muerte: exactamente un mes y tres días después del día presente.

Cerré los ojos defensivamente y, al abrirlos de nuevo, la tarja premonitoria había desaparecido y mi visión chocaba ahora con la superficie desnuda del tosco remate del nicho desocupado. No dejé entrever mi emoción y permanecí mudo durante el regreso a la casa, mientras en lo profundo de mi ser se afirmaba la convicción de que a mi padre sólo le quedaban treinta y tres días de existencia sobre la tierra.

Verle en los días subsiguientes tan activo y alegre, tan lleno de confianza en el porvenir, comunicándonos en las tertulias de sobremesa sus ambiciosos planes para el futuro, constituyó para mí la más cruel de las torturas y varias veces, en mitad de una de sus frecuentes frases optimistas, yo me levantaba corriendo de la mesa y me encerraba en mi habitación para llorar anticipadamente y sin testigos el triste y próximo final que le deparaba el destino.

El estado de tensión emocional que viví durante esos días fue minando poco a poco mi organismo y reflejándose en el estado general de mi salud. Perdí el apetito, me fui sintiendo cada vez más débil y deprimido y jamás volví a ensayar los experimentos del gitano. Al acercarse la fecha fatal me encontraba ya realmente enfermo y mis padres llamaron al médico y éste me auscultó con el rostro evidentemente preocupado, cuchicheó con mi padre en un rincón de la habitación y después habló vagamente de llevarme a su clínica privada.

Yo lo presenciaba todo como desde un plano distante, mordiéndome los labios, decidido a no dejar escapar ni una palabra que pudiese revelar a mi pobre padre el trágico secreto que guardaba celosamente.

El día señalado para su muerte amanecí mucho peor. Me dolía todo el cuerpo y tenía dificultades extremas para respirar. Mis padres habían amanecido en vela junto a mi cama con la angustia reflejada en sus caras y al fin morí a las tres de la tarde de ese día, sin que, ni aún en el instante final y definitivo, se me revelara la importancia capital que para la correcta interpretación de mi revelación del futuro tenía la ridícula costumbre de mi familia, heredada de antepasados remotos, de bautizar a los hijos primogénitos con iguales nombres que sus padres.

## La enemiga

Recuerdo muy bien el día en que papá trajo la primera muñeca en una caja grande de cartón envuelta en papel de muchos colores y atada con una cinta roja, aunque yo estaba entonces muy lejos de imaginar cuanto iba a cambiar todo como consecuencia de esa llegada inesperada.

Aquel mismo día comenzaban nuestras vacaciones y mi hermana Esther y yo teníamos planeadas un montón de cosas para hacer en el verano, como, por ejemplo, la construcción de un refugio en la rama más gruesa de la mata de jobo, la cacería de mariposas, la organización de nuestra colección de sellos y las prácticas de béisbol en el patio de la casa, sin contar las idas al cine en las tardes de domingo. Nuestro vecinito de enfrente se había ido ya con su familia a pasar las vacaciones en la playa y esto me dejaba a Esther para mí solo durante todo el verano.

Esther cumplía seis años el día en que papá llegó a casa con el regalo. Mi hermana estaba excitadísima mientras desataba nerviosamente la cinta y rompía el envoltorio. Yo me asomé por encima de su hombro y observé cómo iba surgiendo de los papeles arrugados aquel adefesio ridículo vestido con un trajecito azul que le dejaba al aire una buena parte de las piernas y los brazos de goma. La cabeza era de un material duro y blanco y en el centro de la cara tenía una estúpida sonrisa petrificada que odié desde el primer momento.

Cuando Esther sacó la muñeca de la caja vi que sus ojos, provistos de negras y gruesas pestañas que parecían humanas, se abrían o cerraban según se la inclinara hacia atrás o hacia adelante y que aquella idiotez se producía al mismo tiempo que un tenue vagido que parecía salir de su vientre invisible.

Mi hermana recibió su regalo con un entusiasmo exagerado. Brincó de alegría al comprobar el contenido del paquete y cuando terminó de desempacarlo tomó la muñeca en brazos y salió corriendo hacia el patio. Yo no la seguí y pasé el resto del día deambulando por la casa sin hacer nada en especial.

Esther comió y cenó aquel día con la muñeca en el regazo y se fue con ella a la cama sin acordarse de que habíamos convenido en clasificar esa noche los sellos africanos que habíamos canjeado la víspera por los que teníamos repetidos de América del Sur.

Nada cambió durante los días siguientes. Esther se concentró en su nuevo juguete en forma tan absorbente que apenas nos veíamos en la horas de comida. Yo estaba realmente preocupado, y con razón, en vista de las ilusiones que me había forjado de tenerla a mi disposición durante las vacaciones. No podía construir el refugio sin su ayuda y me era imposible ocuparme yo solo de la caza de mariposas y de la clasificación de los sellos, aparte de que me aburría mortalmente tirar hacia arriba la pelota de béisbol y apararla yo mismo.

Al cuarto día de la llegada de la muñeca ya estaba convencido de que tenía que hacer algo para retornar las cosas a la normalidad que su presencia había interrumpido. Dos días después sabía exactamente qué. Esa misma noche, cuando todos dormían en la casa, entré de puntillas en la habitación de Esther y tomé la muñeca de su lado sin despertar a mi hermana a pesar del triste vagido que produjo al moverla. Pasé sin hacer ruido al cuarto donde papá guarda su caja de herramientas y cogí el cuchillo de monte y el más pesado de los martillos y, todavía de puntillas, tomé una toalla del cuarto de baño y me fui al fondo del patio, junto al pozo muerto que ya nadie usa. Puse la toalla abierta sobre la yerba, coloqué en ella la muñeca — que cerró los ojos como si presintiera el peligro— y de tres violentos martillazos le pulvericé la cabeza. Luego desarticulé con el cuchillo las cuatro extremidades y, después de sobreponerme al susto que me dio oír el vagido por última vez, descuarticé el torso, los brazos y las piernas convirtiéndolos en un montón de piezas menudas. Entonces enrollé la toalla envolviendo los despojos y tiré el bulto completo por el negro agujero del pozo. Tan pronto regresé a mi cama me dormí profundamente por primera vez en mucho tiempo.

Los tres días siguientes fueron de duelo para Esther.

Lloraba sin consuelo y me rehuía continuamente. Pero a pesar de sus lágrimas y de sus reclamos insistentes no pudo convencer a mis padres de que le habían robado la muñeca mientras dormía y ellos persistieron en su creencia de que la había dejado por descuido en el patio la noche anterior a su desaparición. En esos días mi hermana me miraba con un atisbo de desconfianza en los ojos pero nunca me acusó abiertamente de nada.

Después las aguas volvieron a su nivel y Esther no mencionó más la muñeca. El resto de las vacaciones fue transcurriendo plácidamente y ya a mediados del verano habíamos terminado el refugio y allí pasábamos muchas horas del día pegando nuestros sellos en el álbum y organizando la colección de mariposas.

Fue hacia fines del verano cuando llegó la segunda muñeca. Esta vez fue mamá quien la trajo y no vino dentro de una caja de cartón, como la otra, sino envuelta en una frazada color de rosa. Esther y yo presenciamos cómo mamá la colocaba con mucho cuidado en su propia cama hablándole con voz suave, como si ella pudiese oírla. En ese momento, mirando de reojo a Esther, descubrí en su actitud un sospechoso interés por el nuevo juguete que me ha convencido de que debo librarme también de este otro estorbo antes de que me arruine el final de las vacaciones. A pesar de que adivino esta vez una secreta complicidad entre mamá y Esther para proteger la segunda muñeca, no me siento pesimista: ambas se duermen profundamente por las noches, la caja de herramientas de papá está en el mismo lugar y, después de todo, yo ya tengo experiencia en la solución del problema.

## Matar un ratón

El niño recogió una pesada piedra de las que abundaban en el pequeño patio trasero de la casa, calculó cuidadosamente la puntería y la arrojó con fuerza contra el ratón que parecía observarlo atentamente a pocos pasos de distancia.

La piedra, describiendo una corta parábola en el aire, cayó pesadamente sobre el espinazo del animal produciendo un ruido sordo. El ratón se arrastró un poco hacia el fondo del patio, se detuvo luego y haciendo una grotesca voltereta quedó por fin inmóvil con el vientre al sol.

Dando media vuelta, el niño corrió velozmente hacia la casa. Abrió de un empujón la puerta y cruzó como una ráfaga de viento fresco la habitación semioscura donde la anciana dormitaba. Esta despertó sobresaltada y al comprobar la causa que la había sustraído de su sueño, cambió ligeramente de posición y cerró de nuevo los ojos.

—¡Qué muchacho éste! —murmuró. Ahora le sería difícil conciliar otra vez el sueño. Y el médico le había advertido que necesitaba dormir mucho y no preocuparse demasiado. Se lo había dicho en aquella forma especial que tenía de hablarle: con suavidad, pero con firmeza... Le gustaba mucho aquel doctor. Le complacía verle sentado a su lado, con el maletín lleno de instrumentos extraños abierto junto a él, y oírle hablar mientras manipulaba la jeringuilla, el termómetro o el aparato aquél de medir la presión arterial... Era sin duda una persona que inspiraba confianza; y ella se la tuvo desde el primer momento. Siempre estaba pendiente de cuanto le decía y cumplía sus instrucciones al pie de la letra... La verdad era que había mejorado mucho. Ya respiraba casi sin dificultad y las articulaciones apenas le dolían; sólo aquel dolor del costado seguía molestándola... Pero el dolor se iría también y ella volvería a sentirse fuerte y saludable como antes... Cuando estuviese un poco mejor volvería a trabajar en el jardín. Si no lo hacía ella, nadie en la casa se ocupaba de las flores. Daba pena asomarse a la ventana y comprobar lo descuidado que estaba todo. El rosal estaba casi seco, los yerbajos crecían por todas partes y las dalias se habían marchitado por completo... Pero cuándo ella sanara, el jardín, que también estaba enfermo, sanaría con ella y volvería a ser como antes... Después de todo, cultivar con amor el jardín era la única forma en que podía devolver a su hijo todo cuanto hacía por ella. La sola manera de pagarle sus bondades, sus sacrificios... Sí, era sin duda un sacrificio alojarla en su casa y pagar al médico y comprarle medicinas caras, cuando él ganaba tan poco y había vivido siempre tan estrechamente... Y a pesar de todo, su hijo la mantenía allí desde hacía meses, y la rodeaba de atenciones y de cariño, no obstante las insinuaciones de su mujer... Porque ella sabía que la mujer no la quería... Aunque no se lo decía abiertamente, lo adivinaba en el tono de su voz, en el modo de mirarla... Daba gracias a Dios porque su hijo fuera tan bueno... Y siempre

lo había sido: desde niño fue obediente, dócil. Pocas madres habían tenido la suerte de ella.

El sueño al fin nubló la mente de la anciana y la poseyó total y dulcemente.

Al llegar a la mitad del pasillo que dividía en dos la casa, el niño detuvo su carrera, giró a la izquierda y entró en su habitación cerrando con fuerza la puerta tras de sí. Se arrojó de bruces sobre la cama y escondió la cabeza bajo la almohada... Pero aún allí, el vientre blancuzco del ratón resplandecía en la oscuridad.

En la habitación contigua, el hombre acostado en la amplia cama matrimonial arqueó el cuerpo y se desperezó sin abrir los ojos. La mujer acostada a su lado se incorporó y preguntó en voz alta:

—¿Qué fue ese ruido? ¿Eres tú, Manuelito?

Nadie respondió y la mujer se volvió hacia el hombre diciendo:

—Recuerda lo que me prometiste anoche. Debes decírselo ahora mismo.

¿Decirle qué a quién? El hombre apenas oía las palabras a través de las últimas brumas del sueño.

—... es algo que debes hacer de todos modos...

Siempre algo que hacer. A todas horas. Moverse... caminar... dar la mano... inclinarse.

—...así que lo mejor es hacerlo cuanto antes...

Todo aprisa... No dejar nada para después... correr... apresurarse.

—¿Por qué no dices nada? ¿Es que estás tratando acaso de echarte atrás?— La voz aguda de la mujer le restalló con violencia en los oídos.

El hombre giró sobre sí mismo y se colocó de costado. Era necesario responder, decir algo. Pero se estaba tan bien así, tendido, con los ojos cerrados, sin hablar...

Cuando la mano de la mujer se prendió como un garfio de su hombro y lo sacudió con furia, abrió los ojos, sobresaltado.

—¿Qué pasa?

—¡Estabas despierto desde hace rato!... ¡A mí no me engañas! ¿Crees que fingiendo dormir y escondiendo la cabeza bajo la almohada es como se resuelven las cosas?... ¡Levántate ahora mismo y háblale a la vieja de una vez!...

—Espera un poco, mujer. Hoy es domingo. Déjame descansar un rato. Más tarde le hablaré...

—¡De ninguna manera!... ¡Tiene que ser ahora mismo!... Anoche me prometiste que sería la primera cosa que harías por la mañana... ¡No toleraré ni un solo retraso más! ¿Me oyes?... ¡Conozco demasiado bien tu sistema de ir dejándolo todo para después y luego no hacer nada!... ¡Puede ser que te engañes a ti mismo, pero a mí no me engañas!

Su boca abriéndose y cerrándose... Cada vez más aprisa... Más aprisa... Más... ¿Desde cuándo vienes soportando esto? ¿Desde el día en que te casaste?... No. Desde

antes aún... ¿Recuerdas las felicitaciones de tus amigos el día de la boda?: “Congratulaciones. Te casas con una mujer de carácter”... “Ella siempre ha logrado lo que se ha propuesto. Será de gran ayuda para ti”... “Magnífica elección; llegarás muy lejos casado con una mujer así”... Claro que has llegado lejos. Mucho más lejos de lo que jamás soñaste; pero no en la dirección que suponían ellos. No hacia arriba, sino hacia abajo... Comenzaste a descender lentamente al principio, sin que apenas te dieras cuenta de lo que sucedía... Primero fueron pequeñas concesiones, para evitar escenas en público. Después esas concesiones se multiplicaron en cada hora y en todas partes hasta constituir la esencia misma de la vida en común... Aprendiste a tolerar, a callar y así fuiste hundiéndote poco a poco en este abismo en que estás sumido en el presente. La senda que te condujo a él se iniciaba en una suave pendiente, y cuando empezaste a descender por ella creías poder detenerte cuando quisieras... ¡Qué lejos estabas entonces de sospechar que cuando la pendiente se tornara en precipicio, el impulso inicial te sumergiría cada vez más aprisa hasta el fondo de la oscura sima!...

La puerta de la habitación se abrió con violencia y la cabeza del niño asomó por el hueco preguntando:

—Papá, ¿es pecado matar un ratón?

La mujer se volvió con furia hacia la voz:

—¡Lárgate de aquí!... ¿No ves que estoy hablando con tu padre?

La cabeza del niño desapareció y la puerta se cerró con un golpe seco. El hombre cerró de nuevo los ojos. ¿Por qué no lo hago?... ¿Por qué no salgo de esta habitación, lo alcanzo en el pasillo, lo tomo de la mano y le hablo con suavidad... Yo quiero ser amigo de mi hijo... Quiero ayudarlo... Explicarle lo que quiere saber... ¿Hasta dónde he llegado, Dios mío?...

La mujer volvió a la carga:

—Vas a ir ahora a donde tu madre y le dirás que no puede seguir en esta casa. Que debe irse sin falta hoy mismo... ¡Te doy exactamente cinco minutos para hacerlo!...

—Sí, mujer, como quieras... Ahora mismo voy.— La voz del hombre sonó como la de un niño que recitara una lección aprendida de memoria y mil veces repetida.

Con gestos maquinales y rostro inexpresivo, se levantó de la cama, se calzó las pantuflas y salió en silencio de la habitación.

En el pasillo, el niño recostado en la pared alzó la cabeza hacia su padre. El hombre colocó su mano sobre el hombro de su hijo y, mientras caminaba junto a él y abría la puerta de la habitación donde dormía la anciana, respondió a su pregunta con voz apenas audible:

—No, mi hijo, matar un ratón no es un pecado: los ratones están mejor muertos que vivos...

## Punto de vista

Tan pronto los vapores invisibles del cloroformo comienzan a abandonarme y a dejar en libertad mi conciencia todavía semiadormecida, me percató de la presencia del monstruo que reposa a mi lado y me está mirando con sus dos únicos ojos increíbles, ribeteados de profusas venillas sonrosadas. Sacudiéndome con un esfuerzo de voluntad las últimas nieblas del anestésico, observo con detenimiento aquella masa informe, mezcla absurda de huesos, tejidos y cartílagos con la que he estado confundido hasta pocos momentos antes. El monstruo está provisto de cuatro angostos tentáculos flexibles que rematan en cinco pequeños flequillos terminados, a su vez, en una substancia córnea de un subido color rosáceo. En un extremo del cuerpo yacente —que se angosta en forma de tubo a un séptimo de la distancia que lo separa de su otro extremo, para hincharse de huevo en una especie de burda vejiga desteñida— compruebo la presencia de una pelambre rojiza y revuelta que acentúa la apariencia ridícula del fenómeno. Rodándome levemente hacia la izquierda acerco el oído al centro del informe cuerpo y oigo los latidos isócronos de un corazón —que debe estar en algún lugar bajo este horrendo amasijo de carne— y anuncia el ominoso instinto de supervivencia que abriga el monstruo. En un súbito arranque de torturante premonición imagino lo que será a partir de ahora mi existencia, irremisiblemente unida a la de aquel ser extraño en donde ha fracasado tan ostensiblemente la alquimia inmemorial de la naturaleza. Me hundo entonces en un estado de muda conmiseración de mí mismo y de protesta impotente, durante el cual tenues atisbos de amor filial se entremezclan con difusos sentimientos homicidas. Pero esa atormentada corriente de pensamientos encontrados queda interrumpida para siempre cuando otro ser monstruoso entra bruscamente a la habitación, me arranca de la cama con sus poderosos tentáculos y utilizando diestramente los ridículos flequillos en que aquéllos rematan, me envuelve en un papel de periódico y me arroja al cesto de desperdicios sin hacer caso a mis aullidos desesperados, al tiempo que le escucho comentar con sorda hipocresía: *“Menos mal que no llegó a vivir este huevo de carne con tres ojos y sin brazos ni piernas...”*

## Matum<sup>[2]</sup>

Cayotex era un niño que vivía con sus padres hace varios cientos de años en el valle de Atiey, regado por el río Artibonite, uno de los grandes ríos que dividen la isla de Quisqueya.

Aunque él no lo sabía, Cayotex habitaba en un mundo feliz donde el aire, el agua y la tierra eran de todos y nadie trabajaba para que otros se hicieran ricos. Por eso los hombres de su tribu, que estaban gobernados por el cacique Caramatex, vivían con alegría y se repartían como hermanos los frutos de la siembra, los peces del río y los escasos animales de la tierra y el aire que lograban cazar.

El río Artibonite pasaba muy cerca del bohío de la familia de Cayotex, de modo que éste sólo tenía que caminar unos cuantos pasos para llegar hasta sus aguas. Esas aguas eran muy mansas en aquella zona y formaban una pequeña laguna que el niño usaba para bañarse y mirar a lo lejos los pescadores tirar sus redes desde sus canoas en medio de la corriente.

En uno de esos paseos a la laguna, Cayotex consiguió un nuevo amigo que se llamaba Matum. Matum era un manatí del tamaño de una canoa grande con el cuero duro como una roca y una enorme cabeza redonda. Los pescadores le habían puesto el nombre de Matum, que quiere decir noble y generoso, porque era muy manso y, cuando lo llamaban, se acercaba nadando con la cabeza fuera del agua como un perro que atiende e! llamado de su dueño.

Cuando Cayotex se dio cuenta de que Matum era manso y le gustaba estar con la gente, comenzó a llevarle trozos de yuca y batata, así como pedazos de cazabe, que su amigo comía con gran alegría. Desde entonces, tan pronto el niño se acercaba a la laguna, Matum venía a encontrarlo en la orilla y se quedaba con él aun después de haberse comido el alimento.

Un día Cayotex se sintió con ánimos de encaramarse en el manatí y, cuando éste lo sintió bien agarrado y seguro sobre su lomo, nadó lentamente separándose de la orilla y dio un largo paseo alrededor de la laguna. Cayotex gozó mucho aquel paseo y desde esa ocasión repitieron el juego cada día para alegría de todos los pescadores y de los curiosos que se agrupaban para contemplar esa extraña y graciosa aventura.

Cayotex y Matum se convirtieron en amigos inseparables y jugaban siempre en las aguas de la laguna hasta que una mañana llegaron al lugar unos hombres altos de un color parecido al de las nubes en los días de sol, con muchos pelos tapándoles la cara, y la cabeza y el cuerpo cubierto con algo tan duro como las conchas del carey.

Uno de esos hombres, al ver a Matum que venía nadando a encontrarse con Cayotex, le tiró un palo negro y macizo que llevaba en la mano y que se rompió al chocar con la dura piel del manatí. Matum, al sentir el golpe, se hundió en las aguas y desapareció de la vista de todos hasta que, ya muy lejos de la orilla, sacó nuevamente

la cabeza, como diciéndole adiós a Cayotex, antes de remontar el río nadando contraía corriente.

Desde aquel día Cayotex no volvió a ver nunca a Matum a pesar de que lo esperaba todas las mañanas con su ración de yuca, batata y cazabe, y lo siguió esperando por muchos años mientras crecía y se hizo hombre y comprendió entonces, ya sin tiempo de hacer nada para evitarlo, que la llegada de aquellos hombres extraños que quisieron hacerle daño a Matum significaba que el mundo feliz en que había vivido hasta entonces había terminado para siempre.

# HOMBRES



## Caín

El mensajero de la oficina colocó la tarjeta sobre el escritorio, Vicente la miró distraídamente y la rodó hacia un lado con el dorso de la mano, concentrándose de nuevo en la lectura del documento que tenía en frente. Aunque había posado por un instante los ojos sobre las letras impresas en la pequeña cartulina, su significado apenas rozó la superficie de su conciencia y fue sólo un rato después cuando las letras parecieron ordenarse en su cerebro y formar el nombre que ahora surgía con pleno significado para él.

—Leonardo Mirabal —dijo en voz alta complaciéndose, como antes, en la sonoridad de las palabras. Reclinándose en el respaldar de su lujoso sillón de cuero, Vicente se sumergió en recuerdos antiguos mientras se acariciaba la mejilla con el canto afilado de la tarjeta. ¡Qué lejanos le parecieron de pronto aquellos tiempos del colegio! El primer día de clases: los muchachos corriendo hacia las puertas enormes, gritando y riendo mientras él, esquivo y huraño, se pegaba a las paredes con los libros bajo el brazo; y las voces que pasaban rozándole: “¡Leonardo, ahí viene Leonardo!”; y la conversación sorprendida al entrar al aula: “Leonardo, ¿me explicas este teorema? No puedo entenderlo”; y en el primer recreo, el muchacho debilucho que decía: “Leonardo, ¿me dejas entrar al equipo?, he practicado mucho en las vacaciones...”

Vicente apretó con el dedo el botón nacarado del timbre y ordenó al mensajero tan pronto abrió la puerta.

—Haga pasar al señor Mirabal.

Maquinalmente se arregló un poco el cabello con las manos y se ajustó el nudo de la corbata.

—Con permiso —decía el hombre en voz baja, de pie en el hueco de la puerta.

Vicente se levantó de un salto de su asiento y caminó hacia él con las manos extendidas, observándole a los ojos *¡Dios mío, qué cambiado está!*, y diciéndole apresuradamente:

—Por favor, Leonardo, pasa adelante. ¡Cuánto tiempo sin verte!

Después de apretarle las manos entre las suyas, le palmeó la espalda *¡Qué flaco estay qué amarillo!* —Anda siéntate. ¡Qué sorpresa más inesperada y qué gusto me da verte!

Leonardo se sentó en el borde de la silla que le ofrecían y conservó el sombrero girando entre las manos.

—Yo también me alegro mucho de verte, Vicente. ¡Hace ya tanto tiempo!... Temí que ya no te acordaras de mí.

—¿No acordarme de ti?, pero, ¿estás loco?... ¡Cómo has podido imaginar semejante cosa!

Vicente se sentó de nuevo y mientras lo hacía le pareció de pronto verse a sí mismo en medio de la multitud que colmaba el salón de actos del colegio, y casi oyó la voz del maestro de ceremonias:... *“Y ahora, Leonardo Mirabal, ganador de la medalla de mérito, va a dirigirles la palabra en nombre de sus compañeros”*...

La voz del otro lo sustrajo bruscamente de sus reminiscencias:

—No nos veíamos desde la graduación, ¿no es cierto?

—No, Leonardo —le contradijo—. Desde un año después de aquella fecha. Desde el 15 de septiembre de 1930, exactamente. Aquel día embarcaste para Europa a hacer el curso de post-graduado y yo estuve en el muelle para despedirte.

—Vaya, tienes una memoria estupenda. La verdad era que no lo recordaba. — Leonardo pareció que se disculpaba.

Vicente se recostó en el respaldo de la butaca y apretó los puños bajo el escritorio al recordar la voz suave del director del colegio mientras le decía: *“Lo siento mucho, señor Izaguirre, pero usted no ganó la beca. El señor Mirabal le sobrepasó por cuatro puntos”* Y La respuesta humillante de él, que todavía lo hacía enrojecer: *“¿Mirabal? ¡Oh! Creí que no competiría...”*

—Todo este tiempo he estado preguntándome lo que había sido de ti —dijo en voz alta.

El otro hizo un gesto vago con la mano y respondió mirando hacia el suelo:

—Me han pasado muchas cosas desde aquellos días. No he tenido suerte, ¿sabes? Malos negocios... Locuras de juventud... Pero sobre todo mala suerte, mucha mala suerte.

Vicente se inclinó hacia adelante:

—Pero, Leonardo, no puedo explicármelo. Fuiste siempre el primer alumno del colegio... Hiciste una carrera brillante.

Leonardo habló sin quitar la vista del suelo:

—Sí, una carrera brillante hasta que salí del colegio... ¿Sabes, Vicente? Creo que me hizo mucho daño el que allí las cosas me resultasen tan fáciles. Llegué a pensar que sería lo mismo fuera y, en cambio, ¡todo resultó tan distinto!... El día de la graduación parecía que tenía todo el mundo por delante.

Vicente, mientras lo observaba con mirada inexpresiva, continuó para sí el curso de las palabras del otro:... *Y lo tenías, ¡claro que lo tenías! Estabas justamente entre el mundo y yo. Lo fuiste tomando todo a tu paso. Para mí no quedó más que lo que dejabas, porque siempre llegaba a todas partes un poco demasiado tarde: exactamente dos pasos después que tú...*

—Pero, ¿y aquel matrimonio tan brillante que hiciste? —preguntó en voz alta.

—¡Ah! ¿Te enteraste de eso?... Duró poco. Apenas un año. Todo cuanto emprendí fracasaba, y mi matrimonio no fue una excepción. No podría decirte, Vicente, cuándo la suerte me dio la espalda. Quizás siempre me persiguió la fatalidad,

o tal vez fue sucediendo poco a poco y no me di cuenta sino cuando ya era demasiado tarde. Lo cierto es que cuando intenté reaccionar, no contaba ya con nadie. Los que antes me adulaban, me volvieron la espalda. Las puertas que antes se abrían solas a mi paso, permanecían cerradas ante mis llamados desesperados... ¡No tienes idea de lo cruel que puede tornarse la gente!...

Leonardo hizo una pausa, y luego, tomando una súbita decisión, miró al otro a los ojos y exclamó:

—Tienes que ayudarme, Vicente. Eres la última persona a quien acudo. No quise hacerlo hasta ahora porque no quería mezclar mi vida de colegio con este viacrucis por el que estoy pasando actualmente. ¡Aquellos tiempos fueron tan hermosos!... Pero todo ha sido inútil: ninguno de los otros ha querido ayudarme...

Vicente se puso en pie y miró desde arriba la figura encorvada en el asiento.

—¿Y qué puedo hacer por ti, Leonardo?

Respondió con voz anhelante:

—Sé que el Doctor Jiménez, tu compañero de bufete, se retira. Me han dicho que andan ustedes buscando un sustituto... Dame esa oportunidad, por favor, Vicente.

El permaneció un rato mudo, mirándole siempre desde lo alto, mientras recordaba el día de la entrega de trofeos, cuando el funcionario del Gobierno ponía en manos de Leonardo la copa de plata que el equipo del colegio había ganado en las competencias deportivas del último año. ¿Era este hombre acabado, vencido, que estaba allí sentado, humillándose, el mismo muchacho alto, hermoso, fuerte que había recibido aquel trofeo?...

Se inclinó sobre él y poniéndole una mano en el hombro le dijo:

—No te preocupes, Leonardo. Hablaré hoy mismo con Jiménez. Cuenta con mi ayuda.

—Gracias, Vicente —le respondió mientras le estrechaba las manos con efusión—. Sabía que no me fallarías.

Sonrió ampliamente y salió del despacho haciéndole desde la puerta un saludo con la mano.

Casi al mismo instante, la puerta lateral que daba junto al escritorio se abrió con suavidad y una cabeza canosa se asomó por el hueco preguntando:

—¿Alguna novedad, Vicente?

Vicente tuvo un pequeño sobresalto y poniéndose en pie respondió:

—Ninguna, Dr. Jiménez. Un solo visitante durante su ausencia. Justamente acaba de salir... Un tipo sin importancia a quien conocí hace años...

Y cuando la cabeza desapareció, Vicente sacó su mechero de plata del bolsillo, lo encendió con un movimiento del pulgar y lo acercó a la tarjeta que tomó del escritorio, manteniéndolo allí hasta que ésta ardió totalmente con una llama rojiza y brillante.

## Jornada completa

Entreabrió los ojos lentamente y la luz del sol que entraba por la ventana le obligó a cerrarlos de nuevo. Parecía que la cabeza iba a estallarle. Se llevó ambas manos a las sienes y las apretó con fuerza. El dolor agudo, intermitente, le martilló con violencia las paredes del cráneo mientras se incorporaba hasta quedar sentado en el borde de la cama, los párpados fuertemente apretados y la cabeza reposando entre los puños cerrados y convulsos.

—¡Maldito ron...! —murmuró mientras sentía su propio aliento impregnado de alcohol.

Con los ojos aún semicerrados, se separó del lecho y se dirigió vacilante hasta el lavabo. Abrió la llave de agua y sumergió la cabeza bajo el chorro refrescante. Después de algunos instantes se incorporó, enfrentándose a la imagen de sí mismo que le ofrecía el espejo colgado en la pared.

Con el dedo índice se estiró hacia abajo el borde inferior de los ojos poniendo al descubierto la región amarillenta, estriada de rojo, que le circundaba las pupilas... *Otra vez el hígado... ¡ Valiente herencia de un padre borracho!...* Se pasó la mano por la barba punzante y crecida que se extendía a lo largo del mentón y las mejillas... *¿Cuánto tiempo hace que no te afeitas?... ¿Dos días?... ¿Tres?...* Inclino la frente y se miró: estaba vestido con pantalón de casimir y camisa blanca y había huellas de barro en ambas prendas... *Has dormido con la ropa puesta... ¿Cómo llegaste a casa anoche?... ¿Cuándo saliste por última vez de ella?...*

Se despojó de la camisa, la arrojó al suelo y comenzó a afeitarse apresuradamente... *No enfrentarte con la Vieja ahora... Después, más tarde, tal vez... pero no ahora.*

Cuando terminó de rasurarse, se mudó de ropas y salió casi furtivamente de la habitación. Justamente al trasponer la puerta de la calle lo *sintió venir...* Llegó como siempre: pareció nacer en el centro de sí mismo y luego creció y se extendió por todo su cuerpo impregnándolo de un ansia irresistible, impostergable... Vaciló un instante sobre sus piernas y se recostó en el quicio de la puerta, pero no le tomó de sorpresa en modo alguno: para él, aquello era como un viejo conocido que acostumbra a visitar nuestra casa sin anunciarse previamente...

Introdujo las manos en los bolsillos del pantalón, aspiró profundamente el aire fresco de la mañana y cruzó con paso rápido la calle, consciente de que allí, a pocos pasos de distancia, encontraría la única fuente capaz de apagar la sed que le devoraba.

El bar estaba en la próxima cuadra. A veces, a aquella hora de la mañana estaba aun cerrado; pero eso era los sábados y domingos y hoy era miércoles... ¿o jueves? Desde el lugar por donde ahora caminaba no podía saber si estaba ya abierto. La puerta permanecía cerrada por un mecanismo automático y, a menos que uno tratara

de abrirla, no podía saber si estaba o no con llave.,. Una vez probó entrar y algunas personas que pasaban le vieron sacudiendo inútilmente la puerta... Fue humillante: uno nunca sabe lo que puede pensar la gente. Desde aquel día adoptó la costumbre de esperar en la esquina la entrada del encargado o de que se le adelantase algún otro cliente... *Pero hoy es distinto: no podrías quedarte parado, esperando... Hoy tienes que correr el riesgo...*

Al llegar frente a la puerta del bar, sacó la mano derecha del bolsillo y agarrando el picaporte... *Dios mío ¡que no tenga llave...!* lo hizo girar presionando hacia adentro.. La puerta cedió fácilmente y él atravesó aliviado el umbral.

No había nadie en el bar, excepto el encargado, de pie junto al escaparate de bebidas, secando un vaso con una servilleta.

—¡Hola! —lo saludó al sentarse en un taburete frente al mostrador.

—Buenos días. Llega usted temprano hoy.

—Siempre me levanto temprano los días de trabajo... Sírveme uno, por favor.

—Sí, señor, ¿de qué marca lo prefiere?

—Me es igual: todos son el mismo veneno.

El encargado sonrió mientras escanciaba el ron en un vaso que colocó sobre el mostrador. El otro lo rodeó con la mano haciéndolo girar entre los dedos... *Espera un poco... No le demuestres a ése hasta qué punto estás loco por beberlo...*

—Le echamos de menos por aquí ayer —dijo obsecuente el cantinero.

—Estuve fuera de la ciudad... Negocios, ¿sabes?... *Puedo aguantar las ganas... Puedo posponerlo aun más tiempo, ahora que lo tengo en la mano...*

El imperioso deseo vino de golpe. Con un movimiento brusco se llevó el vaso a los labios y apuró el contenido de un solo sorbo sintiendo cómo el cálido alivio le bañaba las entrañas. Colocó de nuevo el vaso sobre el mostrador, y empujándolo demandó:

—¡Otro!... *Siempre es más fácil esperar el primero que los demás...*

Apuró el segundo trago con el mismo gesto desesperado. Hizo una mueca de repugnancia y limpiándose la boca con el dorso de la mano dijo:

—Está cada vez peor. Estos licoreros se merecen la cárcel por estafadores... ¡Están jugando con la salud del pueblo!...

El cantinero sonrió comprensivamente haciendo gestos afirmativos con la cabeza mientras le servía de nuevo diciendo:

—¿Y qué tal los negocios?

—¿Los negocios?... Bien.— Bebió el siguiente trago... *¿Cuánto tiempo hace que no consigues un pedido?... ¿Quince días?... ¿Un mes?... ¿Dos?...* —Siempre se vende cuando se trabaja. Es cuestión de estadística: de cada diez comerciantes que visites, uno por lo menos te comprará algo...

—Sin embargo, dicen que el negocio de comisiones no está muy bueno en esta

época...

—...Está como siempre: el que trabaja, gana; el haragán se muere de hambre y comienza a inventar historias para justificarse... Sírvenme otro y deja ahí la botella.

El encargado escanció un nuevo trago y luego se volvió maquinalmente para colocar de nuevo la botella en el escaparate.

—¡Te dije que la dejaras aquí!... —gritó el otro arrebatándole la botella con mano ávida. Se sirvió y bebió consecutivamente dos largos tragos. Luego inclinó la frente y contempló pensativo la huella que había dejado el vaso mojado sobre la madera del mostrador... *¡Qué familiar te resulta ese pequeño círculo húmedo que te persigue por todas partes desde hace tanto tiempo!...* Con el dedo índice de la mano izquierda comenzó a cambiar la forma de la mancha hasta transformarla en una estrella de seis puntas... *Anoche hiciste ese mismo movimiento... ¿Dónde? ¿En el cristal de la mesa de cuál restaurante aristocrático? ¿Sobre la tosca madera de qué mesa de cafetín de mala muerte?*

Levantó la cabeza. A pocos pasos de distancia le observaba huraño el cantinero con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Perdona que te gritara hace un momento... No supe lo que hacía—, le aseguró conciliador mientras se servía nuevamente de la botella.

—No es nada. No se preocupe.

—Hace días que me siento nervioso, irritable... Quizás sea el calor... No sé... *Bien sabes que no es el calor... es que te sientes ahogado... es que sabes que todos están contra ti... Los que te miran por la calle con sonrisas burlonas... los que interrumpen sus conversaciones tan pronto te acercas... los culpables... los únicos culpables...*

Luego continuó en voz alta:

—Es terrible vivir en un medio tan estrecho. Rodeado por todas partes de prejuicios. Sentirse solo... Sin poder contar con nadie... Porque todos son unos hipócritas, ¿sabes?... ¡Unos hipócritas y unos cobardes!... ¿Crees que son capaces de darte el frente? ¿De decirte cara a cara cómo piensan?... No. Viven en la sombra, como ratones, y sólo salen de sus cuevas asquerosas para susurrar sus mentiras... ¡Ah! si yo tuviera algún día el poder suficiente... ¡Si pudiera tenerlos frente a mí, de rodillas y aplastarles la cabeza contra el suelo, como a alimañas!... —La indignación le inundó de súbito, como una ola que naciese en el fondo de sí mismo y se expandiera hacia todo cuanto le rodeaba. Terminó de hablar con los puños apretados y la boca torcida de odio.

Quedó un momento inmóvil, con la cabeza inclinada sobre el pecho y respirando entrecortadamente. Luego asió la botella y escanció un nuevo trago con ademán vacilante. Al beberlo torpemente, un hilillo de ron le corrió por la barbilla y cayó sobre el mostrador.

El encargado limpió con el paño la región humedecida y se arriesgó:

—Creo que ya ha tomado suficiente, ¿no le parece?...

El otro irguió con brusquedad el torso:

—¿Quién? ¿Yo? ¿Estás loco?... ¡Puedo beber cien veces lo que he tomado hoy!

...

Se sirvió nuevamente, como si quisiera robustecer su afirmación. Luego se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre el mostrador y dijo:

—Mi última juerga duró tres días con sus noches...

¡Aguanto más que cualquiera sin emborracharme!

Hizo una pausa y permaneció pensativo; luego continuó en voz alta el curso de sus pensamientos:

—Mi problema en casa es la Vieja... Siempre anda metiéndose en todo... — Parodió una voz gangosa:— “¿Por qué no haces esto? ¿Por qué no haces lo otro? ¿Por qué no le hablas a Fulano? ¿Por qué no le pides un empleo a Mengano?”... ¡Como si yo estuviese hecho para servir a nadie!...

Bebió una vez más, derramando parte del contenido de la botella sobre el mostrador. Se inclinó al continuar:

—...Y eso que antes era peor... Me olía el aliento cuando llegaba a la casa... Me sermoneaba cuando volvía tarde... —Bajó la voz y agregó, como si hablase consigo mismo:— ¡Tuve que acabar de una vez con todo aquello!...

Se inclinó aún más hacia el otro:

—Una noche, a la hora de cena, la Vieja comenzó a recriminarme como de costumbre... No le respondí una sola palabra... Me levanté de la mesa y me encerré en mi « habitación... Me bastó una herida superficial con la navaja de afeitar... Mira, aún se ve la huella... —Con la mano derecha retiró la manga izquierda de la camisa, dejando al descubierto la cicatriz rojiza de la muñeca. Se irguió y agregó sonriéndose: — Aún me parece oír sus gritos desesperados retumbando en las paredes de la casa... Y santo remedio: desde aquel mismo día descansé para siempre de sus reproches... *Pero cuando estás allí, siempre anda dándote vueltas, como una sombra... y tiene una manera de mirarte a los ojos...*

Permaneció un rato en silencio mientras se servía y bebía de nuevo. En aquel instante, un ratón salió de detrás del escaparate de bebidas y atravesó en rauda carrera de uno a otro extremo del mueble, haciendo tintinear las botellas.

El cantinero, asustado, dio un paso atrás al sentirse asido inesperadamente por la muñeca, mientras la cara desencajada por el terror se acercaba a él y preguntaba anhelante:

—¿Qué fue eso?

—No es nada... Cálmese... Son ratones... Hay muchos en el local... No he podido acabar con ellos... —Se soltó aprovechándose del alivio súbito del otro.

—Perdóname... Me ponen nervioso los ratones. —Se sirvió y apuró un nuevo trago; y, después de un silencio reconcentrado, habló otra vez como si lo hiciese para sí mismo:— Una vez, la casa estuvo llena de ratones... entraban en mi habitación... se trepaban por las paredes... se subían en mi cama... se enredaban en mis cabellos... —Después de una pausa, y como si sólo entonces se percatara de la presencia del otro, le gritó mirándole a la cara: — *¡Eran ratones!*, ¿me oyes?... Gordos, enormes, asquerosos...

Inclinó la cabeza y añadió en voz baja:

—Fue el año pasado, mientras estuve enfermo... El médico y la Vieja me decían que no había tales ratones, y yo tuve que callarme y tragarme aquello para mí solo... —Su voz se quebró en algo parecido a un sollozo cuando agregó:— Y los ratones volvían cada noche en oleadas interminables... y yo allí, mudo bajo las sábanas, con los ojos desorbitados de terror...

Sacudió la cabeza como si ahuyentase aquel recuerdo de pesadilla y tomando la botella con mano vacilante sirvió en el vaso lo que quedaba de su contenido. Conservando aún en la mano izquierda la botella, bebió sin respirar hasta el fondo del vaso y, vencido al fin, se precipitó sobre el mostrador permaneciendo inmóvil, con la cabeza entre los brazos y la boca entreabierta.

Al caer de bruces, soltó la botella que giró sobre sí misma y cayó rodando al suelo.

Sin pronunciar una palabra, el cantinero se agachó lentamente, recogió la botella, pasó el paño por el mostrador y después de colocar aquélla junto con el vaso en el escaparate, se dirigió hacia la parte posterior del local y llamó en voz alta a alguien que parecía estar detrás:

—Venga a llevárselo, señora, que para su hijo ya terminó el día...

## Edipo

Tan pronto la voz del cura se extinguió y el silencio reinó de nuevo en el interior de la pequeña iglesia, los hombres se movieron hacia el ataúd y lo levantaron con cuidado del banco de madera en donde había reposado hasta ese instante. Eduardo no fue de los que se apresuraron a cumplir aquel deber. Durante la breve ceremonia había permanecido abstraído de cuanto le rodeaba y sólo cuando alguien le rozó al pasar, comprendió que la intervención del cura había terminado y se iniciaba ahora la marcha hacia el cementerio.

Se apartó un poco para dejar pasar a los que llevaban el féretro y comenzó a bajar las gradas de la iglesia. A su lado, el ataúd se balanceaba inquietantemente a medida que los hombres descendían vacilantes. Un traspié, un paso en falso, provocarían sin duda una catástrofe. Eduardo meditó objetivamente sobre tal posibilidad, porque observaba cuanto ocurría a su alrededor como contempla un espectador el escenario: atento al desarrollo de la trama y secretamente confiado en un final sorpresivo y dramático.

Pero nada extraordinario sucedió. Los hombres alcanzaron sudorosos el nivel de la calle y respiraron con satisfacción. Se detuvieron unos instantes, se organizaron de nuevo y reanudaron la marcha tranquilos y aliviados.

Frente a la iglesia, el reloj de la plaza cantó seis sonoras campanadas... Las seis: hacía justamente nueve horas que había muerto y a Eduardo le sorprendió aquella cronométrica exactitud. A su padre sin duda le habría gustado saber que todo se había realizado a su debido tiempo. Que cada quien había cumplido a cabalidad su obligación. Pero ya al viejo no podría alegrarlo eso ni ninguna otra cosa en el mundo, porque estaba muerto, para siempre dentro de aquella caja reluciente de caoba que se balanceaba suavemente a su lado.

Si hurgaba en su memoria, allá en lo más profundo de su reminiscencia, la primera noción que conservaba de la existencia de su padre se confundía con una voz aterradora que tronaba por encima de su cabeza mientras él corría a guarecerse en el regazo tibio de la madre... Aquella escena debió repetirse muchas veces porque, al recordarla, la asociaba con diferentes acontecimientos de su infancia... Las primeras lecciones de equitación (el viejo azotándose furiosamente las botas con una fusta flexible: “*¡Algún día haré un hombre de esta mujercita!*”... y el terror del niño al lomo inseguro del caballo)... O el primer disparo con la escopeta de caza, apenas sostenida entre sus manos temblorosas (la voz iracunda del padre a sus espaldas: “*¡Aprieta el gatillo de una vez, cobarde!*”)... O el chapuzón inesperado en el mar, y la angustia de sumergirse hasta el fondo, y los gritos mudos bajo el agua, y la risa odiosa del viejo en lo alto del trampolín...

Una mano se apoyó en el hombro de Eduardo y una voz dijo a su espalda: “Le

acompañó en su sentimiento, joven”. “Gracias, muchas gracias”, respondió sobresaltado. ¿Sería la expresión de su rostro adecuada a las circunstancias?... ¿Estaba dándole a toda aquella gente la impresión de una pena honda, aunque discretamente expresada?... Tal vez debía pedirle a uno de los hombres que le permitiera cargar en su lugar el ataúd... Sí, sin duda era algo así lo que todos esperaban de él...

“Por favor, ¿me permite?”, y substituyó a uno de los portadores del féretro. Los músculos del brazo se le pusieron tensos, se le abultaron las venas de la frente y enrojeció su rostro... El viejo pesaba mucho. Siempre fue corpulento. Alto y macizo como una torre. Con músculos de hierro y manos poderosas., Aquellas manos enormes como palas... Rojizas y sembradas de un vello abundante que fue poniéndose gris con los años... Manos siempre ocupadas, sin tiempo para las caricias...

¡Qué vivamente recordaba el gesto brutal de aquellas manos rompiendo su primer boceto de dibujo!...

Fue un domingo por la tarde. El viejo jamás entraba en la habitación de su hijo; pero aquel día, al pasar junto a la puerta, debió sospechar del movimiento brusco del niño cerrando la gaveta baja del armario al oír sus pasos por el corredor... Vestido con su traje blanco recién planchado, parecía más alto e imponente que nunca, Se detuvo un instante en el umbral, entró luego sin dar explicaciones y sacando la cartulina de su escondite, la rasgó de arriba a abajo con un solo movimiento poderoso de sus manos... “*¡Si vuelvo a encontrar otra tontería de éstas en la casa, será su cara la que voy a partirle en pedazos!... ¡Y no siga llorando, que los hombres no lloran!...*”

Y ahora sus manos estaban inmóviles, cruzadas por encima de su pecho sin aire, y no volverían jamás a romper nada.

Alguien le tocó levemente en el hombro y sin pronunciar palabras se ofreció a substituirlo... ¡Ya era hora!... Eduardo se corrió ligeramente a un lado mientras abría y cerraba repetidamente la mano para ahuyentar el calambre. El silencioso grupo trasponía en aquel momento la puerta del cementerio»

El panteón familiar estaba en el extremo opuesto. Era una construcción sencilla, sin alardes, pero resultaba imponente junto a las modestas tumbas que lo rodeaban. En la segunda hilera de nichos, un poco hacia la izquierda del centro, la boca abierta y negra aguardaba.

Los hombres depositaron el féretro en el suelo, se secaron el sudor de la frente, y observaron atentos los movimientos precisos y hábiles con que el albañil mezclaba el cemento y la arena húmeda amontonados junto a la tumba.

“Buena cara para un estudio”, pensó Eduardo apreciando los rasgos fuertes y angulosos del rostro que se inclinaba frente a él, concentrado en su tarea... Ahora

trabajaría mucho. Debía recuperar todo el tiempo perdido... Mañana mismo traería sus telas y útiles de pintura de la capital... Usaría como estudio la habitación grande que daba a la terraza posterior de la casa,. Tal vez con un año de trabajo intenso se sentiría preparado para la beca...

A una señal del albañil, los hombres habían levantado el ataúd y lo estaban introduciendo horizontalmente en el nicho. Al principio rodó fácilmente hacia el fondo, pero de pronto, como si algún objeto extraño se interpusiese en su camino, se detuvo en seco y permaneció inmóvil.

Los hombres se consultaron entre sí murmurando en voz baja. A Eduardo sólo le llegaban algunas frases sueltas... "...la caja es demasiado ancha..." "debe haber algo ahí dentro", "...son las agarraderas. Hay que quitárselas"... "Sujete usted por aquel extremo: vamos a sacarlo de nuevo"...

Sin darse apenas cuenta de lo que hacía, dominado por un oscuro impulso irresistible, Eduardo corrió hacia delante, echó bruscamente a un lado a quienes se interponían en su camino, y apoyando primero las manos y luego el hombro sobre el extremo saliente del féretro, estuvo allí empujando con todas sus fuerzas, desesperadamente, como si de aquel esfuerzo formidable dependiera su vida entera hasta que un golpe seco y sordo le anunció al fin que el otro extremo de la caja había llegado al fondo del nicho»

Sólo entonces se retiró algunos pasos, tembloroso y jadeante, y mientras el albañil completaba su labor, permaneció callado e inmóvil, con la mirada fija en la boca del nicho hasta que el último ladrillo la cerró por completo para siempre.

## La puntualidad del señor Martínez

Cuando el agudo silbido de la sirena de la fábrica lo sustrajo de la ensoñación en que estaba sumido junto a la ventana, el señor Martínez se abotonó el chaleco, se caló el sombrero y, tomando su paraguas, bajó las escaleras con lentitud, contando maquinalmente los veinte pasos que lo separaban del piso bajo.

Cuando llegó al zaguán asomó con prudencia la cabeza por la puerta y, al comprobar que ya había cesado de llover, salió a la calle colgándose el paraguas del antebrazo izquierdo.

El charco que la lluvia había formado al borde de la acera reflejó por un breve instante la figura esmirriada y diminuta que caminaba presurosa hacia la parada de autobuses de la esquina próxima a la casa.

Al llegar junto al poste de metal, extrajo del bolsillo su reloj enchapado en plata y comprobó la hora. El señor Martínez nunca había llegado con retraso a la oficina en sus cuarenta años de labor como tenedor de libros de la Compañía de Créditos, y le complació saber que aquel día aún le quedaba media hora por delante.

Cuando llegó el autobús y se detuvo con estrépito de frenos junto al poste, el señor Martínez esperó pacientemente que bajaran dos señoras jóvenes que pasaron junto a él sin mirarle, y subió luego al vehículo con movimientos lentos, agarrándose fuertemente con ambas manos a los bordes de la puerta posterior.

Una vez arriba, caminó zigzagueando ligeramente a lo largo del pasillo que separaba la doble hilera de asientos y escogió un lugar delantero, cuidándose de sentarse en la parte interior, lo más lejos posibles de las traidoras corrientes de aire. El señor Martínez sabía cuidar su salud mejor que cualquiera.

En el asiento que correspondía al suyo, del otro lado del estrecho pasillo, una señora gruesa, de edad madura, con un cesto de legumbres sobre la falda, le miró distraídamente. El señor Martínez se sacó ligeramente el sombrero y le hizo una pequeña reverencia que ella correspondió con una sonrisa leve y ausente.

El señor Martínez sacó el reloj y lo colocó sobre sus rodillas. Eran exactamente las 8 menos 25 minutos» Si el autobús no hacía ninguna parada antes de llegar a la esquina más cerca a la oficina, recorrería el trayecto en 8 minutos. Considerando que él emplease 3 minutos para alcanzar la puerta de la Compañía, llegaría al trabajo con 14 minutos de anticipación.

No hubo ninguna parada intermedia y el autobús no se detuvo hasta la esquina próxima a la Compañía de Créditos. Cuando el vehículo paró en seco, el señor Martínez, luego de comprobar que sus cálculos sólo habían fallado por 30 segundos escasos, introdujo de nuevo el reloj en su bolsillo y se puso en pie. Después de hacer una cortés inclinación ante la señora del cesto de legumbres, se dirigió hacia la puerta lateral y bajó cuidadosamente del vehículo.

La oficina estaba sólo a 50 pasos de distancia. Tenía, pues, tiempo suficiente para pasear un poco, mirar las vitrinas de las tiendas y aprovechar durante 13 minutos y treinta segundos el calor reconfortante del sol de la mañana.

Frente al escaparate de la zapatería observó de nuevo la hora: 11 minutos todavía. Anduvo algunos pasos en dirección opuesta a la oficina y se detuvo un momento para mirar dos niños que corrían rumbo a la escuela con los libros en la mano. Ayudándose con la punta del paraguas, rodó hacia la boca enrejada de una alcantarilla un tapón de corcho que alguien había arrojado en la cuneta y sacó una vez más el reloj: 7 minutos para las 8.

Si volvía sobre sus pasos y caminaba lentamente, lo más lentamente que fuera posible, llegaría aún con tres o cuatro minutos de anticipación. Podía prolongar el paseo, pero pensó que era arriesgado alejarse más de las puertas de la oficina, porque el tiempo a veces suele jugar bromas pesadas. Unas veces parece detenerse eternamente, como ahora. Pero otras corre desenfrenadamente, sin previo aviso, y uno se queda tras de él, sin poderlo alcanzar. El señor Martínez de ningún modo permitiría que el tiempo le jugase una mala pasada como aquélla. Por otra parte, no podía permanecer allí, parado en medio de la acera, observando el reloj, porque llamaría sin duda la atención de las personas que pasaban por su lado rumbo a las oficinas.

El señor Martínez, pues, decidió caminar lentamente, y ya en línea recta, hacia el lugar de su destino. Empezó la marcha y al llegar casi frente al edificio de dos plantas que ocupaba la compañía sacó otra vez el reloj: ¡todavía cinco minutos!

No vio a ninguno de los empleados: sólo al portero con su uniforme verdoso, mirando hacia el otro extremo de la calle. El señor Martínez se agachó junto a la pared y colocando el paraguas a su lado en el suelo, fingió atarse el cordón de los zapatos. De aquel modo ganaría tal vez 30 segundos. Pero antes de que transcurriera ese breve lapso, la voz del portero sonó desagradablemente a su espalda:

—Buenos días, señor Martínez. ¿Usted por acá otra vez?

El señor Martínez, mortalmente asustado, recogió el paraguas y se irguió todo lo alto de su pequeña estatura respondiendo débilmente:

—Sí. Es la hora de entrar al trabajo, ¿he llegado acaso demasiado temprano?

El otro se le acercó y lo tomó de un brazo con ademán afectuoso y protector:

—Pero, señor Martínez, ¿no recuerda usted que está de vacaciones? ¿Cuántas veces tendré que repetírselo?

El señor Martínez pareció llenarse de turbación y respondió con voz entrecortada:

—¿De vacaciones?... ¡Ah! Sí, sí... ¡Claro! De vacaciones. No lo recordaba... Tiene usted razón... Perdóneme, por favor...

A medida que hablaba, fue alejándose del portero caminando de espaldas hasta chocar violentamente con un joven que venía en dirección opuesta. Este le sujetó por

los brazos y evitó que cayese mientras el sombrero y el paraguas rodaban por la acera.

El señor Martínez balbuceó una excusa, recogió ambas prendas del suelo y se marchó sin volver la cara, desorientado y confuso.

El portero lo observó hasta que desapareció de su vista al doblar una esquina, y entonces habló dirigiéndose al joven que había permanecido a su lado:

—¡Pobre hombre! Cuarenta años estuvo con la firma. Cuando lo jubilaron andaba ya mal de la cabeza, pero su manía es inofensiva: cree que todavía trabajar aquí y viene todos los días a la misma hora...

## Propiedad privada

Tan pronto oyó el cacareo asustado de las gallinas y observó por la ventana su carrera circular dentro del gallinero, Manuel descolgó de la pared la escopeta de caza, colocó dos cartuchos en la recámara y bajó corriendo al patio con el arma fuertemente apretada entre las manos.

—¡Pájaro del diablo, esta vez no vas a llevarte nada de lo mío...!

En el espacio abierto que dejaba libre a la vista el ramaje de los árboles, no había trazas del *guaraguao*, pero su presencia se sentía en el ambiente del gallinero y en el terror que impulsaba la loca carrera de las aves prisioneras.

Desde el lugar donde permanecía en acecho, dominaba el hombre toda la extensión de su predio, excepto la pequeña porción que le ocultaba el tupido platanar del fondo. No era mucha tierra, apenas ocho tareas con cultivos de plátanos en un extremo, hortalizas en el otro, frijoles en el centro, y esparcidos a lo largo de! jardín que rodeaba por completo la casa, una ceiba, dos algarrobos y cuatro mangos. No, no era mucha tierra, pero cada metro cultivado dentro de la triple hilera de alambre de púas que circundaba la heredad, era obra de su solo esfuerzo. Cada planta, excepto los grandes árboles, fue sembrada por su propia mano. Todo lo que allí había era de su exclusiva propiedad y no era él quien iba a permitir que un maldito pájaro ladrón le robara lo suyo.

Permanecía alerta, con cada músculo y cada nervio de su cuerpo en plena tensión, recorriendo con la mirada los rincones del patio o adivinando en el cielo el camino que escogería el enemigo para atacar, parado a pocos pasos del rústico gallinero que levantaba sus paredes de tablas de palma y alambre tejido alrededor de la crianza incipiente.

Esperó inmóvil durante un buen rato, pero el astuto animal no se dejó ver... *¿sabrá que lo estoy acechando, el maldito?...* Se corrió luego algunos pasos a su izquierda sin abandonar un momento su actitud vigilante, hasta alcanzar el ancho tronco de la ceiba. Se recostó un instante y justo en el momento de apoyar en el suelo la escopeta, y cuando ya las gallinas reiniciaban tímidamente la búsqueda del alimento esparcido en el piso del gallinero, vio de súbito venir el *guaraguao* con las alas desplegadas e inmóviles, planeando en círculos cada vez más estrechos hacia abajo.

Sin perder un segundo se echó la escopeta a la cara y disparó... *¡Toma, desgraciado!...* Por un momento creyó que lo había alcanzado. El ave cerró las alas y pareció caer, pero de inmediato las batió con brío inesperado y desapareció volando en línea recta tras el tupido ramaje de la ceiba.

Manuel corrió separándose del árbol... *¡Pájaro del demonio...*, hasta convencerse de que era inútil disparar de nuevo porque el enemigo estaba ya fuera de su alcance...

*¡Maldita sea!* Era la tercera vez que se le escapaba de las manos. Parecía que mientras más ganas tuviese de cazarlo, más difícil resultaba acertarle.

Se paró en seco y agitando el puño cerrado hacia la mancha negra que se empequeñecía en el cielo: — ¡La próxima vez, por mi madre que te tumbo!

Colocó la escopeta bajo el brazo y caminó hacia el platanar que se extendía en el fondo del predio.

Al oír el disparo, la mujer se había separado bruscamente de los brazos del hombre y con los ojos agrandados de miedo dijo en voz baja y angustiada:

—¿Oíste eso?... Es Manuel con la escopeta... ¡Vete pronto de aquí!... ¡Que te vea, Dios santo!...

Habían estado acostados en el suelo, protegidos de las miradas de la casa por la maleza tupida del platanar, pero ya el hombre se había incorporado de un salto y se arreglaba apresuradamente las ropas.

—¿Por dónde salgo?...

—Por allí, por la cerca de alambres del fondo... ¡Pero date prisa, por Dios!...

El corrió desesperadamente, pero cuando se abrió paso a través de los alambres, Manuel irrumpió en el claro. y apenas con el tiempo suficiente para echar una rápida ojeada a la mujer aún recostada en el suelo, levantó la escopeta y disparó sobre la cerca.

El hombre enredado en los alambres abrió los brazos y cayó pesadamente a tierra.

Junto a la mujer muda de espanto, Manuel murmuró mientras descansaba en el suelo la culata del arma:

—Ya decía yo que la próxima vez te tumbaba...

## La rebelión

—¿Por qué no te casas, tía Julia?

—Porque nadie ha querido casarse conmigo, Pedrito.

Ella estaba sentada en la mecedora que impulsaba suavemente, tratando de adormecer al niño recostado en sus rodillas.

—Yo me casaría contigo—, dijo él, —pero soy muy chiquito, ¿verdad?

La mujer sonrió con dulzura y le acarició el pelo mientras respondía:

—Sí. Ahora estás muy chiquito; pero cuando crezcas, tal vez...

—Creceré pronto, tía Julia, y entonces nos casaremos.

—Sí, mi hijito, y seremos muy felices los dos, como en los cuentos. Pero ahora duérmete, que ya es tarde y mañana tendrás que madrugar.

Bajó con lentitud la mano desde la cabeza del niño hasta su frente y desde allí a los ojos, forzándole suavemente a cerrarlos. Se meció durante un rato más, y cuando estuvo segura de que él dormía ya, se puso en pie y lo acostó en la cama.

Tan pronto apagó la luz, comenzó a escucharse claramente dentro de la casa el ruido del hierro golpeando acompasadamente sobre el cuero. “¡Otra vez aquel hombre trabajando de noche!”, se dijo. Acercándose a la ventana entreabierta observó la línea de luz bajo la puerta del garaje. Nunca había alcanzado a comprender por qué su hermano le había alquilado esa pieza al zapatero. Cuando Pedro le dio la noticia era ya un hecho consumado y ella no se atrevió a oponerse. Pero la verdad era que la turbaba la presencia de aquel extraño en la casa. Cuando ella trabajaba en el jardín por las mañanas, debía pasar forzosamente ante la puerta del garaje y no podía evitar mirar al hombre casi desnudo, con apenas una camisilla rota y un pantalón recortado que dejaban ver por todas partes su carne oscura y sudada. Al segundo día estuvo a punto de pedirle a Pedro que lo echase porque cuando ella pasó aquella mañana con la regadera frente a la puerta, él la miró de una manera que la desagradó profundamente. Pero al fin decidió no hablar de aquello, temerosa de que su hermano interpretase mal la actitud del hombre. Porque la verdad era que éste no era atrevido ni insolente. No, él sabía conservarse en su lugar; pero aquella forma de mirarla y aquel estarse allí todo el día como un intruso...

Julia se apartó de la ventana y contempló durante algunos instantes al niño dormido antes de salir en puntillas de la habitación.

En la antesala, el hombre levantó los ojos del periódico que leía al sentirla entrar:

—¿Se durmió ya el niño, Julia?

—Sí. Hace apenas un momento.

—Me alegro. Quiero salir bien temprano mañana.

Y cuando Julia salía ya de la habitación, le preguntó:

—¿No has cambiado de idea?

Ella, ya en el umbral, se volvió hacia él:

—No, Pedro. Ya te he dicho...

—Está bien. Pero recuerda que nuestra casa será siempre la tuya y que es mi esposa la que insiste en que vivas con nosotros.

—Lo sé. Mariana es muy amable. Dile lo mucho que agradezco su bondad... Pero tú sabes bien que es mejor así. Yo les estorbaría...

—No digas eso, Julia, nosotros no...

Pero ella había ya salido y cerrado la puerta tras de sí.

En el corredor, los golpes del martillo le llegaban más distintamente y, sin darse cuenta, fue acompasando a su ritmo monótono el curso de sus pensamientos... No. No podía aceptar el ofrecimiento de su hermano. Aunque Pedro había tratado de presentarle las cosas como si fuese ella quien les hiciera un favor yéndose a vivir con ellos a la capital, comprendía muy bien que lo que trataba era de atenuar el dolor que le produciría separarse del niño. Porque todos, incluso ella misma, sabían que ese dolor sería grande. Tan grande, que no se imaginaba ahora mismo cómo podría soportarlo. Durante los cinco años de su corta vida había estado el niño junto a ella, sin separarse jamás de su lado, como lo había querido su pobre hermana antes de morir. ¡Qué estéril resulta, pensó, hacer promesas como aquélla que le hizo en su lecho de muerte! La vida no reconoce ni respeta resoluciones tan a largo plazo, y termina siempre por imponer sus propias decisiones. Al cabo de cuatro años, Pedro Volvía a casarse y ahora, un año después, se llevaba a su hijo donde era lógico que estuviese: al hogar que su padre y su nueva esposa habían formado.

Al entrar en la sala, percibió Julia de reojo el movimiento brusco de la pareja de novios sentada en el sofá, separándose el uno de la otra, y los gestos nerviosos con que ambos pretendían ocultar su turbación. Sin mirarlos de frente y un poco avergonzada de su involuntaria intromisión, pasó junto al sofá y caminó hacia la galería, pero alcanzó a oír, sin proponérselo, parte del diálogo que se desarrollaba en voz baja a su espalda:

—¿Crees que nos vio?

—No, no me parece... La pobre tía Julia nunca se da cuenta de nada...

Ya en la penumbra acogedora de la galería, acodada en la balaustrada de cemento y mirando sin ver hacia la puerta cerrada del garaje y hacía el ruido acompasado y sordo que surgía tras de las hojas de madera, Julia sintió que las palabras la habían seguido desde la sala y zumbaban ahora junto a su oído, como insectos que volasen a su alrededor... *la pobre tía Julia, no se da cuenta de nada...* Se sintió herida en lo más hondo, allí donde las cosas duelen realmente... ¿Por qué habría dicho aquello Elvira? ¿Para tranquilizar al novio o porque creía realmente lo que dijo?... ¿Era ésa la idea que tenía su sobrina de ella?... ¿Era así como pensaban también los demás? ¿Su hermano, el niño?... No, el niño era distinto... al menos por ahora... Pero los

otros...

El martilleo del garaje pareció subir de volumen. Julia se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos... Siempre había estado demasiado ocupada, pensó, para hacerse a sí misma cierta clase de preguntas. Pero ahora se sentía cómo ante una puerta que de pronto se hubiera abierto frente a ella. Tras de aquella puerta, ¿qué le estaba ofreciendo la vida? ¿Cómo había llenado hasta ahora los años transcurridos? ¿Qué le quedaba para colmar los que faltaban por llegar?... Mañana temprano se marchaba el niño; el mes próximo se casaba Elvira, y ella iba a quedarse sola en aquella casa que de pronto le pareció enorme y ya vacía... *¿Y entonces, Dios mío?*

Movió la cabeza de un lado a otro al compás de los martillazos que ahora parecían sonar dentro de su cráneo... ¿Pero por qué antes no se había sentido nunca así? ¿Por qué tenía que ser ahora, en este instante, cuando se viera a sí misma tal como era, tal como había sido y tal como sería siempre: una simple espectadora al borde de la vida, mirándola de lejos y sin pedirle nada, como alguien que observara desde la acera el alegre desfile que pasa por la calle.

Con los ojos cerrados y la frente entre las manos, no respondió al saludo que le hizo al pasar junto a ella el novio de Elvira, ni miró a ésta cuando lo despedía con un gesto de la mano desde el otro extremo de la galería.

Por mucho rato permaneció allí, inmóvil, y cuando todas las luces de la casa se apagaron, bajó lentamente los escalones que conducían al jardín arreglándose el pelo con las manos.

Al sentirla entrar, el hombre cesó de golpear y la miró a los ojos. Ella no ¿dio ninguna explicación. Se acercó a él y tomándole la cabeza por el pelo crespo la apretó contra su vientre.

El murmuró con la boca pegada a la carne tibia y palpitante:

—¡Al fin!... Creí que ya nunca...

Pero ella, inclinándose sobre el cuerpo moreno y sudado, lo interrumpió con una voz que sonó extraña aún para ella misma:

—¡Mentiroso!... Sabías bien que yo terminaría por venir...

## Vecindad

Cuando la luz marcó sus líneas amarillas en los bordes de la ventana cerrada, Jorge levantó la vista del libro y miró de frente las toscas hojas de madera desteñida, pensando que ya la mujer había entrado en su habitación y estaba dando vueltas en ella, como de costumbre.

Hacía horas que él estaba allí, sentado frente a la ventana abierta, leyendo a ratos el libro que reposaba sobre sus rodillas, pero consciente en todo momento de que la oscuridad que reinaba en la habitación alta de la casa de enfrente, significaba que la mujer no había llegado todavía.

Estirando los brazos y arqueando el torso perezosamente suspiró aliviado (la ventana no tardaría en abrirse), y observó la noche. Ni una sola estrella en el cielo, sólo algunas nubes inmóviles colgando pesadamente sobre la ciudad.

Justo al nivel de la suya, la ventana de enfrente se abrió de par en par y la luz saltó hacia afuera, La mujer, con los brazos abiertos en cruz, se aseguraba de que ambas hojas tocasen la pared exterior. Allí, bajo los brazos, en la zona que escapaba a la protección de la tela, la piel trigueña se ennegrecía con la sombra del vello recién afeitado.

La luz que nacía a su espalda le impedía distinguir con precisión las facciones, pero ya él se sabía de memoria aquella cara. Desde hacía un mes, cada día veía ir y regresar del trabajo a la mujer, la sentía subir y bajar corriendo la escalera y, aún antes de verla, adivinaba su próxima presencia, a tal punto conocía el sonido inconfundible de sus pasos presurosos y menudos. Y tan pronto los oía en la acera de la calle, se acercaba a la ventana para esperar que ella apareciese frente a él, moviéndose en el interior de su habitación, cambiando objetos de un sitio a otro, o leyendo recostada en el sofá que convertía en cama a la hora de dormir.

Jorge no sabría precisar en qué momento la presencia de la mujer vino a tener existencia consciente para él. No supo cuándo se mudó a la pensión que ocupaba la planta alta de la casa vecina, pero sí podía recordar el día preciso en que esa presencia cotidiana y extraña a la vez, cambió por completo el curso de su vida.

Fue una tarde lluviosa del último mayo. Desde la ventana, había observado a la mujer en el zaguán, esperando nerviosamente que la fuerte lluvia aminorase. Un automóvil particular se detuvo frente a ella y Jorge adivinó el diálogo entre el hombre que lo conducía y la mujer de pie en el umbral. “¿Quiere subir? Puedo llevarla donde quiera.” “No, gracias.” “Por favor, no vaya a pensar usted mal... Sólo quiero hacerle un pequeño servicio”. “No se moleste. Prefiero esperar”. “Suba, no sea terca. Yo la conozco a usted. Sé donde trabaja y voy en esa dirección... Suba usted”... Jorge se había interesado en el forcejeo que presentía allí abajo y llegó a hacer cálculos sobre el tiempo que le tomaría al galante conductor convencer a la

pasajera remisa. “No más de cuatro minutos”, se dijo. Y de acuerdo con el cronómetro suizo que tenía siempre a su lado, a los tres minutos y cuarenta segundos exactos, la mujer había subido al auto y éste partía velozmente hacia el centro de la ciudad. Pero a Jorge este pequeño triunfo le dejó un sabor amargo en la boca.

Estuvo cinco días sin asomarse a la ventana en los momentos en que ella solía estar en la casa. Durante ese tiempo estuvo amargado, presa de un extraño sentimiento de disgusto que hasta entonces no había conocido. El, siempre tan manso y paciente, se irritaba por cualquier nimiedad y uno de los clientes del pequeño negocio de relojería que mantenía allí en su habitación, llegó incluso a preguntarle qué le pasaba.

El también se lo preguntó a sí mismo y, a pesar suyo, tuvo que confesarse que se sentía obsesionado por la vecina de enfrente. Al principio pensó que su interés era más bien paternal. Ella era una muchacha joven, inexperta, sola, en una ciudad que probablemente le era extraña. El incidente del automóvil podría repetirse, complicarse con algo peor y sabe Dios qué cosas podrían sucederle... Debía buscar la oportunidad de conocerla personalmente, hacerse su amigo, tratar de aconsejarla... Durante aquel período, en sus frecuentes insomnios, se imaginaba sentado a su lado, tomándole las manos o acariciándole paternalmente el pelo mientras la alertaba contra los peligros de la ciudad.

Pero no se engañó durante mucho tiempo sobre la verdadera naturaleza de sus sentimientos para con la mujer, porque éstos terminaron por salir a la superficie de su conciencia y flotaban ya en ella como una flor malsana.

Desde entonces su vida había comenzado a girar alrededor de aquella persona extraña, de la cual no conocía ni siquiera el nombre. Día a día se prendía como una hiedra al borde de la ventana, pendiente de cada paso, de cada actitud de la mujer. Allí realizaba todas las reparaciones que le encomendaban y, cuando no tenía trabajo que hacer, con el libro abierto frente a sí, fingía leer durante horas interminables, mientras todos sus sentidos la perseguían dentro de la casa, tras las gruesas paredes de mampostería que la ocultaban a su vista. Distinguía el sonido de sus pasos entre los de los veinte inquilinos de la pensión. Conocía el metal de su voz y el timbre de su risa, y era capaz de percibirlos y diferenciarlos en todo momento. Se sabía de memoria sus hábitos y gozaba secretamente con anticiparse a su realización. Las horas de comida, el horario de trabajo, el momento del baño, las salidas nocturnas que lo torturaban hasta lo indecible y lo sometían a largas vigilias junto a la ventana.

Y ahora, en este preciso momento, ella estaba allí, frente a él, acodada en el alféizar y miraba hacia la calle. Jorge, levantando levemente la vista de las páginas del libro, podía observar cómo la tela suave del vestido cedía al empuje de los senos duros y erguidos.

No era fea, pero tampoco podía decirse que era hermosa. Y era muy joven; tenía

que serlo, porque el rostro era fresco y lozano, el vientre plano y firme, y cada movimiento de su cuerpo era preciso y ágil, aún las veces que, como anoche, vistiera aquella falda estrecha que se le pegaba a los muslos y le marcaba las caderas.

La mujer miró a Jorge y le sonrió distraídamente. Luego se inclinó aún más hacia la calle mirando a su izquierda... A Jorge se le agolpó la sangre en el rostro. Sintió el rubor que le quemaba la piel y odió una vez más aquella incapacidad suya de esconder su timidez. *¡Maldita sea! Si ella llegara a sospechar...* De sólo pensarlo sintió una oleada de angustia oprimirle el pecho... Pero era una tontería pensar que ella hubiese podido notarlo, en la penumbra que envolvía protectoramente su rostro.

Frente a él, la mujer bostezó, estiró los brazos y cerró la ventana.

Jorge permaneció inmóvil, mirando ya abiertamente frente a sí. Se quedaría todavía un rato allí porque, después de desvestirse, ella apagaría la luz y abriría de nuevo la ventana antes de dormirse, y sólo entonces, él impulsaría las ruedas de su silla de inválido hasta la cama, y desde allí llamaría para que lo ayudaran a acostarse.

## Fiebre

El hombre abrió la puerta exterior de la casa, se apartó del umbral para darle paso al niño que cargaba la mecedora, y salió después a la acera zafándose el botón superior de la camisa.

Rodó hacia la sombra la mecedora que el muchacho había colocado en la calzada, y se sentó en ella con las piernas estiradas. Se secó con el pañuelo la frente mojada de sudor y cerró los ojos reposando la nuca en el respaldo mientras se echaba aire lentamente con un abanico de fibras de cana trenzadas.

—Avisa que tomaré el café aquí afuera—, recomendó al niño antes de que éste desapareciera en el interior de la casa.

Permaneció con los ojos cerrados, moviendo suavemente frente a sí el abanico hasta que una voz lo sacó de su modorra:

—Buenas tardes, Don Manuel.

Jaime, su administrador, permanecía con el sombrero en la mano a pocos pasos de distancia. Sin mirarle, le respondió:

—¡Hola, Jaime! ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

—He venido por el asunto de Doña Flora, la inquilina del 24, señor.

—¿Qué pasa con esa mujer? Hoy se vence el último plazo que le di, ¿no?

—Sí, señor. Ayer estuve allí para advertírselo... sólo que...

Don Manuel cesó de abanicarse, alzó los ojos y miró de frente al otro:

—¿Y bien?...

—Bueno... Ella me pidió quedarse hasta mañana: tiene al niño con calentura...

Don Manuel volvió a mirar hacia el suelo al interrumpirle bruscamente:

—¡Ni un solo día de retraso más! ¿Me entiendes? Vas a ir ahora mismo con el alguacil y la sacan por la fuerza si es necesario. Y tan pronto la saques a ella y sus trastos, vienes a avisármelo, ¿me oyes? —Luego de una pausa agregó: ¿Qué es lo que se cree la gente? ¿Que uno suda ganando sus cuartos para regalárselos a nadie?

El encargado cuadró los hombros:

—Sí, señor. Se hará como usted dice... Con permiso.

Se marchó y Don Manuel se arrellanó de nuevo en la mecedora observando una mosca que volaba en círculos sobre su cabeza. El insecto acabó posándose sobre su frente y él la espantó con un golpe del abanico en el instante en que la mujer aparecía trayendo en una bandeja la taza humeante de café recién colado.

Tomó la taza y la vació de un solo sorbo, colocándola de nuevo en la bandeja que la mujer había dejado a su lado antes de desaparecer otra vez en el interior de la casa.

La mosca regresó de su viaje por el espacio y se posó sobre la taza, atraída por el aroma dulzón que se desprendía de ella. Don Manuel permaneció observándola mientras el insecto se restregaba con fruición las patas delanteras. Con un

movimiento rápido trató de golpearla con el abanico, pero la mosca escapó a tiempo de la trampa volando en línea recta hacia arriba. Planeó luego por encima del hombre y voló hacia el interior de la casa. Al cruzar el umbral de la puerta, una ráfaga de viento la impulsó de nuevo hacia afuera, describió entonces un semicírculo, tomó altura y logró al fin introducirse por la puerta entreabierta.

Cuando el insecto desapareció de su vista, Don Manuel cerró los ojos, se acomodó mejor en la mecedora y se amodorró de nuevo en el bochorno de la hora.

—Manuel, Manuel, ¡despierta!

Abrió los ojos, sobresaltado, y miró a la mujer que le sacudía el hombro con violencia.

—¿Qué pasa?

—La niña tiene fiebre. La toqué y está ardiendo... Ven pronto.

Se levantó de un salto y entró en la casa tras de la mujer. Atravesaron rápidamente la sala y entraron en la habitación en penumbras donde el pequeño cuerpo acostado en la cama tiritaba bajo las sábanas.

Se acercó a la niña y puso la mano sobre su frente, sintiendo cómo abrasaba el calor que se desprendía de ella.

—Tiene la fiebre muy alta —le dijo a la mujer que permanecía junto a él, mirándole con ojos angustiados.— ¿Desde cuándo está así?

—No sé. Debió darle de repente» Hace una hora estaba perfectamente bien... No puedo explicarme...

—Voy a buscar al médico en seguida. Quédate con ella.

Salió apresuradamente, y al atravesar el umbral de la puerta de la calle tropezó con el administrador que entraba en ese instante. Este se retiró un poco para darle paso mientras le decía:

—Cumplidas sus órdenes, Don Manuel. Aquí tiene la llave. Gracias a Dios se fueron voluntariamente porque, es curioso, ¿sabe?, al niño se le quitaron las calenturas como por milagro esta misma tarde...

## El corcho sobre el río

Apenas transcurrió ese espacio de tiempo —sin medida ni definición posibles—, que sucede al instante preciso de despertar, y durante el cual parece que recogemos los trozos dispersos de nuestra mente y los unimos con rapidez mágica para formar de golpe el *rompecabezas* de nuestro mundo consciente; tan pronto se sintió vivo una vez más, y recordó que se llamaba Luis Almozar, y se le reveló que justamente amanecía el día doce de julio, saltó de la cama y caminó con decisión hacia el lavabo que se levantaba en un rincón de la estancia. No fue sino después de haberse salpicado la cara con agua fresca, y mientras buscaba a tientas la toalla colgada a su lado, cuando reparó, al través de los ojos entrecerrados, en el sobre blanco que reposaba en el suelo, junto a la puerta cerrada de la habitación.

Con el rostro húmedo todavía y la toalla entre las manos, se acercó a la carta, mirándola fijamente, como hipnotizado. Aun antes de levantarla del suelo y de que sus ojos de miope pudieran recorrer las letras menudas que se apiñaban en el sobre, *supo* que la carta era de Laura. Se arrodilló a su lado y, sin tocarla todavía, leyó su propio nombre en aquellos rasgos firmes y apretados que tanto conocía. Permaneció un rato inmóvil, y luego se sentó lentamente en el suelo, abrazadas las rodillas, con el mentón descansando sobre ellas. La carta debía estar allí desde la tarde del día anterior, pero como él llegó después de anochecer y se acostó a oscuras, no la había notado. Un escalofrío le recorrió la espalda y lo forzó a apretar maquinalmente los brazos contra el cuerpo. Sintió que una breve lucha se libraba en su interior. De un lado, sentía el deseo casi irresistible de enterarse del contenido de la carta; pero, de otro, sabía que esto sería un error. Que no podía permitirse el lujo de enfrentarse una vez más con las mismas quejas y recriminaciones. Que debía evitar un nuevo encuentro con expresiones de dolor demasiado conocidas. En el fondo, tenía la certeza de que cuando se toma una decisión como la que él había adoptado, era preciso defenderla de toda contingencia, ampararla contra toda debilidad. Y allí, dentro de aquel sobre cerrado, se adivinaba la presencia de una trampa, de un llamado a la blandura y a la conmisericordia... No, no iba a leerla. Por nada del mundo cometería esa equivocación... Y, además, había otra cosa: la carta era una prueba de una relación personal que él pretendía borrar sin dejar rastro. Las otras, las que había conservado hasta poco antes encerradas en el armario, habían sido cuidadosa y totalmente destruidas. Era preciso hacer lo mismo con aquel postrer vestigio del pasado. Sin vacilar un instante más tomó el sobre cerrado, se incorporó, fue hasta el lavabo y lo rompió en trocitos menudos, dejándolos caer en el recipiente de loza. Luego abrió la llave del agua y observó atento hasta que el último pedazo de papel desapareció por el desagüe en un remolino vertiginoso de agua, papel y tinta emborronada.

Su brusca decisión después de aquellos momentos de duda, pareció darle nuevos bríos. Se abalanzó casi sobre la ropa que permanecía doblada en la silla junto a la cama, y comenzó a vestirse rápidamente. No estaba asustado ni sentía temor alguno. Por el contrario, lo embargaba una grande, fría y decidida determinación. Había resuelto *hacerlo* y lo haría. Cuanto antes, mejor. El hecho de que aquel mismo día iba a preparar el escenario para asesinar, calculada y alevosamente, a un ser humano, no parecía afectarle mayormente.

Si a Luis le hubieran preguntado en qué momento preciso había decidido matar a Laura Vindaya, no hubiera sabido responder. Pero, como es natural, nadie le había hecho aquella pregunta, ni siquiera él se la había formulado a sí mismo. Hay cosas que no tienen fecha de nacimiento. Ideas cuyo origen es imposible determinar. Son algo vago, confuso, nebuloso, que de repente adquiere una naturaleza clara y definitiva. Pero cuando uno viene a tener conciencia de ello, ya la metamorfosis se ha consumado totalmente, y parece que siempre hemos pensado así; que desde el primer momento habíamos adoptado aquella determinación irrevocable.

Conoció a Laura el mismo día de su llegada a Altocerro. Había aceptado el cargo de director de la escuelita rural a raíz de completar sus estudios de bachillerato, y se trasladó a aquella aldea enclavada en la Sierra como habla realizado siempre todo acto de su existencia: dejándose arrastrar por la corriente de la vida, sin resistirse a los acontecimientos, como flota un corcho en la corriente del río.

Alquiló un cuarto en el único hotel del pueblo y se entregó sin entusiasmo a la rutina diaria de la labor escolar. Su vida se impregnó de monotonía. Todas las mañanas se levantaba con el alba, desayunaba frugalmente y hacía a pie el recorrido hasta la escuela, distante tres kilómetros del poblado. A las ocho menos diez minutos, invariablemente, abría las puertas de madera y se sentaba en la silla de guano, tras de la mesa, en espera de los niños. Eran cuarentiséis, de edades que oscilaban entre siete y doce años y ni siquiera conocía sus nombres: les atribuyó un número a cada uno y con eso le bastaba.

Las horas se extendían, elásticas, interminables, mientras repetía, sin mirar a su infantil auditorio, las mismas nociones elementales, primitivas, que vagamente recordaba haber oído muchos años antes en una voz apagada que sonaba como la suya y que, como ella, parecía rodar, sin tocarlas, por encima de las pequeñas cabezas que se amontonaban frente a la mesa, hasta perderse suavemente en lanada y el olvido.

Laura era la única persona que compartía sus tareas. Oriunda de Altocerro, vivía a pocos pasos de la escuela y estaba encargada de la tanda vespertina. Al principio, no se sintió particularmente atraído hacia ella. Era una mujer madura, seca, que debía llevarle diez años cuando menos. Durante las primeras semanas sus relaciones se limitaron al intercambio de un trivial “buenos días”, cuando, al punto de las doce, ella

entraba a la escuela para hacerse cargo del turno que le correspondía. Aun antes de que terminaran de llegar los nuevos alumnos, Luis partía de nuevo hacia el pueblo, desentendiéndose de todo hasta el día siguiente.

Pero una vez volvió por la tarde, y la encontró cerrando la escuela, a la hora del crepúsculo. No se había propuesto llegar allí; había salido a pasear por la carretera para romper el aburrimiento de la tarde pueblerina, y sin quererlo expresamente, sus pasos lo condujeron maquinalmente hasta la escuela. Laura lo invitó a su casa a tomar una taza de café y él aceptó. Fue una visita corriente, durante ella sólo hablaron de la escuela y de los niños y Luis partió al poco rato, sin sospechar las consecuencias futuras de aquel primer contacto inocente.

Como se sentía solo en el hotel y nadie le interesaba especialmente en el pueblo, poco a poco adquirió la costumbre de visitar a Laura por las tardes, y fue adentrándose sin notarlo en aquella vida aislada que se mustiaba sin quejas. Sus padres habían muerto cuando ella era aún niña y vivía desde entonces con su hermana mayor, solas las dos a partir del día en que su hermano más joven abandonó Altocerro en busca de más propicios horizontes. Laura no se había casado nunca y parecía no haber conocido jamás el amor.

Y no fue precisamente amor lo que Luis pudo darle. La tomó por vez primera junto al río, una tarde triste de noviembre, sobre el lodo negruzco que bordeaba la orilla. Lo hizo sin pasión y casi sin deseo, como se realiza algo sólo porque es inevitable. Y aunque después de aquel día sus citas fueron frecuentes, jamás le abandonaron el desgano y la indiferencia, y se limitó siempre a dejarse llevar, como siempre, por los acontecimientos. Ella, en cambio, pareció desarrollar una nueva personalidad. Su sensualidad dormida despertó con voracidad extraordinaria, como si quisiese recuperar con creces todo el tiempo perdido. No obstante desplegar la más sutil astucia para ocultar de todos su secreto, fue apoderándose de él, absorbiéndolo con requerimientos constantes y cada vez más apremiantes. Frente a la naturaleza pasiva, inerte de Luis, su propia personalidad fue creciendo e imponiéndose cada vez más sobre la debilidad apática del hombre. Fue una batalla ganada desde el principio, en la que el perdedor se sintió desde el primer momento como un insecto preso en una telaraña.

Por acuerdo mutuo, habían decidido mantener en secreto sus amores, y cuando, durante las horas de trabajo, se encontraban en la escuela, se trataban con indiferente y lejana cortesía, sin dejar jamás traslucir frente a ojos extraños que sus relaciones fueran otras que aquel seco y frío intercambio de saludos y recomendaciones oficiales.

De aquel modo transcurrieron los primeros meses y, para Luis, asimismo hubiese transcurrido la vida entera, de tal modo se recostó él en la muelle costumbre de la sensualidad satisfecha sin riesgos ni problemas. Pero un día, junto al río, en el lugar

que se había convertido en habitual para sus encuentros, ella le dijo, después de un silencio, y sin mirarlo a los ojos: “Voy a tener un hijo”» Al principio él no pareció entender lo que oía, pero cuando, segundos más tarde, aquello se abrió paso en su cerebro y pudo medir en toda su magnitud el sentido de aquella frase, sintió una profunda y violenta sacudida. Fue como despertar de un largo sueño. Una especie de rebeldía, de furia violenta contra sí mismo y aberración hacia la mujer, lo invadieron de súbito. Permaneció en silencio, reconcentrado, anonadado por la íntima convicción de que aquel juego placentero y fácil al que se había entregado ciegamente hasta ese momento, se trocaba de repente en algo peligroso, complicado, extraño a su propia naturaleza y a su personal filosofía de la vida.

No expresó inconformidad alguna ni alteró en lo más mínimo su actitud reconcentrada y huraña, pero allí, en lo más recóndito, sintió nacer un odio profundo, desorbitado, inhumano, hacia aquella mujer y la extraña criatura que comenzaba a vivir dentro de su vientre. Ni el más ligero sentimiento, ni el más leve asomo de piedad fueron capaces de aminorar el odio feroz y el afán de destrucción que lo poseyeron desde aquel día. Sabía que era inútil proponerle a Laura la eliminación del hijo, porque presentía la irrevocable decisión de la madre de conservarlo a toda costa. Una sola idea centraba, pues, sus pensamientos: Laura *tenía* que morir. La debilidad del hombre, su incapacidad de luchar, fueron —por paradójica razón—, el irresistible impulso que lo empujara a decidir y planear la muerte de su amante. Aceptar el nacimiento de aquel niño era aceptar además la permanencia de sus relaciones con la madre. Significaba asumir una responsabilidad perdurable, definitiva. Es decir, algo inconcebible, absurdo. “Antes de aquello, todo, incluso el crimen”, se dijo desde el primer momento.

La decisión fue informe y oscura, pero los detalles fueron completándose con el tiempo, durante sus largas horas de insomnio por las noches o, a veces, junto a la misma Laura, y mientras ella formulaba en voz alta planes para el futuro en los cuales él tenía irremisible participación. Porque seguían encontrándose, como antes, y sólo cuando ya se acercaba la fecha que había escogido para actuar, dejó Luis de acudir a las citas junto al río. Lo hizo sin previo aviso y sin dar ninguna explicación...

Entonces comenzaron las cartas. Las traía al hotel uno de los muchachos de la escuela. A veces llegaban tres el mismo día. El las leía a solas en su habitación con rabia y desprecio que cada vez se hacían más intensos. En las dos semanas que duró la ofensiva epistolar, Luis estuvo a punto de adelantar la ejecución de sus planes, temiendo alguna imprudencia mayor. Pero ella no la cometió. No se presentó nunca en persona en el hotel, y las cartas, encerradas en los largos sobres de uso en la escuela, podían pasar como correspondencia oficial. Cuando, al fin, las cartas cesaron, Luis las quemó todas juntas, arrojando sus cenizas por el desagüe del lavabo, aliviado de no enfrentarse con la necesidad de actuar antes del 12 de julio, último día

de clases.

Y, precisamente el día 12, había encontrado aquella última carta que destruyó sin leer, con impulsivo instinto de preservar contra todo la ejecución exacta de su plan. Porque había dispuesto las cosas en sus menores detalles: cerraría la escuela, abandonaría el hotel diciendo que se iba de vacaciones, y partiría a caballo del pueblo, a la vista de todos. Por un atajo, y dando un rodeo, regresaría al día siguiente a casa de Laura, aprovechando la hora en que sabía que la encontraría sola. Fingiría una reconciliación y la llevaría al río, como de costumbre. Tendría buen cuidado de tomar de la casa alguna cuerda. Tal vez un cinturón de Laura; quizás el de la bata que usaba entre casa. Parecía suficientemente fuerte... Igual que el *mamón* que crecía en la explanada cercana del río. Las ramas eran resistentes, sobre todo una, la más baja... El lo sabía muy bien, porque había tenido el cuidado de comprobarlo personalmente...

Ya completamente vestido, Luis se detuvo frente al almanaque de propaganda comercial que constituía la única decoración de la estancia. Puso el dedo sobre el número doce, sonrió levemente, y caminó hacia la puerta.

El agente de policía estaba justamente en el marco, llenando con su corpachón fornido casi todo el espacio entre el umbral y el dintel. Luis sintió que la sorpresa y el miedo lo paralizaban de súbito, y apenas escuchó la voz que le decía fríamente:

—Acompáñeme, profesor.

—¿Qué pasa?... —Sólo atinó a balbucir, poniéndose mortalmente pálido.

—Está usted preso, bajo sospecha de asesinato... Vamos pronto, que el sargento está esperándolo...

Luis se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Asesinato?...—, exclamó mientras le parecía que todo se hundía a su alrededor.

—La maestra apareció ahorcada esta mañana a la orilla del río... Descartamos el suicidio, porque no apareció ninguna carta... — Lo tomó con firmeza del brazo, forzándolo a iniciar la marcha por el estrecho corredor. Mientras caminaba como un autómata. Luis revivió mentalmente su acción de destruir sin leer aquella última carta de Laura... A su lado, el policía continuaba hablando sin parar:

—...el forense del Distrito no ha llegado todavía, pero estamos seguros de que la mujer estaba encinta... El sargento supo desde el primer momento que a quien había que buscar era al hombre que la deshonoró...

Llegaban ya a la puerta de la calle, y justamente allí, Luis tuvo su último gesto de rebeldía:

—Pero, ¿por qué yo?...—, preguntó parándose en seco y mirando a los ojos el rostro ceñudo del otro.

Su acompañante era realmente locuaz:

—Hay testigos de que ustedes se encontraban por las tardes junto al río. Además —y esto es lo más grave—, alguien lo vio hace unos días colgándose con las manos de una rama del *mamón* que está en la orilla, como si probara su resistencia... De la misma rama, por cierto... No creo que se salve de ésta, profesor...

Al oírlo, con la cabeza baja y reiniciando lentamente la marcha, Luis sintió de repente que volvía a ser el mismo de antes: el que se dejaba arrastrar por los acontecimientos sin oponer resistencia, como un corcho que flota sobre el río. Y esa convicción le llegó junto con la visión confusa de innumerables trocitos de papel que resbalaban entre inmundicias por la corriente de agua de una cañería subterránea, que conducía inexorablemente hacia la nada la confesión de suicidio de Laura Vindaya.

## Dos pesos para Cirilo

Pedro Valbuena se detuvo frente a la ventanilla de la oficina de pagos y observó atento a través del enrejado cómo manipulaba el cajero los billetes crujientes, recién estrenados. Sin apartar la mirada un solo instante de las hábiles manos del hombre, admiró una vez más la destreza con que rompían el cintillo de papel y contaban con rapidez increíble los billetes amontonados, levantando los extremos con movimientos impecables de los dedos, nerviosos y ágiles. Como siempre, intentó seguir mentalmente el conteo vertiginoso, pero quedó rezagado ante la pericia del otro. Las manos prodigiosas ejecutaron dos movimientos casi simultáneos, y el fajo de billetes quedó aprisionado dentro de una cinta elástica que sonó ruidosamente al chocar contra el paquete. Un nuevo movimiento, y el resto de los billetes quedó al alcance de Pedro, en el espacio abierto que dejaba en su parte inferior la rejilla metálica. Con una leve sonrisa, lo retiró haciendo un impreciso gesto de conformidad: por nada del mundo habría confesado su incapacidad para realizar tan velozmente como el otro el conteo, y esperaría hasta desaparecer de su vista para comprobar si su sueldo estaba completo.

Se retiró cuatro pasos y, protegido tras una columna, contó lentamente los billetes abriéndolos en abanico entre el pulgar y el índice... “Cinco de a Veinte, cuatro de a Diez y *doce* de a Uno”... Seguramente había contado mal y volvió a hacerlo. “Cinco de a Veinte, cuatro de a Diez y *doce* de a Uno... Doce de a Uno”... Sí. Le habían pagado dos pesos de más. Con movimiento impulsivo giró a su derecha y dio dos pasos hacia la ventanilla del pagador, pero se detuvo en seco antes de alcanzarla. Nadie le vio realizar aquel movimiento: el cajero conservaba la cabeza baja mientras ejecutaba sus manipulaciones habituales, y la larga fila de hombres por cobrar avanzaba lentamente, sin hacer caso de su presencia. Tras un breve instante de vacilación, Pedro se dirigió a la puerta de la fábrica con la mano derecha dentro del bolsillo del pantalón, cerrada con fuerza alrededor del pequeño fajo de billetes...

José Cambronal se despojó de la camisa y la colgó de uno de los postes que sostenían la alambrada de púas. Echó una ojeada sobre el terreno que debía desbrozar y calculó que habría trabajo para tres horas cuando menos. Se colocó las manos frente a la cara y escupió con fuerza sobre las palmas encallecidas; las frotó entre sí y empuñó el machete que recogió del suelo. Con las piernas bien abiertas y el torso inclinado hacia adelante inició el golpear rítmico del brazo armado sobre la maleza tupida que se entrelazaba a sus pies. El machete se alzaba y descendía en movimientos regulares y precisos. Uno desde la izquierda, otro desde la derecha... Uno, dos.

Uno, dos. Uno, dos... “Dos pesos”, le había dicho a la mujer y, para evitar todo regateo, reafirmó: “Ni un centavo menos”. Pero ella dijo, simplemente. “Está bien”, y

le volvió la espalda. Dos pesos era un buen precio por aquel trabajo. Aunque era preciso desmontar primero, desyerbar después, y, finalmente, amontonar el desbrozo para facilitar su quema cuando se secase, no le tomaría más de tres horas realizarlo todo. Podría estar llegando al rancho alrededor de las tres. Aquel día se comería tarde, pero se comería... La culpa no sería de él esta vez. Había salido casi de madrugada, dejando atrás los gritos de los niños. Con el machete en la mano fue ofreciendo su trabajo de casa en casa a lo largo de la carretera, pero hasta las doce no había encontrado nada que hacer. Valió la pena, sin embargo, esperar hasta entonces: dos pesos en tres horas estaban más que bien, sobre todo en esta época de paro. En tiempos de zafra siempre había el recurso de ofrecerse a última hora a los blancos del Ingenio, pero en este tiempo muerto se necesitaba mucha suerte para ganarse dos pesos tan fácilmente... Y la mujer no había regateado. Tal vez hubiera podido pedirle un poco más...

Cirilo Villamán mordió la colilla apagada del cigarro y lo trasladó de uno a otro extremo de la boca con un movimiento lateral de los labios fruncidos. Estaba sentado en un cajón, ocupando uno de los cuatro lados de la improvisada mesa de dominó. Sobre la tosca tabla colocada horizontalmente sobre un barril, las fichas formaban una letra L negra, punteada de blanco. Mientras chupaba maquinalmente el cigarro sin lumbre, Cirilo colocó ruidosamente —casi con rabia— una pieza en el extremo de la hilera que se extendía sobre la mesa... “Cuadré a cinco”, se dijo. “Hay cuatro cincos en juego. Yo tengo el doble, pero mi *frente* salió a cinco y *dio* después otro: debe tener por lo menos uno más. Aunque me *maten* el doble, le doy un *pase* a éste de mi derecha y le abro juego al *frente*...”

Estaban en el patio de la bodega, protegidos del sol por el ramaje tupido del *mango* que extendía su follaje sobre las cuatro cabezas inclinadas hacia la mesa de juego. Las tardes de los lunes eran de poco movimiento en el negocio y para Cirilo constituía ya una costumbre llenar aquellas horas muertas organizando la mesa de dominó. Aparte del hecho de que tres de los *tercios* eran siempre los mismos, otra circunstancia jamás variaba en aquellas sesiones: el bodeguero y su *frente* ganaban siempre, porque Cirilo Villamán no era hombre que dejara las cosas al azar...

“Es la primera vez que se equivoca”, pensaba Pedro Valbuena en tanto se dirigía a la parada de autobuses. Tres años recibiendo su sueldo cada mes a través de aquella rejilla, y era hoy cuando comprobaba el primer error... Pero, ¿por qué no había devuelto los dos pesos, como fue su primera intención? A Pedro le gustaba analizar sus propios actos y sentimientos, y ninguna ocasión más indicada para hacerlo que aquellos largos recorridos en el autobús que lo transportaba diariamente desde la fábrica hasta su casa de las afueras de la ciudad... Aunque su primer impulso había sido devolver el dinero, algo le impidió llevar a cabo su propósito. Fue como si una fuerza extraña hubiese detenido su ademán. Pero él sabía que ningún acto humano se

produce por sí solo; que aun los que aparentan ser más impulsivos, tienen una causa oculta que puede siempre descubrirse. Y nada le complacía más a Pedro que hallar esa razón de ser escondida y misteriosa... Evidentemente, ni el cajero ni ningún otro de los presentes se había percatado de lo sucedido.

Nadie tampoco observó su gesto trunco al acercarse de nuevo a la ventanilla. Ninguna persona podía pues acusarlo de haber dispuesto de aquellos dos pesos... Pedro se sonrió imperceptiblemente: aquella impunidad le proporcionaba una sensación de íntimo bienestar... Cuando se comprobara la falta del dinero, se movilizaría todo el departamento de contabilidad de la fábrica. Se revisarían una y otra vez las nóminas. Se contaría y recontaría el efectivo en caja. Tal vez fuera necesario trabajar hasta de noche... Cerró los ojos y se acomodó mejor en el asiento del autobús, ampliando la sonrisa que jugueteaba en su rostro. Le pareció ver encendidas las bombillas de la oficina y a los empleados en camisa, sudorosos, inclinados sobre los libros y las máquinas de sumar, tratando inútilmente de descubrir el destino de aquellos dos pesos...

José Cambronal en cuclillas bajo el sol inclemente que castigaba su espalda desnuda, se ensañaba contra la yerba crecida. Después de una hora de trabajo, había logrado avanzar hasta casi la mitad del terreno. Probablemente acabaría antes del término que se había fijado. El secreto era no parar ni un momento. Si lo hacía, el cansancio llegaba de golpe y le llenaba de dolores la espalda y la cintura, agarrotándole los brazos. Pero mientras siguiera así, golpeando sin cesar con el machete, no sentía la fatiga, y le parecía que su brazo no era parte de su cuerpo, sino algo independiente que se movía por sí solo, como dotado de vida propia. El mismo se sentía en este instante como una máquina movida por un impulso extraño a su voluntad, aunque a veces creía estar oyendo los gritos de los niños... Sus hijos tenían varias formas de llorar y José sabía distinguirlas muy bien unas de otras. Había los gritos de rabia, que eran agudos y largos como la sirena del Ingenio. Había los de dolor, más cortos y graves. Y había los otros, roncós, profundos, interminables: los gritos de hambre. José no podía oír estos últimos. Simplemente *no podía*. Esa madrugada lo habían despertado aquellos gritos. Comenzaron suavemente, como murmullos, se hincharon luego hasta ser como aullidos, y luego bajaron de nuevo hasta convertirse en una especie de estertor... No soportó mucho tiempo: se tiró del catre, se puso a oscuras el pantalón y la camisa, afiló brevemente el machete en la piedra de amolar, y salió a la carretera sin tomar siquiera un jarro de agua...

Con las manos abiertas y las palmas boca abajo sobre la mesa, Cirilo entremezclaba las fichas para iniciar una nueva partida. Habían ya jugado cinco y seguramente aquella sería la última para el infeliz que estaba sentado a su izquierda: ya no daba para más... A veinticinco centavos por partida, las ganancias sumarían un peso y medio. Claro que había que reducirlas a la mitad, porque la parte de Pepe

había que reembolsársela después que el otro se fuera. Pero así y todo quedaban setentecinco centavos, que repartidos entre los tres tocarían a veinticinco por cabeza. No había estado mal la tarde. Cirilo se asombraba de que nadie hubiera ni siquiera sospechado del truco que empleaba en el juego. Y sin embargo lo hacía frente a las narices de todos. El sistema en sí era sencillísimo. Lo único necesario era cierta habilidad manual y mucha práctica. El necesitó meses para dominarlo a la perfección. Todo estaba en la forma de voltear y colocar las fichas después de cada partida. Agrupándolas por *pintas* y mezclándolas con cuidado, sin separar los grupos uno de otro, Cirilo sabía, al comenzar el juego, cómo estaba compuesta la *mano* de cada uno de los jugadores con un ochenta por ciento de exactitud. Con eso y una serie de señales secretas, cuidadosamente ensayadas, no se podía perder. Había practicado el sistema con su compadre Pepe y el muchacho que le ayudaba en la bodega, y para los tres aquella ya constituía una fuente regular de ganancias seguras. Cirilo clasificaba a los *clientes* en diferentes categorías, pero prefería *trabajar* al vicioso. Esta especie no le costaba esfuerzo alguno: ellos mismos se colocaban voluntariamente dentro de la trampa. Bastaba que se sentaran los tres a la mesa de juego. El tipo se acerca, se detiene tras uno de ellos y comienza por *obenquear*. Luego pide un lugar, y una vez allí, nada ni nadie es capaz de desprenderlo de la mesa hasta haberse dejado desplumar el último centavo. Cuando las cosas sucedían de ese modo, Cirilo se sentía como un pescador que ha cogido un pez sin usar carnada. Claro que a veces surgían problemas, porque este tipo de individuos suele pedir crédito. En este punto era necesario parar, y en ocasiones esto costaba trabajo y alguna violencia. A Cirilo no le gustaba la violencia. En los casos en que las circunstancias la hacían indispensable, intervenía Pepe. Pero estas situaciones críticas no eran frecuentes. Lo corriente era ver al hombre registrarse una vez más los bolsillos, ponerse en pie tranquilamente y largarse sin decir nada...

Cuando Pedro Valbuena había ya abandonado el autobús y se acercaba con paso rápido a su casa, vio la espalda desnuda del hombre oscuro agachado en el jardín. Sintió un súbito desagrado y reprimió un gesto de impaciencia. “Otra vez Adela tirando los *cuartos*”, se dijo. En este punto su mujer era completamente irresponsable. Parecía no haber conocido jamás el valor del dinero y lo malgastaba en una forma que lo indignaba. Pedro no podía soportar su hábito de comportarse como si fueran ricos. Pasó junto a José sin mirarlo, y tan pronto la puerta giró sobre sus goznes, interpeló a la mujer que venía a su encuentro: “¿Qué hace ese hombre en el patio?”. Ella se detuvo bruscamente: “La yerba estaba muy alta. A pesar de que me has estado prometiendo ocuparte de eso cada semana, nunca lo has hecho. No podía esperar más. Sabes muy bien que no puedo tolerar el abandono y el descuido”. “¿Cuánto?”, le interrumpió él. “Lo contraté por dos pesos...” dijo ella, con un hilo de voz.

Era, sin duda, realmente curioso: dos pesos, precisamente... Se asomó a la

ventana y preguntó en voz alta: “¿Dos pesos nada más que por cortar esa yerba?”...

José Cambronal estaba dándole los toques finales a su labor. Junto a la alambrada en que remataba el patio, amontonaba la yerba recién cortada para facilitar su quema.

Después de preparar el último montón, se puso la camisa y se dirigió hacia la casa. Sentía los riñones destrozados y las manos hinchadas apenas podían sostener el machete. “Ya terminé, Doña”, dijo mientras subía lentamente los escalones que conducían del patio a la cocina.

Adela se dirigió a su marido: “Anda, Pedro, dale dos pesos a este hombre”.

Sin mirarla, Pedro se asomó de nuevo a la ventana. Hubiera deseado que algo estuviese mal; que el trabajo adoleciera de algún defecto que pudiera echarle en cara a aquel hombre. Pero todo parecía estar bien. La yerba había desaparecido por completo y en el fondo del patio se alzaban cinco montones de desbrozo perfectamente alineados y de igual tamaño. Introdujo la mano en el bolsillo y sacó el fajo de billetes. No era precisamente éste el destino que él hubiese deseado darle a aquellos dos pesos, pero no había otra alternativa. Separó dos billetes del resto y se los pasó al hombre que lo observaba en silencio...

Aquel resultó ser un caso normal: no hubo contratiempo alguno. Una vez finalizada la partida, el hombre se puso en pie, se despidió con una frase ininteligible y se marchó tranquilamente. Cirilo *sabía* que las cosas iban a suceder así. El conocía la gente. A veces le bastaba una mirada para saber de antemano cómo reaccionaría una persona, ¿Dónde habría llegado si hubiese estudiado? Pero él no tuvo tiempo de ir a la escuela. Siempre hubo otras cosas más importantes que hacer desde que era niño. Por ejemplo, trabajar como un burro, de sol a sol, mientras el viejo se emborrachaba tranquilamente en la casa... Pero, después de todo, no le pesaba. El contacto directo con la vida y las dificultades que tuvo que vencer, le enseñaron desde muy temprano más de lo que hubiera aprendido en cualquier escuela. Sobre todo en lo que se refiere a conocer a la gente. En ese aspecto, Cirilo se consideraba el mejor. No sólo no conocía a nadie capaz de engañarle, sino que se consideraba a sí mismo capaz de enredar a cualquiera.

Había encendido de nuevo la colilla del cigarro y estaba en aquel instante apoyado en el mostrador de la bodega, mirando hacia la carretera por la puerta entreabierta. Un hombre venía acercándose rápidamente por la orilla. Aun antes de distinguir sus facciones, lo conoció por la forma de caminar. Era José Cambronal, el negro que vivía con Caridad. Entrecerrando los ojos y expulsando una nube de humo por la boca, Cirilo se entregó con fruición a su manía de adivinar los actos y pensamientos de la gente... Viene con el machete y son ya las dos y media de la tarde. Debe haber encontrado algún trabajo hoy, porque de lo contrario habría vuelto antes a comerle la comida a Caridad. Estuvo *chapeando*, porque tiene las rodilleras del pantalón sucias y húmedas. Viene cansado, sin duda, porque cojea un poco al

andar y camina sin mover casi los brazos. Probablemente está loco por beberse un trago de ron: por eso apuró el paso tan pronto vio la bodega abierta.. Y debe tener en el bolsillo algo así como un peso y medio... Tal vez dos... Sólo tendré que dejarlo beber un trago, y, con una pequeña insinuación, lo haré sentarse a la mesa de juego... “Una manito nada más, mientras te lo bebes tranquilamente, José...”.

Una vez más Cirilo tuvo razón. Media hora más tarde, exactamente a las tres, cuando Pedro Valbuena repetía en la casa una vez más a su mujer que “a pesar de todo, aquel trabajo no valía dos pesos”, José Cambronal abandonaba con paso lento la bodega, presa de un cansancio infinito. Cirilo, con una sonrisa en los labios, cerraba el cajón de madera del mostrador donde quedaban, bien acondicionados con los demás, dos billetes crujientes de a peso. Y trescientos metros más abajo, al borde de la carretera, en un rancho de yaguas y cana, el grito ronco de dos niños desnudos crecía interminablemente bajo el cielo indiferente y gris de Altocerro que se tiende por igual sobre la casa de Pedro Valbuena, la bodega de Cirilo Villamán y el rancho de José Cambronal.

## Un epitafio para don Justo

Hoy tuve una verdadera sorpresa en la peluquería. Estaba ya sentado en el confortable sillón, con el blanco paño anudado al cuello, en espera inmóvil de la eficiente intervención de mi barbero, cuando alcancé a ver a través del espejo una figura extraña junto a la puerta de la calle. Aunque a raíz de la primera ojeada me pareció desconocido aquel hombrecillo enteco y encorvado, había en él algo familiar que pugnaba por despertar en mi memoria algún recuerdo inasible y dormido. Permanecí un largo rato observándolo, intrigado, hasta que una súbita luz pareció iluminar de pronto mi cerebro. A medias gozoso, a medias incrédulo, me incorporé bruscamente en el sillón, volví la cabeza y comprobé directamente que la imagen que me ofrecía la superficie azogada de! espejo no era una visión desconocida, sino que correspondía real y exactamente a la humana presencia de Don Justo de la Barca y Téllez.

Hacía más de quince años que no veía a Don Justo y no creo que en ese lapso haya pensado en él más de dos veces. Mas, tan pronto como identifiqué su familiar figura, todo un tropel de recuerdos perdidos me asaltó de inmediato. Durante el corte de pelo, y mientras el metálico aleteo de las tijeras revoloteaba sobre mi cabeza, permanecí con los ojos fijos en la imagen del espejo, sumergido en una tibia ola de evocaciones que me arrastró suavemente hacia mi lejano pueblecito natal de Altocerro, poderosamente revivido por aquel encuentro inesperado.

Y es que Don Justo fue sin duda el más singular de los habitantes de Altocerro. Parecía escapado de otra época, incrustado por error en un siglo al que evidentemente no pertenecía, ni física ni espiritualmente. Muchas veces me pregunté al pensar en su desaparición súbita del minúsculo escenario pueblerino, si acaso la Suprema Voluntad, al percatarse al fin de su equivocación, lo había sustraído del presente y transportado a través del tiempo hasta la época caballeresca y lejana a la que realmente correspondía.

Don Justo era de baja estatura y delgado, pero enhiesto hasta donde se lo permitían las evidentes limitaciones de su conformación ósea. Se dejaba crecer el cabello, suavemente ondulado, hasta mucho más allá de lo consentido por la moda, y los mechones grisáceos que sobresalían por debajo de las alas de su sombrero fueron siempre la delicia de la muchachería regocijada y burlona que lo encontraba por las calles. Usaba lentes de presión sujetos con un negro cordón de seda que descendía en armoniosa parábola sobre el pecho enjuto hasta perderse en el bolsillo superior del chaleco. El soporte de aquellos lentes, la curvada nariz de corte clásico era lo único agresivo del conjunto, todo él discreto y severo, opacado y tímido.

Su indumentaria, concebida dentro de los más estrictos cánones de la sastrería de finales del siglo pasado, era la digna y adecuada envoltura de Don Justo. Se

componía exteriormente de una anticuada casaca negra y unos pantalones oscuros, de rayas los días festivos y sin ellas los demás de la semana. El inevitable chaleco, atravesado a lo ancho por la gruesa leontina de oro, permitía una visión reducida de la blanca camisa, siempre recién planchada, sobre la cual derramaba su romántica cinta la corbata floja, anudada con calculado descuido en redor del duro cuello de celuloide, inflexible y brillante.

Don Justo fue siempre la más acabada personificación del formulismo y la etiqueta. De una impoluta corrección, sin haber alzado la voz en su vida más allá de lo conveniente, ni agitado los brazos más de lo que permiten los buenos modales, parecía deslizarse más que caminar por las calles del pueblo, en un continuo quitar y colocarse el sombrero al encuentro de las personas que su estricto concepto de las jerarquías sociales consideraba de su misma condición, adoptando en cada caso el grado de cortés inclinación del torso a la exacta ubicación del objeto de su reverencia en la escala —rebosante de categorías— que utilizaba para calificar a los sencillos habitantes de Altocerro.

No tenía edad. O, por lo menos, habría sido imposible calculársela partiendo de su aspecto y de las transformaciones que hubiesen debido afectarlo a lo largo del tiempo. Siempre fue el mismo en todas las épocas, y la evocación que de él hacía el más viejo lugareño, parecía coincidir con la figura parsimoniosa y diminuta que se movía entre nosotros repartiendo saludos y prodigando reverencias.

Mi memoria lo recordaba desde los días en que iba yo a la escuela, con mi pila de libros bajo el brazo, y lo veía cruzar fugazmente alguna calle, inclinado a veces para apartar una piedra del camino con la puntera del bastón, encerrado siempre en su irreprochable y severa parsimonia. Era muy madrugador, y en muchas ocasiones, cuando la señorita Amparo organizaba en días de asueto excursiones escolares, lo encontrábamos en las afueras del pueblo, con su invariable atuendo dominguero, tomando el solecito reconfortante y discreto de las primeras horas de la mañana. Tan pronto nos veía, aumentaba la rigidez de su enteca figurilla y se inclinaba, destocado y reverente, al paso de la profesora, beneficiaría sin duda de alguno de los más encumbrados escalafones de la jerarquía social que había estructurado Don Justo para su uso particular. Y cada vez, la señorita Amparo, desde la cumbre de sus cuarenticinco años de jamonería recatada y cursi, enrojecía de turbación y apuraba ostensiblemente la marcha del pequeño ejército bajo su mando hasta perder de vista, atolondrada y ruborosa, la causa inocente de su desconcierto.

Indudablemente, era un devoto amante de la naturaleza. Así lo atestiguaban sus largas caminatas por las afueras del pueblo, interrumpidas de trecho en trecho para permitir que su curiosidad se inclinase absorta sobre alguna planta rara o algún extraño insecto; como también sus paseos nocturnos, en los que parecía estar más en el cielo que en la tierra, absorto como quedaba mirando las estrellas y descifrando su

mensaje profundo y misterioso.

Vivía solo, en una casita humilde de madera, recostada en el flanco del cerro que se levantaba a la salida del pueblo. Descolorida, agobiada, la sencilla vivienda refulgía sin embargo de puro limpia y cuidada. Francisca, la mujer del sacristán, acudía dos veces por semana a realizar las labores de limpieza general y de lavado, pero las comidas se las preparaba el propio Don Justo, y él mismo compraba los simples ingredientes que componían su frugal alimento cotidiano. ¡Cuántas veces le vi regresar del mercado, con su estafalaria vestimenta, llevando ensartado en el brazo el modesto canasto de mimbre, regando a su paso una estela invisible en que se mezclaba el fresco aroma de las legumbres con el desagradable olor de la carne cruda y sangrienta! ¡Y cómo intuía yo entonces, a despecho de mis escasos años, que aquella figura desconcertante y ridícula era todo un símbolo de valor y dignidad humanos, enhiestos como un mástil por encima de algún naufragio desolador e inexorable!

Nadie supo en el pueblo de dónde procedía Don Justo. Muchos pensaban que era español, y varios le añadían la condición de noble venido a menos, inducidos a ello por la sonoridad de sus apellidos y por sus maneras ampulosas y aristocráticas. Pero estas suposiciones quedaron siempre en el terreno de las hipótesis, porque Don Justo guardó siempre respecto de su origen el más inabordable mutismo.

En realidad, no tuvo amigos en el verdadero sentido de la palabra, y sus relaciones con los lugareños se limitaban al intercambio de protocolares fórmulas de cortesía que al principio desconcertaron a los sencillos habitantes del pueblo y a las que al final se acostumbraron, considerándolas como singularidades propias de un excéntrico. Después de su primer año en Altocerro, por gracia de la rutina, Don Justo pasó a ser algo todavía inexplicable y extraño, pero cotidiano y habitual, como la salida del sol, las fases de la luna o el arcoiris que cruzaba el cielo pueblerino las tardes de lluvia.

No trabajaba, y parecía vivir exclusivamente de una pequeña remesa mensual que recibía por correo el día quince de cada mes, procedente de la capital. Con ella pagaba escrupulosamente el reducido alquiler de la vivienda y sus cuentas pendientes con Francisca y las vendedoras del mercado. No fumaba, ni bebía, ni se permitía otra diversión, y el sobrante de su modesta pensión, religiosamente separado mes por mes, engrosaba en algún rincón oculto de la casita, la suma destinada a remozar cada cierto tiempo sus extravagantes prendas de vestir.

No parecía tener familia en parte alguna porque, descontando el remitente anónimo de las mensualidades, nadie escribió nunca una carta a Don Justo, ni nadie vino tampoco a visitarlo en el lejano rincón provinciano que había escogido para exprimir gota a gota, con resignada paciencia, el jugo espeso de su existencia monótona y oscura.

Así había vivido entre nosotros, a lo largo de diez años, Don Justo de La Barca y Téllez, hasta que un día quince de mes, pagado hasta el último centavo de sus humildes deudas pendientes, tan misteriosamente como vino, desapareció para siempre de Altocerro, sin dejar tras de sí amigos ni enemigos, sin que nadie derramara una sola lágrima por su partida ni se regocijara de su ausencia, y sin que su recuerdo dejara otra huella que alguna sonrisa burlona o un leve encogimiento de hombros cuando alguien, por acaso, mencionaba su nombre en la tertulia cotidiana. Y sólo tal vez la señorita Amparo se hizo más seca, más callada, más intransigente, y aunque nunca la oí pronunciar el nombre de Don Justo, la sorprendí más de una vez desde aquel día mirando silenciosamente, a través de la ventana abierta del salón de clases, hacia el caminito sinuoso y polvoriento cuyo curso, en algún ignorado y lejano lugar, enlazaba nuestro pueblito con grandes ciudades modernas, ruidosas y añoradas.

Dos golpes suaves de cepillo en el cuello y los hombros y una espesa nube de polvo de talco barato flotando a mi alrededor, me sustrajeron del mundo mágico de evocación en que me hallaba inmerso. El corte de pelo había terminado.

Don Justo permanecía en la misma postura, parado en la acera, ofreciendo con humildad su modesta mercancía a transeúntes presurosos e indiferentes. Me acerqué a él. Lo saludé efusivamente, y, aunque no me reconoció de primera intención, al poco rato pareció identificar el niño solitario de Altocerro con el hombre que lo estrechaba entre sus brazos. Pasada la primera impresión, lo arrastré hasta el restaurante más próximo y allí nos sentamos, en medio del salón desierto, frente a dos tazas humeantes de café.

Me quedé observándolo fijamente mientras se acomodaba frente a mí, con movimientos lentos y cansados y la mirada sin brillo fija en sus propias manos entrelazadas. De su porte señorial, de su prestancia, de su erguida hidalguía, no quedaba el más ligero rastro. Vestía prendas raídas y de dudosa limpieza. Sobre sus rodillas, ocultos por el mantel a mis miradas curiosas, había escondido los billetes de lotería que pregonaba un momento antes en la acera, y se adivinaba, bajo la aparente resignación sumisa, el hondo disgusto que mi súbita aparición le provocara. Un resabio de su antigua compostura pareció revivir en el gesto con que trató de esconder a mi vista el puño deshilachado y sucio de la camisa, pero e! ademán quedó trunco, disolviéndose en una desfallecida renunciación, como si sólo entonces se percatara de que ya era inútil todo fingimiento.

—¡Quién lo hubiera dicho! Don Justo, —dije rompiendo el silencio—. Después de tantos años...

—Por favor, nada de Don Justo. Perico, Perico Pérez Martínez...

—¿Perico Pérez Martínez? —repose asombrado—. Pero, ¿ha cambiado usted de nombre?...

—Sí, lo cambié, pero no ahora. Antes fue cuando lo hice... justamente cuando me

fui a vivir a Altocerro.

—¿De manera que su verdadero nombre nunca fue Don Justo de La Barca y Téllez?... ¡Qué lástima! Tan sonoro como resultaba.

—¿Verdad que sí?... —y lo repitió con verdadera fruición— Don Justo de La Barca y Téllez... Fue sin duda un verdadero acierto... Me sentía realmente orgulloso de él. Para encontrarlo me ayudaron mucho mis conocimientos de Literatura Clásica española... Usted recuerda, ¿verdad?... Calderón de La Barca, Fray Gabriel Téllez...

Yo, claro, recordaba, pero la verdad era que jamás se me habría ocurrido establecer esa relación.

—Nací aquí, en la capital... —la válvula de las confidencias parecía haberse ya abierto de par en par—. En el más miserable de los barrios pobres de la ciudad. Nunca conocí a mi padre, y mi madre murió en la cárcel pública, poco después de haber nacido yo... Desde esa época tuve que averiguármelas solo... Conocí por dentro el reformatorio de menores desde muy temprano... Cuando me enderecé, me fui a trabajar de mandadero en una escuela. Allí aprendí a leer... Después que me despidieron, me las arreglé para conseguir libros... Mi vida fue azarosa y llena de tumbos, pero siempre tuve tiempo y ocasión de ilustrarme... Tal vez eso me ayudó a no meterme en líos con la justicia: no he vuelto jamás a visitar una cárcel...— Alzó la mano provista del fajo de billetes de lotería y la agitó frente a mí. — Con esto me he defendido en todo momento. Hace más de treinta años que estoy en el negocio. De día pregonaba los boletos, y de noche asistía a la biblioteca pública, donde vivía algunas horas de irrealidad y fantasía... Era como vivir dos vidas en una sola, ¿usted me entiende?...

Yo asentí, sin proferir palabras, mientras él pareció concentrarse y olvidarse de mi presencia al añadir:

—Y un día, al fin, se abrió inesperadamente la puerta de la más fantástica de las posibilidades... Un billete cuyo número acostumbraba a reservar para un cliente, fue rechazado a última hora por éste sin darme tiempo a devolverlo a la Administración... Resultó el tercer premio. No tuve la más mínima vacilación acerca de cómo emplear aquel regalo del cielo. Calculé que la suma bastaba para proporcionarme la existencia con la que había soñado siempre, exactamente durante diez años y cuatro meses. Escogí en un mapa de la isla el lugar apropiado para trasladarme, deposité el dinero en un banco con instrucciones de remitirlo en sumas mensuales en favor del nombre que había escogido en un momento de feliz inspiración, y me marché a Altocerro...

No pude menos que interrumpirle:

—Pero, ¿y después?... ¿no pensó en lo que pasaría cuando se le agotase el dinero?...

—¡Claro que lo pensé! Pero valía la pena, y no me arrepiento de lo que hice...

Además, ¿sabe usted?, siempre tuve la secreta esperanza de que la muerte me sorprendiera allí, mientras gozaba del respeto de los demás... Soñaba con unos funerales dignos, con asistencia del cura y las autoridades y todo eso... No sucedió así, claro, pero pudo haber sucedido, ¿no es cierto?... Que hubiera una tumba ahora en Altocerro, con una inscripción que dijera algo así como “Aquí yacen los restos mortales del señor Don Justo de La Barca y Téllez”, y algún recuerdo amable más abajo... ¿Verdad que hubiera podido ser así? ¿Verdad?... —y me miró con ojos por primera vez luminosos y vivos.

—Naturalmente que sí, naturalmente que sí... —le respondí apresuradamente mientras calculaba en secreto el costo aproximado del traslado de un cadáver desde la capital a Altocerro, y el valor de una lápida de mármol digna de conservar para la posteridad el epitafio de Don Justo de La Barca y Téllez.

Una vez convencido de que podía permitirme el gasto, me puse en pie y ayudé a incorporarse al tembloroso anciano. Lo miré marcharse lentamente, con la cabeza baja y arrastrando los pies hacia la puerta. Ya en el umbral, se volvió y me dijo:

—Y, por favor, no diga a nadie de allá... —pero yo le interrumpí con voz algo más ronca que lo normal:

—No se preocupe en lo más mínimo, Don Justo: eso, la lápida y todo lo demás corren por mi cuenta...

## A través del muro

Está tirado en el suelo, aplastado contra la negruzca tierra ardiente. Apoya la barbilla en el vértice que forma su brazo izquierdo doblado en ángulo. Con la mano derecha empuña, firmemente aún, el fusil que descansa a su lado. Hace mucho tiempo que está allí, inmóvil, tenso, con los ojos fijos en la estrecha abertura que forman más abajo dos rocas gemelas, enormes y peladas. Sabe que si ellos vienen pasarían forzosamente a través de aquella especie de pórtico natural que él está dispuesto a convertir en trampa mortífera. Aunque le parece que ha transcurrido ya una eternidad desde el último disparo, se aferra a esta posibilidad y esperará todavía algún tiempo antes de abandonar este perfecto lugar de observación. Siente la boca ardida y seca y la lengua, enorme, pesada y torpe, se revuelca contra las paredes del paladar como un perro hidrófobo moribundo. (Tibia evocación de suaves aguas en remanso y un niño —él mismo— zambuyendo desnudo hasta el fondo cenagoso de una laguna). La lengua se estruja ahora, dolorosamente, contra los dientes en busca de un poco de saliva. La imagen del agua lo obsesiona. Piensa fijamente en un sorbo tan sólo. Mantenerlo avariciosamente en la boca y moverlo de uno a otro lado del paladar y dejarlo descender después, sin precipitación ninguna, y sentir su frescor y su dulzura bañarle la garganta. (El filtro de loza blanca arrinconado en un lugar familiar del comedor hogareño. La añorada cursilería de sus florecitas azules danzando acompasadamente frente a sus ojos afiebrados). ¿Cuánto tiempo puede permanecer un hombre sin tomar agua? ¿Dos, tres días? No recuerda bien. En la escuela aprendió algo de eso, pero aquellos tiempos estaban tan lejanos... Además, no puede uno fiarse: también le enseñaron que podía permanecer durante tres minutos sin respirar y él jamás soportó bajo el agua más de un minuto... Aunque tal vez ahora podría estar mucho más. Sumergido en un río fresco, de suave corriente... Sentarse sobre las piedras pulidas y sentir la caricia del agua rozarle amorosamente el costado... Extender los brazos y dejarlos flotar desfallecidamente... O, con los dedos juntos, agitar dentro del agua las manos y sentir la resistencia de la masa líquida y vencerla lentamente.

La sensación de la realidad circundante le sacude bruscamente, como un escalofrío: Ahora no estoy en el agua sino en la tierra. Mi tierra. La que he venido a liberar... “Tenemos que limpiar nuestra tierra”, había dicho el instructor en el lejano campo de adiestramiento, siguiendo su costumbre de mezclar frases altisonantes con la instrucción militar. “Hay que ir allá y limpiarle la cara sucia”... Bueno, aquí estoy yo tratando de hacerlo. Solo que ahora no puedo verlo de la misma manera que desde allá... No, no es lo mismo. No se trata ahora de un paseo triunfal, ni de “la jornada gloriosa de los héroes de la libertad”, ni de cantar himnos ni discutir de política... Esto es sentirse uno barrido, llevado y traído en el viento. Sin poder utilizar el propio

timón... Sin tener tiempo siquiera para pensar que debía haber un timón en alguna parte. “Hay que limpiar la tierra”, pero la única tierra de que ha podido tener conciencia es el trozo minúsculo sobre el que se aplasta su propio cuerpo con un salvaje anhelo de no ser visto. Y lo único que podría limpiar de ella es la yerba rala que crece bajo sus miembros... Además, éste no es el momento de pensar en limpiar nada ni de arrancar la mala yerba. Este es el momento de pensar en salvar la vida y escapar de esta trampa... ¡Dios mío, un poco de agua!... No debo pensar en el agua. el agua es lo de menos. La sed es un estado mental. La sed es un estado mental. La sed es... El filtro de loza blanca tenía una llavecita pequeña y el agua salía de ella tan lentamente que era preciso inclinar el aparato para apresurar su caída. Una vez se le cayó el filtro al suelo durante aquella maniobra. Se dio un susto tremendo pero no se rompió y nadie se enteró siquiera... Tengo la boca seca. Tan seca que siento la lengua agrietada y la garganta me duele al tragar... ¿Tragar qué? Tal vez aire porque lo que es saliva ya no tengo... Debería aliviarme tragar aire porque el aire es fresco y eso es precisamente lo que necesito: refrescarme por dentro... Debo tener fiebre. Siento el cuerpo ardiente. Si me pusiera el termómetro marcaría 39 grados por lo menos... Pero, ¿quién piensa ahora en termómetros? Este no es un problema a resolver con termómetros. Es algo mucho más serio este lío en que me he metido... ¡Maldita sed! ¿Cuánto tiempo más podré resistir? ¿Cuánto más?...

La mujer, alta y huesuda, erguida frente al pilón de madera, maja los granos de café recién tostados con movimientos rítmicos de los brazos secos y fuertes. Manejado con destreza, el pesado mazo sube y cae acompasadamente, golpeando sin cesar los granos oscuros apretujados en el fondo del pilón. Por encima del ruido sordo, la mirada sin brillo de la mujer se pierde en la llanura lejana, pasando a través de la puerta abierta del rancho, anchándose cuando llega al campo raso y a la falda pelada de la loma donde se quiebran los últimos rayos del sol de la tarde... Hace ya mucho tiempo que machaca los granos. Un poco más y acabaría... Cuando vinieron los guardias, hace ya más de dos horas, la encontraron en plena labor y, durante el registro, no la suspendió ni un sólo momento. Ni cuando le preguntaron si había visto pasar unos hombres huyendo. Ni siquiera cuando el que más hablaba y parecía el jefe se paró delante de ella, empuñando el mazo y deteniendo en seco sus movimientos, le gritó: “Oiga, vieja del diantre, si usted esconde alguno de esos bandidos la voy a cortar en dos con esta bayoneta”... No le respondió ni una palabra. Zafó la mano con un movimiento brusco y continuó su trabajo sin mirar siquiera al hombre... Y Toño, como siempre, no estaba allí. Cada vez que pasaba algo, Toño estaba afuera. Era como si adivinara cuando iba a haber líos. Así fue con las calenturas del niño, que se le murió en los brazos mientras ella, parada frente al rancho, miraba hacia el camino en espera de su hombre... Y cuando el río subió, dos años atrás, y tuvo ella sola que sacar todos los trastos del rancho y subirlos a la loma y pasar allá toda la noche

porque el agua cubrió por completo el llano, y Toño no se dejó ver sino cuando el agua ya había vuelto al río... Siempre era ella quien tenía que resolver las cosas. Suerte que no perdía nunca la cabeza. Lo que había que hacer lo hacía. Sin pensarlo: sólo dejando que algo que tenía adentro saliese afuera y obrase por ella... Y ahora todo este nuevo lío. Primero los tiros detrás de la loma, y después la guardia metiéndose en el rancho, revolviéndolo todo y preguntándole por su marido... Y los ojos colorados del oficial amenazándola... No, Toño no volvería ahora. Era inútil esperarlo. Algo debía haberse oído ya. Desde hacía un tiempo vivía como espantado. Estaba metido en algo de lo que no hablaba. Ella no le preguntaba nada, pero sospechaba de sus salidas por las noches y sus reuniones con gente extraña de las que volvía hosco y callado, con un brillo raro en los ojos... No, Toño no volvería por ahora. Llegaría al día siguiente, cuando todo hubiera pasado. Traería cara de perro y vendría hablando pestes del gobierno. Y era ella quien tendría que resolver los problemas, como siempre...

Se afinca sobre los codos, se arrastra un poco hacia adelante y, levantando con precaución el torso, recorre con la mirada las rocas peladas que se extienden allá abajo, examinando atentamente los escasos matorrales, asegurándose de que no hay peligro alguno. Es entonces cuando nota por vez primera el rancho de tablas de palma, techado de yaguas, que se levanta a la izquierda del claro. Clava fijamente los ojos en la destartada estructura y contiene la respiración. En algún lugar tras aquellas rústicas paredes, sobre cualquier tosco soporte, despreciada tal vez, disminuida sin duda su importancia suprema, una rojiza tinaja de agua fresca aguarda indiferente con su gordo vientre henchido como un Buda... La prudencia le abandona de repente. Se incorpora de un todo y corre velozmente hacia abajo, desprendiendo a su paso las piedras del camino. A medias erguido, a medias rodando y deslizándose, con el fusil maquinalmente empuñado, alcanza la llanura abierta y se lanza a toda carrera hacia el rancho que se ofrece, impasible y gris, a su muda desesperación...

Lo ha visto mientras se acerca corriendo a través del claro, pero no interrumpe su labor. Todavía deja caer el mazo dos veces más sobre el grano ya pulverizado después de oír las palabras entrecortadas del hombre que se apoya desfallecidamente en el umbral: "Agua, doña... Por favor, un poco de agua"... Sin que un sólo músculo de su cara se mueva, habiendo apenas posado un instante los ojos sobre la figura implorante, la mujer cruza lentamente la estancia y, tomando el jarro de lata que pende de la pared opuesta, lo llena en la tinaja y se lo ofrece al hombre, sin mirarlo aún mientras éste bebe con desesperada ansiedad. El mismo vuelve a llenar el jarro y apura de nuevo su contenido de un tirón, hasta que se siente cas; reventar por dentro. Se seca, luego, la boca húmeda con el dorso de la mano y observa entonces a la mujer que ha vuelto junto al pilón y machaca de nuevo los granos, indiferente por completo a su presencia. Vuelve ya a sentirse él mismo. Es como si sólo ahora, luego de haber

saciado su sed, adquiriese conciencia de quién es y qué hace allí. Mira el fusil y se asombra de haberlo conservado. Le parece que ha sido otro, no él, quien ha corrido como un loco por el llano descubierto exponiéndose a los tiros... “Gracias, doña”, dice con voz entrecortada. Se siente absurdo, incongruente, allí parado, con el arma en la mano, frente a aquella callada mujer que golpea sin cesar con el pesado mazo el fondo oculto del pilón... “¿Puedo descansar aquí un momento?... Me estaré sólo un rato, junto a la puerta”. No hay respuesta y se deja caer, deslizándose, por la áspera pared hasta quedar sentado en el suelo, con las piernas extendidas y la espalda recostada al fin contra algo sólido, seguro. El fusil, momentáneamente olvidado, reposa a su lado. Quiere hablar, pero no encuentra las palabras. Sabe que existen y que son términos sencillos, claros y precisos, pero no puede dar con ellos. Sabe que ha de explicarle a aquella mujer quién es y a qué viene. Es la primera persona que ha encontrado después del azaroso desembarco, porque a los soldados ni siquiera los vio: sólo oyó sus voces en la noche, entremezcladas con los disparos... Sí, debe hablarle, pero no puede hallar la fórmula para pasar a través del muro que siente crecer entre ambos. Es absurdo, piensa. Estoy a dos escasos metros de un campesino. “El noble fruto de la tierra”, habría dicho el instructor. Me ha dado agua. Me ha ofrecido un lugar para descansar. Y, sin embargo, ella no sabe quien soy. Qué busco. Por qué estoy aquí. ¿Podría yo explicárselo? ¿Podría decirle todo lo que llevo dentro en una forma que entienda? ¿Para que me mire con otros ojos, más compasivos, más humanos?... No, no podría. Nunca podré... Y siempre fue así. Jamás logré poner en palabras inteligibles todo lo que, desde niño, se estremeció dentro de mí. Esta rebeldía y este amor que me ha arrastrado siempre junto a los débiles, los pobres, los de abajo quienes quiera que fuesen... Todo iba muy bien mientras permanecía en el terreno de la elucubración general, de la teoría política más o menos abstracta. ¡Qué difícil, en cambio, expresarla y dirigirla hacia un objeto concreto! ¡Qué imposible me ha resultado siempre transmitir ese calor, ese fuego interno, directamente a un ser humano!... Y he aquí de nuevo la misma historia: aquí está ella, al alcance de la mano, aguardando mansamente mis palabras, con una resignación callada, inmersa en su infinito desamparo, en espera inconsciente de una salvación oscuramente presentida. Y no soy capaz ni siquiera de explicarle lo que represento. Por qué he vuelto a mi tierra. Decirle todo lo que voy a hacer por ella y por todos los que son como ella... ¡Dios mío, ¿dónde está el mal? ¿Es ella o soy yo el culpable de este muro infranqueable; ¿He sido yo quien lo ha levantado con estas mismas manos con que pretendo curar las heridas del pueblo? ¿Es porque en realidad no sé nada de ella por lo que se frustra todo intento de recíproca comunicación? Ignorancia de sus verdaderos problemas. No de los que representa como símbolo, como mera abstracción, sino de los que ella vive y padece cada día. Los que durante siglos han ido absorbiéndole la sangre y los jugos del cuerpo... ¿Por qué me siento tan y tan

lejos de ti, hermana mía?...

Poco a poco sus ideas van tornándose más vagas: Este maldito mazo golpeando sin cesar sobre el pilón eternamente, como el tic tac de un reloj que no se detiene nunca... Y este cansancio infinito que se me va metiendo en el cuerpo... No debo dormir ahora: sería una estúpida imprudencia... ¡Pero hace tanto tiempo que no duermo... ¿Treintiséis horas? ¿Cuarentiocho?... ¿Qué será de los compañeros? ¿Habrán escapado algunos de la emboscada?... “Reunirse bajo el puente”, fue la consigna,.. Pero el puente estaba tan lejano... Todo está tan lejano...

Y el aire es aquí tan fresco... Y ese maldito mazo cayendo y cayendo...

La gorra se desliza suavemente de su cabeza al apoyarla, ya vencido por el sueño, en el quicio de la puerta. La mujer golpea aún un poco más. Luego, sin abandonar el mazo, camina lentamente hasta el cuerpo tendido. Se inclina sobre él y recoge la gorra de tela verde mientras mira la frente que se ofrece rendida a sus pies. Al contemplarla tan serenamente abandonada murmura quedamente para sí misma: “pero si es un niño”... Entonces, un impulso terrible, con raíces perdidas en la profundidad del tiempo, le desorbita los ojos, le pone tensos los secos brazos nervudos, le cierra ferozmente las manos de venas hinchadas en torno a la tosca madera del mazo. Después, todo el horrendo conjunto se alza sobre la dulce frente abandonada y luego desciende con furia increíble en el mismo instante en que, súbita, cruel, ensordecedora y brutal, como si surgiese de todas partes al unísono, de las paredes, de las ventanas, de la puerta, del piso, del techo, la ráfaga atruena el rancho con su rugido infernal. El cuerpo inerte ha saltado cien veces sobre sí mismo y las suaves facciones, un momento antes distendidas por el sueño, se transforman bajo sus ojos en un amasijo trágico de carne y sangre y huesos triturados...

Un silencio profundo lo invade todo. De todas partes han surgido guardias, como un enjambre de avispas amarillas, que se mueven en todas direcciones y hablan entre sí sin que ella los oiga. Dejando atrás todo, sale lentamente del rancho y se para en el claro, con los brazos cruzados en el pecho, impasible, en espera de su hombre que nunca estaba en casa cuando había que resolver un problema.

## Crónica policial

Tan pronto llegué a la redacción del periódico aquella mañana lluviosa de junio, el director me llamó a su despacho y, sin levantar la vista de las pruebas de imprenta que tenía sobre el escritorio, me dijo:

—Hay un muerto en la calle de La Cruz No. 104. Vé con un fotógrafo y prepara el reportaje para la edición de esta tarde.

—Bien —respondí, y salí de inmediato a cumplir sus instrucciones, porque mi jefe es hombre de acción y no le gusta que nadie desperdicie el tiempo que paga religiosamente cada fin de mes.

Como Guillermo fue el primer fotógrafo disponible que encontré, me lo llevé y tomamos juntos un taxi que nos llevó en pocos minutos al No. 104 de la calle de de La Cruz.

La casa era modesta, de una sola planta, construida de madera y con una galería estrecha en el frente que rebosaba de curiosos, empujados por ese instinto que nos impulsa a acercarnos morbosamente a la tragedia.

Guillermo y yo nos abrimos paso gracias un poco a nuestra credencial de periodistas y otro a base de empujones y codazos. A través de la marejada humana, pasamos por la sala, el comedor y una pequeña terraza posterior, y desembocamos en el patio. En el centro, tirado de espaldas en el suelo, con las piernas separadas en actitud inverosímil y los brazos en cruz, estaba el muerto, rodeado por algunos agentes de la policía y dos hombres vestidos de civil que se inclinaban sobre el cuerpo yacente.

Eché una ligera ojeada sin acercarme demasiado, porque no me gusta contemplar cadáveres, y reparé que el muerto era de edad madura y corpulento, y que vestía pantalón y camisa blancos que la lluvia de la mañana había pegado a su cuerpo y salpicado de manchas de fango rojizo.

Mientras Guillermo buscaba el ángulo más apropiado para fotografiar el cadáver y las personas que lo rodeaban adoptaban las posturas más convenientes, me dirigí a una señora entrada en años que observaba impassible la escena desde la terraza.

—¿Es usted de la casa? —le pregunté.

—Sí, señor... Por lo menos lo fui hace algún tiempo.

—¿Parienta del difunto?

—Su hermana.

—Ah, ¡caramba! lo siento mucho... Soy periodista, ¿sabe?... ¿Puede informarme algo de interés para la prensa?

Me miró con un atisbo de desconfianza en los ojos, pero se le notaba que no le disgustaría ver su nombre en las columnas de un periódico.

—¿Qué quiere saber?

—Todo. Acabo de llegar y no estoy enterado de nada... Cómo se llamaba su hermano, a qué ocupación se dedicaba, cuál fue la causa de su muerte...

Me interrumpió diciendo fríamente:

—Su nombre era Arquímedes, Arquímedes Sandoval Guerra. Era comerciante y murió asesinado.

—¿Asesinado?

—Sí, asesinado. Cobardemente asesinado por esa mujer.

—¿Qué mujer?

—La malvada con quien se casó.

—¿La esposa? ¿Y ya ha sido detenida?

—No, todavía no. No sé qué espera la policía para llevársela. La tienen en su habitación, bajo custodia.

—¿Y por qué lo mató?

—Es una historia larga... Mi pobre hermano siempre fue una víctima de esa mujer. Todos nosotros le aconsejamos que no se casara con ella: él le llevaba más de veinte años. Pero siempre fue terco como una muía. La mujer lo dominó desde el primer momento, y sólo veía por sus ojos. Ya en el primer mes de matrimonio comenzó a engañarlo descaradamente. Yo se lo advertí entonces porque en aquel tiempo vivía con ellos y me daba cuenta de todo... ¿Sabe lo que hizo mi hermano?...

Como yo realmente no lo sabía, se lo confesé abiertamente y entonces ella prosiguió:

—Me echó de la casa. ¿Se da cuenta? —se golpeó el pecho—. A mí, a su propia hermana. No creyó una sola palabra de cuanto le dije y me llenó de insultos. Desde aquel día no había vuelto a poner los pies en esta casa hasta hoy... y ya es demasiado tarde: Arquímedes murió sin abrir los ojos. Ésa malvada lo asesinó antes de que él pudiera convencerse de que era yo quien tenía la razón...

Le di las gracias a la buena mujer y me separé de ella porque alcancé a ver en aquel momento a mi amigo Mario, el ayudante del Fiscal, saliendo hacia el patio desde una habitación de la casa.

—¡Hola, Mario! ¿Confesó la asesina?

—*¿Que quién confesó qué?*—. Mi amigo no parecía estar de muy buen humor.

—La esposa del muerto— repuse. — ¿No estabas interrogándola hace un momento?

—Sí, en efecto, estaba haciéndole algunas preguntas. Pero, ¿de dónde sacas que ella mató a su marido?

—Pues... eso oí decir hace un momento. ¿Puedo verla?

—No hay inconveniente. Está allí, en aquella habitación.

Seguí la dirección que me indicaba con la mano, y después de tocar suavemente con los nudillos en la puerta, la abrí y entré en la habitación.

Había allí dos mujeres. La más joven, sentada en una mecedora con la frente apoyada en la mano, se dejaba consolar por una señora mayor que le acariciaba el pelo.

—Perdón. Soy periodista, ¿puedo conversar un momento con usted, señora?—, expliqué mirando a la que me parecía más afligida de las dos.

Ella asintió con un movimiento de cabeza, pero la otra dijo, poniendo cara de disgusto:

—Periodista, ¿eh? De los que les gusta meterse en vidas ajenas y averiguar cosas que no le importan, ¿no?

Y volviéndose a la joven: —No le digas nada. Son todos unos enredadores y unos embusteros. ¡Sabe Dios qué mentiras va a publicar después en el periódico!...

—Pero, mamá. Déjalo que me pregunte. Yo no tengo nada que ocultar y, además, cuando sucede una desgracia como ésta, no se puede evitar la publicidad. —Y volviéndose a mí agregó:

—Por favor, tome asiento. ¿Qué desea saber?

Me senté en un extremo de la cama, frente a ella, pensando que era preferible iniciar el interrogatorio de manera indirecta.

—Ante todo, señora: ¿Cuánto tiempo hacía que estaba casada con el señor Sandoval?

—Dos años y tres meses.

—¿Y fue usted feliz durante su matrimonio?

—Perfectamente feliz. Arquímedes fue siempre un modelo de esposo: gentil, complaciente, bondadoso... Jamás tuve motivos de queja contra él.

—¿Y se amaban mucho ustedes?

—Eramos una pareja perfecta. Jamás tuvimos disgustos y nos queríamos profundamente. No alcanzo a imaginarme...

—¿Ya qué atribuye usted la muerte de su esposo?

—Ah! ¿Pero no lo sabe?... Arquímedes se suicidó.

—¿Se suicidó?... ¿Por qué motivo?

—Los negocios... Últimamente había tenido mala suerte y estaba al borde de la quiebra. El, que había vivido siempre, si no con lujos, por lo menos acomodadamente, no pudo resistir la perspectiva de una estrechez económica.

La joven bajó la cabeza y se enjugó de la mejilla algo que me pareció una lágrima. Me puse en pie, le expresé correctamente mis condolencias y me despedí.

En el umbral me alcanzó la madre y salió conmigo hacia la terraza. Tomándome de un brazo me llevó a un rincón y me dijo:

—No quería hablar delante de ella... En su estado, la pobrecita no debe enterarse bruscamente, sino más tarde y poco a poco... Pero es necesario que usted lo sepa: mi yerno no se suicidó...

—¡Ah! ¿No?

—No, Arquímedes no hubiera sido capaz de abandonar de esta manera a su mujer... Mi pobre yerno fue asesinado.

—¿Asesinado? ¿Y por quién?

La mujer bajó la voz y señaló con disimulo:

—La culpable está allí, mírela usted: es aquélla, vestida de negro.

Volví la cara y eché un vistazo hacia mi primer informante, que nos miraba, ceñuda, desde la terraza.

—¿La hermana del difunto? —pregunté asombrado.

—Sí. Ella misma. Ya la he denunciado al Fiscal. Está loca y siempre tuvo unos celos enfermizos de mi pobre hija... Estaba enamorada de su propio hermano... Incesto, ¿sabe?... Una mujer completamente anormal y peligrosa, muy peligrosa...

Quedé mudo, mirando sucesivamente a ambas mujeres. Por suerte en aquel preciso instante pasó por mi lado Mario, y excusándome con la señora, me emparejé con el representante del Ministerio Público y entré en el interior de la casa en busca de la salida hacia la calle.

—Caso complicado este, ¿verdad?—, comenté.

El ayudante del fiscal se volvió hacia mí con ojos abiertos de asombro.

—¿Complicado? ¡No, hombre! Ya tenemos al culpable casi desenmascarado.

—¿No me digas?—, repuse, ya algo escéptico. —¿Y quién es?

—La suegra de la víctima. Es una mujer capaz de todo. No hice más que mirarla y me di cuenta de que era la única culpable. ¿No te has fijado en sus ojos?

No respondí. Me hice la decisión de no pronunciar una sola palabra más dentro de aquella casa.

Guillermo me esperaba afuera, con la cámara fotográfica al hombro. Al tomar el taxi que nos conduciría de regreso a la redacción, me hundí en el asiento y me eché el sombrero en la cara mientras mi compañero me informaba:

—Parece que ya cogieron al hombre.

—¿A quién? —Tenía un miedo horrible de oír la respuesta, pero no pude evitar percibirla claramente:

—¿A quién va a ser...? Al asesino: un tío de la víctima...

Naturalmente, no escribí el reportaje y esa misma tarde renuncié del periódico.

## Pas de Deux

Cuando la vio por vez primera le fue imposible distinguir con precisión sus facciones, esfumadas en la penumbra que apenas reducía con timidez la mortecina luz del farol callejero. Sólo el contorno, esbelto y núbil, se le ofreció en el segundo efímero que duró su tránsito por el estrecho marco de la puerta entreabierta hacia la calle. Pero aquella visión fugaz le bastó para intuir una figura de niña algo más alta y delgada que él mismo. Una clara blusa de mangas cortas y holgadas y falda negra ceñida que dejaba al descubierto las piernas hasta más allá de las rodillas. Una larga melena castaña de cabellos que se entrecruzaban en desorden y desmayadamente caían sobre los hombros airoso y hasta la mitad de la espalda erguida y grácil. Pequeños pies cuya desnuda hermosura se adivinaba a pesar del polvo gris que los cubría. Manos pálidas de un ligero tono cobrizo, una de las cuales descansaba entreabierta sobre el pecho infantil al tiempo que su rostro, bañado en ese instante por la luz del farol, le ofrecía de súbito, con plena entrega, una profunda mirada que lo inundó por completo de una desconocida sensación. Hasta entonces, él no había tenido conciencia plena de su presencia, pero tan pronto se produjo el milagro de aquella mirada, toda ella cobró de repente una profunda y enigmática vigencia y aún horas después, desdibujada ya en el recuerdo la visión prodigiosa, semi-dormido en el lecho, revivió la tristeza luminosa de aquella mirada, su delicado matiz verdigris, la expresión asustada y audaz a la vez con que lo escudaron fugazmente aquellos ojos insondables. Y desde aquel instante preciso, aún sin revelársele la trascendencia de aquel primer encuentro, presintió que algo sustantivo había cambiado en su vida; que ya él no sería el mismo de antes; que por alguna razón cuyo origen remoto intuía en las etapas primigenias del tiempo, el niño despreocupado y feliz que había sido hasta ahora se transformaba de súbito en algo sustancialmente distinto cuya naturaleza le atraía y asustaba al propio tiempo. Inmerso en su dulce inocencia amenazada, se quedó dormido aquella noche con la almohada estrechamente abrazada contra su cuerpo, ajeno al hecho de que en el centro vital de su tierno ser sin protección había nacido aquel día una angustia de la que no podría librarse ya jamás.

El segundo encuentro se produjo una tarde al salir de la escuela en bullicioso tropel con los demás niños del barrio. La presencia inesperada de ella, caminando lentamente pocos pasos delante de él, con sus libros bajo el brazo, lo sustrajo de inmediato de las voces y ruidos que lo rodeaban. Quedó aislado de todo, como suspendido en el vórtice silencioso y sereno de un huracán cuya furia le era totalmente ajena. Paralizado, mudo, hechizado, todo su ser se concentró en mirarla mientras acortaba el paso, rezagándose de sus compañeros presurosos y conservando, entre ella y él, la distancia precisa para contemplarla a sus anchas sin que nadie lo notara. Llevaba ahora el pelo recogido en dos rubias trenzas gemelas que se

balanceaban suavemente a su paso y su cuerpo, encerrado dentro del estirado uniforme escolar de burdo paño, se inclinaba levemente hacia un lado al andar, imprimiendo a sus movimientos un algo peculiar que él, predispuesto a toda ciega admiración, juzgó que aumentaba la gracia adorable del conjunto. Y así anduvo tras ella, cazador voluntariamente inhibido de cobrar su presa, hasta que desapareció de su vista tras la puerta, que se cerró a su paso, de una sencilla casita de madera, con galería al frente, donde un enorme gato de mustia pelambre gris se relamía con fruición las rosadas patas delanteras. Las primeras furtivas estrellas lo sorprendieron esa noche haciendo guarda sonámbula frente a aquella humilde construcción.

Durante el próximo encuentro se hablaron por vez primera. Al igual que en el génesis bíblico, ella fue quien tomó la iniciativa. Una lluviosa mañana de invierno, a las puertas del liceo, mientras la seguía con su habitual fidelidad perruna a pocos pasos de distancia, prolongando como siempre el gozo infinito de mirarla, ella se volvió de repente hacia él y enfrentándolo con osadía le solicitó con la voz levemente nasal que ahora tenía: “*¿me prestas un lápiz?*”, mientras lo miraba con sus entonces ya oscuros ojos desafiantes. Lo inesperado de la actitud de ella le produjo un brusco sobresalto y quedó totalmente desconcertado. Sintió que se habían roto, sin razón ni aviso previo, normas que el creía inmutables. Su rostro enrojeció, un sudor pegajoso y frío le bañó la frente y sus entrañas parecieron recogerse bruscamente sobre si mismas provocándole la sensación de un inmenso vacío interior. Aun sin recuperarse completamente y balbuciendo algunas frases entrecortadas, hurgó torpemente en el bolsillo delantero de su pantalón y extrajo con dedos temblorosos un pequeño lápiz rojo que ofreció tímidamente a la mano extendida que lo requería. Ella lo tomó con decisión, pero él prolongó la acción de soltarlo y permanecieron inmóviles, mirándose a los ojos, por un instante eterno, durante el cual él sintió que toda la sangre de su venas enfilaba su curso hacia la mano que sostenía el sencillo y cotidiano objeto que los unía tan dulce y ferozmente. Luego se rompió el encantamiento y ella, mirándolo todavía con ojos indefinibles, humedeció el lápiz con su nerviosa lengua sonrosada, garrapateó algunas frases misteriosas en una hoja de papel y se lo devolvió sin proferir palabra.

Estuvo mucho tiempo sin volver a verla. La buscaba sin hallarla en graves paseos solitarios por las calles de la ciudad y en recorridos nocturnos junto a la costa, bajo estrellas insomnes y lunas pálidas y esquivas. Y un día inesperado se reprodujo el milagro. El estaba frente al mar, absorto ante un lánguido atardecer de verano que salpicaba de un rosado malva las pesadas nubes que colgaban sobre la costa. De pronto oyó a su espalda su risa inconfundible, que en ese entonces tenía un estridente tono agudo, y quedó sobrecogido al verla aparecer entre un grupo de bañistas alborotadores que eran sombras apenas moviéndose alrededor de ella, opacas figuras que sólo existían como telón de fondo para la diosa que erguía su victoriosa

hermosura en el centro del mundo, forzando con manos hábiles bajo la protección del elástico gorro de baño algunos rezagados mechones rebeldes de su ahora rojizo cabello de fuego. Todo el esplendor de su cuerpo se ofreció entonces a su expectante admiración: la simétrica arquitectura de los hombros macizos descendiendo en suaves parábolas hacia el doble triunfo de los senos altivos, presionando hasta el paroxismo el extendido género del traje de baño. La dulce curva del vientre, apenas insinuada antes de confundirse en el oculto prodigio de las ingles. Las columnas soberbias de las piernas levantando su estructura paralela desde la doble maravilla de los pies desnudos sobre la arena, a lo largo de los firmes muslos espléndidos, hasta encontrarse y perderse juntas, tras un adivinado amasijo de carnes sonrosadas y tibias vellosidades, en el misterioso centro vital de su anatomía. Ella lo miró de frente con sus ojos entonces color violeta, y el mar con sus olas y sus rocas, y las nubes y el sol moribundo y todo el resto del universo desapareció de pronto y sólo existió la mirada de ella y su sonrisa y su cuerpo de diosa irreductible. El se acercó con timidez al fin vencida y le tendió la mano.

Desde aquel día fueron inseparables. Por ese tiempo la piel de ella se había tornado del color de la miel y su hablar había adquirido un tono grave y pausado. La ciudad los contempló recorrer sus calles cada día, tomados del brazo, inventando juntos el reino de la felicidad. Bajo arcadas vetustas o a la sombra de inmensos laureles, o simplemente descubriendo paso a paso rincones perdidos de la ciudad — que cobraba ahora un inédito sentido—, o bajo noches consteladas e infinitas, fueron tejiendo dulcemente un espeso velo de intimidad compartida que poco a poco los envolvió y aisló del resto del mundo. El sólo vivía para aquellos encuentros cotidianos y el tiempo restante del día lo formaban lapsos vertiginosos que transcurrían sin dejar otra huella que la que apenas insinúa algún recuerdo lejano y perdido. Y así vivieron largos meses de dicha abstraída y egoísta hasta que un día ella tuvo que partir y fue como despertar bruscamente de un sueño profundo y feliz y sentirse abatido sin remedio por la cruda y amarga realidad. Llegó entonces para él el tiempo del dolor. Lacerante, brutal, sin esperanzas. Recorriendo los propios rincones extraviados de la ciudad, pasando bajo las mismas vetustas arcadas, guareciéndose a la sombra de iguales árboles centenarios y caminando sin rumbo bajo similares noches consteladas, trató en vano de reconstruir el pasado —ya irremisiblemente perdido— o adivinar el presente de ella, igualmente inasible. ¿Bajo qué soles desconocidos refulgía ahora su roja cabellera desafiante? ¿Ante cuáles nieves remotas se asombraban sus negros ojos insondables? ¿Qué vientos ignorados jugueteaban hoy con sus rubias trenzas gemelas? ¿Qué lejanas constelaciones inciertas escrutaban entonces sus húmedas pupilas verdigrises? ¿Cuáles fríos implacables herían su cobriza —oscura— lechosa piel dorada?

Y un día impreciso ella volvió, cargada de álbumes fotográficos, desmadejados

libros de música y apresurados recuerdos de países brumosos y lejanos. Trajo entonces la piel trigueña y firme, la estatura breve, el pelo negro y rizado, las manos cortas y carnosas y los ojos grandes y profundos. Y él, así como de niño reunía sabiamente las piezas dispersas de un rompecabezas, juntó dulcemente el pasado y el presente y la ciudad resucitó de pronto y fue el tiempo de arcadas antiguas redimidas, reconquistados rincones extraviados y rescatadas constelaciones familiares. Y continuaron recorriendo las calles tomados de la mano y contemplaron juntos los atardeceres frente al mar y leyeron los mismos libros y escucharon la misma música y se pasearon bajo la lluvia ajenos a su caricia pertinaz y se bañaron de luna y de mar en las noches cálidas de verano e, indiferentes a cuanto les rodeaba, perdidos y ciegos, se abandonaron en íntimos abrazos sin término hasta que una noche —feroz y nupcial— ella recibió con entrega estremecida las tibias y húmedas urgencias que él venía acumulando desde el principio de los tiempos, desde la época remota, perdida en el origen del mundo, en que una niña descalza y núbil lo había mirado con dulce melancolía iniciando así el proceso misterioso de su largo viaje hasta el amor.

## Estampa folklórica

La guerra total entre los Campusano y los Montero se inició con un acontecimiento por demás trivial entre los dos vástagos menores de ambas familias, que contaban con siete y ocho años de edad, respectivamente, por la época del inicio de las hostilidades. Una tarde de verano, durante las horas del recreo y mientras jugaban en el patio de la escuela, Juanito Montero empujó con rudeza a Pedrito Campusano cuando se disputaban la posesión de una modesta pelota de goma. El último, reaccionando violentamente, propinó al primero una sonora bofetada que lo hizo rodar por el suelo, lo cual —a su vez— constituyó el punto de partida de una pelea a puñetazos que deleitó a numerosos compañeros agrupados alrededor de los contendientes. Una vez separados éstos, gracias a la activa intervención del profesor de Gramática, y cumplido el castigo de una hora de permanencia adicional en la escuela impuesto por el director del plantel, el incidente fue comunicado por sus actores principales a sus padres respectivos a la hora de la cena. A las ocho de esa misma noche el padre de Pedrito visitaba al de Juanito para pedirle cuentas por los desmanes cometidos por su vástago. Quince minutos después ambos progenitores se encontraban engarzados en una soberbia lucha a bastonazos en la que el señor Campusano llevó la peor parte pero sin que se viese impedido de correr —todavía renqueando— hasta su hogar, procurarse un pavoroso cuchillo de cocina y regresar en busca de su contrincante a quien asestó una certera puñalada entre el tercero y el cuarto espacio intercostal izquierdo, mortal por necesidad. El hijo mayor de la víctima, avisado por un vecino diligente, alcanzó al señor Campusano antes de que éste tuviese tiempo de regresar a su casa y le quebró la base del cráneo de un trancazo contundente propinado con un bate de jugar pelota previamente aportado por su hermano menor quien, por su parte, deseoso de comprobar el uso adecuado del arma que había proporcionado, se hallaba demasiado cerca del lugar de los hechos como para ponerse a salvo de la intervención del segundo hijo del señor Campusano el cual, hirviendo de justa indignación, saltó sobre el propietario del bate homicida y haciéndole caer al suelo le quebró la nuca batiéndosela concienzudamente contra el duro contén de la acera de la calle. En aquel momento, exactamente a las nueve y media de la noche, ya la información completa de los hechos había recorrido todo el pueblo y la esposa del señor Campusano, luego de haber sacado el revólver de su marido del segundo tramo del armario de ropa blanca, se había enfrentado con la viuda Montero quien, armada a su vez de una descomunal escopeta de caza, la esperaba en mitad de la calle principal del pueblo.

El uso de estas armas de fuego introdujo un avance tecnológico notable en el desarrollo de las incidencias, pero la circunstancia de que los disparos —cuatro en total— se produjeron casi simultáneamente impidió determinar con precisión cuál de

las dos mujeres fue la primera en fallecer y dificultó sobremanera toda posible evaluación sobre la eficacia relativa de los dos tipos de armas empleadas.

A esa altura de los acontecimientos, aparte de los inocentes iniciadores de la contienda, sólo quedaban en el pueblo dos supervivientes por cada una de las familias afectadas, lo que permitió que el subsiguiente episodio tuviese mayor apariencia de batalla campal que los anteriores. En efecto, ambos bandos disfrutaron de la oportunidad esta vez de intercambiar disparos por espacio de unos doce minutos sobre los cadáveres de las matronas de las dos familias, proporcionando a los espectadores el disfrute de una escena típica de película del Oeste americano que los dejó vivamente satisfechos. Al filo de la media noche y mientras Juanito Montero y Pedrito Campusano —ya reconciliados— jugaban una reñida partida de brisca en la sala de la casa del primero, todo había terminado por ese día y los cuatro últimos difuntos reposaban pacíficamente yacentes a cada extremo de la calle.

Los habitantes del pueblo, previa la prudente comprobación de que no quedaban otros posibles contendientes en el lugar, procedieron al levantamiento de todos los cadáveres —nueve en total— e iniciaron con entusiasmo los preparativos para el correspondiente enterramiento el próximo día. Las diligencias respectivas incluyeron, como es natural, la elaboración de un censo de los familiares de los Campusano y los Montero —muy numerosos por cierto— que habitaban en parajes rurales vecinos con el fin de participarles con la debida anticipación la hora del sepelio colectivo de sus deudos: por nada del mundo hubiesen pasado por alto la oportunidad de convocar una reunión que prometía sacudir tan novedosamente la tradicional modorra pueblerina.

Y, ciertamente, sus optimistas expectativas no fueron defraudadas. Al cementerio acudió una docena de allegados por bando que fueron tan eficientes en escoger sus contrincantes respectivos mientras los zacatecas colocaban los nueve ataúdes en sus hoyos correspondientes que —antes de que terminase la piadosa tarea de cubrir aquéllos de tierra— ya se habían apuñalado concienzudamente entre todos dentro de una armoniosa amalgama de rítmicos y eficaces desplazamientos que hubiesen provocado la admiración del más exigente de los coreógrafos. Como resultado de esta última acción en la que el uso de armas blancas revivió el empleo de métodos tradicionales y autóctonos para producir la muerte —injustificadamente postergados durante las anteriores escaramuzas de la guerra—, veinticuatro difuntos adicionales enriquecieron la necrología lugareña en aquel solo día memorable.

Se imponía entonces el deber de informar las nuevas muertes, por todos los medios posibles, a los parientes lejanos (en el doble sentido genealógico y geográfico) de los Campusano y los Montero, y a ello se abocaron de inmediato los habitantes del pueblo con la ayuda de las autoridades civiles y militares. Como algunos de esos allegados habían emigrado del país fue preciso utilizar, además del telégrafo nacional, el cable internacional. La dificultad de reservaciones de pasajes

aéreos en la época del año en que se desarrollaban los acontecimientos contribuyó a retardar la reanudación de los hechos, pero la participación masiva de numerosos voluntarios en la difusión de las nuevas permitió que, al cabo de tres escasas semanas, hasta los últimos y más lejanos familiares —aptos para el servicio militar— de los Campusano y los Montero se hubiesen congregado en el pueblo y eliminado físicamente unos a otros en una sistemática campaña de exterminio. Ello tuvo como consecuencia que el índice de mortalidad del país creciera aquel año en forma notoria, compensando en muy apreciable proporción el de la explosión demográfica y provocando muy favorables comentarios entre los funcionarios encargados a nivel nacional del control de la natalidad.

Entre tanto se procedió en el pueblo a la formación de dos bandos antagónicos, separados por sus simpatías frente a una u otra de las dos familias rivales, cuyos objetivos básicos se concretaron en mantener vivo el interés sobre los hechos recién acontecidos entre los descendientes menores de edad de los extintos a fin de que —a su debido tiempo— la hermosa tradición que habían iniciado sus antecesores contase con continuadores conscientes y eficaces. Para cooperar con esa campaña de exaltación de los valores folklóricos, el director de la escuela dispuso que Juanito Montero y Pedrito Campusano —por aquel tiempo inseparables— no siguieran compartiendo el mismo pupitre en el aula escolar y les prohibió terminantemente que continuaran sus interminables partidas de brisca en las horas de recreo.

# Legalismo

La noticia de su propia muerte le llegó en una carta certificada del departamento de impuestos sobre sucesiones dirigida a sus herederos. De inmediato, vestido con su mejor traje y rebosante de salud, se apersonó a la oficina recaudadora y solicitó hablar con el encargado. Este lo recibió amablemente y escuchó con paciencia sus enfáticos alegatos en relación con su verdadera condición vital.

Una vez terminada la exposición del reclamante, el encargado llamó a su secretaria y le pidió el expediente del caso. Cuando lo tuvo en sus manos y luego de hojearlo en silencio encontró lo que buscaba: un acta de defunción, debidamente firmada por el médico legista y provista de los sellos que autenticaban su validez. Con una sonrisa irónica jugueteándole en los labios la mostró a su interlocutor mientras le decía:

“Lamento tener que contradecirle, señor, pero este documento no deja lugar a dudas: usted falleció el viernes de la semana pasada.”

“¿Cómo es posible que usted diga eso?”, rebatió el otro, “¿Acaso no me está viendo y oyendo en este instante?”

“Las apariencias a veces engañan”, fue la respuesta, “si nos lleváramos de ellas, estaríamos cometiendo errores continuamente...”

“No me venga usted a decir que le va a dar más crédito a lo que dice un pedazo de papel que a lo que ve con sus propios ojos...”, dijo el otro alzando la voz.

“Eso que usted llama un pedazo de papel”, cortó el encargado levantando también la voz y enrojando de ira, “es un documento fehaciente, suscrito por un funcionario con fe pública y provisto de los sellos que manda la ley... Su autenticidad es indiscutible.”

“Usted está completamente loco”, gritó el visitante.

“Y usted está completamente muerto”, ripostó el otro con absoluta convicción.

“Pues ésta va a ser su primera experiencia con el más allá, carajo, porque este muerto le va a romper la nariz de un puñetazo”, vociferó el reclamante al tiempo que se levantaba de la silla y bordeaba el escritorio con el evidente propósito de llevar a las vías de hecho su amenaza. Esta, no obstante, no llegó a consumarse gracias a la rápida intervención de otros empleados de la oficina.

Una vez calmado, el reclamante, sentado de nuevo y con la mirada perdida, preguntó con acento desolado y sin dirigirse a nadie en particular: “Dios mío, ¿qué haré?”

“Mi consejo sincero, respondió el funcionario, “es aceptar con resignación su nuevo estado. Existen situaciones contra las que no se puede luchar y la muerte es una de ellas, tal vez la más contundente de todas, tomando en cuenta su carácter irreversible”.

“¿Entonces usted no cree que haya alguna salida?”

“No, mientras exista un acta de defunción no cuestionada...”

“¿No cuestionada?”, interrumpió el visitante con un fulgor de esperanza en los ojos, “¿Quiere decir que si el acta se cuestiona perdería su carácter irrevocable?”

“Bueno, para que el cuestionamiento pueda prosperar es preciso agotar, por la vía judicial competente, el procedimiento de inscripción en falsedad contra documento público, pero yo no le aconsejo seguir ese camino”...

“¿Por qué?”

“Mire, soy abogado con más de treinta años de ejercicio y, en toda mi carrera profesional, no he visto el primer caso en que ese procedimiento culmine en una sentencia favorable al demandante...”

El otro, con sonrisa resignada, murmuró: “De manera que es usted abogado... debí haberlo supuesto desde el primer momento... Pues bien, como abogado, ¿qué me recomienda hacer?”

El encargado, después de un instante de meditación concentrada, respondió: “Creo que la única recomendación que podría hacerle es, como ya le dije, aceptar la situación existente” y luego de una breve pausa, prosiguió: “Fíjese, usted está en una situación jurídica claramente establecida y alega estar en otra que contradice flagrantemente aquélla. O sea, usted está legalmente muerto y pretende estar vivo. Se trata de una confrontación entre una situación de derecho y otra de hecho. Para eliminar esa contradicción es necesario que una de esas dos situaciones prevalezca sobre la otra y es obvio que la ley debe prevalecer siempre frente a los hechos, para eso es ley. En consecuencia, usted debe modificar su situación de hecho para adaptarla a su situación jurídica...”

“Y ¿cómo podría hacerlo...?”, interrumpió el visitante.

“Bueno, las formas de quitarse la vida son innumerables. Existen métodos muy prácticos y eficientes...”

“Pero yo no tengo vocación de suicida... Nunca podría matarme, me faltaría valor...” repuso el otro con visibles muestras de congoja y a punto de llorar.

“Por favor, no lo tome así”, se compadeció el encargado. “Tal vez exista alguna otra fórmula... Déjeme pensar un poco” y, luego de otra breve concentración agregó, como si hablara consigo mismo: “Si, claro, usted puede dar ciertos pasos legales para crear una situación que le permita seguir actuando dentro de circunstancias análogas a las que disfrutaba antes de su lamentable fallecimiento...”

“¿Y eso qué significa?, se esperanzó una vez más su interlocutor.

“Significa que, para seguir viviendo, usted debe nacer de nuevo...”

“¿Nacer de nuevo? ¡Pero eso es absurdo!...”

“No me refiero a un nacimiento biológico”, interrumpió pacientemente el encargado, “sino a un nacimiento legal... Mire, comprenda usted que, para la ley, el

nacimiento de una persona no se produce con el parto de su madre sino con el levantamiento de su acta de nacimiento ...”

“Entonces, ¿qué debo hacer?...”

“Ir a la oficialía de estado civil más cercana y declarar su propio nacimiento...”

“¿Pero con qué cara voy yo a presentarme en esa oficina a hacer semejante declaración?”

“Con la misma que tiene usted ahora... La ley es muy sabia, amigo mío, y ha previsto la declaración tardía de nacimiento...”

“En mi caso la tardanza es de sesenta y siete años...”

“No importa, la ley no fija plazos para eso y, donde la ley no fija plazos, nadie tiene derecho a hacerlo,” pontificó el funcionario en tono solemne.

El reclamante meditó brevemente y luego aceptó: “Bien, seguiré su consejo. Muchas gracias y adiós.”

“Un momento”, le atajó el encargado, “falta un pequeño detalle. Para dejar cerrado su expediente, es necesario que sus herederos paguen los derechos sucesorales que les corresponden.”

El reclamante, luego de un momento de vacilación durante el cual logró dominar los profundos deseos homicidas que le asaltaron, aceptó estoicamente lo inevitable y salió de la oficina dando un portazo.

## El sedicioso

Lo trajeron engrillado y con escolta reforzada a la hora en que el capitán Núñez solía descabezar su sueñito cotidiano en el patio de la fortaleza, a la sombra de los muros que se levantaban a ambos lados del enorme portón que daba acceso al recinto.

El ruido de las pisadas sobre el empedrado y el sonido de las palabras que comenzaban a pronunciarse en el puesto de guardia despabilaron al capitán Núñez poniéndolo tenso sobre la silla de guano que había recostado momentos antes de la pared, porque aquel día sus sentidos estaban más alerta que lo acostumbrado.

Y con razón: la noche anterior había escuchado ciertos rumores que lo mantenían intranquilo. Se hablaba de problemas que estaban creando algunos grupos en el Cibao y hasta en la misma capital. Aunque el capitán Núñez no conocía los pormenores, sabía que se trataba de maniobras de políticos que pretendían desconocer la autoridad del gobierno.

El capitán Núñez, formado desde muy joven en la disciplina militar y proveniente de una familia campesina honrada y respetuosa de la ley, sentía revolvérsele el estómago frente a cualquier actitud que atentara contra el orden establecido. Sin ser una persona irascible ni de malos instintos, no podía evitar que le saliera de muy adentro una rabia sorda contra los malagradecidos que intentasen poner en entredicho el mando del General.

Y era que el General no había ido a buscar ese mando. Lo tenía simplemente porque le correspondía por derecho propio. Porque había nacido para ser jefe. Nadie podía discutirle esa condición que se imponía a todos con su sola presencia. Si no hubiese sido por él, ¿cómo andaría el país?, se preguntaba a menudo el capitán Núñez. Pero esa pregunta era retórica porque para él estaba claro cuál sería la suerte de la República si no contara con la figura providencial del Jefe, que estaba sacrificando los mejores años de su vida en beneficio de sus conciudadanos. “Estaría echa una mierda, con los políticos jalando cada uno por su lado y el pueblo hundiéndose en la miseria”, se respondía.

Por otro lado, razonaba el capitán, “¿quiénes eran los enemigos del Jefe? Los ambiciosos de siempre”, se contestaba. “Los que, sin ningún mérito, querían el poder para usarlo en su propio beneficio”, agregaba. “Una cáfila de sediciosos y de frustrados carcomidos por la envidia”. Y, entre todos ellos, el Capitán Núñez tenía bien identificados a los que consideraba los peores: los blanquitos, hijos de papá, que jugaban a ser políticos hablando fino y usando palabras raras con las que engañaban a la gente que no sabía de letras y se dejaba sugestionar con frases bonitas.

Y ahora uno de éstos estaba siendo entregado como prisionero en la casa de guardia porque las palabras que escuchaba el capitán Núñez, sin ver a los que las proferían, eran las siguientes:

“Reciba este preso, teniente, y hágase responsable de su custodia... Y mucho cuidado que es peligroso”, decía una voz.

“Lo conozco bien”, alardeaba la otra voz. “Nunca se me podrían olvidar esos cabellos rubios y esos ojos azules. Es un sedicioso, con un largo historial de acciones subversivas. Me alegro de que por fin el gobierno se haya decidido a quitarlo del medio”.

“Y creo que para siempre”, confiaba la primera voz. “Estamos esperando la orden de fusilamiento de un momento a otro”.

“¡Buenas noticias!”, se alegraba la segunda voz. “Y pierda cuidado que no vamos a quitarle los ojos de encima a ese bandido”. Y añadía, endurecida: “Tránquenlo en la última solitaria de la Torre y no le quiten los grillos”.

El capitán Núñez no dispuso de mucho tiempo para observar al prisionero, pero los sesenta segundos escasos que transcurrieron mientras el grupo atravesaba el patio rumbo a la puerta de entrada de la Torre le bastaron para comprobar que no se había equivocado en su primera apreciación y que el detenido era un ejemplar típico de la casta que más despreciaba.

La sangre comenzó a correr más velozmente en sus venas y la ira le torció la boca mientras observaba la actitud insolente del sedicioso, que ignoraba a sus custodios caminando dos pasos delante de la escolta —como si fuese él quien la comandara— y tenía una forma de mantener la frente levantada y la mirada en alto que denunciaba su orgullo de ser quien era y de estar en las condiciones en que se encontraba. Para colmo, llevaba el pelo largo, detestable costumbre de muchos jóvenes de la época que enfurecía al capitán.

Indignado, se levantó de la silla y caminó hasta el puesto de guardia donde el teniente Gómez, pluma en mano e inclinado frente a la tosca mesa de madera que le servía de escritorio, completaba trabajosamente la ficha del prisionero. “¿Vio lo que nos trajeron?”, preguntó éste interrumpiendo su labor y levantando la cabeza tan pronto su superior traspuso la puerta, “Nos sacamos el gordo de la lotería”.

El capitán Núñez no podía confesar ignorancia frente a su subordinado sobre la identidad del prisionero, así que evadió una respuesta directa, pero se las ingenió para continuar el diálogo como medio de obtener mayor información.

“Creía que ese hombre había sido expulsado del país”, aventuró.

“Y lo fue” corroboró el teniente, “pero volvió clandestinamente hace unos días”.

“Es lo que yo digo”, se enojó el otro, ya más seguro de sí, “¿para qué carajo los expulsan si, total, vuelven cuando les da la gana?”.

“Así es, capitán”, aceptó obsecuente el teniente. “No se puede contar con los gobiernos de otros países para mantener a raya a esos sediciosos...”

El capitán no estaba sacando gran cosa en limpio, de modo que perdió interés en continuar la conversación y dejó que ésta se extinguiera permitiendo que el teniente

reanudara su trabajo con la ficha. Caminó entonces hasta la ventana abierta de la habitación y observó distraído los ejercicios militares que realizaban torpemente unos reclutas en el fondo del patio mientras se imaginaba a sí mismo comandando el pelotón de fusilamiento del sedicioso, oyó su propia voz ordenando el fuego, escuchó la descarga que atronaba el aire y contempló al prisionero con la rubia melena ensangrentada desplomarse atravesado por las balas.

Satisfecho del cumplimiento de su deber, regresó a la realidad con el pecho inflado de fervor nacionalista y sintió entonces renacer la curiosidad que le había asaltado antes por saber quién era el prisionero que acababa de ajusticiar en su arrebató patriótico. Se acercó con disimulo a la espalda del teniente Gómez y, sin que éste lo notara, observó sobre su hombro los datos ya completos de la ficha y leyó: fecha de entrada: 3 de septiembre de 1844, nacionalidad: dominicana, edad: 31 años, apellidos: Duarte Diez, nombres: Juan Pablo, delito: traición a la patria.

## El uno y el otro

Eran gemelos tan idénticos que ni su propia madre fue nunca capaz de distinguirlos. Pero ese extraordinario parecido era tan solo exterior: desde muy temprano sus personalidades fueron diferenciándose la una de la otra y, ya al cumplir los cinco años de edad, la brecha temperamental que separaba a los mellizos había devenido insuperable. Así, mientras el uno era arisco, indisciplinado y mostraba definida vocación a la perversidad, el otro era dulcemente comunicativo, suave de trato y compasivo de los demás. Aunque siempre fueron inseparables y llenaban de travesuras compartidas la desolada casona donde transcurrió su infancia, era evidente su diversidad de criterios para discernir el bien del mal. Uno era todo el tiempo el que martirizaba los gatos, clavaba alfileres a los insectos cautivos y decapitaba los lagartos, mientras el otro se empeñaba en libertar los insectos capturados, curaba los pájaros heridos y lloraba ante los cuerpos descuartizados de los gatos. Con el paso de los años esas diferencias de carácter se acentuaron y, al llegar a la madurez, los gemelos eran dos seres ubicados en los extremos opuestos de la conducta humana: el uno con marcadas tendencias delictuosas y el otro viviendo una existencia honesta que le ganaba el respeto de todos. El notable parecido físico entre ambos —que permaneció siempre inalterable— provocó numerosas y divertidas confusiones entre las personas que los trataron durante su vida (como víctimas en el caso de uno, como seres agradecidos en el caso del otro)—, al punto que el día que ambos murieron, a causa de un edema pulmonar, la circunstancia de que se sepultara un solo cadáver produjo una curiosa disparidad de opiniones entre los asistentes al sepelio, la mitad de éstos creyó siempre que había presenciado el entierro de uno y la otra mitad estuvo siempre convencida de que había sido testigo de la sepultura del otro.

## Biografía de un suicida

La primera conciencia que tuvo de sí mismo fue la de un niño succionando con avidez el pezón materno: era demasiado brumosa su anterior vivencia de estar flotando de cabeza en una laguna viscosa, oscura y tibia, con las piernas contraídas en posición inverosímil.

Creció solitario en un inmenso patio repleto de pinos y flamboyanes donde sus únicos compañeros fueron dos lagartos, hinchados y lánguidos, que lo hipnotizaban cada tarde con el verde nervioso de sus cuerpos pulidos y se perdían al anochecer entre hojas truncadas y rotos tallos amontonados.

Se hizo hombre una noche de trote sudoroso sobre el lomo arisco de una negrita iniciadora. Después la vida lo arrastró muy lejos de la seguridad protectora del patio donde dejó para siempre su inocencia, perdida entre tallos tronchados y asiduos lagartos vespertinos.

Penetró entonces ciegamente en la pesada atmósfera del fanatismo religioso al conjuro de agrios y adustos exorcistas de negras sotanas malolientes. Ellos le enseñaron la angustia y el miedo y, sin quererlo, lo empujaron hacia la libertad de criterio y la búsqueda consciente de la verdad.

Luego se sumergió con igual fruición en ávidas lecturas científicas que hicieron renacer por un tiempo su esperanza. En el ínterin odio y amó con pasión y tanto lo uno como lo otro le dejaron idéntica sensación de frustración y hastío, pero cargó siempre su cruz con hidalguía sin pedir jamás la ayuda ajena.

Al final de la ruta volvió sobre sus pasos desandando rápidamente el camino recorrido. Pasó indiferente junto al amor y el odio. Ignoró los libros de ciencia que encontró a su paso. Cruzó sin detenerse por entre un enjambre de sotanas polvorientas. Entró al patio de su infancia sin recordar su inocencia perdida y se tiró de bruces en el lago oscuro y tibio que lo estuvo siempre esperando de regreso desde el día en que nació.

## La única verídica versión de la muerte de Johnny Watson relatada por él mismo<sup>[3]</sup>

Esta carta no tiene destinatario. La escribo para mi propia satisfacción y nadie más que yo la leerá. Parece tonto, ¿verdad? Pues no lo es, porque de la circunstancia de que nadie, absolutamente nadie, conozca su contenido depende el éxito de mi plan. Entonces ¿para qué escribirla?, podría preguntar alguien (si ese alguien existiera, que no existe) y yo le respondería a mi hipotético interlocutor: porque describir lo que estoy a punto de realizar, poner en palabras escritas el ingenioso proyecto de venganza que he concebido contra mi enemigo mortal me proporcionará un placer al que no deseo renunciar. Placer de solitario, es cierto, pero ese es el tipo de placer que prefiero. Y es que yo nunca he necesitado de los demás para nada. Siempre me he bastado a mí mismo en todo y no me merecen sino desprecio aquellos que requieren, para saber que existen, el reconocimiento, la compasión, el amor o el odio de otras personas.

Tomemos el caso de mi enemigo, por ejemplo. Se llama Arturo y es escritor. Escribe cuentos y hace crítica cinematográfica. Ha publicado varios libros y sus crónicas de cine aparecen continuamente en los periódicos. Aunque a veces utiliza seudónimos, se cuida muy bien de que todo el mundo conozca su verdadera identidad. ¿Habrás visto un caso más patente y ridículo de dependencia de los demás, y de inseguridad en sí mismo, de compulsión a demostrarle a los otros continuamente que existe y que está activo? Porque los escritores que publican obras, y Arturo no es una excepción, en el fondo no son más que seres débiles carentes de la fuerza interior que poseen aquellos que, como yo, pueden permanecer en el anonimato y sentirse plenamente realizados, es decir, con capacidad de sobrevivir alegremente aunque su nombre no aparezca en los periódicos ni en las portadas de los libros.

Al releer lo que he escrito hasta ahora compruebo que me he dejado arrastrar por los sentimientos y me estoy apartando del tema. Como no tengo que pedirle excusas a nadie por ello, sigo adelante.

Creo que lo primero a que debo referirme es a la naturaleza de mis relaciones con Arturo. En realidad, esas relaciones no han sido tales. Como es natural, me enteré de su existencia a través de los diarios y de ver su nombre en uno u otro volumen en los escaparates de las librerías. El, obviamente, no me conocía ni me había tratado nunca lo cual elimina por definición la posibilidad de que yo le hubiese causado algún mal en la vida. Sin embargo, eso no impidió que me diera muerte en forma cruel y alevosa. Cometió esa villanía en uno de sus cuentos que tituló, aviesamente, “Matemos a Johnny Watson”.

Esa abierta manifestación de instintos homicidas habría sido suficiente para

calificar a mi enemigo como un ser peligroso frente al cual la sociedad estaba obligada a tomar las medidas de protección que la más elemental prudencia aconseja en casos semejantes. No fue así y Arturo ha continuado escribiendo cuentos, publicando críticas de cine y hasta ¡Oh, Dios mío! preparando una novela.

Si a esas actividades se hubiese limitado el furioso dinamismo de mi enemigo, yo habría terminado por perdonar el agravio de mi muerte y hubiese olvidado generosamente el asunto. Pero durante los últimos días se han producido acontecimientos que han creado una situación de suma gravedad y que muestran hasta qué grado puede llegar un odio irracional cuando lo abriga una persona de profundos y arraigados sentimientos criminales.

De acuerdo con informaciones que me han proporcionado muy buenas fuentes, mi enemigo está planeando nuevamente mi muerte. Pero no la clase de muerte individual y particular a la que tiene derecho todo ser humano, sino un horrendo asesinato, colectivo y proliferante, en el que intervendrían masivamente docenas de cómplices reclutados por el propio Arturo entre escritores dominicanos que se han prestado voluntariamente a la consumación del crimen.

Claro que esa labor de proselitismo de mi enemigo entre sus colegas encontró terreno fértil donde germinar gracias a la propensión característica de la fauna escritorial de participar en todo tipo de actividades, por delictuosas que sean, siempre que proyecten sus nombres en las páginas de libros y periódicos. Lo verdaderamente increíble fue que ninguno de los escritores reclutados pusiese reparos a participar en mi muerte a pesar de que el único motivo que adujo mi enemigo para justificarla ante ellos fue mi obesidad. ¿Se puede concebir una mayor aberración mental que considerar la gordura, esa inocente condición de una gran parte del género humano, como un delito merecedor de la última pena? Sólo cerebros pervertidos hasta el paroxismo pueden aceptar una idea tan estúpida como ésa.

Confieso que yo fui gordo, inmensamente gordo, aun desde antes de nacer, lo seguí siendo durante toda mi existencia y lo seré durante los últimos minutos que ahora me quedan de vida. A mi pobre madre hubo prácticamente que descuartizarla en la sala de partos para que yo pudiera nacer. Pero ahí termina mi culpa. Desde entonces mi obesidad no le hizo daño a más nadie, salvo uno que otro pisotón involuntario en las aglomeraciones de los supermercados y en las colas de los cines. ¿Es esto suficiente para merecer la muerte? ¡Claro que no! Y nadie con dos dedos de frente podría pensar lo contrario.

Por mi parte, he decidido no quedarme de brazos cruzados, como la otra vez, ante esta nueva agresión y he preparado un plan de acción destinado a hacer pagar bien caro a mi enemigo su injustificado encarnizamiento contra mí. En la elaboración de ese plan me han ayudado mucho mis copiosas lecturas de novelas policíacas, la perforación de un pozo séptico en el solar contiguo a mi casa y el reciente diagnóstico

de mi médico, que me ha informado solemnemente que no me quedan más de treinta días de vida dada la condición cardíaca que me afecta desde hace años y que mi obesidad ha contribuido a agravar.

Es difícil a veces precisar el momento exacto en que nace una idea genial. Dudo que Einstein o Edison hubieran podido hacerlo en relación con sus descubrimientos. Yo, definitivamente no podría determinar cuándo se me ocurrió el plan de venganza que estoy a punto de realizar. Tal vez todo comenzó en algún oscuro momento de feliz inspiración y los detalles fueron completándose con el paso de los días. Pero lo importante es que ahora domino el esquema total hasta en sus más mínimos aspectos y me siento seguro de su éxito.

Veamos primero lo que he hecho hasta ahora y luego lo que haré durante los próximos minutos. Cité esta mañana a Arturo para las diez de esta noche pidiéndole no revelar a nadie nuestro encuentro, sabiendo que a esa hora estarían como siempre las criadas del vecindario conversando en la puerta principal del edificio donde habito. Tal como lo había anticipado, mi enemigo acudió puntualmente al lugar de la cita arrastrado por la malsana curiosidad de conocer en carne y hueso a uno de los personajes victimados por su imaginación. Durante su visita busqué un pretexto para pedirle prestado su pañuelo, una fina prenda de hilo con las iniciales ARF primorosamente bordadas en un extremo. Le hice una broma sobre la correspondencia fonética de esas letras con la versión sajona del ladrido de un perro y aproveché su momentánea distracción para esconder el pañuelo. Mantuve con mi visitante una conversación trivial hasta cerciorarme de que las criadas habían terminado su tertulia y se habían recluido en sus dormitorios siendo, por tanto, testigos de la hora de llegada de Arturo pero no de la de su partida. Despedí entonces a mi enemigo con falsa cordialidad en la puerta de la calle comprobando que no había nadie por los alrededores. Subí luego a mi habitación de la segunda planta y me puse a escribir esta carta que quemaré en la hornilla tan pronto la termine.

Ya me queda poco por hacer. Tengo a mi lado el revólver “Colt” que heredé de mi padre y que nunca he usado. Me concentro ahora en atarle del cañón la larga cuerda en cuyo extremo opuesto he amarrado previamente un pequeño busto de bronce de Beethoven que es otro recuerdo de familia. Luego colocaré el pañuelo de Arturo en algún lugar conspicuo de la estancia, bien ostensible a las miradas de los agentes policiales que de seguro visitarán mi habitación esta misma noche. Enseguida extenderé la cuerda sobre el alféizar de la ventana con el busto de bronce pendiente de su extremo y suspendido en el vacío, exactamente sobre la boca del pozo séptico, diez metros más abajo. Después me sentaré en mi butaca preferida con el revólver asido con firmeza para contrarrestar el peso del busto. Apuntaré el cañón en el lugar preciso bajo el cual ha estado latiendo hasta ahora mi enfermo corazón y, con los ojos cerrados, apretaré el gatillo confortado por la seguridad de que, tan pronto la laxitud

de la muerte elimine mis fuerzas, mi mano se abrirá y el lastre que pende en el exterior de la ventana arrastrará el revólver hasta el fondo del pozo sepultándolo para siempre bajo sus turbias aguas protectoras.

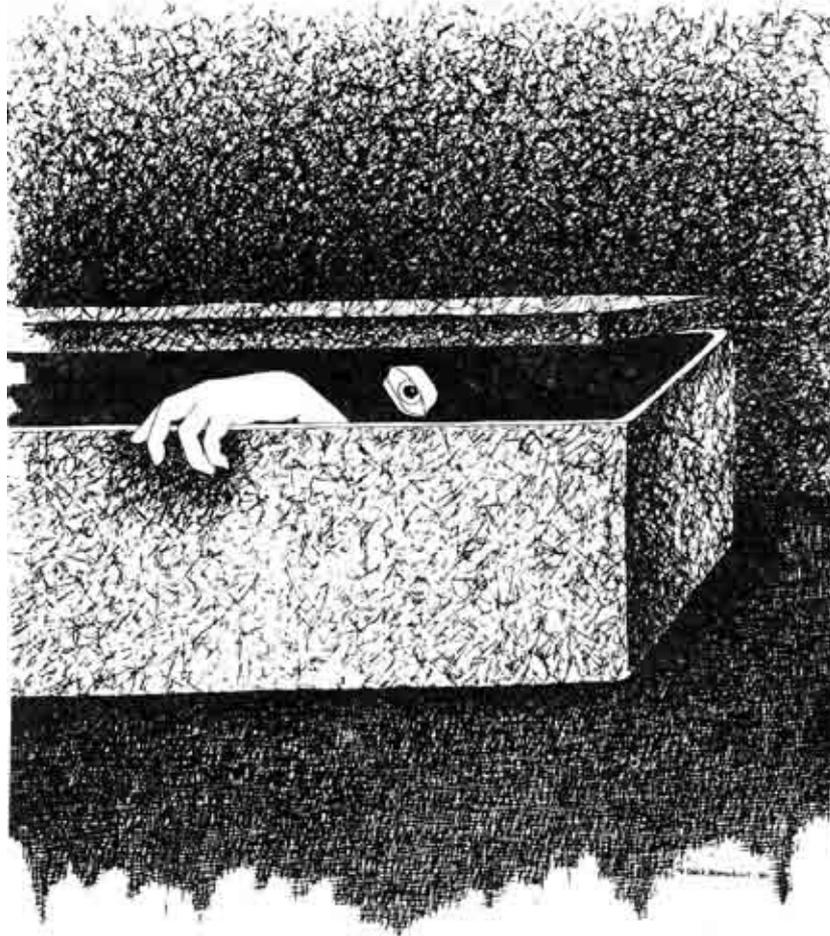
El hallazgo de mi cadáver sin ningún arma en sus cercanías eliminará toda hipótesis de suicidio y el pañuelo y el testimonio de las criadas señalarán inexorablemente a mi enemigo como el autor de mi muerte. Estoy seguro de que mi último pensamiento, que me arrancará una dulce y postrera sonrisa, estará concentrado en anticipar la sorpresa de Arturo cuando se enfrente mañana con la acusación del asesinato de Johnny Watson, esta vez real y no creado por su imaginación enfermiza. ¿Quién se atreverá a negar que la venganza es el manjar de los dioses?

## Catatónico

Encogió los hombros y las piernas apretando los codos contra los costados y cerró los puños adoptando la postura que aprendiera cuando niño de Paulino Uzcudún sintiéndose ahora invulnerable a cualquier ataque viniera de donde viniera ya de un puño disparado ya de una bota agresiva o de las melifluas frases proferidas por esa boca que se abría y cerraba y se movía lateralmente y de abajo hacia arriba frente a él dejando escapar las palabras como insectos asustados a través de la abertura que enmarcaban los labios temblones y que volaban en línea recta hacia el muro impenetrable que había construido con sus brazos y muslos petrificados protegiéndole el pecho y el estómago y las mejillas y sobre todo las orejas donde zumbaban las palabras antes de chocar contra su frente y caer desarticuladas en sílabas quebrándose después en letras menudas al encuentro con el duro suelo del hospital permaneciendo amontonadas unas sobre otras como muertas mariposas nocturnas vencidas por el día y que disimuladamente él fue empujando con el pie bajo la silla desde donde observaba impertérrito el sordo empeño del hombre de la bata blanca de acribillararlo con su espesa andanada de palabras que cada vez fueron saliendo de su boca con mayor rapidez hasta superar su capacidad de ocultarlas por lo que el montón fue creciendo en el piso forzándolo a abandonar el intento de esconderlo bajo la silla y resignándolo a observar indiferente cómo se elevaba sobre el suelo la pila de palabras desmembradas que fue inexorablemente alcanzando la altura del hombre de la bata blanca trepando primero minuciosamente por sus piernas ocupando después las caderas y el pecho y luego invadiendo tenazmente el contorno de la cabeza hasta cubrir todo el cuerpo arrojándolo por completo y sumergiendo y ahogando bajo una hirviente masa negruzca la voz meliflua cuyo sonido fue sobrepasado entonces por el apagado y múltiple murmullo satisfecho del enjambre de diminutos signos alfabéticos degustando bocado a bocado el pellejo y los músculos y huesos y cartílagos en un feroz ataque antropofágico que él observó inmerso en su neutralidad impávida hasta que del hombre sólo quedó la arrugada bata blanca sobre el suelo como una humillada bandera en derrota mientras se producía la desbandada total de las letras que fueron encontrando una a una las grietas escondidas del piso y las paredes y desapareciendo por ellas con apresurada impaciencia de hormigas atolondradas dejando sólo en la habitación al vencedor que estiró las piernas arquendo al torso y alzó las manos entrelazadas por encima de la cabeza porque este round lo había ganado él y podía bajar la guardia hasta el momento en que una nueva acometida de palabras entrometidas despertara otra vez la compulsiva necesidad de proteger a toda costa su intimidad amenazada obligándolo a remedar de nuevo la defensa de Uzcudún y repetir su victoria y entonces volver a esperar con la misma vigilancia pasiva pero alerta cualquier otro intento de conturbar la infinita paz que

había conquistado a través de tantos sacrificios y a la que jamás renunciará no importa qué.

# Y FANTASMAS



## Círculo

Soy un hombre ordenado. Extremadamente ordenado y cuidadoso. Tan pronto abro los ojos a las cinco en punto de cada mañana, inicio un sagrado ritual de movimientos precisos —siempre los mismos— que transportan mi cuerpo, desde la estrecha cama arrimada a la pared, hasta el oscuro cuarto de baño anexo a mi habitación, donde completo mi prolijo aseo personal. Veamos: emerjo suavemente del sueño y me encuentro a mí mismo acostado de espaldas, en el centro exacto del lecho, con las piernas juntas y estiradas y los brazos reposando en ambos lados del cuerpo, formando un ligero ángulo con el codo. Las manos, apoyadas por el dorso, mantienen los dedos ligeramente curvados hacia las palmas, en una suerte de crispación natural, desfallecida y estática. Mi cabeza se apoya en el medio de la almohada, y yo adivino junto a mis sienes los simétricos pliegues que provoca su peso en la tela blanca y tersa que la envuelve. Más allá del suave género de mi pijama de pálidos colores, observo mis pies sobresalir de la sábana cuidadosamente doblada que me envuelve tan solo las piernas y el vientre. Están allí, erguidos, gemelos, escrupulosamente limpios y cuidados. Los veo como si no me pertenecieran y alguien los hubiera puesto allí aprovechando mi sueño. Durante unos segundos, juego con esta idea absurda que se quiebra bruscamente —como estalla una pompa de jabón— cuando, con movimiento ininterrumpido y certero, me incorporo, aparto la sábana con la mano izquierda, y giro sobre el coxis hasta sentarme en el lecho. Entonces los pies —prodigiosamente reconquistados por mi cuerpo— descansan suavemente en el suelo, junto a las pantuflas de cuero colocadas simétricamente delante de la cama. Sucede a ese instante preciso, un momento breve, pero intenso, de meditación y ensimismamiento. Coloco los codos sobre las rodillas y reposo la cabeza entre las manos. Me concentro, me absorbo en mi propio yo, y ahuyento de ese modo las postreras nieblas del sueño. Después de algunos segundos, ya estoy listo. Sacudo la cabeza, me calzo las pantuflas (sin ponerles las manos, con sólo un doble movimiento de los pies) y doy los cinco pasos que me separan del cuarto de baño. Es ésta una habitación estrecha, asfixiante, mal ventilada y peor iluminada. Me he quejado sin éxito... He protestado de eso y de otras cosas que ahora no recuerdo. Cada vez que entro aquí me subleva y me irrita el recuerdo del poco caso que han hecho siempre a mis justas reclamaciones. Esta breve sensación de ira concentrada, es también parte del ritual sagrado de cada mañana. La desecho, no obstante, casi de inmediato, enciendo la bombilla y me dedico a la observación del rostro que me devuelve el espejo incrustado en la pared sobre el lavabo. Frente amplia de pensador. Ojos negros, profundos, penetrantes. (Hay que cuidar, sin embargo, de ese atisbo de desconfianza que se trasluce en el girar nervioso de la pupila, y en esa tendencia a mirar de soslayo). Frunzo el ceño y me pongo a ensayar frente al espejo una mirada

recta, fija y limpia sobre mí mismo. Me hago el propósito de repetir este ejercicio cinco veces por día, cinco minutos cada vez. Abro la boca y me examino detenidamente la lengua, extendida sobre el labio inferior. Bien. La escondo y recojo los labios, dejando al descubierto los dientes blancos, cuidados, sanos. Tomo el vaso metálico del pequeño escaparate y lo lleno de agua hasta tres cuartos de su capacidad. Lo coloco sobre el lavabo. Cojo el cepillo de dientes con la mano izquierda y el tubo de pasta dentífrica con la derecha, los reúno frente a mi rostro y vigilo atentamente que la presión de los dedos sea la justa para extraer un centímetro de pasta. Arrastro el tubo sobre las cerdas del cepillo y allí queda la familiar sustancia blanquecina, prolijamente distribuida en la superficie raspante. Retiro un poco las manos de mi rostro y admiro por un buen tiempo la perfección de la obra (digna de un anuncio a todo color de una revista americana). Entonces inicio la operación de limpieza, con movimientos rítmicos, de abajo hacia arriba, de arriba hacia abajo. (Es preciso seguir las estrías naturales de los dientes... lavárselos tres veces por día... el cepillo no debe humedecerse... Son cinco pesos la consulta...). De arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba. Lentamente, lentamente... Una, dos, tres veces, hasta contar quince. Al principio el brazo se me cansaba extraordinariamente. Ya no. Ahora resulta algo más bien divertido... (Cuatro, cinco, seis, siete)... Aunque a veces siente uno la tentación de cambiar la dirección y mover el cepillo de derecha a izquierda y de izquierda a derecha... (ocho, nueve, diez, once)... O hacerlo girar en círculos, cada vez más estrechos y rápidos... (Doce, trece, catorce y quince...) La boca tiene ahora un agradable frescor, pero es preciso enjuagarla, y ello también procura un goce especial. Abro la llave de agua y sumerjo en el chorro la punta del cepillo. Con el pulgar barro hasta el último vestigio de pasta sobrante, y luego observo las cerdas al trasluz de la pequeña ventana enrejada. No quedan trazas. Cojo el vaso de agua y tomo cuatro buchecillos sucesivos arrojándolos cada vez sobre el lavabo. Coloco nuevamente vaso y cepillo en su lugar respectivo y realizo un nuevo examen de mi dentadura frente al espejo. Al bajar la vista, distingo junto al grifo una mancha blancuzca, pequeña, pero deprimente, afrentosa, sobre la límpida superficie esmaltada. No quiero tocarla con las manos. Produzco nuevamente el chorro de agua, tomo un poco en el hueco de las manos juntas y lo dejo caer poco a poco sobre la pequeña mancha. No desaparece totalmente, aun cuando queda borrosa, invisible tal vez para otra mirada menos perspicaz. Vuelvo a insistir con el agua derramada desde arriba, aún sin tocar la desagradable mancha, pero ésta no disminuye, más bien parece ahora crecer y tornarse más oscura. Miro a mi alrededor. Allá, doblada en dos sobre la pequeña mesita niquelada de medicinas, hay una toalla. Corro hacia ella, la tomo, vuelvo al lavabo y froto desesperadamente, una, dos, tres, más de cien veces. Sudo copiosamente, pero no me atrevo a mirar los resultados de mi labor. Al fin, el cansancio me paraliza los brazos y me obliga a detener la faena. Tiemblo. Dejo caer

lentamente la toalla... ¡Está horriblemente sucia! La arrojo con asco lejos de mí y miro con horror la mancha del lavabo agrandándose cada vez más. Ya no es blanca, sino roja y mana como una herida abierta... ¡Es sangre, Dios mío!... No resisto más, huyo hacia mi habitación y cierro con violencia la puerta tras de mí, Me apoyo jadeante sobre ella. Presiento que aquella sustancia sanguinolenta que mana sin cesar del lavabo terminará por inundar el cuarto de baño e invadir después mi propia habitación. Me aseguro de que la puerta está herméticamente cerrada. Luego me separo de ella y busco ansiosamente algo con que tapar los intersticios. ¡Dios mío! ¿Qué veo?... Toda mi precisa y ordenada personalidad parece estallar de repente. (Me habré equivocado de puerta otra vez?)... No estoy en mi habitación, sino en el centro de una llanura inmensa que se curva en el horizonte infinitamente lejano, en una parodia absurda de la curvatura de la Tierra. Después de un primer momento de horrorizado estupor, comprendo que es preciso escapar de aquella espantosa soledad y refugiarme de nuevo en la seguridad de mi habitación que debe estar en alguna parte detrás de este páramo infinito. Elijo al azar la dirección que debo imprimir a mis pasos, e inicio la penosa marcha hacia el confín del mundo. Camino con rapidez. Corro casi, durante horas interminables, jadeante, conteniendo la respiración, con los ojos fijos en el horizonte desierto. El suelo es viscoso, resbaladizo, pero me mantengo en prodigioso equilibrio. De repente, un temor súbito me asalta. Estoy en el mismo lugar, y a pesar de mi sobrehumano esfuerzo no he logrado avanzar una sola pulgada. Sin dejar de mover las piernas, bajo la vista y compruebo, azorado, que el terreno se mueve hacia atrás a medida que voy mudando pasos, como si mi loca carrera siguiera la dirección inversa de una de esas escaleras automáticas de las tiendas de lujo. Comprendo que debo caminar en dirección contraria para aprovechar el movimiento del terreno. Doy vuelta e intento desandar el inexistente trayecto que creí haber recorrido. Mas, tan pronto lo hago, el gigantesco mecanismo subterráneo modifica a su vez la dirección con un ruido atronador de sus engranajes invisibles, y el terreno vuelve a correr en contra de mi marcha. Cambio dos veces más el curso de la ruta, y otras tantas vuelvo a ser víctima de la trágica jugarreta. En el último de mis bruscos virajes, doy un traspiés y caigo de bruces en el suelo. Compruebo que mientras permanezco inmóvil, la tierra tampoco se mueve. Después de un corto respiro de alivio me incorporo lentamente, pero al intentar el primer paso, el ominoso estruendo me anuncia lo que sucedería de llevar a cabo mi propósito. Opto por permanecer inmóvil, acostado sobre el pecho, con la mirada prendida al horizonte inaccesible y el oído atento a los ruidos que podrían producirse bajo la tierra. El silencio es total, espantoso. Por un largo rato nada parece suceder. hasta que noto, con una súbita sensación de inmenso júbilo, que el final del mundo ha venido paso a paso acercándose hacia mí, y trayéndome en su confín mi anhelada habitación. Por unos segundos disfruto de ese engañoso espejismo. Luego, un inesperado ramalazo de

angustia: soy yo quien se hunde inexorablemente en la materia viscosa que me rodea, súbitamente resblandecida y absorbente. Aterrorizado, miro mis piernas, desaparecidas ya bajo la tierra, y al ver sus muñones desolados, me siento de pronto víctima de la más espantosa de las mutilaciones. Puedo, sin embargo, con un supremo esfuerzo, rescatar mis miembros de la trágica trampa y rodarme a un lado en busca de algún apoyo más firme. Todo inútil: en el nuevo refugio, va hundiéndose mi brazo derecho y parte del pecho y la cadera. Agito brazos y piernas en una infeliz tentativa de nadar, pero cada nuevo intento ahonda más la fosa que me devora. En ese momento sobreviene la desesperación. Lloro amargamente, me agito con furia, profiero espantosos alaridos, Tengo ya totalmente paralizados piernas y torso, comprimidos hasta la desesperación por la masa asfixiante que los aprieta cada vez más. Sobre la superficie, tan solo los antebrazos y manos, los hombros y la cabeza, a punto de estallar de temor y desesperación, pero lúcida aún, con su precioso bagaje de facultades visuales y auditivas en angustiosa expectativa de alguna ayuda providencial. Y justamente en este preciso instante, la planta de mi pie izquierdo, de la que había perdido ya toda conciencia, parece renacer de pronto: algo sólido — ¡maravillosamente sólido!— permite que se asiente en un milagroso soporte. Afirmo todo el peso del cuerpo sobre este sostén salvador, y asumo la postura ridícula de una estatua de Mercurio, con sólo un punto de apoyo para su alado pie. Me aferro desesperadamente a una nueva esperanza: mi lenta absorción por aquella materia repugnante ha detenido su inexorable curso... Pero ahora el cielo se oscurece. Una mancha inmensa cubre el firmamento y me sumerge en la penumbra. Miro hacia arriba y veo un ave gigantesca cuyo tamaño inverosímil llena toda la comba celeste. El ave monstruosa agita sus negras alas en un veloz descenso sobre mi cabeza. Viene hacia mí directamente, mas, a medida que se acerca, por alguna razón absurda imposible de explicar, su tamaño se reduce cada vez más, y al posarse sobre mi frente no es ya más que una mosca pequeñita de nerviosas patas y alas inquietas y vivaces. El insecto recorre mi cabeza con carreritas cortas, produciéndome una desagradable picazón que se convierte al poco rato en escozor insoportable. La posición de los brazos, atrapados hasta el codo, me impide espantarla de un manotazo. Mi única posibilidad es alejarla con bruscos movimientos de la cabeza. Al intentarlo, compruebo que la materia en que estoy hundido ha fraguado y tiene ya la solidez del cemento. Esta nueva desventura trueca una vez más mi angustia en desesperación. Muevo la cabeza de uno a otro lado con ímpetu extraordinario, pero el maldito insecto no se aparta de mi frente. Después de un largo batallar, ceso de esforzarme para comprobar, horrorizado, que no puedo ya detener el movimiento y la cabeza continúa por sí sola el incesante bamboleo. Ahora mi cuello comienza ya a sufrir las consecuencias del prolongado esfuerzo, sobre todo cuando el cabeceo se transforma en un girar apresurado sobre el propio eje. Siento que mi cráneo gira como una pelota

de goma a la que se hubiera impreso un movimiento de rotación con la punta de los dedos. Entonces oigo un leve crujido seguido de un fuerte dolor en la garganta. Después, una sensación de asfixia y la convicción de que el cuello se me retuerce como una tela húmeda escurrida por manos vigorosas. Por fin, un último desgarramiento definitivo, y mi pobre cabeza salta como un corcho y cae a mi lado después de producir el sonido característico de una botella de champagne que se destapa... Está ahí, frente a mí, apoyada sobre la sien izquierda, con su frente pálida, sus mejillas sin afeitar, cubiertas de retorcidos pelos rojizos, sus cejas hirsutas y los ojos de córnea amarillenta ribeteada de rojo. Pero también están allí, junto a ella, mis manos crispadas, sobresaliendo apenas de la tierra endurecida en la que parecen sembradas, como dos plantas malditas. Y más allá aún mis hombros raquíuticos, con la llaga purulenta, el círculo de carne y sangre, nervios y arterias cercenados donde una vez reposó mi cabeza. Están todos ahí, y yo los miro (*¿desde dónde?*) como si no me pertenecieran, y se tratara de objetos extraños encontrados al azar durante un paseo por el campo... Ahora comienzo a oír de nuevo el crujido de los goznes subterráneos. Los siento crecer bajo la tierra, y observo que el suelo se convierte poco a poco en un plano inclinado. Mi cabeza comienza a rodar sobre sí misma. El terreno que aprisiona mi cuerpo se agrieta súbitamente y mi tronco, con sus extremidades agitándose a su alrededor como tentáculos, se ve de pronto liberado, y principia a rodar en pos de mi cabeza, en una carrera que va acelerándose paulatinamente. Yo (*pero, ¿dónde estoy yo, Dios mío?...*) corro desesperadamente detrás de mis miembros. Tropiezo, caigo. Me levanto. Vuelvo a caer. La inclinación cada vez mayor del terreno me arrastra en vertiginoso descenso. Pierdo todo dominio de mis movimientos. Me siento en el vórtice de una vorágine de objetos y ruidos girando a mi alrededor. Ahora voy acercándome a mi cuerpo decapitado. Lo alcanzo. Me posesiono de él. Me sumerjo más bien en su tibia armazón de huesos y tejidos. Sigo rodando hacia el abismo. Presiento que el final está cerca. Mi cabeza rueda un poco más adelante. Extiendo los brazos. Logro tocarla con la punta de los dedos, pero no puedo asirla. De pronto vislumbro una puerta cerrada. Contra ella choca mi cabeza y se detiene. La tomo cuidadosamente entre las manos. Me pongo en pie. La examino: está prodigiosamente intacta. Limpio sus mejillas, le arreglo un poco el pelo y la coloco sobre mis hombros. La hago girar a derecha e izquierda: bien. Abro la puerta. Penetro en el cuarto de baño. Me miro al espejo: perfecto. Salgo por la otra puerta. Llego al fin a mi habitación... Necesito descansar. Mi confortable lecho me espera acogedoramente. Me arrojo sobre él y cierro los ojos (*¿Durante cuánto tiempo?...*)

Los abro de nuevo. Son las cinco en punto de la mañana y yo soy un hombre extremadamente ordenado y cuidadoso. Junto a mi cabeza, en la tela suave y fresca de la almohada, simétricos pliegues rodean mi amplia frente de pensador. En el extremo de la cama, mis dos pies gemelos sobresalen de la sábana que abraza

amorosamente mis piernas y mi vientre. Un ligero movimiento de rotación, con el coxis de punto de apoyo, y mis pies descansan sobre el suelo junto a las pantuflas de cuero. Allí, a sólo cinco pasos de distancia, la puerta entreabierta de la pequeña y oscura estancia contigua, me promete deliciosas y refrescantes abluciones matinales. Me concentro en mí mismo, ahuyento los postreros vestigios del sueño, me calzo las pantuflas y marcho lentamente hacia el cuarto de baño, optimista y sin memoria, ajeno por completo a la espantosa amenaza que me acecha tras su aspecto inocente y pueril.

## Su amigo Arcadio

Don Carlos Zamorán era el Administrador de Correos de Altocerro. Sin embargo, a pesar de la desproporcionada pompa de este título en relación a la modestia de la destartalada casucha de madera que le servía de oficina, no era esta calidad la que confería mayor prestigio entre nosotros a Don Carlos. Y es que el señor Administrador de Correos era, además, el orador oficial de Altocerro, y su elocuencia, ampulosa y estirada, presidía invariablemente los entierros, bodas, bautizos y de» más acontecimientos significativos que sacudían de tiempo en tiempo la habitual modorra pueblerina. Era ésta sin duda, y a mucha honra de su parte, la función principal y la verdadera vocación de Don Garios Zamorán.

Las tertulias de los domingos en el café de Las Brisas, que reunían alrededor de la gran mesa central a la mayor parte de la *élite* lugareña, se convirtieron muchas veces, por obra y gracia de la verborrea de Don Carlos, en largos monólogos durante los cuales nuestro Administrador de Correos hacía uso desmedido de sus facultades oratorias contra nuestra pasiva, deslumbrada y silenciosa ignorancia. Siempre retrasaba un poco su llegada, y no hacía su entrada en el café hasta que todos estábamos ya sentados a la mesa, como aguarda un actor que su público colme la platea antes de salir al escenario. Llegaba en silencio, colocaba el sombrero en la única tosca percha que sobresalía de la pared —sobre la cual parecía tener exclusivo derecho— y se sentaba en una de las cabeceras de la mesa, especialmente reservada para él.

Durante los primeros minutos, seguía con atención la conversación general, hasta que, en el momento oportuno, como si cazase un insecto con un movimiento brusco de la mano, asía con vigor una frase, una palabra, que alguien hubiere dicho al azar, y por allí, sin soltarla, tiraba de la conversación, atrayéndola hacia sí, dominándola, apoderándose completamente de ella, y sin soltarla ya más hasta el final de la reunión.

Su parloteo incesante no tenía competencia entre los modestos contertulios, y nadie entre nosotros intentaba oponer resistencia al caudaloso torrente de su oratoria. Pero Don Carlos era instruido, había viajado mucho, y sin duda alguna sus intervenciones constituían lo más interesante de aquellas pláticas domingueras del café de Las Brisas.

Un día la sesión fue particularmente interesante. Aunque Don Carlos hacía muchos años que vivía entre nosotros, no era oriundo de Altocerro y no hablaba nunca de su vida anterior. Sin embargo, aquella vez nos relató un episodio de su pasada existencia que se me grabó para siempre en la memoria. Tan bien lo recuerdo, que podría repetir incluso las mismas palabras y frases rebuscadas y ampulosas con que nos contó la historia.

Estaba lloviendo fuertemente aquella mañana, pero ninguno de los habituales había faltado a la tertulia. Don Carlos, que había permanecido en silencio por un rato más largo de lo corriente absorto en sus propios pensamientos, rompió de pronto su mutismo y, como de costumbre, sin dirigirse a nadie en particular, nos habló del siguiente modo:

—Hace mucho tiempo que debí contarles la historia de Arcadio, pero es ahora, después de tantos años, cuando me siento con fuerzas para hacerlo. Supongo que esto les parecerá extraño a ustedes, que tan bien me conocen y tantas pruebas tienen de mi locuacidad y de mi incapacidad de guardar secretos. Por eso deseo comenzar explicando la razón por la que callé hasta el día de hoy una historia que me retozaba en la lengua y cuyos pormenores bullían en mi memoria como gotitas salarinas sobre la superficie del agua hirviente. La razón de mi silencio no podía ser más poderosa: para contarles mi aventura con Arcadio, era preciso revelarles una etapa de mi vida que hasta ahora he mantenido oculta para todos. El tiempo de mi primer contacto con Arcadio se remonta a una época turbia de mi existencia sobre la cual no me gusta hablar. Creo, sin embargo, que ya puedo depositar mi confianza en ustedes y que cualquier cosa desagradable de mi pasado que yo les revelara no cambiaría el buen concepto que tienen de mí, formado y robustecido a través de los largos años que he convivido con ustedes. Cualquier descarrío de mi juventud, cualquier tropiezo de mi vida anterior, no va a privarme de su amistad, ni va a cerrarme las puertas de sus reuniones, ni a afectar en lo más mínimo las inmejorables relaciones que nos unen. Pero, amigos míos, esa fe que les tengo no podía nacer de la noche a la mañana ni formarse de un día para otro. Fue necesario esperar hasta hoy para que yo sintiera que esa confianza existía plenamente y que, por tanto, yo podía contarles sin temor la historia de Arcadio.

Hizo una breve pausa y prosiguió después, con igual ímpetu:

—Para ustedes, que me han visto por espacio de quince años ir y regresar cada día a las mismas horas de mi trabajo en la oficina de Correos (a la cual no he faltado ni un solo día laborable); que me observan transitar por la misma calle hasta el modesto hotel donde como todos los días idénticos platos y duermo en la misma cama durante el mismo tiempo diariamente; que saben que cada domingo abandono el lecho una hora más tarde que de costumbre, me visto con un traje recién planchado y asisto a esta tertulia habitual en el Café donde los mismos amigos se reúnen en torno de la misma mesa para reírse de los mismos chistes; que comprueban —por múltiples circunstancias— que cada día de mi vida es exactamente igual a los demás, y que mi existencia entera se asemeja a un mecanismo de relojería, a tal punto están sincronizados y se repiten una y otra vez en la misma forma todos mis movimientos; ustedes, amigos míos, se asombrarán cuando sepan que mi juventud fue desquiciada como un bote al garete y turbulenta como un ciclón tropical.

Esperó unos instantes para comprobar a su alrededor el efecto producido, y continuó luego:

—Tal vez algunos de ustedes, sugestionados por la imagen de mí mismo que les ofrece mi formal y metódica vida presente, juzguen exagerada esta declaración, o la consideren como una broma increíble dicha para pasar el rato. Nada estaría más alejado de lo justo que hacerse una suposición semejante. Lo que voy a relatarles les convencerá de que no exagero nada ni me burlo de nadie.

Aspiró profundamente y se acomodó mejor en su asiento.

—Ustedes habrán notado (necesariamente lo han hecho, porque en este pueblo suceden tan pocas cosas, que cualquier detalle o circunstancia se observa detenidamente y se convierte en objeto de comentarios y discusiones sin fin). Ustedes habrán notado, decía, que cuando nos sentamos en torno a esta mesa y se sirven bebidas alcohólicas, yo jamás pruebo una gota. Al principio, algunos de ustedes insistían en que les acompañase a escanciar un vaso de cerveza o una copa de ron, encontrándose siempre con mi negativa cortés, pero firme. Ya nadie pretende obligarme a tomar alcohol y mi condición de abstemio empedernido se acepta como algo perfectamente natural. Y, sin embargo, si ustedes se hubiesen preguntado alguna vez el porqué de esta invariable actitud, si hubiesen profundizado un poco respecto de tal circunstancia, habrían adivinado probablemente su escondida causa, descubriendo el secreto de mi vida. Porque, yo, amigos míos, —y sé que esto les parecerá increíble— he sido un alcohólico en último grado.

La pausa fue entonces más larga. Don Carlos nos miró por turno a todos, pero nadie pronunció una palabra. Como si estuviese decepcionado, agregó:

—Esto, dicho en frase sencilla y corriente, pierde una gran parte de su horrible significado, y tal vez a la mayoría de ustedes se les escape la horrorosa condición que se esconde tras esas simples palabras. Pero yo, desgraciadamente, la conozco por triste experiencia hasta sus más crueles detalles, porque durante cinco largos años de mi vida yo me debatí sin esperanzas en las aguas cenagosas y turbias del alcoholismo... Ustedes deberían saber que, para un religioso, los hombres se dividen en creyentes y ateos; para un aristócrata, en nobles y plebeyos; para algunos, en blancos y negros; para otros, en buenos y malos. Para nosotros los que formamos la clase de los alcohólicos, los hombres se dividen en los que pueden beber y los que *no pueden* beber. Para mí, y para todos los que son como yo, esa es la única clasificación que de veras importa. Estamos obligados a respetarla reverentemente, y si alguna vez —aunque fuere una sola vez—, trasponemos la sagrada línea que las separa, pagamos muy cara nuestra transgresión... La pagamos con todo lo que poseemos, incluso nuestra propia alma, como en las antiguas consejas de pactos con el diablo...

Bajó la cabeza y prosiguió amargamente:

—Yo violé una vez esa línea divisoria. Un poco por irresponsabilidad juvenil,

otro poco por soledad y aburrimiento... Pero las razones no vienen al caso. Lo que importa es mi caída vertiginosa en el abismo sin fondo del alcoholismo. Abandoné hogar, trabajo, amigos, y me convertí en un paria burlado por los niños, perseguido por los perros y despreciado por todos... Esto sucedió hace mucho tiempo. Tanto, que a veces pienso que no fue más que una pesadilla, sin otra realidad que la huella que nos deja en la memoria un sueño maldito cuyos detalles se olvidan y del que sólo se recuerda el horror que nos produjo, revivido ocasionalmente por reminiscencias dispersas...

Levantó la frente, y haciendo un gesto con la mano, pareció barrer la tristeza que se mezclaba con sus palabras.

—No quiero insistir en la descripción de aquellos años: no es de interés para la historia que voy a contarles, y revive viejas heridas que el tiempo ha restañado. Pero es necesario que les hable del doctor Jordán. El Doctor Jordán fue mi Ángel Bueno. Si hoy puedo estar aquí con ustedes, rodeado de afectos y viviendo una existencia normal, lo debo exclusivamente a su bondad y al interés paternal que se tomó por mí en aquella época negra de mi vida. Había sido amigo íntimo de mi padre y me conoció desde niño» Cuando se enteró de mi desesperada situación, fue personalmente a buscarme al pequeño pueblo de la costa norte de la isla donde a la sazón me hallaba yo viviendo de la caridad pública... Es decir, invirtiendo en alcohol el producto de las limosnas que recibía cada mañana a la puerta de la iglesia. Como el doctor me encontró en un estado de inconsciencia total, me trasladó como un fardo a la capital, y cuando surgí de mi sueño alcohólico, me hallé internado en una clínica que poseía mi protector en las afueras de la ciudad...

—Allí permanecí diez meses, sometido a un tratamiento de rehabilitación que el propio Doctor Jordán se encargaba de dirigir personalmente... Naturalmente, los primeros meses fueron horrorosos. El ansia de beber despertaba en mí cada cierto tiempo, y siempre que su garra me apretaba las entrañas, intentaba evadirme de la clínica por todos los medios imaginables. Afortunadamente nunca logré mis propósitos y cada tentativa de fuga se estrelló contra los pechos robustos y entre los brazos vigorosos de los enfermeros, rigurosamente adiestrados y aptos para evitar toda alteración de la férrea disciplina de la institución. Lentamente fui adaptándome a la vida de internamiento y aprendiendo a considerar impracticable todo intento de evasión. Como en el fondo de mí mismo vivía el profundo anhelo de sanar de mi horrible mal, y ese deseo crecía y se robustecía a medida que iba desintoxicándose mi organismo, paulatinamente fue avanzando el proceso de mi recuperación. Un solo síntoma de mi enfermedad persistía tenazmente a través del transcurso de los meses: las alucinaciones.

Nos recorrió a todos de nuevo con su mirada cargada de experiencia, y continuó:

—Sin haber pasado por ello, ustedes no podrían jamás hacerse una idea de lo que

son las alucinaciones de un alcohólico. Imagino que la debilidad de la mente o tal vez la necesidad de escape del subconsciente, interrumpido por la cesación brusca del suministro de la droga, crean las condiciones propicias para que nazca en torno al enfermo un mundo de fantasías, entremezclado hasta tal punto con la realidad circundante, que uno no es capaz de distinguir dónde termina ésta y dónde comienza el delirio...

—De este modo, viví durante meses experimentando las más extraordinarias aventuras. En ocasiones, fui califa árabe, reclinado en mullidos almohadones, servido por esclavos abisinios y deleitado por hermosas huríes complacientes y exquisitas. Otras veces, poderoso monarca de un reino milenario, triunfador de intrigas palaciegas. Otras, corsario pirata, vencedor de tempestades y ducho en abordajes. Otras... Pero no voy a cansarles con la relación de las existencias fantásticas que creí vivir en aquella época. Lo que sí deseo dejar bien claro es que cada vez que despertaba de esas ensoñaciones, la impresión de realidad que su recuerdo me dejaba era tan profunda que tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para comprender cuál era mi genuina personalidad y adaptarme de nuevo a mi yo y a mi ambiente verdaderos. A medida que progresaba mi curación, aquellos delirios se espaciaban cada vez más y, cuando aparecían, esa impresión de realidad de que les he hablado se manifestaba con menos intensidad. Al final del sexto mes de internamiento desaparecieron por completo, y yo tuve entonces la certeza de haber retornado definitivamente al mundo de los seres normales... Pero justamente entonces, apareció Arcadio.

—Mi primer encuentro con Arcadio sucedió una fresca noche de diciembre. Había dormido ya algunas horas y desperté en la madrugada, probablemente a causa del frío. Me envolvía una agradable sensación de bienestar cuando, después de subirme la frazada hasta la barbilla, me puse a pensar con optimismo en mi curación inminente. Tenía los ojos cerrados y comenzaba ya a adormecerme en el instante en que una voz, profunda y suave a la vez, me sustrajo bruscamente de la modorra.

—Carlos, Carlos, —me dijo— ¿estás despierto?

Me causó extrañeza que me llamaran por mi nombre de pila, porque en la clínica siempre lo hacían por mi apellido. Me incorporé a medias y respondí:

—Sí... ¿Quién es?

La voz me habló en un susurro:

—No creo que conozcas mi nombre, ni ganarías nada con saberlo. He venido a hacerte compañía y a conversar un rato.

Busqué con la mirada a mi interlocutor, pero no vi a nadie en la habitación.

—¿Dónde está usted?—, pregunté alzando la voz, algo asustado.

La puerta de la estancia se abrió de golpe y una enfermera, rígida dentro de su planchado uniforme blanco, inquirió solícita:

—¿Desea algo, señor?

—¿Yo?... No nada. Muchas gracias... ¿Hablaba usted con alguien allí afuera, en el pasillo?

—No, señor, con nadie. Estaba sola, haciendo la guardia, y me pareció oírle hablar... Usted dispense. —Y salió cerrando la puerta sin ruido.

Permanecí tenso bajo la colcha, con la frente inundada de sudor y un escalofrío intermitente recorriéndome la espina dorsal. En la habitación no había nadie, excepto yo, y la voz que me llamó había surgido junto a mi cama. Haciendo un esfuerzo de voluntad, me rodé hacia la izquierda y asomé con prudencia la cabeza debajo del lecho.

—No seas tonto: estoy aquí, en la cabecera; pero no podrás verme por más que trates.

La voz nacía ahora exactamente a mi espalda y continuaba hablándome en susurros. Me senté en la cama, bañado en un sudor frío, y miré con ojos desorbitados por encima del hombro. Mi línea visual se extendía hasta la pared blanca y desnuda, y nada ni nadie interrumpía su curso. Mientras tanto, la voz continuaba:

—No te asustes. No te haré ningún daño. Sólo quiero charlar un rato y pasar el tiempo.— Y, después de una corta pausa: —¿Por qué será que ya a nadie le gusta recibir visitas? ¡Cómo han cambiado las cosas! En mis tiempos la gente era sociable y trataba a sus semejantes con amabilidad y cortesía. En cambio, ahora...

A medida que hablaba la voz misteriosa, fui comprendiendo poco a poco la verdad. Con profundo abatimiento iba convenciéndome de que había pecado de excesivo optimismo. Yo no estaba todavía curado, ni mucho menos. Las alucinaciones no habían desaparecido, —como lo pensé—, y la prueba de ello estaba ahí, en aquel susurro que dejaba oír su acento grave y monótono a mi lado. Bajé la cabeza y hundí los hombros mientras mis manos colgaban entre las piernas entreabiertas. Debí encarnar en aquel instante la propia imagen de la desolación, porque la voz cambió de pronto el objeto y el tono de su discurso.

—¿Por qué te pones así?—, me dijo con suavidad acercándose a mi oído. —Crees que no existo y te imaginas que soy otra alucinación, ¿no es cierto?... Pero ¡hombre de Dios! —añadió subiendo de tono—, ¿eres acaso sordo o torpe? ¿No notas diferencia alguna entre tus delirios absurdos y mi ser real, existente, que te habla y que sientes a tu lado? —Adquirió un tono amargo al continuar:— Pero, después de todo, ¿qué puede esperarse de la ignorancia y la vanidad de la humanidad de hoy? Ustedes, los “vivos”—, e imprimió un dejo irónico a esa palabra—, han llegado a creerse que son los únicos que existen. Que el universo todo, con sus leyes eternas y sus misterios insondables, está donde está exclusivamente para que ustedes puedan comerse tranquilamente sus huevos pasados por agua cada mañana, trabajar como estúpidos y amontonar dinero durante el día, y dormir o fabricar hijos cada noche...

La voz pareció ahogarse de indignación y desde lo más profundo de mi terror y mi aflicción, surgió la mía, temblorosa, aprovechando la pequeña pausa:

—¿Quieres decir que existes realmente? ¿Que no eres una alucinación? ¿Que has muerto, y sin embargo estás aquí, a mi lado, diciéndome todas estas cosas?...

—¡Claro que estoy aquí! No puedes verme ni tocarme porque existo en una dimensión que no pueden captar todos tus sentidos, sino los que yo he escogido expresamente para manifestarme ante ti. Pero no te engañas cuando oyes mi voz, aunque seas el único en oírla.

—Pero, —balbucí— ¿por qué yo? ¿por qué me has escogido precisamente a mí?

—Las razones son muchas, pero no entenderías la mayoría de ellas... Basta que sepas que fui en vida el mejor amigo de tu abuelo y que, desde mi plano, seguí siempre con interés y compasión todas tus desgracias.

—De manera que cuando existías... Es decir, cuando existías *de la otra manera*, viviste en este país, y... ¿Cuál era tu nombre?

—Arcadio. Arcadio Zaldívar, Caballero de la Orden del Santo Sepulcro, farmacéutico y comerciante —y la voz adquirió un tono solemne y engolado.

—Mucho gusto—, murmuré sin que se me ocurriera decir otra cosa.

—Me parece que es suficiente por esta vez—, dijo Arcadio—. Volveré a menudo para cambiar impresiones contigo. Te recomiendo guardar el secreto de mi existencia, pues podrías encontrar inconvenientes si te pones a pregonarla.. ¡Hasta pronto! —Y el silencio reinó de nuevo en la estancia.

Como es natural, aquella noche no pude conciliar de nuevo el sueño. Di vueltas sin cesar de un lado a otro de la cama, sumido en un mar de conjeturas cuyo examen me mantuvo en vela hasta la mañana siguiente. Y, en realidad, el caso era para preocuparse. Por un lado, me sentía inclinado a aceptar la realidad de la existencia de Arcadio. Por otro, padecía el íntimo temor de que se trataba de una nueva alucinación, quizás con más visos de realidad que las anteriores, pero producto también de mi imaginación febril. Ya bien entrada la mañana, logré al fin dormir, después de haber adoptado una firme decisión: Arcadio no existía, y por lo tanto yo debía olvidar para siempre aquella absurda intromisión en mi vida rutinaria de interno en una clínica.

Pero Arcadio no tardó más de tres días en reaparecer. Yo no había confesado aún al Doctor Jordán aquel nuevo desvarío de mi mente, y había resuelto hacerlo precisamente esa misma mañana. Estaba tomando el sol en la galería posterior de la clínica, alejado de todos, cuando la voz inconfundible de Arcadio pronunció a mi lado un “buenos días” que me obligó a brincar de sorpresa en la silla, pero que también, en el fondo, me hizo vibrar de felicidad.

Me explicó brevemente que la causa de su ausencia obedeció a compromisos previos con otras personas desgraciadas a las que se sentía en el deber de ayudar, pero

que había decidido consagrarse a mí por el momento y se había ya despedido formalmente de aquéllas. Por mi parte, le expuse mis dudas y vacilaciones, y le supliqué que las desvaneciera ofreciéndome alguna prueba tangible de su existencia... Llegué a insinuarle que me daría por satisfecho si me anunciaba el billete ganador en el próximo sorteo de la lotería... ¡Oh! Sí, lo comprendo: fue algo indigno y vulgar. Pero, por favor, comprendan ustedes qué confusión padecía mi mente en aquellos momentos...

Arcadio permaneció un largo rato en silencio y yo adiviné la mirada de reconvención que debió destinarme. Mas, si estaba colérico, no lo dejó entrever. Me explicó con suavidad —como se hace con un niño— que ese tipo de revelaciones le estaba terminantemente prohibido y que, además, le parecían muy poco serias.

Avergonzado, le pedí excusas que él aceptó con hidalguía, diciéndome en tono paternal:

—No te preocupes. No es la primera vez que me sucede, ni será tampoco la última. El excepticismo parece ser la consigna de la juventud de hoy en día. Pero tengo la seguridad de que, a medida que vayas conociéndome mejor, aumentará tu confianza en mí y terminaremos siendo buenos amigos... No trates de forzar tu inteligencia para convencerla de que me acepte. Deja pasar el tiempo y la convicción llegará por sí misma.

Y efectivamente, Arcadio tenía toda la razón. A partir de aquella entrevista, y cada vez más durante las subsiguientes, mi fe en él se robustecía y fui adaptándome a la idea de la existencia de aquel ser extraordinario que me había escogido a mí entre todos para ofrecerme.

A tal punto llegué a habituarme a su presencia, que no vivía ya sino para gozar de sus visitas periódicas y me parecían interminables las horas de espera que mediaban entre ellas. Naturalmente, oculté a todos la existencia de Arcadio, y mi amigo y yo nos citábamos de noche, en la galería posterior de la clínica, desierta siempre a aquellas horas... ¡Cómo describirles aquellas veladas extraordinarias! Rodeados de un profundo silencio y alumbrados sólo por la luz de las estrellas, analizábamos y discutíamos los más variados temas: los misterios de la filosofía, los secretos de la ciencia... Viví entonces los días más apasionantes e intensos de mi vida. La sabiduría de Arcadio era infinita, y su poderosa personalidad iba influyendo en mi conducta y transformándola por completo.

Me sometí estrictamente a las normas de la institución. Dejé de fumar escondidas en el cuarto de baño. Acepté sin protestas la aplicación de inyecciones y medicinas. Jamás volví a discutir con las enfermeras y el personal doméstico. Fui amable, dócil y servicial con todos, y mantenía gustosamente aquella actitud pensando en la amistad de Arcadio y en lo que, a consecuencia de ella, podía reservarme el futuro.

Mi conducta ejemplar apresuró mi salida de la clínica, y el Dr. Jordán me llamó una mañana para anunciarme que me daría de alta al día siguiente. Me sentía intensamente feliz al comunicarle aquella noche a Arcadio la gran noticia. Sin embargo, él no pareció compartir mi alegría. Me expresó con voz entristecida que tenía algo penoso que anunciarme. Era su propia partida. Se le había encomendado una lejana misión que cumplir. No sabía por cuanto tiempo. No podía decirme su destino. Debíamos despedirnos y resignarnos a una larga separación.

El golpe inesperado me aturdió por completo. Le supliqué, le imploré, lloré como una criatura, pero todo fue inútil. Nada podía variar aquella suprema y misteriosa decisión cuya fuente ignorada ni siquiera me era dado conocer. Arcadio me recomendó resignación y paciencia, y el único rayo de esperanza que me dejó entrever, alumbró tímidamente a través de las últimas palabras que pronunció antes de marcharse:

—Algún día volveremos a encontrarnos. Ten la absoluta confianza de que, no importa cuántos años pasen, seremos amigos de nuevo.

—Pero, ¿dónde?, ¿dónde podré hallarte?—, le grité sumido en la desesperación.

Y con voz que ya se hacía lejana y comenzaba a perderse en el espacio, Arcadio me respondió:

—Cuando llegue el momento, tú sabrás donde encontrarme...

Y Don Carlos Zamorán se quedó callado, mientras las últimas palabras de Arcadio parecían revolotear sobre nuestras cabezas inclinadas por la curiosidad a su alrededor.

Fui yo quien rompió el hechizo del silencio total que había descendido sobre el grupo.

—¿Y nunca ha vuelto a saber de Arcadio, Don Carlos?

El Administrador de Correos de Altocerro volvió hacia mí una mirada cargada de tristeza.

—Nunca más...—, me respondió. —Al principio, a pesar del primer momento de desesperación, no me importó tanto. Era entonces joven. Tenía toda la vida por delante, y salí de la clínica lleno de bríos y proyectos optimistas... Pero, después, a medida que fue pasando el tiempo, y fui sintiéndome viejo y solo, comencé a echar de menos a mi amigo... Como ustedes saben, no me he casado nunca, vivo solo y no tengo familia... Muchas veces siento la irresistible nostalgia de Arcadio, pero jamás, en todos estos años, he vislumbrado el menor vestigio de su presencia, y ya hace tiempo que perdí la esperanza de encontrarlo de nuevo...

Ninguno de los presentes dijo nada más, y así terminó aquella tertulia del café de Las Brisas de Altocerro, dejándonos a todos un poco más tristes y haciéndonos sentir mucho más indulgentes con Don Carlos Zamorán, el entrañable amigo de Arcadio.

La noticia de la desaparición del Administrador de Correos sacudió todo el

pueblo de Altocerro. Ocurrió a la semana siguiente de relatarnos su historia. Aquel lunes, por primera vez en quince años, no abrió sus puertas la oficina postal. Se le buscó en el hotel y se comprobó que faltaba desde la noche anterior. Habían desaparecido también sus escasas pertenencias, pero nadie se había percatado de su misteriosa partida.

Por mucho tiempo no volvimos a saber de Don Carlos, hasta que un día, en medio de una conversación casual con un viajante de comercio de tránsito en el pueblo, algún lugareño se enteró de la extraordinaria nueva: nuestro antiguo Administrador de Correos se había entregado de nuevo a la bebida, y arrastraba una penosa existencia de beodo por los bares de la capital»

La noticia recorrió todos los rincones del pueblo y fue el tópico central de la próxima sesión del café de Las Brisas. Todos lamentaron la inesperada recaída de Don Carlos, menos yo que, mudo en mi rincón, me alegré secretamente de aquel desenlace porque, en lo íntimo de mi ser, comprendía que Don Carlos Zamorán al fin había descubierto el único camino para encontrar de nuevo a su amigo Arcadio.

## La resignada inmortalidad de Don Cástulo

Según las más antiguas tradiciones del pueblo, transmitidas de generación en generación en íntimas tertulias nocturnas, la primera muerte de Don Cástulo Argüello fue muy sentida por todos los habitantes del lugar y, tan pronto cundió la noticia, muy de mañana en aquel día memorable, comenzó a congregarse una verdadera muchedumbre frente a la maciza casa de dos plantas donde vivió siempre Don Cástulo a lo largo de toda su interrumpida existencia.

Para aquella reverente manifestación de duelo fueron indiferentes la atmósfera cargada y los hinchados nubarrones grises que se amontonaron aquel amanecer en el cielo pueblerino en claro presagio de un día de torrenciales aguaceros. Esta circunstancia, por cierto, tampoco obstaculizó el desarrollo de los febriles preparativos que los familiares y allegados de Don Cástulo se apresuraron a realizar desde las primeras horas de la mañana para asegurar a su cadáver una velación digna y proporcionar a sus restos mortales una adecuada sepultura.

Tales preparativos, efectuados dentro de las estrictas normas que rigen esta delicada materia en nuestra comunidad, comprendieron la adquisición de un hermoso sarcófago, bellamente terminado en maderas preciosas y tapizado interiormente con delicados géneros de suaves colores; la toma a préstamo en las casas vecinas de las sillas necesarias para acomodar a los amigos de la familia que de seguro acudirían a tributar al difunto su postrer homenaje de despedida; la adopción de urgentes disposiciones para el suministro de café y refrescos en beneficio de los participantes en la velación, así como las consiguientes gestiones con las autoridades municipales y eclesiásticas para asegurar que el enterramiento se ajustara a las disposiciones legales vigentes y se complementara con exequias religiosas tan solemnes y prolongadas como lo ameritaba la elevada categoría social del fallecido.

De los primeros en llegar a la casa mortuoria fue el Doctor Vitaca, el más prestigioso galeno del pueblo y médico de cabecera de Don Cástulo. Arribó enfundado en el inevitable atuendo que usaba para las grandes ocasiones: chaqueta negra, pantalones grises rayados, chaleco oscuro y sombrero hongo, inmediatamente detrás llegó el cura de la parroquia, Fray Ambrosio, con sus franciscanas barbas y sotana agitadas por las corrientes de aire provocadas por su caminar apresurado y nervioso. Poco después hizo su entrada Don Toribio Castamargo, el boticario más connotado del lugar, trajeado de domingo y oloroso como siempre a pomadas y ungüentos medicinales.

Ya hacia las nueve de la mañana y rodeado entre muchos otros dolientes por tan distinguidos personajes, el cadáver de Don Cástulo Argüello yacía cuidadosamente colocado en su lujoso ataúd, todavía descubierto, que reposaba sobre dos sillas en el centro de la amplia sala principal de la casa, flanqueado por cuatro imponentes

candelabros de bronce provistos de sus respectivas velas encendidas. Junto al féretro, la desconsolada viuda rodeada de sus dos hijas, todas trajeadas de un negro irreprochable, recibían con discreta expresión de desconsuelo las frases de simpatía prodigadas por los presentes que, poniendo cara de circunstancias, se acercaban ordenadamente a saludarlas.

Cercana ya la hora del mediodía y con la temperatura a treintiocho grados centígrados a la sombra, uno de los asistentes, con evidente sentido de la iniciativa, se dirigió a la única ventana de la estancia y la abrió de par en par para aliviar el sofocante ambiente que imperaba en el recinto. Fue en ese preciso instante cuando el enjambre de moscas hizo su aparición entrando en correcta formación por la ventana recién abierta. De inmediato los insectos iniciaron un vuelo circular alrededor de la pieza que los llevó en espirales descendentes sucesivas cada vez más estrechas hasta muy cerca del sarcófago, amenazando realizar un aterrizaje irreverente sobre la frente indefensa y yerta de Don Cástulo.

Pasado un primer momento durante el cual todo el mundo se limitó a presenciar con expectación pasiva las peripecias del vuelo, Don Toribio Castamargo rompió la inercia reinante y se acercó al ataúd agitando con ademán resuelto un blanco pañuelo oloroso a alcanfor, resuelto a impedir a toda costa la culminación del inminente ultraje. Su intento, no obstante, no llegó a materializarse porque antes de que el decidido boticario alcanzara una distancia adecuada para lograr su objetivo, el propio Don Cástulo, de un soberbio manotazo, espantó el enjambre en su conjunto, cuyos componentes volaron despavoridos a través de la ventana abierta hacia la seguridad del espacio exterior mientras las personas presentes, sin excepción y encabezadas por la enlutada viuda, corrían presas del pánico atropellándose unas a otras, en formidable estampida, hacia la puerta de salida de la estancia, único camino de escape de un mundo donde acababa de romperse sin previo aviso la más antigua e inmovible de las leyes de la naturaleza.

En el ínterin Don Cástulo se incorporó, saltó ágilmente fuera del ataúd, se frotó los ojos, se desperezó estirando ampliamente los brazos y miró con estupor a su alrededor. Pasado el primer instante de asombro y caminando a grandes zancadas apagó entonces una a una y con poderosos soplidos, las cuatro velas que lo circundaban.

Fuera de la casa, la multitud aterrorizada se desbandó en desorden hacia los cuatro puntos cardinales y luego, en masivo y espontáneo movimiento centrípeto, se concentró de nuevo frente a la casa de Don Cástulo comentando con desconcierto el suceso recién acontecido. “*¡Milagro!*”, gritaba Fray Ambrosio con los ojos en blanco y las manos en alto. “*¡Catalepsia!*”, rebatía el Doctor Vitaca con acento agnóstico. “*¡Hipnosis colectiva!*”, alegaba a su vez Don Toribio Castamargo, dado en esa época a la lectura de libros de ilusionismo.

Aparte de esta última hipótesis, descartada como resultado del hecho, comprobado posteriormente, de que Don Cástulo continuó viviendo su existencia habitual durante muchos años más, nunca se produjo un consenso general en el pueblo sobre si la resurrección de éste tenía explicaciones científicas o causas sobrenaturales. De modo que las discusiones entre los partidarios de una y otra teoría se prolongaron por algún tiempo hasta que, transcurrido el período de excitación producido por la resurrección de nuestro distinguido compueblano, los comentarios y polémicas sobre el extraordinario suceso fueron apagándose hasta extinguirse totalmente. En realidad, la falta de interés por el caso devino tan patente que la segunda muerte de Don Cástulo, acaecida a los tres años escasos de la primera, no produjo la conmoción que debía esperarse tomando en cuenta los antecedentes conocidos sobre el particular.

En la nueva y triste circunstancia se repitieron, más o menos con la misma eficiencia y parecida cooperación de los allegados de la familia, las ceremonias previas al sepelio con la diferencia de que, esta vez, se prolongaron hasta la celebración de las exequias fúnebres en la iglesia parroquial. Una vez allí y en el preciso instante en que Fray Ambrosio, luego de cantado el responso, incensario en mano y pronunciando ininteligibles palabras en latín, se aprestaba a iniciar las vueltas ceremoniales en derredor del sarcófago, de éste comenzaron a salir extraños ruidos sordos y, en el silencio sobrecogedor de la iglesia, se escuchó claramente la voz ronca de Don Cástulo gritando: “*¡Sáquenme de aquí, carajo, que me estoy muriendo del calor!*”. De inmediato se produjo una copia fiel de la primera estampida de aterrorizados dolientes y a los pocos segundos quedó la parroquia completamente vacía, hecho que prolongó por media hora cuando menos la incómoda prisión de Don Cástulo dentro del ataúd y las irreverentes vociferaciones que éste profería atronando el recinto sagrado.

Al fin, gracias a la intervención de dos valerosos monaguillos y de un carpintero con el sentido del miedo atrofiado aquel día como consecuencia de excesivas libaciones en el anterior, se procedió a abrir el sarcófago y poner nuevamente en libertad al reincidente Don Cástulo.

Es curioso comprobar la facilidad con que la naturaleza humana se adapta a las más extraordinarias circunstancias. Basta que un hecho insólito se repita un número determinado de veces para que llegue a convertirse en algo corriente y aceptable. Así, la perplejidad que provocó en el pueblo la segunda resurrección de Don Cástulo y las discusiones sobre su explicación duraron la mitad del tiempo que las producidas por la primera y, al efectuarse el tercer fallecimiento del señor Argüello, ya prácticamente nadie estaba ocupándose del asunto.

Ni qué decir que la asistencia a los terceros funerales fue realmente escasa, limitada a los parientes cercanos y amigos muy íntimos, actitud que quedó por demás

justificada porque, junto al mausoleo que se aprestaba a recibir los restos de Don Cástulo, después de completadas en aquella ocasión las exequias religiosas, fue necesario abrir una vez más el ataúd para permitirle, a su propio insistente reclamo, una nueva reincorporación a la vida de nuestra comunidad. En el camino de regreso del cementerio no acompañaron al resucitado más de veinte personas.

En la próxima oportunidad nadie se enteró de la muerte de Don Cástulo aparte de sus más cercanos familiares. Cuando una de sus hijas encontró el cadáver una mañana, aún en cama y con pijama, lo comunicó a su madre y a su hermana con la misma naturalidad con la que hubiera anunciado la presencia del cartero a la puerta de la calle. La familia tuvo vergüenza esta vez de divulgar la noticia y la vida en el hogar continuó normalmente dentro de la rutina habitual. Hicieron bien, porque Don Cástulo bajó a desayunar al tercer día con voraz apetito como si nada hubiese pasado y con aspecto rozagante y en muy buena salud.

A partir de esa cuarta resurrección el rastro de la historia de Don Cástulo Argüello se dificulta enormemente porque éste ya había pasado a ser por esa época una leyenda del pueblo, desfigurada a través de las generaciones, en que era imposible separar la realidad de la fantasía. Sí se sabe, no obstante, que el arte de la resurrección fue algo de su dominio exclusivo y no trasmisible por herencia, como lo demostró el hecho de que presidió, con el pasar de los años, los funerales definitivos de su esposa, sus dos hijas, sus yernos y sus cuatro nietos.

En lo que a él personalmente atañía, la costumbre de tratar de enterrarlo se abandonó por completo desde épocas inmemoriales y esto le permitía pasar de la vida a la muerte —y viceversa— sin molestas intervenciones de personas extrañas. A veces, cuando el período de la muerte se prolongaba lo suficiente para permitir la putrefacción del cadáver provisional, su hedor alcanzaba a todos los rincones del pueblo y obligaba a cerrar las puertas y ventanas de las casas. De ese modo se enteraban sus compueblanos del nuevo fallecimiento de Don Cástulo, indefectiblemente seguido de la resurrección respectiva, anunciada a su vez por la extinción del mal olor, la reapertura de ventanas y puertas y el retorno a la normalidad lugareña.

Durante todos esos años, Don Cástulo vivía y moría en un aislamiento absoluto, porque alrededor de su casa, por decisión espontánea de todos, se estableció una zona vedada que nadie osaba violar. La enorme construcción, privada de contactos exteriores, fue deteriorándose con el transcurso del tiempo y la maleza que la circundaba, con su verde vientre henchido de lagartos, lombrices y alimañas, la invadió implacablemente mientras las moscas, ligadas en el recuerdo del pueblo a la primera resurrección, se enseñoreaban de los alrededores estableciendo un dominio absoluto, inexpugnable a toda intervención humana. Desde lejos podía vérselas volando en formaciones cerradas como una convulsa y zumbante nube negra

suspendida eternamente sobre la vieja mansión.

Esta, por su parte, fue adquiriendo con los años un aspecto fantasmal y, ya por el tiempo en que nacieron los biznietos de los testigos de la primera resurrección, parecía como vista a través de un vidrio ahumado, de tal modo se habían esfumado sus contornos y adquirido un color gris brumoso sus altos muros semiderruidos. Más tarde se completó el proceso de esfumación y, a partir de la sexta generación de descendientes de aquellos testigos remotos, la casa había desaparecido totalmente de la vista de todos.

Y Don Cástulo continuó viviendo y muriendo y volviendo a nacer y a morir indefinidamente mientras el pueblo, adormecido en el hábito de presenciar la eterna repetición de un hecho que una vez le pareciera insólito, llegó a aceptarlo como algo tan natural y consustanciado con su propia existencia que terminó olvidándolo por completo.

## Retorno

No soy lo que corrientemente se llama un hombre de buena memoria. Desde muy joven he sido distraído y poco dado a recordar detalles. Mas como esta condición pareció siempre formar parte de mi propia naturaleza, mis padres primero, mis amigos después —incluso yo mismo— nos hemos adaptado a ese modo de ser y así mis distracciones, mis breves raptos de amnesia han venido a ser cosa corriente y aceptable para el estrecho círculo de personas entre las cuales se desenvuelven mis modestas actividades de pueblerino agente de seguros.

Y lo más curioso de todo es que mi memoria —o lo que de ella funciona— es caprichosa en extremo. Tomemos el ejemplo de mis padres. Ambos murieron cuando yo apenas contaba cuatro años de edad. De mi padre no recuerdo nada. Ni sus rasgos físicos, ni el metal de su voz. Ni siquiera algún suceso cualquiera de mi vida en que él participara. En cambio, la imagen de mi madre vive persistentemente en mi recuerdo. Con sólo cerrar los ojos puedo evocar su rostro pálido, su frente surcada por leves arrugas que se acentúan sobre las sienes. Sus ojos claros y siempre tristes... Siento aún el dulce peso de su mano cerrándose protectoramente en redor de la mía durante el paseo dominical hasta la iglesia. Puedo asimismo —como antes— aspirar el aroma de su piel, oír el tono ligeramente ronco de su voz...

Como consecuencia de esos caprichos de la memoria, me sucede a veces que no recuerdo lo acaecido hace apenas un momento y sin embargo soy capaz de reconstruir en sus menores detalles sucesos sin importancia acontecidos en los lejanos días de mi infancia. ¿Será que la memoria, como el organismo humano, envejece con los años? ¿O será éste un mecanismo defensivo del subconsciente que tiende a arrojar en el olvido lo desagradable para conservar en su lugar lo que nos relaciona con una existencia más feliz? Algo de eso he leído alguna vez y lo cierto es que, en mi caso, ésta parecería ser la explicación valedera, porque mi vida presente no tiene nada de agradable y sí mucho de frustración y de vacío. En realidad, mi existencia podría representarse con una línea recta, pero dibujada de arriba hacia abajo, con inexorable trazo... Provisto de una buena educación, heredero a la mayoría de edad de una regular fortuna, vegeto ahora, al término de los sesenta años de una vida uniforme y gris, en este rincón pueblerino de Altocerro, ganando apenas el dinero que demanda cada fin de mes la exigente propietaria de la casa de pensión en que habito.

Los afanes de mi negocio de seguros —aunque ya convertidos en rutina— colman mi diaria jornada y así, mientras el ardiente sol de Altocerro se ensaña contra el poblado, deambulo aturdidamente por las calles, visitando clientes y añorando secretamente el instante en que, cada atardecer, habré de encerrarme en mi modesta habitación. Aquí, de codos en la tosca mesa que me sirve de escritorio o de bruces en el lecho, me dedico a esperar el sueño cotidiano mientras mi mente vaga, dispersa,

recorriendo caminos que a veces me resultan desconocidos y llenos de sorpresas... Rodeado de oscuridad y de silencio, me siento fuerte y seguro. Es como si ellos me protegiesen de todos los peligros. Como si sólo entre ellos me sintiera ser yo mismo. Porque, en realidad, la luz y el ruido me aturden, me espantan. Por eso, durante las horas del día, aguardo con impaciencia el momento de llegar a mi oscura habitación y sumergirme en la protectora intimidad de su silencio.

¿Qué me atrae en este claustro donde me siento como si flotara en el centro de una espesa masa, a la vez muelle y protectora? ¿Será un sentimiento de anticipación a la muerte —secretamente anhelada— lo que me hace preferir esta oscuridad y este silencio que mucho tienen de tumba? No lo creo. Le temo a la muerte desde que tengo uso de razón. Me aterra su naturaleza irrevocable, su carácter de viaje sin retorno.

Pero, ¡por Dios! no es para relatar las locas digresiones nocturnas de mi mente que escribo estas notas. Tampoco para contar lo que ha sido hasta hace muy poco tiempo mi pobre y triste vida sin interés. Escribo para hacer conocer de otros los singulares acontecimientos que se han precipitado a mi encuentro durante las últimas tres semanas, Porque hace apenas ese lapso sucedió algo que ahora, desde la perspectiva que me ofrecen —vistas en conjunto— las circunstancias que he vivido durante los últimos veinte días, reconozco como el punto de partida de un brusco viraje de mi existencia.

A mediados del mes pasado había concertado una entrevista con un comerciante de importancia del poblado. Mi cliente potencial, con poco tiempo disponible para atender agentes de seguros me había citado en su oficina a las tres de la tarde del sábado siguiente. La mañana del día señalado transcurrió sin novedad. Almorcé frugalmente al mediodía y a las dos y media, me dirigí al lugar de la cita. Hasta ese instante todo había sucedido normalmente y es justamente a partir de entonces cuando comenzó a acontecer lo extraordinario. Y lo peor de todo es que este calificativo no lo empleo para definir lo que mi memoria guarda de aquella tarde, sino para describir precisamente lo contrario: el impenetrable vacío, la absoluta falta de contenido del tiempo transcurrido a partir de la salida de mi casa hasta que me hallé, a las seis y media del mismo día, sentado en un banco de la plaza central del pueblo, sin saber por qué estaba allí y sin tener la más remota idea de lo que había hecho durante las cuatro horas anteriores.

Naturalmente, perdí la oportunidad de realizar el negocio, pero esto no me importó mayormente porque toda mi capacidad de preocuparme se concentró en tratar de descifrar el misterio de aquellas horas perdidas cuyo contenido me era imposible descubrir por más que torturaba mi memoria. ¿Existe acaso un suplicio mayor que la búsqueda inútil de una porción de la propia vida, perdida para siempre? Traté de conformarme a la idea de que, después de todo, lo que me había sucedido no

era más que lo que todos experimentamos cada noche durante las horas del sueño cotidiano. No obstante —me respondía a mí mismo— el sueño nos mantiene en un lugar fijo que reencontramos en el instante de despertar, garantizándonos que, no importa cuánto tiempo hayamos dormido, hemos permanecido silenciosos, inmóviles, protegidos —precisamente por la inmovilidad y el silencio— de toda contingencia externa, de toda posible actitud comprometedora sobre la cual no hubiésemos podido ejercer ningún dominio. Y lo que me aterraba era precisamente lo contrario: la conciencia de haber efectuado movimientos, proferido palabras, contraído quién sabe qué responsabilidades de las cuales no quedaba en mi recuerdo ni el más ligero vestigio.

Durante los primeros días que sucedieron a esa experiencia permanecí en casa, sin atreverme a salir a la calle, temeroso de encontrarme con alguien que hubiese sido testigo de mi conducta durante aquellas horas perdidas y que, por tal razón, tuviese motivos para recriminarme alguna ofensa o para reclamarme el cumplimiento de algún compromiso inconscientemente contraído. Pero, por otra parte, sentía una irrefrenable curiosidad de saber lo que había hecho en las horas de amnesia: “Fue, pues, una curiosa lucha la que se libró en mi interior entre este último sentimiento y el temor de enterarme de alguna acción comprometedora de la que hubiese sido protagonista.

Triunfó al fin la curiosidad y me armé del valor necesario para trasponer el umbral de mi casa. Salí a la calle e hice mi recorrido habitual por la zona comercial del pueblo. Visité clientes, me encontré con amigos y estuve en el café que acostumbro frecuentar. Nadie me hizo la menor alusión embarazosa. Todos mostraron frente a mí una actitud normal y mi preocupación disminuyó en parte. Digo en parte porque lo que de veras me importaba seguía constituyendo un misterio indescifrable: no podía recordar nada de lo sucedido aquella tarde de sábado y esta idea me sacudía el cuerpo de escalofríos cada vez que me asaltaba.

Tal vez me hubiese acostumbrado con el tiempo a vivir con esa obsesión —al fin y al cabo el hombre es capaz de habituarse a todo— de no haber sido por la repetición, en este segundo caso con características aún más graves, de la dolorosa experiencia pasada. Esta vez el tiempo perdido abarcó casi un día completo. Una semana después del primer ataque de amnesia, salí de mañana rumbo a mi oficina, situada en la calle principal del pueblo, a unas seis cuadras de mi casa. A mitad del camino, me detuve un instante frente a las vidrieras de una tienda de juguetes. Distraídamente miré los escaparates del establecimiento y en el mismo instante, es decir, después de haberlos recorrido con la vista durante apenas un segundo, me hallé de súbito en un lugar despoblado, rodeado de las densas sombras de una noche sin luna, débilmente combatida por las luces lejanas de Altocerro, cuya silueta se perfilaba difusamente en el horizonte.

Me sobrecogió un intenso pavor y corrí desesperado hacia el pueblo y mi casa, refugiándome en mi habitación, no sin antes haber echado una mirada aterrorizada al reloj de la sala y comprobado que eran exactamente las cinco y diez minutos de la madrugada. ¡Había estado veinte horas consecutivas sin conciencia alguna de mí mismo!

Desde ese día no he vuelto a salir de mi cuarto. Por nada del mundo hubiese sido capaz de enfrentarme con la realidad exterior. Permanezco en cama todo el tiempo, con las manos cruzadas debajo de la nuca y los ojos fijos en las grietas del techo. La criada me trae las comidas a horas regulares y en consumirlas tres veces por día y escribir estas notas se ha concretado prácticamente toda mi actividad durante la última semana.

No tengo libros que leer. Apenas un viejo álbum de fotografías familiares con las hojas semidesprendidas por efecto del uso. Paso el tiempo hojeándolo maquinalmente y me quedo durante horas absorto ante la imagen de un niño —yo mismo— jugando con objetos de los cuales mi memoria guarda un recuerdo originalmente borroso que siento volverse más nítido cada día... Un oso de peluda piel rojiza, un tren de latón con vagones multicolores desvencijados, unos mutilados soldaditos de plomo...

Ayer sobrevino el tercer ataque y hoy apenas convalezco de sus efectos. Sin embargo, algo ha cambiado, porque ya no me asombra ni desconcierta la experiencia por la que atravieso. Y esto obedece a que ya sé... El último rapto me ha servido para descifrar el enigma. No es que recuerde con precisión lo que sucedió pero guardo, sí, una vaga reminiscencia, una especie de dulce nostalgia, como se siente después de un sueño cuyo contenido —aunque no podamos reconstruir— nos deja en el espíritu la sensación de que hemos tenido una hermosa experiencia mientras dormíamos... Ya no sufro. Ahora mas bien espero con impaciencia que se produzca el nuevo rapto. Sé que toda transformación es dolorosa y que, por ello, los primeros síntomas me causaron sufrimiento. En cambio, ahora, la certeza de conocer el final del viaje, de adivinar que retorno al punto de partida, me colma de una serena felicidad.

Y no me equivocaba. El último rapto me ha transportado definitivamente —esta vez con plena conciencia— al lugar que me corresponde, al destino que ya presentía. Estoy en un patio enorme, con árboles infinitamente altos que dan sombra a una casa gigantesca. Comienzo a subir trabajosamente unos majestuosos escalones de piedra, pero, no obstante la seguridad y confianza con que me aprestaba al tránsito, tardo algún tiempo en comprender que lo que me rodea no tiene proporciones mayores de lo normal y soy yo quien todo lo observa desde una perspectiva distinta — ¡al fin recuperada!—: la altura de los ojos del niño que sube gateando por los altos escalones mientras arrastra tras de sí un oso de juguete de hirsutos pelos rojizos.

He logrado alcanzar el nivel de la amplia galería bordeada de blancos balaustres. En un rincón, tirados unos sobre otros, veo los soldaditos de plomo. Más allá, el

pequeño tren de vagones destartalados. Me arrastro lentamente hacía ellos pero, a mitad del camino, me siento de pronto cansado. Como no es la hora de la merienda, tardarán todavía algún rato en traerme la leche. Hay tiempo, pues, para echar un sueñito sobre los mosaicos frescos. Cierro los ojos, mas en el instante preciso en que voy a abandonarme, un temor me asalta de repente: inconscientemente he recogido las piernas flexionándolas en las rodillas y he colocado entre ellas la cabeza abarcándola con los brazos. Así parezco un feto, lo que me convence de que sólo estoy de paso en esta estación, y que mi largo viaje de retomo apenas comienza.

## Más allá del espejo

Todo comenzó aquella tarde lluviosa de noviembre, cuando visité en compañía de mi esposa una pequeña tienda de antigüedades cerca del puerto en ocasión de nuestro último viaje a la capital. Mientras ella curioseaba unas miniaturas renacentistas y regateaba su precio con el dueño, yo pasé a la trastienda y me dediqué a observar varios espejos que estaban en el suelo, recostados de la pared. Uno entre todos llamó poderosamente mi atención. Era un espejo ovalado, de mediano tamaño, con marco dorado de madera labrada en estilo rococó, en el cual pequeños querubines semidesnudos, de caritas sonrientes, enmarcaban una luna que apenas se adivinaba bajo la espesa capa de polvo que la cubría. Me incliné para limpiarla con el pañuelo y allí mismo, en cuclillas frente a aquel curioso objeto, sentí el primer escalofrío de los que habrían de sacudirme a lo largo de los últimos meses.

El rincón en que me hallaba estaba sumido en la semioscuridad y mi visión no podía ser clara. Sin embargo, tuve la indiscutible sensación de que el espejo no había reflejado mi cara. Desde la borrosa superficie en penumbras me miraba otra faz que no era la mía. Aquella sensación duró tan solo un breve instante. Me acerqué más al espejo, limpié mejor su superficie, y la sangre que había sentido paralizarse en mis venas reinició su fluir normal: estaba ya contemplando mi propia imagen. Con los ojos desorbitados y la tez un poco pálida, pero indiscutiblemente la mía. Me incorporé, tomé el espejo con manos todavía temblorosas y con él bajo el brazo me reuní con mi esposa. Aún recuerdo su extrañeza al verme decidido a comprar aquella *“horrorosa cosa de mal gusto”*, como la calificó entonces. Opuso una resistencia impotente ante mi obstinada determinación de conservarlo a toda costa, y durante el trayecto a nuestra casa, me recriminó amargamente por haber pagado un costo exorbitante por algo completamente inútil. ¡Qué irónico fue que calificara el espejo de aquel modo cuando, precisamente con él, se iniciaba una revolución total de mi existencia!

Para ella el incidente terminó aquella misma noche cuando guardamos el espejo en el desván, junto al montón de cosas en desuso que mantenemos en esta estrecha y oscura habitación en donde ahora escribo estas notas. Para mí, en cambio, se inició una nueva vida de extraordinario contenido. Desde aquel día, cada vez que salía mi esposa de la casa subía yo al desván y me colocaba frente al espejo, mirando fijamente, durante horas, mi rostro reflejado.

Durante la primera semana no ocurrió nada inusitado y llegué a temer que aquella primera experiencia en la trastienda sólo había sido una ilusión de mis sentidos. Mas, al fin, mi constancia fue premiada. Recuerdo perfectamente lo que llamó inicialmente mi atención al cabo de aquella dura semana de prueba. En los primeros días solía quedarme pasivamente frente al espejo, esperando una revelación que no llegaba

nunca. A partir del cuarto día, comencé a hablarle. Al principio mis palabras no producían resultado visible alguno, y la imagen del espejo se limitaba a reproducir fielmente el movimiento de mis labios. Pero luego observé que, aunque yo hablase continuamente, la imagen mantenía a veces los labios fruncidos e inmóviles. Cada vez que esto sucedía, mi faz entera dentro del espejo asumía una expresión de infinita tristeza.

De ese modo se inició el escalofriante proceso del desdoblamiento. Lentamente, tan imperceptiblemente que sería imposible fijar gradaciones a quella paulatina transformación, fueron modificándose los rasgos de la imagen que producía mi presencia frente al espejo. (Me resisto ya a hablar a estas alturas de imagen “reflejada”). El proceso se produjo en su primera etapa mediante un desdibujamiento de las facciones, que llegaron a adquirir, al final de la primera fase, la apariencia de esas viejas fotografías desvaídas por el efecto del tiempo. (Cierto parecido conmigo, muy leve ya en aquellos días, acentuaba la semejanza de la imagen con el antiguo retrato de un remoto antepasado). A esta esfumación de las facciones siguió un proceso inverso de acentuación de los rasgos, y me fue dado presenciar cómo, día a día, nacía asombrosamente frente a mí un ser desconocido que nada tenía ya en común con mi propia apariencia. Al mismo tiempo, como si estuviese siendo dibujado por una mano misteriosa, el fondo del espejo iba adquiriendo contornos propios, independientes del desván polvoriento donde se producía aquél acontecimiento extraordinario.

¿De qué modo podría expresar la extraña sensación, mezcla de fascinación y de temor, que me embargaba cada vez que me asomaba ante aquella ventana abierta ante el misterio? Sólo podría decir que, a medida que pasaban los días, de aquel conjunto de sensaciones contradictorias fue surgiendo poderosamente un sentimiento único de solidaridad y ternura, a la vez, hacia aquel ser que palpitaba ya con vida propia más allá del espejo... ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Por qué me había seleccionado a mí como punto de contacto entre el mundo común y corriente y el misterioso mundo de donde procedía? Estas preguntas sin respuesta torturaban todos los instantes de mis días y mis noches.

Fue entonces cuando comenzaron a manifestarse los estragos visibles que sobre mi organismo venía produciendo la increíble experiencia por la que atravesaba. Mis insomnios, mi irritabilidad, mi permanente desasosiego... ¡Qué lejos estaban todos de sospechar entonces la verdadera causa de mi estado, y qué impotente me sentía yo para comunicar a nadie la verdad increíble que se ocultaba tras la aparente sintomatología del trastorno mental! Porque yo sabía que el secreto sólo a mí pertenecía, y tenía conciencia plena de que divulgarlo hubiera sido una traición a la confianza que se había depositado en mí. Por eso me mantuve absolutamente mudo e inmovible, tanto frente al amoroso requerimiento de mi esposa como ante la

astucia infernal de los siquiátras... Pero no hablemos del triste episodio de los médicos. De sus indagaciones atrevidas y sus elucubraciones estúpidas. Hablemos, sí, del maravilloso mundo que yo sentía palpitar al alcance de la mano, más allá del espejo, y que reservaba para mí solo toda su asombrosa y enigmática estructura.

Me refería anteriormente al sentimiento de solidaridad que me inspiraba el misterioso ser con quien me comunicaba a través del espejo. Sentía que un poderoso lazo se iba anudando cada vez más estrechamente alrededor de ambos, y esa sensación progresiva culminó precisamente el día que escuché por primera vez el llamado. Un apremiante llamado, sin voz, pero perfectamente audible para mí. No podría decir de dónde venía, aunque sospecho que nacía en aquellos ojos que me miraban a través del espejo. ¿Cómo definir la infinita tristeza de aquella mirada? La sentía, casi físicamente, depositar sobre mi pecho su muda desesperación. Jamás en toda mi vida había sido sacudido tan poderosamente por un pedido de ayuda como entonces lo fui... “¿Qué quieres?”, le preguntaba, lleno de profunda compasión. “¿Qué puedo hacer para borrar esa tristeza de tus ojos?” Y la imagen continuaba mirándome, muda y sin esperanza, con mayor pesar todavía, como si mi incapacidad de comprenderla la entristeciese aún más.

Pero fue ayer cuando sucedió lo más extraordinario de todo. Había permanecido por largo tiempo absorto frente al espejo, tratando inútilmente de descifrar su incomprensible mensaje, cuando observé que la imagen se cubría los ojos con la mano y que cierto desfallecimiento en su actitud presagiaba una inminente caída. Actuando bajo un impulso reflejo, extendí la mano hacia la imagen como si intentase brindarle apoyo y sostenerla. No alcancé a completar el ademán porque, antes de tocar el cuerpo vacilante y al propio instante en que comenzaba a recriminarme mentalmente por lo absurdo de mi gesto, me detuvo horrorizado una circunstancia increíble: mi mano había traspasado la superficie del espejo... Sí, he escrito “*traspasado*”. No podría emplear otra palabra para describirlo. Más allá del espejo, mis dedos se movían dentro de una masa gelatinosa, perfectamente sensible al contacto estremecido de mi piel. No puedo describir la horrible sensación que experimenté. Aunque fue algo parecido a sumergir y mover la mano bajo el agua, la resistencia al movimiento era mucho mayor que la que normalmente ejerce la presión de una masa líquida. Aunque yo diría que, más bien que resistencia, lo que se produjo fue una combinación de atracción y rechazo, de la cual resultaba una tercera fuerza desconocida, fuera de todas las leyes de la física, que tiraba poderosamente de mi mano desde el fondo del espejo.

No sé cuánto tiempo duró aquel extraordinario fenómeno. De igual modo que los conceptos corrientes del espacio, las reglas y medidas ordinarias del tiempo habían ya perdido toda significación para mí. Sólo sé que, después de un gran esfuerzo desesperado, logré vencer la fuerza que intentaba arrastrarme y caí en el suelo del

desván, temblando de pavor, nublada toda facultad de raciocinio, absolutamente perdido dentro de la intrincada red que lo absurdo había ido tendiendo a mi alrededor.

Y sin embargo, a pesar de la aterradora experiencia que significó para mí, este episodio me ha ofrecido la oportunidad de hallar el verdadero camino. El único camino posible a seguir. Esta misma noche se me ocurrió la solución, mientras mi esposa dormía dulcemente a mi lado, ajena al drama que se estaba desarrollando junto a ella. Fue como un inesperado relámpago que iluminara en un segundo fugaz la senda extraviada en mitad de la noche. Tan pronto vi todo claro me arrojé de la cama, subí al desván y me puse a escribir estas notas.

No tengo más que una alternativa. Por alguna razón incomprensible he sido elegido para protagonizar un acontecimiento extraordinario. Tal vez un experimento que revolucionará todo el edificio científico que ha levantado trabajosamente la humanidad durante siglos. Tengo plena conciencia de que no debo ni puedo rehuir esa responsabilidad» No sé quién me ha seleccionado ni para qué, pero estoy convencido de que el reclamo es auténtico y voy a aceptarlo. No sé dónde iré ni por cuánto tiempo, pero *tengo* que ir. Sé que mi ausencia producirá pesar a muchas personas y les pido resignación. Espero que me comprendan, pero aunque así no fuese, nada que hagan o que digan podría alterar mi decisión, porque ella es irrevocable. Tan pronto termine estas notas, daré el paso definitivo, el final: atravesaré el espejo y me enfrentaré con mi destino. Adiós.

## **Doble personalidad**

Cuando el siquiatra le explicó que sufría de un desdoblamiento de la personalidad, rechazó completamente tan absurda idea. Pero, ya de regreso a su casa, comenzó a tener experiencias extrañas. Dos personas conocidas le saludaron con un nombre que no era el de él y otras dos, desconocidas, le dirigieron al cruzarse en su camino torvas miradas de rencor. Al llegar a su casa trató de abrir la puerta y la cerradura no respondió al estímulo de su llave. Oprimió entonces el timbre y, al entreabrirse la puerta, vio asomarse el rostro de su madre con una mirada de desconfianza tal y de tan absoluto desconocimiento que lo dejó paralizado. Convencido ya de que no era él mismo, retornó corriendo al consultorio del siquiatra para reclamarle la devolución de su otra personalidad. Pero fue inútil su esfuerzo porque éste tampoco lo reconoció y lo envió directamente al manicomio con una pareja de policías.

## Ícaro

Hizo aquel día lo que desde muy niño había siempre deseado hacer sin atreverse jamás a realizarlo: lanzarse al vacío desde la ventana de su apartamento de un sexto piso. Tal como lo había anticipado, extendió los brazos y voló con gracia y sin ninguna dificultad en las inmediaciones de la ventana abierta. Planeó con elegancia sobre la copa del almendro arrancándole al desgaire algunas hojas, Evadió con pericia los alambres del tendido eléctrico. Ejecutó variadas maniobras de vuelo aprovechando las corrientes de aire y luego, a los tres segundos exactos de iniciar su viaje, se estrelló violentamente sobre el pavimento de la calle como una fruta podrida.

## El diario inconcluso

Siempre había hecho alarde de tener una mente científica, inmune a cualquier presión exterior que intentase alterar su rigurosa visión empírica del universo. Durante su adolescencia se había permitido algunos coqueteos con las teorías freudianas sobre la interpretación de los sueños, pero la imposibilidad de confirmar con la experiencia las conclusiones del maestro le hicieron perder muy pronto el interés en sus teorías. Por eso, cuando soñó por primera vez con el vehículo espacial no le dio importancia a esa aventura y a la mañana siguiente había olvidado los pormenores de su sueño. Pero cuando éste se repitió al segundo día comenzó a prestarle atención y trató —con relativo éxito— de reconstruir por escrito sus detalles. De acuerdo con sus notas, en ese primer sueño se veía a sí mismo en el medio de una llanura desértica con la sensación de estar a la espera de que algo muy importante sucediera, pero sin poder precisar qué era lo que tan ansiosamente aguardaba. A partir del tercer día el sueño se hizo recurrente adoptando la singular característica de completarse cada noche con episodios adicionales, como los filmes en serie que solía ver en su niñez. Se hizo el hábito entonces de llevar una especie de diario en que anotaba cada amanecer las escenas soñadas la noche anterior. Releyendo sus notas —que cada día escribía con mayor facilidad porque el sueño era cada vez más nítido y sus pormenores más fáciles de reconstruir— le fue posible seguir paso a paso sus experiencias oníricas. De acuerdo con sus anotaciones, la segunda noche alcanzó a ver el vehículo espacial descendiendo velozmente del firmamento. La tercera lo vio posarse con suavidad a su lado. La cuarta contempló la escotilla de la nave abrirse silenciosamente. La quinta vio surgir de su interior una reluciente escalera metálica. La sexta presenciaba el solemne descenso de un ser extraño que le doblaba la estatura y vestía con un traje verde luminoso. La séptima recibía un recio apretón de manos de parte del desconocido. La octava ascendía por la escalerilla del vehículo en compañía del cosmonauta y, durante la novena, curioseaba asombrado el complicado instrumental del interior de la nave. En la décima noche soñó que iniciaba el ascenso silencioso hacia el misterio del cosmos, pero esta experiencia no pudo ser asentada en su diario porque no despertó nunca más de su último sueño.

## Vertiginoso tiempo

Cuando se dio cuenta de que el tiempo —su tiempo— se le había encogido como una tela de mala calidad después de lavada, aceptó resignadamente su desgracia y tomó las providencias del caso para adaptarse a ella. Después de efectuar algunas mediciones y realizar ciertos cálculos llegó a la conclusión de que, para él, el tiempo discurría a un ritmo ocho veces superior al de los demás. Es decir que, independientemente de la posición del sol en el firmamento, su día era exactamente de tres horas y su año de cuarentiséis días aproximadamente. Ello significó, como es natural, la necesidad de acomodar su vida a esas proporciones desusadas. Al principio le costó trabajo acostumbrarse a hacer las veinticuatro comidas y dormir los ocho lapsos de sueño que ahora demandaba su organismo durante el día convencional de los demás. Pero se adaptó a ello después de vencer los prejuicios de sus familiares e imponer el respeto de los demás al indispensable aislamiento en que hubo de retraerse en vista de su nueva situación. Inmerso en ella, encaneció totalmente y perdió luego gran parte del pelo y los dientes mientras su rostro se llenaba de arrugas a la vista asombrada de sus padres a quienes ya les doblaba la edad por aquella época. La senectud le alcanzó cuando ellos aún jugaban al tennis y se hacían el amor y la arteriosclerosis le sobrevino por la fecha que nacía su último hermano. Falleció una tarde fresca de invierno y cuando sus padres fueron a recoger su cadáver en la “*morgue*” del manicomio lloraron juntos al contemplar conmovidos su terso rostro de adolescente serenamente dormido sobre la burda almohada en que por más de cinco años había soñado el más infortunado de los sueños.

## **La verdadera pesadilla**

Esa mañana, cuando se colocó frente al espejo para afeitarse y no vio el reflejo de su cara, comprendió que estaba muerto desde la noche anterior. Hizo un esfuerzo para reconstruir los detalles del accidente pero sólo recordaba el horrible chirrido de los frenos del auto y el ruido espantoso del choque.

Entonces volvió a acostarse porque pensó que la posición lógica de un cadáver es la horizontal. Tan pronto lo hizo se durmió profundamente y soñó que estaba vivo y mirándose al espejo en el cual su rostro se reflejaba con exactitud. En ese instante pensó que su experiencia anterior había sido sólo una pesadilla, pero estaba totalmente equivocado: su verdadera pesadilla recién comenzaba.

## La mutación

La transformación le comenzó en el pecho, donde sus tetillas se hincharon hasta alcanzar el tamaño de dos naranjas gemelas. Se le pronunció después la curva de las caderas, se le cayeron los vellos de la cara y del torso y el cabello le creció aceleradamente, descendiendo en suave cascada hasta los hombros, mientras las carnes de los brazos y los muslos se le aflojaban como flácidas vejigas desinfladas. El sexo se le cayó de entre las piernas, casi sin darse cuenta, una tarde en que esperaba sentado en un banco de la plaza pública la hora de la cena. Simplemente se le desprendió sin dolor y rodó lentamente por dentro de la pernera izquierda de sus pantalones hasta quedar inmóvil sobre la grava del suelo como un objeto despreciado e inútil. Una vez transmutado totalmente inició resignado una nueva existencia colmada de hermosas e íntimas prendas femeninas, cremas para el cutis, eficaces depiladores, perfumes franceses y musculosos amantes de ocasión. Uno de ellos, durante una sórdida cita en un hotelucho de mala muerte, después de oír de sus propios labios el secreto, lo despojó con rudeza de sus senos postizos, le arrancó brutalmente la peluca y le pateó el sexo con furia implacable hasta convencerle de que aún tenía y conservaría, por los siglos de los siglos, aquel objeto extraño y grotesco.

## Viaje al microcosmo

El hecho de que tuvo que abrirle un agujero adicional al cinturón para poder ceñírselo no le pareció extraño. Tampoco el comprobar que los ruedos de los pantalones le cubrían enteramente los zapatos. Pero cuando no pudo alcanzar el tramo superior del armario donde guardaba sus camisas, se dio cuenta al fin de que había comenzado a disminuir de tamaño. Su reducción se verificó en forma absolutamente proporcionada y sus miembros, al empequeñecerse paulatinamente, guardaron siempre una relación armónica entre ellos. Transcurrida la primera semana tenía ya la estatura de un niño de tres años. Al cabo de la segunda no levantaba más de cinco centímetros del suelo y a la tercera ya había desaparecido totalmente de la vista de los demás y se adentraba en la región inusitada de la vida microscópica. Continuando su marcha inexorable hacia la infinita pequeñez cruzó indemne el universo de las bacterias, los microbios y los virus y, descendiendo aún más la escala de las dimensiones, penetró luego en la zona de los átomos, donde fue testigo de sordas batallas entre protones y electrones cargados de odios y amores ancestrales. Dejando atrás el terror difuso de pavorosas desintegraciones nucleares, bajó entonces a una región de paz donde la angustia era aún desconocida y donde fue perfectamente feliz porque adquirió conciencia de que la distancia inverosímil que lo separaba del punto de partida de su largo viaje lo libraba para siempre del peligro de que algún científico entrometido lo detectara a través de un microscopio gigantesco y lo trajera de vuelta al horrible mundo de los seres humanos.

## La trampa

Nunca había creído en la reencarnación hasta que un día, asistiendo prácticamente por accidente a una sesión espiritista, estableció contacto con una anciana *medium* que, luego de someterlo a una serie de experimentos esotéricos, lo convenció de que ella había conocido en su juventud a quien fuera el antecesor en el usufructo del alma que él creía —hasta ese momento— había sido siempre de su exclusiva propiedad. Al día siguiente de haber recibido aquella extraordinaria revelación e impulsado por una razonable curiosidad, emprendió un largo viaje hacia la minúscula aldea centroeuropea donde, según la declaración de su informante, había vivido y muerto el antiguo propietario de su alma. Allí, en un sencillo cementerio perdido en las estribaciones de los Montes Cárpatos y siguiendo las señas suministradas por la *medium*, encontró la tumba que guardaba los restos de su antecesor. Sobre ésta, en letras de bronce en relieve maltratadas por el tiempo, leyó estupefacto su propio nombre y la fecha de su nacimiento, que la lápida consignaba extrañamente como la de su muerte. Todavía sin reponerse de la sorpresa e impotente para resistir la misteriosa fuerza que lo atraía desde el fondo de la fosa, tuvo tiempo para percatarse —antes de desaparecer para siempre bajo la losa sepulcral y mientras sentía que su espíritu se le escapaba por la boca en un eructo formidable— de que había caído en una trampa verdaderamente mortal y que el cuerpo del antiguo usufructuario de su alma no se hallaba en la tumba sino en algún lejano país tropical, disfrutando impunemente de aquel bien que había recuperado con tan malas artes.

## El cuento sin título

En realidad, había muerto mucho antes de que su angustiado corazón diese el último latido. Murió exactamente cuando el médico, colocándole compasivamente la mano sobre el hombro, le dijo con voz apagada y como disculpándose: *“Ya no queda nada por hacer”* Antes de derrumbarse totalmente, reunió fuerzas para articular la pregunta inevitable: *“¿Cuánto tiempo me queda, Doctor?”* *“Un mes, tal vez dos... Es muy difícil predecir en estos casos...”* Y la respuesta le llegó al través de una densa niebla que apagaba el contorno de las cosas y el sonido de las palabras. Salió del hospital con paso inseguro y vacilante, envuelto en una atmósfera de irrealidad que le producía la sensación de flotar ingravidamente en el espacio. Al llegar a su casa se arrojó de bruces en la cama y soltó las amarras de su profundo dolor, que estuvo licuándose en lágrimas por más de dos horas seguidas. Calmado al fin, se preguntó a sí mismo qué hacer durante el mes (siempre fue inclinado al pesimismo) que aún le quedaba de vida. Era hijo único, huérfano desde niño y jamás se había casado. No le afligía, pues, la tristeza de dejar una familia en desamparo. Lo que realmente lo abrumaba era la amargura de desaparecer simplemente de la vida, luego de cincuenta años insípidos de opaca supervivencia, sin dejar alguna huella perdurable en adición al recuerdo que de él conservarían sus escasos amigos, llamado también a extinguirse fatalmente cuando ellos desaparecieran a su vez de la faz de la tierra. Recordó entonces un proverbio antiguo, escuchado en su niñez, que exhortaba al hombre a tener un hijo, sembrar un árbol y escribir un libro como medios de prolongar su impronta más allá de la muerte. Como no tenía inclinación a la jardinería, ni se sentía con ánimo para sobrellevar la angustia de la paternidad, no tuvo más remedio que optar por la tercera de las alternativas. Una vez adoptada la decisión y provisto de una abundante ración de papel y de una vetusta maquinilla de escribir tomada a préstamo, se encerró en su habitación dispuesto a inmortalizarse a través de un libro en el recuerdo de sus semejantes. En vista de que no tenía conocimientos especializados en ningún arte o ciencia, concluyó en que su obra debía ser de pura creación literaria. Como se consideraba incapaz de aprender, en tan corto tiempo como el que disponía, la complicada urdimbre del género teatral, y que la composición de una novela demandaba un esfuerzo que se sentía impotente de realizar en sus presentes circunstancias, llegó —por eliminación— a reducir a dos sus posibilidades: un tomo de versos o un libro de cuentos. Luego de una breve lucha interna, descartó la primera de estas posibilidades en razón de su pobre vena poética, prematuramente detectada por el pequeño círculo de sus amigos íntimos de juventud. Decidido al fin, comenzó a concebir el primero de sus cuentos optando, acertadamente, por dejar la elección del título para cuando éste estuviera terminado. Le pareció lógico escoger como tema su propia y reciente experiencia, y como para desarrollarlo no tenía que inventar nada

sino simplemente describir situaciones y sentimientos que estaban dolorosamente frescos en su memoria, se sentó frente a la maquinilla y, tecleando torpemente con los dedos índices, escribió lo siguiente: *“En realidad, había muerto mucho antes de que su angustiado corazón diese el último latido.”* Al llegar a este punto dejó súbitamente de escribir, asaltado por la oscura sensación de haber vivido antes aquel momento preciso. De estar repitiendo exactamente las mismas palabras que había usado, frente a similares circunstancias, en una ocasión anterior. Recordó entonces haber leído alguna vez que este fenómeno psíquico viene ocurriendo desde tiempos inmemoriales y que incluso había sido utilizado por filósofos remotos como prueba de la Metempsicosis y de la existencia de vidas anteriores. No obstante, desechando esas digresiones que entorpecían su labor, reanudó febrilmente su nervioso teclear sobre la maquinilla, con la súbita sensación ahora de estar escribiendo, no lo que su mente consciente le ordenaba, sino lo que misteriosamente le estaba dictando una voz inaudible que martillaba sordamente en su cerebro. Cuando terminó la frase: *“Al llegar a este punto dejó súbitamente de escribir, asaltado por la oscura sensación de haber vivido antes aquel momento preciso”*, se alejó de un salto de la maquinilla oprimiéndose con ambas manos la cabeza porque, en aquel instante, no tuvo ya la mera sensación de vivir de nuevo un momento conocido, sino la espantosa seguridad de que existía simultáneamente en dos planos diametralmente diferentes: el del enfermo deshauciado dentro de una historia imaginaria y el del autor desconocido que escribía penosamente la misma historia. Sin embargo, esa ubicuidad fue efímera porque al cabo de escasos segundos adquirió la absoluta certeza de su verdadera y definitiva identidad. Entonces volvió a sentarse frente a la maquinilla y escribió: *“Y esa certeza nacía de su profunda convicción de que siempre había estado en perfecta salud y, en cambio, la muerte aguardaba ominosamente, al término de los próximos treinta días, al infortunado autor de la historia.”*

## Falso embarazo

Hacía ya muchos años que residía en el extranjero cuando recibió la noticia del accidente que había costado la vida de su padre y mantenía a su madre al borde de la muerte. Regresó a su país sin tiempo para asistir al entierro del primero y encontró a la última en estado de coma en su lecho del hospital. Allí conoció a un hermano de su madre a quien nunca había visto antes y que mirándolo con ojos severos y desconfiados, le aseguró enfáticamente que su hermana jamás había tenido hijos a pesar de que su profundo deseo de concebirlos la había hecho víctima, al poco tiempo de casada, de un falso embarazo que engañó a todo el mundo y tuvo un epílogo triste y ridículo en la sala de partos. Indignado e impotente para convencer de su filiación a su incrédulo tío, realizó una afanosa búsqueda de sus documentos de identificación que se inició en la oficina de pasaportes, continuó en la de la cédula de identidad y, pasando por el registro civil, culminó en la parroquia donde había sido bautizado. En ninguna parte pudo hallar prueba alguna de su existencia. De inmediato trató inútilmente de que lo reconocieran sus antiguos amigos y compañeros de colegio y, luego de rechazar por ilógica la posibilidad de una confabulación colectiva en su contra, llegó a la amarga conclusión de que nunca había existido; que toda su vida no había sido más que una ilusión a la que se había aferrado estúpidamente durante todos los años transcurridos desde el día en que creyó haber nacido, y que la imagen que proyectaba en los demás era un mero espejismo que se esfumaba con el tiempo sin dejar rastros perdurables en la memoria de nadie. Esta dolorosa convicción lo arrastró a su vez a tratar de hallar la razón de aquella situación absurda y descubrir el plano en el que se había desarrollado hasta entonces su ficticia existencia. Comprendió la verdad al recordar el falso embarazo de su madre y concluir en que su ilusión de tener un hijo no terminó para ella —como para los otros— en la sala de partos, sino que había continuado viva e inalterable todo el tiempo y él había nacido, crecido, jugado, ido al colegio, amado y sufrido solamente en la imaginación de aquella mujer que ahora agonizaba en el hospital. Tan pronto se hizo la luz en su cerebro corrió hacia el lecho de la enferma pero, al llegar a la puerta de su habitación y ante la mirada estupefacta de médicos y enfermeras, se desvaneció en el aire en el preciso instante en que la paciente del cuarto contiguo al lugar donde se producía aquel extraño fenómeno exhalaba su último suspiro.

## La pareja

La relación entre ambos se estableció en forma casual y se estrechó a medida que fueron descubriendo rasgos y características comunes que indicaban una marcada afinidad. Los dos tenían la piel morena, los ojos negros y el cabello abundante y lustroso. En verdad, si algo los diferenciaba físicamente, era que el más tímido de los dos era zurdo. Desde los primeros contactos se hizo evidente que este último —en razón de su falta de iniciativa— estaba fatalmente destinado a ser el súcubo de la pareja y, con el tiempo, esta actitud de subordinación se hizo tan completa que lo convirtió prácticamente en un imitador servil de su compañero, a quien remedaba hasta en sus más insignificantes ademanes. Sus encuentros se efectuaban esporádicamente en las horas avanzadas del día pero, como ambos eran madrugadores, coincidían siempre en el cuarto de baño en las primeras horas de la mañana. Estos contactos cotidianos cimentaron una estrecha amistad que duró hasta el día en que uno de ellos —agobiado por la depresión y la angustia— se disparó un balazo en la sien que atravesó el espejo y mató a su compañero.

## La broma póstuma

Durante toda su vida había sido un bromista consumado. De modo que aquel día en que visitaba el museo de figuras de cera recién instalado en el pueblo y se encontró frente a frente con una copia exacta de sí mismo, concibió de inmediato la más estupenda de sus bromas. La figura representaba un oficial del ejército norteamericano de principios del siglo pasado y formaba parte de la escenificación de una batalla contra indios pieles rojas. Aparte de que el color de sus propios cabellos era algo más claro, el parecido era tan completo que sólo con teñirse un poco el pelo y maquillarse el rostro para darle la apariencia cetrina del modelo, lograría una similitud absolutamente perfecta entre ambos. En la madrugada del siguiente día, luego de haberse transformado convenientemente, se introdujo a escondidas en el museo, despojó a la figura de cera de su raído uniforme vistiéndose con éste y escondió aquélla, junto con su propia ropa, en una alacena del sótano. Luego tomó el lugar del soldado en la escena guerrera y, asumiendo su rígida postura, se dispuso a esperar los primeros visitantes del día anticipándose al placer de proporcionarles el mayor susto de sus vidas.

Cuando, al cabo de dos horas, tomó conciencia de su incapacidad de movimiento la atribuyó a un calambre pasajero. Pero al comprobar que no podía mover ni un dedo, ni pestañear, ni respirar siquiera, adivinó, presa de indescriptible pánico, que su parálisis total duraría eternamente y que ya el soldado que había encerrado en el sótano, después de vestirse con la ropa que estaba a su lado, había abierto la puerta de la alacena e iniciaba los primeros pasos de una nueva existencia.

## La invasión

Como le había dado vacaciones durante el fin de semana a la mujer que se ocupaba de la limpieza, regresó temprano aquel viernes y, para su sorpresa, encontró la casa ya totalmente invadida. Las gavetas de la cómoda abiertas, la ropa tirada en desorden en el piso y la profusión de bombillas encendidas, le hicieron pensar al principio que había sido víctima de un robo, pero al no echar de menos ninguna de sus escasas pertenencias, rechazó la hipótesis de que eran ladrones los que habían invadido su hogar. La verdadera naturaleza de los usurpadores se le reveló momentos después, cuando los muebles comenzaron a moverse de un extremo al otro de las habitaciones y los enseres de cocina a volar por los aires y chocar estrepitosamente en las paredes. Convencido de que era inútil intentar por el momento una resistencia frontal contra los invasores y de que necesitaba ganar tiempo para planear su estrategia futura, concluyó en la necesidad de establecer de algún modo con éstos las normas que regirían en el corto plazo la situación de hecho ya creada. Esta conclusión lo llevó a su vez a plantearse la urgencia de encontrar alguna forma de contacto directo con los ocupantes que le permitiera enterarse de sus propósitos y poner en claro los derechos que le asistían a él, en su calidad de legítimo propietario de la casa, de disponer de un *minimum* de espacio para moverse libremente, en completa seguridad y sin sobresaltos. Pronto comprendió que establecer ese contacto era una meta difícil de lograr: el comportamiento escurridizo y tímido de los invasores no indicaba deseo alguno de mostrarse abiertamente. Por el contrario, sólo señalaron su presencia durante aquella primera fase de la invasión por medios oblicuos y tortuosos que tenían más de travesuras infantiles que de expresiones adultas de un deseo serio de comunicación. Fueron frecuentes durante esas horas bromas como las de arrebatarse objetos de la mano, soplarle inesperadamente las orejas, retirarle las sillas donde se disponía asentarse y despojarle bruscamente de las colchas en el momento en que, rendido por el sueño, cerraba por primera vez sus ojos esa noche. A la mañana siguiente ensayó sin suerte variados métodos de comunicación, oral y escrita, que culminaron, los unos en tristes monólogos sin respuesta y los otros en una inútil profusión de papelitos abandonados por todos los rincones de la casa. Trató entonces vanamente la concentración mental en una búsqueda estéril de contactos telepáticos. Finalmente, cuando al mediodía del sábado comenzaba ya a desesperarse, recibió la primera percepción sensorial directa de los invasores: un olor penetrante, de naturaleza especial, que no podía emanar de ninguna persona humana ni objeto conocido. Durante la siesta de ese mismo día percibió la segunda señal al través de un apagado murmullo que oyó junto a su cama y, ya al anochecer, alcanzó a ver dos figuras difusas que se movían lentamente a lo largo del pasillo. Estas últimas manifestaciones, que presagiaban claramente la decisión de los invasores de aceptar

sus reclamos de comunicación, le permitieron dormir tranquilamente el resto de la noche, confortado por la esperanza de que ya estaba próximo el intercambio abierto y franco que deseaba. Despertó optimista el domingo, y, sin abandonar el lecho, esperó pacientemente que los usurpadores tomaran la iniciativa. Por fin, cercano el mediodía e inmediatamente después de percibir el penetrante olor que éstos despedían, sintió el peso de una mano helada sobre su hombro al propio tiempo que se iban formando lentamente borrosas figuras alrededor de la cama. Al ponerse en pie notó que los invasores eran de su misma estatura y, al completarse la definición de sus contornos y adquirir sus rostros rasgos precisos, comprobó que su apariencia era la de las personas comunes y corrientes que uno se encuentra en todas partes, lo cual contribuyó a tranquilizarlo y aumentó su confianza en sí mismo. Tras el intercambio usual de las expresiones corteses que preceden siempre a cualquier negociación, se iniciaron las conversaciones —que se prolongaron por el resto del día y tomaron buena parte de la noche— y ya en la madrugada del lunes habían logrado acordar hasta en sus menores detalles las normas aplicables a la ocupación de la casa. El éxito alcanzado en las negociaciones lo colmó de una ingenua satisfacción, porque él todavía ignoraba a esa altura su traslación al nuevo plano donde ahora se hallaba. Es decir, aún creía que eran los invasores los que habían entrado en su mundo y acatado sus reglas, y no lo contrario. Su verdadera situación sólo se le evidenció horas más tarde, cuando regresó a la casa la mujer de la limpieza y ésta no le vio ni le oyó —a pesar de sus múltiples tentativas de comunicación— y de que tampoco le vio ni le oyó ninguna otra persona viva en la tierra por el resto del tiempo.

## El maleficio

Le había comprado el tapiz, en precio de ocasión, a un árabe parlanchín en una calle tórrida de El Cairo durante su único viaje al Medio Oriente. La tela mostraba a un califa gordinflón y mofletudo, sentado a la sombra de un almendro florecido y rodeado de numerosas y solícitas huríes. El lejano parecido que creyó encontrar entre sus propios rasgos y los del personaje central de la escena fue tal vez el factor determinante que lo impulsó a adquirir aquella pieza artesanal de dudoso buen gusto. De regreso a su casa colgó orgullosamente el tapiz en la pared del comedor y se dispuso a reanudar el curso habitual de su existencia rutinaria de comerciante en provisiones. Esa rutina, no obstante, se vio interrumpida al tercer día de su retorno por la súbita enfermedad de su hija menor, agravada por la impotencia de los médicos para diagnosticar la causa de su mal. La siguiente semana se produjo el accidente automovilístico que puso a su esposa al borde de la muerte y, antes de que finalizara el mes, su tienda de comestibles quedó totalmente destruida como consecuencia de un misterioso incendio cuyo origen fue imposible determinar. Convencido de que el tapiz era la causa de la cadena de desgracias que lo acosaban, resolvió liberarse de él cuanto antes y colocó un anuncio clasificado en los periódicos ofreciéndolo en venta. Pero como ya la historia del maleficio había circulado profusamente, nadie aceptó la oferta. Decidió entonces destruir el tapiz dándole fuego después de impregnarlo concienzudamente en gasolina. Las llamas consumieron el líquido inflamable pero respetaron rigurosamente el material, que quedó intacto después del atentado. Intentó a seguidas cortar en pedazos la maléfica tela y en su empeño embotó todos los instrumentos cortantes de que disponía. Desesperado, arrojó el tapiz en el pozo seco del patio de su casa, pero aquél rebotó en el fondo de éste como una pelota de goma y retornó a sus manos de inmediato. Esa misma noche, con el tapiz enrollado bajo el brazo y una pala en la mano, caminó hasta las afueras del pueblo y cavó un hoyo en un paraje solitario a fin de enterrarlo lo más profundamente posible.

Completada la excavación, lanzó el tapiz al fondo del agujero, que comenzó a rellenar afanosamente de tierra. Mas, en la medida que ésta caía dentro del hoyo, el tapiz flotaba en su superficie —como si fuese agua lo que estuviera paleando— de modo que al terminar el relleno el diabólico objeto había alcanzado el nivel del suelo y permanecía inocentemente extendido a sus pies, mientras el califa mofletudo parecía mirarlo burlonamente desde el centro de la tela. En ese preciso instante, derrotado por la fatalidad, se rindió a lo inevitable: se lanzó sobre el tapiz, desplazó de un empujón al califa y tomó su lugar bajo el almendro y junto a las sonrientes huríes disponiéndose a aguardar, con oriental paciencia, que algún inocente transeúnte se antojara del mágico objeto abandonado y, repitiendo su historia, lo liberara del maleficio que lo había apresado entre sus redes.

# LOS ALGARROBOS TAMBIÉN SUEÑAN



## Los algarrobos también sueñan

Cinco años de histéricas arengas en el patio del cuartel, doscientos sermones apocalípticos del capellán militar durante las obligadas misas dominicales, sesenta meses de diatribas anticomunistas repetidas hasta la náusea en la radio y la prensa, mil ochocientos días —en fin— de adoctrinamiento obsesionante y sistemático, estaban detrás del sargento Porfirio Sención, con todo su inmenso poder acondicionador, cuando apretó el gatillo de su *san cristóbal* despertando la furia dormida en el pedazo de plomo escondido en la recámara del arma. Y estaba también la pesadilla vivida durante los últimos tensos días de la campaña en los cuales las escaramuzas propias de la guerra se mezclaban, noche a noche, con extrañas consejas escuchadas a la luz de las fogatas de los campamentos sobre guerrilleros que se esfumaban como el humo o se transformaban en culebras y puercos cimarrones.

El golpe sordo del percutor sobre el detonante inició la trayectoria de la bala que giró alocadamente sobre sí misma, deslizándose por el estrecho túnel metálico en busca de la única puerta de escape de su rabia desatada. Ya en campo abierto, el proyectil aceleró su marcha en línea recta hacia arriba, silbando ominosamente a lo largo de la ruta ardiente que trazaba en el espacio mientras Alberto, a horcajadas en una de las ramas más altas del algarrobo, trataba de descubrir la llanura apartando con los brazos el cerrado follaje que impedía su exploración.

La bala quebró entonces una rama delgada que apenas alteró su trayectoria y, después de perforar la débil resistencia de tres hojas, horadó limpiamente el maxilar inferior de Alberto, dibujando a su paso un pequeño agujero circular, destrozó luego una buena parte del superior y, perdida ya su simétrica estructura original, se aplastó inmóvil en el rincón oscuro y tibio que formaba su masa encefálica con el tope de las paredes interiores del hueso occipital.

Alberto no supo nunca de dónde provino el proyectil que se incrustó en su cerebro precipitando su cuerpo en el vacío, rumbo a las raíces invisibles del algarrobo, mientras su mente, iluminada por el resplandor de la agonía, buscaba febrilmente sus propias y recónditas raíces reordenando los episodios claves de su vida en otro plano simultáneo dentro de inéditas nociones del tiempo y del espacio.

Así, cuando las hojas más altas se doblegaban al peso inerte de su cuerpo, Alberto daba ya los toques finales al escondite que empezó a construir en las primeras horas de la mañana del día anterior y colocaba las yerbas y ramas que cubrirían la entrada del pequeño túnel donde había escondido los medicamentos, los instrumentos de primeros auxilios y las raciones alimenticias enlatadas.

Al alejarse algunos pasos para comprobar la eficacia del “camuflaje” y llegar

rápidamente a la conclusión de que éste cumpliría su objetivo, recordó de pronto la avioneta y su vuelo lento y acucioso sobre el campamento dos días atrás.

Era un pequeño aeroplano de una plaza pintado de amarillo, con motor a hélice, anticuado sin duda, pero apto para el servicio de reconocimiento al que seguramente lo destinaba el gobierno. Sólo sobrevoló una vez la planicie creando la impresión de que no había encontrado nada sospechoso. Sin embargo, Víctor, que no se dormía, ordenó a Alberto la construcción del túnel tan pronto el avión desapareció detrás de la cresta de la loma y todos salieron de los escondites que habían improvisado rápidamente al oír el amenazante ronronear de su motor.

Esta decisión estaba por demás justificada porque, a diferencia de los fusiles, las granadas y el resto del parque —que estuvieron desde el primer día almacenados en la cueva—, las cajas que contenían las raciones y medicamentos habían permanecido amontonadas en el claro, constituyendo el único indicio de la presencia de las guerrillas en la zona. Y, aunque la circunstancia de que no se hubiesen repetido los reconocimientos aéreos parecía indicar que el campamento no había sido detectado, era reconfortante para Alberto saber que las cajas habían desaparecido del radio de observación de futuros incursionistas indeseados.

La verdad era que todo se había desarrollado hasta el momento de acuerdo con lo planeado. El desplazamiento de los guerrilleros desde las zonas urbanas hasta las estribaciones de la Cordillera Central se realizó en pequeños grupos que no despertaron sospechas. El traslado de las armas hasta los lugares previamente acordados se produjo sin tropiezos y los campesinos reclutados como guías habían cumplido lealmente su tarea transportándolos sin incidencias a las zonas previstas.

Hacía seis días que Alberto y su grupo habían acampado en el lugar donde ahora se hallaban, luego de agotar penosas jornadas nocturnas a través de las lomas. Desde que descubrieron el claro y una vez comprobada la existencia de la cueva y de un arroyo cercano, Víctor seleccionó el sitio para establecer el primero de los campamentos. Manuel, al frente del otro grupo, continuó la marcha para establecer el segundo a algunos kilómetros de distancia. Aunque Víctor había elegido el lugar antes de ordenar la exploración de las áreas aledañas, sin duda acertó en su selección porque la zona estaba prácticamente despoblada y la topografía era extremadamente favorable para su defensa.

Al tiempo que Alberto se colocaba sobre el cuerpo la camisa de la que se había despojado para trabajar en el túnel y repasaba en su mente esas circunstancias, Diego y Felipe irrumpieron en el claro. Venían cansados pero alegres. Al reunirse con Alberto colocaron sus armas en el suelo y se descargaron con alivio de sus pesadas mochilas mientras que Diego decía: *“Misión cumplida: establecimos contacto. Manuel y su gente están a unos diez kilómetros al Sur. Han encontrado un buen lugar, al pie de un cerro, junto a un enorme algarrobo florecido...”*

*“El algarrobo más alto y frondoso que he visto en mi vida”, interrumpió Felipe. “Ha crecido justamente al lado del cerro, que tiene unos treinta metros de alto, y la copa del árbol sobrepasa su tope. Es algo extraordinario.”*

*“Es necesario informar inmediatamente a Víctor sobre la ubicación de Manuel”, indicó Alberto, desechando la súbita vivencia que le había despertado el nombre familiar del algarrobo. “El está de guardia con Rafael y voy a reunirme ahora con ellos. Pero yo hago mi turno desde este lado de la carretera y ellos del otro. Lo encontrarán en la grieta de la ladera. Tendrán que dar un rodeo alrededor de la loma, y no pierdan tiempo porque es importante que Víctor esté enterado cuanto antes.”*

Al decir estas palabras Alberto recogió del suelo su fusil y su mochila e inició su recorrido hacia el punto de observación que le correspondía, ubicado en una de las tres lometas que circundaban el campamento.

*“Creo que éste será otro día sin jaleo”, se dijo mientras trepaba ágilmente la escarpada cuesta cubierta de yerba. Se sentía optimista y la preocupación que le había producido la avioneta se había desvanecido ante la calma de las últimas horas. Era muy importante no ser advertidos en esta primera etapa de la lucha en que el foco guerrillero trataría de afincarse en la zona e iniciar las labores de reclutamiento evitando encuentros con las fuerzas del gobierno.*

Al llegar al tope de la lometa se sentó en la tierra colocando su arma sobre las piernas cruzadas y, después de cerciorarse de que las tres granadas fragmentarias estaban al alcance de su mano, junto a la peña donde las había colocado en el turno anterior, paseó una mirada por los alrededores. Se hallaba en un ventajoso lugar de observación que dominaba por completo la carretera de caliche, único acceso para vehículos próximo al campamento, y, si algún ataque se producía, aquel era el camino por donde iba a llegar.

La vigilancia de la carretera era continua, conforme a las órdenes de Víctor, y se ejecutaba desde tres posiciones distintas. Desde el lugar en donde se encontraba, Alberto podía ver perfectamente a los dos compañeros que compartían con él la guardia en el presente turno. Del otro lado de la carretera, junto al rugoso tronco de un pino gigante, estaba Rafael, con su gorra verde olivo de la que se sentía tan orgulloso y, a su derecha, en una grieta que formaban dos protuberancias de la ladera, sonriéndole como el santo de un icono ruso desde su nicho, Víctor le ofrecía la blancura mate de sus dientes que relucían al sol en el centro de su cara negra y angulosa.

Había aprendido a gozar aquellas largas jornadas de guardia que le permitían sumergirse en lo más íntimo de su naturaleza y las aprovechaba para hurgar en su conciencia y plantearse las interrogantes que le asaltaban a menudo sobre el papel que le había correspondido vivir en el mundo. Contemplando ahora el fusil que

apretaba entre sus manos y las granadas que estaban a su lado, se preguntaba qué haría en el momento en que le tocara utilizar aquellos instrumentos de muerte. Porque una cosa era hacer ejercicios de tiro al blanco o correr de un lado para otro y arrastrarse bajo las cercas de alambre de púas en el campo de entrenamiento, en una especie de inocente juego sin consecuencias, y otra muy distinta enfrentarse con la terrible disyuntiva de matar o morir.

Todavía no había probado su capacidad de aplicar en la práctica lo que en el terreno intelectual había aprendido a considerar correcto: la justificación de la violencia en determinadas circunstancias. Ignoraba, pues, cuál sería su reacción ante la necesidad de suprimir una vida humana para preservar la propia y el hecho de que la oportunidad de elegir, la ocasión de enfrentarse brutalmente a esa alternativa estaba próxima, le provocaba una extraña sensación en la que la impaciencia se mezclaba con oscuros deseos de posposición.

El día era espléndido. Los rayos del sol, ya casi en el cenit, caían de lleno sobre las lomas cubiertas de espesa vegetación dibujando diversas tonalidades de verde sobre la copa de los árboles y las sabanas apretadas de yerba. La brisa, fresca aún a aquella hora, jugueteaba con el pelo de Alberto y le acariciaba suavemente las mejillas.

Tal vez porque dedicó en ese instante un fugaz pensamiento a Rosina, se sentía serenamente feliz cuando comenzó el ataque de morteros. No vio la primera granada levantarse a sus espaldas desde algún lugar situado más allá de la lometa, ni percibió la parábola perfecta del vuelo por encima de su cabeza, pero sí oyó el inesperado estruendo que produjo al caer, multiplicado hasta el infinito por las sucesivas resonancias que despertó a lo largo de las lomas.

¡Estaban descubiertos! El avión de reconocimiento había cumplido al fin de cuentas su misión y este bombardeo era sin duda el prelude de un ataque directo al campamento por parte de unidades de infantería que debían encontrarse por los alrededores. Alberto miró a Víctor que le hacía señales con la mano indicándole que no abandonara su posición y mantuviera su atención sobre la carretera.

Las granadas siguieron cayendo sucesivamente, a un ritmo uniforme, cada vez más cerca del campamento. De pronto se escuchó una explosión infernal, al tiempo que una súbita llamarada acentuó la claridad diáfana del día y una nube negra se levantó a la izquierda de Alberto y se expandió como un gigantesco paraguas abierto encima de la loma. De inmediato se produjo una serie de detonaciones que se sucedieron sin interrupción por espacio de varios segundos y Víctor y Alberto intercambiaron entonces a través de la carretera una rápida mirada cuyo secreto mensaje era obvio para ambos: el enemigo había hecho blanco sobre el depósito de granadas de la cueva y el arsenal entero había sido destruido en un segundo por una trágica jugarreta de la suerte.

Un silencio absoluto, macizo, siguió a la extinción de los ecos de la explosión que se habían adueñado instantes antes de todo el lugar. Luego de algunos minutos de angustiada espera Alberto observó que Víctor, después de repetir su gesto ordenándole que continuase en su posición, abandonaba su refugio y trepaba en compañía de Rafael por la ladera opuesta de la carretera, seguramente en dirección al campamento.

Mientras veía desaparecer a sus compañeros tras el tope de la lometa, Alberto pensaba que no era probable que el ataque de morteros se reanudara porque la enorme explosión indicó sin duda al enemigo que había logrado con creces su objetivo. Sin quitar la vista de la carretera, Alberto se imaginó a Víctor y Rafael comprobando los destrozos que había ocasionado el bombardeo, descubriendo quizás los cadáveres de los camaradas, percatándose de que el parque de municiones había sido destruido y que las raciones alimenticias y los medicamentos habían corrido la misma suerte. Pero no pudo dedicar mucho tiempo a esos pensamientos porque en ese momento percibió el ruido del motor y de inmediato observó el camión tomando el recodo en que se iniciaba su radio de visión sobre la carretera. Comprobó una vez más la presencia de las granadas a su lado y esperó con impaciencia que el vehículo, que avanzaba con lentitud por la escarpada pendiente, tomara la recta que lo acercaría lo suficiente para constituir un objetivo seguro.

Alberto estimó en unos diez los soldados sentados en dos filas unos frente a otros en el camión. Se incorporó lentamente, tomó una de las granadas y, mientras desprendía la espoleta, recordó de pronto las palabras del instructor: *“El entrenamiento del guerrillero no termina hasta lograr un acondicionamiento total que le permita actuar por reflejos. Un combate no da tiempo para pensar; hay que reaccionar al instante, como un autómeta...”* Y, sin embargo, Alberto pensaba en el momento de entrar en su primer combate, pero no pensaba en lo que estaba haciendo, no tenía su mente en el movimiento semicircular que imprimía ahora a su brazo para impulsar la granada hacia su objetivo, ni veía el blanco perfecto que ofrecía el camión trepando perezosamente por la carretera, porque lo que tenía ante sus ojos era una imagen borrosa de Víctor y Rafael tratando de identificar en la semioscuridad de la cueva los cuerpos detrozados de los compañeros.

La granada describió una trayectoria cerrada que terminó justamente en el centro del grupo de soldados que ocupaban el camión. La explosión los arrojó sobre la carretera. De una primera ojeada Alberto calculó en cuatro las bajas: dos muertos, por lo menos, y dos heridos que lograron salir por sus propios medios del vehículo pero quedaron de inmediato tendidos y ensangrentados en la carretera. Los otros seis se arrojaron voluntariamente a tierra desplegándose algunos con evidente desconcierto a lo largo de la carretera y corriendo los otros de vuelta hacia el recodo.

Como estos últimos continuaban agrupados, Alberto aprovechó para arrojarles la

segunda granada, provocando una baja adicional que pudo comprobar antes que el resto desapareciese de su vista.

Tres hombres estaban todavía en la carretera disparando hacia todos lados sin tener idea alguna de su objetivo. Alberto se puso de rodillas en la tierra, tomó el rifle y disparó al que estaba más alejado (*éste por Felipe, coño*) que se desplomó de inmediato. Apuntó luego al segundo, que ya corría hacia el recodo, y falló el disparo. El tercero fue un blanco fácil (*y éste por Diego, coño*) que quedó sobre el caliche con los brazos y las piernas abiertos como un fantoche desarticulado.

Alberto se incorporó, recogió la última granada, se terció el fusil a la espalda y decidió que era hora de reunirse con Víctor y Rafael porque aquella acción detendría al enemigo durante el tiempo necesario para proceder a una retirada ordenada con lo que pudieran salvar del campamento.

En el trayecto se encontró con ambos, que venían corriendo a su encuentro desde que oyeron los disparos. Alberto les ofreció un breve resumen de la operación y, después de algunos instantes de duda durante los cuales debatieron si quedarse o no protegiendo algún tiempo más la carretera y causando mayores bajas al enemigo, decidieron abandonar el lugar y buscar contacto con Manuel.

Sólo después de adoptada la decisión e iniciada la marcha a través de la maleza fue que Alberto inquirió sobre las consecuencias del bombardeo. El informe de Víctor fue escueto: Felipe y Diego habían muerto en la explosión del arsenal, el resto había escapado y las provisiones y medicinas habían sido totalmente destruidas.

“*¿No tuvieron tiempo Felipe y Diego de informarte dónde está el segundo campamento?*”, preguntó Alberto a Víctor con voz falsamente segura cuando ya se habían adentrado suficientemente en la maleza. “*Ni siquiera sabía que lo habían ubicado*”, repuso el último mirándolo de soslayo sin interrumpir la marcha.

“*Sí, lo encontraron hacia el Sur, junto a un cerro, como a diez kilómetros de aquí. Seguramente el ataque los sorprendió antes de que pudieran avisarte. Me mencionaron un algarrobo florecido como lugar de referencia.*”

El trayecto fue largo, mucho más largo del que recorrieron en su oportunidad Diego y Felipe, porque perdieron varias veces la ruta y dieron muchas vueltas innecesarias, pero ya al amanecer del día siguiente, cuando caminaban sedientos y hambrientos a través de una pequeña planicie, vieron de pronto la copa florecida del algarrobo sobresalir del límite del llano en un estallido inesperado de lívidas espigas apretadas. Los tres guerrilleros detuvieron su marcha y se agruparon en cuclillas tras una roca pelada al borde del llano.

“*Allí asoma el algarrobo*”, murmuró Víctor. “*Manuel y su gente seguramente estarán cerca.*”

“*Iré a explorar el lugar*”, intervino Alberto. “*Tengo experiencia en algarrobos porque cuando era niño pasé muchas horas trepado en uno que tentamos en casa.*”

*“Bien”, aceptó Víctor. “Te cubriremos desde aquí.”*

Alberto se incorporó, se terció el fusil a la espalda junto a la mochila y atravesó corriendo el claro. Cuando llegó junto a la copa del árbol y después de estudiar su estructura y comprobar la resistencia de la gruesa rama que casi descansaba sobre el borde de la planicie, la utilizó como puente para penetrar en el denso follaje.

Tras una breve lucha por ascender hasta la copa del árbol que el impedimento del fusil y la mochila hicieron ardua, logró colocarse en el ángulo que formaba una rama robusta con el tronco y le ofrecía una posición adecuada para intentar la exploración.

Alberto realizaba confiadamente estas maniobras porque no sabía que algunos segundos después, cuando estuviese apartando las últimas hojas que se interponían en su visión y a punto de asomarse al vacío por la brecha que sus brazos habían abierto en el follaje, se colocaría exactamente en la trayectoria del proyectil que en aquel momento estaría disparando el sargento Sención.

En la ruta de su inexorable descenso hacia la tierra, el cuerpo alcanzó una de las ramas más fuertes del árbol y allí quedó, apoyado por la cintura, con los brazos, la cabeza y el tronco de un lado y las piernas del otro, jugando por un breve instante al equilibrio, mientras Alberto abría los ojos y, como siempre hacía cuando despertaba, trató de reunir los trozos dispersos de su conciencia que el sueño había desarticulado. Tardó, pues, algún tiempo en descubrir la causa que lo había traído de nuevo a la vigilia: unos golpes contundentes propinados a la puerta de su habitación.

*“Ya voy, ya voy”,* murmuró con la voz ronca que usaba durante los primeros minutos de la mañana. Se levantó de la cama, se puso torpemente los pantalones sobre el cuerpo desnudo y abrió la puerta aún descalzo y con los ojos semicerrados.

Rafael estaba en el umbral y la excitación que adivinaba en sus movimientos nerviosos y el brillo inusitado que observó en sus ojos le advirtieron que algo importante sucedía.

*“Entra y siéntate”,* recomendó mientras señalaba la mecedora que estaba junto a la cama. Pero Rafael no estaba en esos momentos para sentarse en mecedoras ni en ningún otro sitio. Mientras recorría con pasos rápidos la estancia y se restregaba las manos, decía con voz que traslucía su emoción: *“Ya llegó el momento, Alberto, ya llegó el momento...”*

Alberto sabía a qué se refería Rafael pero no deseaba manifestarlo. Inconscientemente trataba de posponer la discusión inevitable que surgiría tan pronto se pronunciaran las palabras.

*“¿Qué quieres decir?”,* preguntó con aparente calma.

*“El alzamiento, hombre, ¿qué otra cosa podría ser? Nos vamos a las montañas. El frente interno lo decidió anoche mismo y las instrucciones son las de iniciar los preparativos inmediatamente. Antes de fin de mes debemos estar en las lomas.”*

A pesar de que Alberto esperaba que fuese eso lo que oiría, no pudo dejar de sorprenderse. Se sentó en el borde de la cama con la camisa en las manos y los hombros hundidos. Después de unos instantes tragó en seco y preguntó:

*“¿La decisión fue unánime?”*

La respuesta de Rafael no resultó alentadora: *“Absolutamente unánime. Los tres delegados la aprobaron.”*

*“Pero la URD estuvo hasta ahora opuesta a la lucha armada, ¿qué pudo hacerles cambiar de opinión?”*

*“No sé. Tal vez el temor a una revuelta triunfante en la que ellos no hubiesen participado. O, quizás, alguna información que hayan recibido sobre algún apoyo exterior al que ellos atribuyen mucha importancia...”*

*“¿Los yankis?”*

*“Pudiera ser. O tal vez un desembarco de exiliados. Sabes que la URD tiene ciertas relaciones a las que las otras organizaciones no tienen acceso”*

*“Pero en ese caso nuestro comité central deberá saber algo. ¿Has hablado con Víctor?”*

*“No. Vine directamente hasta aquí tan pronto Diego me comunicó la decisión.”*

Alberto se levantó de la cama y dio algunas vueltas en silencio alrededor de la habitación mientras trataba de poner en orden sus ideas. De pronto se detuvo en seco frente a Rafael y, poniéndole las manos sobre los hombros y mirándolo fijamente a los ojos, le dijo:

*“Hablemos francamente, como deben hablar dos compañeros de lucha que se han tratado como hermanos por más de cuatro años.”* Hizo una corta pausa y luego prosiguió: *“Dime con sinceridad lo que piensas de esto. No me repitas frases de cliché. Dame tu opinión simple y directa. ¿Qué posibilidades de éxito le ves tú al levantamiento armado en las presentes condiciones?”*

Rafael se puso de algún modo a la defensiva. *“No soy un experto militar —respondió—, ni tengo la información necesaria para darte una opinión...”*

*“¿entonces?...”,* interrumpió Alberto.

*“...pero tengo confianza en los dirigentes de nuestra organización, que son personas de probado sentido de responsabilidad y no van a cometer una locura ni van a arrastrar a otros a cometerla...”*

*“¿Has olvidado la experiencia de los levantamientos armados contra Trujillo desde Desiderio Arias hasta la invasión por Luperón?”,* interrumpió nuevamente Alberto levantando ahora la voz.

*“Las cosas han cambiado mucho desde entonces. Nuestro pueblo tiene ahora una conciencia política que antes no tenía y contamos ya con una organización de militantes conscientes y decididos, con alto espíritu combativo y bien entrenados...”*

*“¿Llamas bien entrenados a los que apenas hemos hecho unos cuantos ejercicios*

*de tiro al blanco en alguna que otra finca?”*

*“Sí —respondió Rafael—, porque lo que nos falta en pericia militar nos sobra en cojones...”*

*Alberto sonrió con tristeza. “Eres un idealista incorregible”, murmuró. “Desgraciadamente las revoluciones no las hacen los idealistas. Las revoluciones las hacen aquéllos que saben interpretar con frialdad las condiciones que los rodean y escogen correctamente el momento adecuado para dar cada paso...”*

*“¿Qué reglas existen para determinar anticipadamente la corrección de cada paso en el camino de la revolución?”, ripostó Rafael.*

*“No existen reglas infalibles —repuso pacientemente Alberto—, pero contamos con pautas muy claras para interpretar las diferentes etapas históricas por las que atraviesan los pueblos. Y esas pautas te enseñan que una organización que pretende ser la vanguardia de la revolución no puede aislarse de las masas. Debe estar al frente de ellas, pero no demasiado lejos. Tiene que tener dos caras, una mirando al futuro y la otra vuelta hacia el pueblo para asegurarse de conservar en todo momento una distancia mínima con éste.”*

*“¿Qué tiene que ver toda esa palabrería con lo que estamos discutiendo?”, inquirió Rafael.*

*“Tiene mucho que ver, porque, en las circunstancias actuales, la guerrilla sería un movimiento aislado. No contamos todavía con el suficiente apoyo urbano ni rural”. Y, después de una pausa, Alberto agregó: “Comprende, Rafael, que la decisión de irse ahora a las montañas fue tomada por un pequeño grupo de personas que no dispone de medios de comunicación que le permitan conocer los sentimientos del pueblo sobre su propósito. En esas condiciones resulta prácticamente imposible asegurar la sustentación necesaria, sobre todo en el campo, que es vital para la supervivencia de las guerrillas.”*

*“¿Qué pretendes —interrumpió de nuevo Rafael—, que salgamos a consultar uno a uno a nuestros campesinos? ¿Que llamemos a un plebiscito nacional para determinar si la lucha armada tiene o no apoyo mayoritario? No seas pendejo, Alberto, el apoyo, tanto del campo como de la ciudad, vendrá después, como resultado de nuestros éxitos militares y de la difusión de nuestro programa de reivindicaciones.”*

*“¿No te das cuenta —refutó Alberto— que la represión que ha mantenido el gobierno durante los últimos meses ha surtido su efecto? ¿Que las deserciones están aumentando y que muchos compañeros están definitivamente quemados y no podrán colaborar más con nosotros?”*

*“Precisamente estos últimos serán los mejores candidatos para reclutamiento en las guerrillas.”*

*Alberto sonrió al decir: “Eres una vaina, Rafael”. Y, después de una corta pausa,*

agregó: *“Esta discusión no nos llevará a ninguna parte, y te advierto que no era ése el nivel en que yo deseaba sostener este diálogo. Creo que, a esta altura, debo pedirte que oigas sin interrumpir lo que tengo que decirte”*. Dio unos cuantos pasos alrededor de la habitación y luego prosiguió: *“No discuto la guerrilla como estrategia global, sino la conveniencia de desarrollarla ahora. Creo que no existen las condiciones mínimas para su éxito y que, por tanto, será derrotada. Pero no veo este asunto como un problema militar, sino como un problema de disciplina revolucionaria. La decisión ha sido adoptada por el comité central y por el frente interno y es inapelable. Yo la acato y subiré a las lomas con ustedes. Pero, óyeme bien —agregó deteniéndose ante Rafael y mirándolo nuevamente a los ojos—: voy a ir convencido de que ninguno de nosotros bajará por sus propios pies, porque nos van a matar a todos, y ojalá sea allá, porque aquí abajo, en las celdas de tortura, será mucho peor...”*

Las últimas palabras de Alberto quedaron flotando en la atmósfera cargada de la habitación. Se produjo entonces un silencio que finalmente rompió Rafael:

*“No te entiendo. Si piensas de ese modo, ¿por qué insistes en ir con nosotros? Es posible que otros compañeros opinen como tú y seguramente optarán por no participar en la acción armada. ¿Por qué no haces lo mismo?... Si quieres, vamos juntos donde Víctor para que aclares tu posición. Estoy seguro de que comprenderá y la expondrá lealmente al comité central. Podrían encomendarte tareas en la retaguardia: habrá mucho que hacer en el frente urbano...”*

*“No, Rafael. No voy a abandonarlos. Pertenezco a los comandos que voluntariamente se ofrecieron para recibir entrenamiento militar... Pero no voy a subir a las lomas impulsado por un optimismo irracional. Lo haré por dos razones: una formal, cumplimiento del deber puedes llamarla si quieres, otra íntima que sólo a ti confiaré: entre tú y yo, Rafael, odio la violencia, aunque comprendo que es necesaria en ciertas circunstancias. Ahora bien, existen dos maneras de ejercer la violencia: matando violentamente o muriendo violentamente, y yo estoy dispuesto a seguir este último camino.”*

Mientras decía estas palabras, Alberto tenía la vaga sensación de haberlas pronunciado en otra ocasión, aunque en aquel momento no recordaba cuándo. Después de un corto silencio, prosiguió, como ensimismado frente a una visión que sólo él podía contemplar: *“Creo que el destino nos está forjando una clase de muerte que he considerado siempre como el remate ideal de la vida. Una muerte que de alguna forma nos proyectará hacia el futuro, que servirá de ejemplo a otros grupos que empuñarán las armas en condiciones más favorables que las nuestras. Prefiero eso a irme de este mundo por causa de cualquier vulgar enfermedad. En realidad, si se tiene la oportunidad de elegir, ¿por qué no escoger una muerte que tenga algún significado, que deje una huella en el porvenir?”*

Mientras otra rama del árbol imponía un segundo y breve descanso a su viaje hacia la tierra, Alberto oía la voz persuasiva de Víctor explicándole el propósito de la cita. Había tenido mucho tiempo para pensar durante sus meses de soledad, decía, y había llegado a conclusiones muy concretas.

Era necesario cambiar la estrategia de la lucha. La represión que había desatado el gobierno contra la organización había desarticulado totalmente los cuadros directivos, la mayoría de los cuales estaban actualmente en la cárcel. Del comité central sólo él, Víctor, había podido escapar de la prisión. La etapa de lucha abierta, de movilización de masas, de mítines y publicación de periódicos había terminado. El mínimo de libertades que el tirano se había visto forzado a conceder por presión externa había sido barrido de un plumazo, como lo demostraban las presentes actuaciones del gobierno. Había llegado, pues, la hora de revisar la estrategia aprobada el año anterior y encaminar la organización hacia la acción subversiva. Y, concretamente, hacia la preparación de un foco guerrillero en las montañas.

Alberto había oído en silencio las argumentaciones de Víctor hasta que llegó a este punto. Sintió que algo dentro de sí mismo se rebelaba contra esta solución y repuso:

*“No dudo que tengas razón. Quizás la lucha armada sea nuestro objetivo obligado en esta etapa. Sin embargo, no puedo dejar de pensar que esa salida contradice los principios que proclamamos en el momento en que sacamos la organización a la luz pública. Entonces expresamos nuestro propósito de acogernos a las leyes vigentes y de ceñir nuestra lucha a lo establecido en la Constitución.”*

*“Esa estrategia —interrumpió Víctor—, surgió del compromiso asumido por Trujillo de ofrecer garantías mínimas a nuestra acción política. Trujillo ha traicionado su palabra y eso nos libera a nosotros de nuestro compromiso.”*

*“No creo que la cosa sea tan simple como lo planteas, Víctor. Aceptar lo que dices significaría aceptar también que nos equivocamos cuando tomamos la decisión de acogernos a las garantías ofrecidas e iniciar la lucha abierta. Sería darles la razón a los sectores de la oposición que criticaron nuestra estrategia del año pasado y nos acusaron incluso de vendidos al gobierno.”*

*“La opinión de esos sectores no importa, Alberto. Es del seno de nuestra propia organización de donde tiene que surgir cualquier decisión. Creo firmemente que fue correcta nuestra estrategia de entonces porque no haber aprovechado la coyuntura que se presentaba habría sido estúpido. Se trataba de un riesgo calculado: conocíamos los peligros a que nos exponíamos y no nos engañábamos sobre la verdadera naturaleza del régimen, pero nos sentíamos en el deber de explorar una posible salida de la situación que se apoyaba, además, en una correlación internacional de fuerzas favorable entonces al desarrollo democrático. Y había también otras claras ventajas: la lucha abierta nos facilitaba una extensa*

*movilización de masas y una labor de concientización del pueblo que no hubiese sido posible dentro del marco de una lucha puramente clandestina.”*

Como tantas otras veces durante sus discusiones, los razonamientos de Víctor vencieron la resistencia de Alberto que, no obstante, asumió otra línea de defensa de su posición.

*“Hacer un levantamiento armado no es tarea fácil —dijo—, ¿qué posibilidades habría de obtener las armas necesarias y entrenamos en su uso?”*

*“Hemos establecido algunos contactos interesantes. Hay un grupo de sargentos del ejército en plan conspirativo y en el Cibao hay gente también que están en eso. El problema es que el objetivo que todos persiguen es el atentado personal contra Trujillo. Estamos tratando de convencerlos de cambiar ese objetivo por el del levantamiento armado.”*

*“Por cierto —interrumpió Alberto—, la posibilidad del atentado está siendo discutida por muchos compañeros de base de nuestra organización, que la consideran la única salida en las presentes circunstancias.”*

*“Lo sabía, y tenemos que parar eso. En realidad el motivo principal de pedirte que vinieras a verme es encomendarte esa tarea. Solicitarte que trasmitas a los demás compañeros nuestra opinión de que la muerte de Trujillo, por sí sola, no resolvería nada. Que toda esa inquietud y ese deseo de acción que tienen deben canalizarse hacia la creación del foco guerrillero. Tenemos que sentar las bases, militares y políticas, para un intento de toma del poder. Lo demás es terrorismo puro y simple que no conduciría a ninguna parte.”*

*“¿Crees que serían suficientes las armas que podemos obtener en el país para mantener una lucha de guerrillas?”*

*“No, no lo creo. Pero estamos dando algunos pasos para conseguir ayuda del exterior. Un emisario nuestro está actualmente en Cuba estableciendo contactos con los exiliados. Tenemos buenas perspectivas por ese lado. Los gobiernos de Costa Rica y Venezuela han ofrecido también su ayuda pero, para materializarla, debemos mostrarles nuestra capacidad de utilizarla. Una acción coordinada para el suministro de armas desde el exterior no sería posible a menos de que dispongamos de puntos controlados para recibir los pertrechos, aparte de que ninguno de esos gobiernos hará nada hasta no comprobar que nosotros, en el frente interno, hemos tomado la iniciativa.”*

Los dos camaradas permanecieron en silencio durante un rato hasta que Alberto dijo:

*“De acuerdo. Hablaré con los compañeros y trataré de convencerlos. ¿Qué papel desempeñaré yo dentro del levantamiento armado?”*

*“Por ahora, te limitarás a esas tareas de concientización. Luego, cuando se inicie el adiestramiento militar que hemos proyectado, tendrás la opción de*

*incorporarte o no a éste. Queremos que la decisión sea libre en cada caso. Una cosa es aceptar como correcta la estrategia del levantamiento armado y sustentarla y otra cosa es participar directamente en la acción. Contamos ya con hombres de vocación y experiencia militar en número suficiente para integrar el foco guerrillero.”*

*“Y tú, Víctor, ¿qué esperas personalmente de mí?”, preguntó Alberto.*

*Víctor sonrió al responder: “Tú no eres un hombre de armas. No creo que hayas disparado en tu vida un rifle de perdigones. No esperarías que te convirtieses de la noche a la mañana en un soldado: habrá muchas otras cosas que hacer además de empuñar un fusil.”*

*Alberto no disimuló su alivio.*

*“Me alegro que éste sea tu parecer”, confió a su amigo. “La verdad es que no estoy hecho para la violencia. Puedo justificarla intelectualmente, pero me siento físicamente incapaz de ejercerla a menos que sea en defensa propia. Y no creo que sea cobardía. Es, simplemente, que para mi es más fácil morir que matar.”*

*“Claro que no eres cobarde, Alberto. Lo has demostrado con creces durante estos años. Hay hombres para todo. Tu papel dentro de la revolución es otro. Ojalá que puedas seguir manteniéndolo siempre.”*

*“¿Por qué dices eso?”*

*“Porque nadie puede estar seguro de su destino. No conocemos el futuro y, en el tuyo, quién sabe si te esperan circunstancias que te forzarán a modificar esa actitud de antiviolencia.”*

Tan pronto la fuerza de la gravedad vencía el efímero obstáculo de la rama permitiendo a su cuerpo reiniciar la caída, Alberto contemplaba la multitud desde lo alto de la rústica tarima improvisada en un extremo de la plaza. Mientras esperaba el inicio del mitin junto a otros compañeros que también agotarían turnos en éste, dejaba correr su vista con profunda emoción sobre la masa humana que les rodeaba gritando consignas revolucionarias y agitando pancartas por encima de sus cabezas.

El había sido uno de los principales responsables de la preparación de la manifestación, el primer mitin de masas de la organización después de su salida a la luz pública, y se sentía íntimamente satisfecho de los resultados de su labor porque la respuesta del pueblo había superado con creces sus expectativas. Era realmente impresionante que con sólo dos meses de acción abierta la organización hubiese conquistado tal grado de confianza y apoyo de las masas.

Mirando el mar de cabezas que se aglomeraban a su alrededor, Alberto se decía que aquél era el tipo de lucha que mejor se avenía a su temperamento. Le gustaba actuar a la luz del día, dando la cara al enemigo, mucho más que trabajar clandestinamente en las sombras de la noche. Tenía el convencimiento de que esa etapa de la lucha permitía una comunicación más profunda entre la organización y el pueblo y un contacto mucho más real y humano que los que habían sido posibles

hasta ahora.

Conquistar esa etapa, sin embargo, no había sido fácil, y no porque el gobierno hubiese creado las principales dificultades, sino por los sectores opositores que sustentaban el criterio de que sacar la organización a la luz pública era hacerle el juego a Trujillo y proporcionarle una fachada liberal a su régimen.

La estrategia había sido discutida a todos los niveles, tanto en el consejo del frente interno que integraban las agrupaciones clandestinas existentes, como en el seno de cada comité institucional o barrial y de cada célula de la organización. Fue una labor paciente y ardua y Alberto, ya en su calidad de dirigente intermedio, se entregó a ella con gran entusiasmo. Cuando finalmente la nueva estrategia fue aprobada, él, que había sido expulsado de la universidad estatal desde la época de su prisión, se dedicó por entero a las labores organizativas internas y a la preparación de concentraciones de masas en diversas localidades del país.

Comenzaron entonces a respirarse aires de libertad, precarios sin duda, pero no por ello menos reconfortantes y eufóricos. Desde el lugar prominente que ahora ocupaba en la tribuna, Alberto se llenaba de ese aire los pulmones contemplando a los compañeros que se agolpaban en filas compactas junto a la tarima, a los miembros de las brigadas de orden con los brazaletes que los identificaban, a Rosina, algo atrás, mirándolo con los ojos del amor, y a los representantes de los sindicatos obreros que la organización había ayudado a formar, agitando sus rudimentarias pancartas con consignas revolucionarias escritas en el lenguaje sencillo y directo del pueblo.

Más allá de las personas reunidas en la plaza, formando un círculo cerrado alrededor de la zona, Alberto observó algo que no había visto antes: unos doscientos agentes policiales de uniforme asumían la actitud de guardianes del orden prestos a intervenir ante cualquier incidente que pretendiese alterarlo. Alberto consideró de inmediato desproporcionado ese despliegue de fuerzas y dedujo que tenía el propósito de amedrentar a los participantes en el mitin y disuadir a los que venían acercándose por las calles de acceso para incorporarse a la manifestación. No obstante, como era obvio que los agentes aprovecharían cualquier pretexto para reprimir la concentración, decidió advertir a las brigadas de orden para que reforzaran el acecho de cualquier posible provocador infiltrado en la concurrencia.

Cuando se disponía a bajar de la tribuna para cumplir su propósito, se produjo el primer incidente. Alguien trepó sorpresivamente a un poste del alumbrado público y desprendió de cuajo un altoparlante antes de que nadie pudiese evitarlo. Aquel acto inesperado fue la chispa que encendió la hoguera. Tan pronto los miembros de la brigada de orden atraparon al provocador para entregarlo a las autoridades, los agentes policiales cargaron sobre la multitud disparando sus armas de fuego y repartiendo macanazos indiscriminados.

Alberto observó impotente desde la tribuna a la multitud concentrarse primero, en

actitud defensiva, alrededor de la plataforma y luego, en irresistible movimiento centrífugo, expandirse arrolladoramente sobre los represores, atropellándolos, y desaparecer corriendo en grandes oleadas por las calles de acceso a la plaza. En un lapso trágico de apenas cinco minutos, la manifestación que les había costado tantas horas organizar había sido disuelta sin contemplaciones.

La frustración le ahogaba la voz y le llenaba los ojos de lágrimas mientras trataba de congregarse alrededor de la tarima al pequeño grupo que aún quedaba en la plaza en un desesperado intento de rescatar los restos de la hecatombe. Pero su esfuerzo fue inútil y mientras bajaba cabizbajo de la plataforma y tomaba del brazo a Rosina refugiándose en su ternura, comprendió que el hermoso episodio de la lucha abierta y de cara al sol contra la tiranía quedaba definitivamente liquidado.

En el preciso instante en que una de sus piernas rebotaba en una rama baja del algarrobo impulsando todo el cuerpo a variar ligeramente la posición en que caía, Alberto emergía de la inconsciencia en que lo había sumido la golpiza. Con la mejilla derecha aplastada sobre el duro piso de cemento observaba un primer plano de botas lustradas e inmóviles cuya furia había sentido poco antes sobre muchas partes de su anatomía y, más allá, el rostro impasible del Padre Anselmo sobresaliendo del tope de caoba pulida del escritorio y fumando un cigarrillo rubio en boquilla de marfil.

Permaneció inmóvil por algunos segundos, con los ojos cerrados, tratando de reconstruir los acontecimientos anteriores a su detención. Recordó las instrucciones del comité central de distribuir la proclama mediante brigadas que actuarían simultáneamente en horas de la madrugada en diversas zonas de la ciudad. Se vio a sí mismo introduciendo las hojas mimeografiadas por debajo de las puertas de las casas y durmiéndose esa noche con la idea de que la operación había sido un éxito completo. Rememoró su angustia en la mañana siguiente al enterarse de que unos quince compañeros habían sido sorprendidos por agentes secretos en plena labor de distribución y que la policía se había incautado de centenares de ejemplares de la proclama y localizado esa misma tarde, en una finca de las afueras de la ciudad, el mimeógrafo en que había sido impresa. Reconstruyó las medidas de seguridad adoptadas de urgencia para destruir documentos comprometedores y asegurar escondites a varios compañeros, así como las largas horas en espera de indicios que determinaran el alcance de la información de que disponía la policía sobre la organización. Revivió el período de calma de los días posteriores que los llevaron a creer que la acción policial no pasaría de lo que había sido durante las primeras horas. Pensó que vivía nuevamente el instante en que, una semana más tarde, un agente uniformado detuvo junto a él en plena calle la motocicleta que conducía y, después de identificarlo y decirle: “siéntese atrás y agárrese bien, que vamos a correr”, lo había llevado hasta la jefatura central de la policía a una velocidad vertiginosa. Sintió

nuevamente los empujones con que su apresador lo condujo hasta el lugar en donde ahora se hallaba y que contrastaron con las maneras corteses que había usado hasta el momento de trasponer las puertas del recinto policial. Oyó su voz cuando les dijo a los agentes que rodeaban el escritorio: “aquí les traigo carne fresca” y sufrió nuevamente los golpes sobre el pecho, las espaldas, el vientre y la piernas y súbitamente recordó que, justo antes de caer semidesvanecido al suelo, había visto al Coronel, sentado tras su escritorio, fumando pausadamente un cigarrillo rubio en boquilla de marfil.

Esta última reminiscencia impulsó a Alberto a abrir los ojos para volver a contemplar al padre Anselmo, pero éste no estaba más allí y, en su lugar, el Coronel se levantó con parsimonia de su silla giratoria, se le acercó dando un rodeo alrededor del escritorio y, desprendiendo con elegancia la boquilla de sus labios, se inclinó sobre Alberto para decirle suavemente: “*Este es sólo el principio, jovencito, a menos que sueltes la lengua y nos cuentes algunas cositas que queremos saber. Te daré algún tiempo para que lo pienses y te decidas, por tu propio bien, a colaborar con nosotros*” Y, volviéndose hacia sus subalternos, ordenó con voz cortante: “*Tránquenmelo en una solitaria y me lo vuelven a traer mañana a esta misma hora.*”

Cuatro sesiones similares se realizaron los días siguientes en las cuales los golpes de los agentes policiales, disciplinadamente distribuidos en diversas zonas del cuerpo (comunista de mierda, maricón, hijo de puta), se alternaban con los interrogatorios conducidos por el Coronel con modales pausados y voz atiplada en los que la boquilla de marfil jugaba un destacado papel. Con la boquilla apretada entre los dientes: “*¿Cómo te llamas? ¿dónde naciste? ¿quiénes son tus padres? ¿qué hacen? ¿tienes hermanos? ¿dónde vives?*” Con la boquilla delicadamente sujeta entre el pulgar y el índice: “*¿Qué estudias? ¿con quiénes te juntas? ¿conoces a Pedro, a Juan, a Alfredo? ¿de qué hablas con ellos?*” Otras vez la boquilla entre los labios subiendo y bajando al compás de las palabras: “*¿Sabes lo que es la J.R.? ¿qué persigue? ¿qué libros lees? ¿has viajado al extranjero?*” De nuevo la boquilla entre los dedos: “*¿Te gusta la política? ¿sabes quién es Marx, quién es Lenin? ¿qué opinas de los Estados Unidos? ¿te gustaría vivir en Rusia?*”

Cientos de preguntas repetidas una y otra vez con persistencia monótona que hicieron comprender prontamente a Alberto que la policía no tenía evidencias concretas de su vinculación con la organización y que actuaba en base a meras sospechas. Esa seguridad le permitió adoptar una línea de defensa eficaz y abstenerse de dar informaciones que no estuviesen de antemano en conocimiento de su interrogador.

Alberto se enorgulleció siempre de su habilidad para manejárselas durante el período de su encarcelamiento y a menudo repetía con aire satisfecho las palabras que le había dirigido el Coronel, boquilla en mano, al momento de ordenar su libertad:

*“Aprenda a escoger sus amigos, jovencito, y deseche la compañía de los comunistas porque si me lo vuelven a traer por aquí no saldrá vivo de este recinto”.* Y, cuando ya Alberto se alejaba por el corredor y alzando la voz: *“¡Y sepa, coño, que este gobiernazo no se tumba con papelitos!”*

Al tiempo que su frente quebraba una rama delgada del algarrobo y arrastraba a su paso un manojito de hojas verdes que crecían más abajo, Alberto descendía del autobús en el lugar acordado, la última parada de la periferia Norte de la ciudad, y caminaba lentamente hasta la próxima esquina.

Caía una llovizna menuda que producía un ligero vapor al chocar con el asfalto caliente de la calle y que se hacía más visible en los lugares bañados por la luz del farol junto al cual Alberto se había detenido en espera del contacto.

A los pocos minutos un hombre alto, de hombros cuadrados, de saco y corbata y cubierto con un sombrero oscuro de fieltro, se le acercó caminando con pasos rápidos. Tan pronto lo vio, Alberto cumplió las instrucciones recibidas cambiándose de la muñeca izquierda a la derecha el reloj pulsera.

Terminado este movimiento, el desconocido le preguntó en voz baja: *“¿Qué hora es?”* *“Las siete y veinticinco”*, respondió Alberto, convencido de que el cumplimiento de las consignas establecidas garantizaba la identidad del contacto.

*“Sígame a cuatro pasos de distancia”*, ordenó entonces el hombre sin mirarle a los ojos y con una voz ahora firme y segura, emprendiendo la marcha por la oscura callejuela transversal que se iniciaba junto al farol.

La lluvia había arreciado bastante cuando Alberto y su guía alcanzaron el final de las casas y se adentraron en una zona abierta y despoblada, cubierta de maleza y salpicada de algunos árboles dispersos.

En ese momento, mientras caminaba confiadamente detrás del desconocido por aquel paraje solitario, Alberto se preguntaba qué lo había impulsado a seguir las Instrucciones recibidas sin molestarse en realizar las investigaciones mínimas que la prudencia aconsejaba. Hasta ese momento, las sesiones de la célula clandestina a la que pertenecía desde que se integró en la organización se efectuaban en las casas de los compañeros que la formaban con el pretexto de que se reunían para estudiar. Esta era, pues, la primera ocasión en que era citado en un lugar que no conocía y por intermedio de una persona también desconocida. Pero bastó que Juan le transmitiera la tarde anterior las instrucciones correspondientes y las consignas para identificar a quien debería conducirlo al lugar elegido para que él aceptara la situación sin vacilar. Aunque en realidad, ésa no era la pregunta de fondo sino más bien una variante — entre cientos— de la interrogante única que venía haciéndose desde hacía un año sin haber encontrado todavía una respuesta que lo dejara satisfecho. ¿Qué lo había llevado realmente a incorporarse a la organización?

Si se detenía en el terreno de lo superficial podría encontrar esa respuesta en la serie de incidencias que lo condujeron a conocer a Víctor y a aceptar la influencia creciente que ejerció sobre él desde sus primeros contactos. Pero Alberto sabía que la verdad había que buscarla en otra zona más profunda de su naturaleza, porque conformarse con esa explicación simple era aceptar algo que siempre había rechazado: que el azar determinaba el destino de los hombres.

Mientras caminaba tras su guía, sonrió de pronto al recordar la conversación banal que había sostenido con Rafael, un año antes, en la estrecha habitación de la pensión de estudiantes que ambos compartían. Durante aquella conversación Rafael cometió inadvertidamente la indiscreción que reveló a Alberto la existencia de la organización.

Quién sabe por qué, Rafael pensaba en ese tiempo que Alberto ya pertenecía a ésta y mencionó de pasada su existencia. Aún podía repetir de memoria el diálogo:

*“Creo que la J.R. es la salida correcta para la juventud”*, había dicho Rafael en medio de una discusión general sobre la situación del país.

*“¿La J.R.? ¿Qué es la J.R.?”*, interrumpió Alberto.

*“¿No lo sabes? ¿Acaso no perteneces a ella?”*

*“No. Ni siquiera conocía de su existencia. Sospechaba que algo se tramaba en la Universidad, pero no tenía idea de que hubiese ya una organización.”*

*“Sí, la hay. Se trata de una sociedad secreta como la Trinitaria, de la que uno no conoce más que a los integrantes de su célula. Pero, por favor, no sigamos con este tema. He cometido una indiscreción. Prométeme que no comentarás con nadie lo que te he dicho.”*

*“Tienes mi palabra, Rafael. Y tienes también algo más: mi solidaridad. Creo firmemente que los estudiantes universitarios tenemos que hacer algo frente a la tiranía que nos oprime. Sería una vergüenza continuar como hasta ahora...”*

*“No se trata solamente de los estudiantes, Alberto. Ni es tampoco la tiranía la única cosa que es preciso destruir...”*

En aquel tiempo las concepciones políticas de Alberto eran demasiado simples como para no asombrarse de las palabras de su amigo.

*“¿Qué quieres decir?”*, inquirió sorprendido.

*“La tiranía es sólo un instrumento. El verdadero enemigo está detrás de ella.”*

*“¿Trujillo un instrumento? No me hagas reír.”*

Algo había interrumpido este diálogo, que inició el involucramiento de Alberto en la organización. No obstante él sabía que, aunque Rafael no hubiera sido indiscreto en esa oportunidad, su incorporación a la lucha revolucionaria se habría producido de todas maneras, más tarde o más temprano, porque él ya tenía dentro de sí el germen que lo conduciría fatalmente a involucrarse en el proceso.

Un movimiento extraño de su guía, tratando de esquivar la rama de un almendro

que se cruzaba en su camino, distrajo a Alberto de sus meditaciones. La interrupción lo llevó a observar con mayor atención al hombre que caminaba frente a él y de súbito sufrió un angustioso sobresalto porque ciertos detalles sueltos que no había registrado a pesar de haberlos visto recientemente, surgieron con plenitud en su conciencia y se articularon de repente formando un cuadro cerrado y coherente: esos zapatos que ahora apenas distinguía en la semioscuridad pero que había visto con precisión durante un breve instante a la luz del farol; esos enormes zapatos color marrón, con puntera abombada y suela herrada que sonaron ominosamente con duro sonido metálico cuando el hombre se le acercó en el lugar de la cita, eran los zapatos típicos de la guardia nacional. Esa voz áspera y cortante con que le había ordenado momentos antes que le siguiese, era la voz autoritaria y seca característica de las órdenes militares. Esos pasos uniformes que daba el desconocido con precisión cronométrica caminando frente a él, eran producto del hábito de las marchas militares. Esos hombros erguidos, esa posición erecta del torso y esa barbilla levantada con insolente desplante era la clásica postura del militar acostumbrado a mostrar su prepotencia en todo momento.

No podía ser otra cosa, se dijo Alberto: aquel hombre a quien se había confiado con tanta ingenuidad lo estaba llevando mansamente a una trampa. En algún lugar desconocido y solitario pero situado sin duda en la misma dirección hacia la que encaminaba entonces sus pasos, estarían los cómplices aguardando en la sombra su llegada para asesinarlo con la ayuda de quien lo iba conduciendo inexorablemente al matadero.

Impulsado por un profundo instinto de conservación, buscó en el suelo con los ojos agrandados de terror alguna piedra, algún trozo de madera, cualquier cosa que pudiera servirle para defenderse de la inminente agresión, pero nada vio a su alrededor que pudiese servir a ese propósito.

En aquel momento pensó en huir, mas una fuerza irresistible parecía atenacearle la voluntad obligándole a mantener la marcha a igual distancia de su verdugo. Se sintió de pronto abrumado por la fatalidad, incapaz de reaccionar, vencido de antemano por su destino.

Todavía tuvo tiempo descerrar un instante los ojos y de compadecerse a sí mismo antes de agacharse para pasar dócilmente tras su guía bajo la rama de un cerezo y encontrarse de pronto en el patio de tierra apisonada que rodeaba una humilde casita de madera. La luz inesperada de una bombilla colocada sobre la puerta de la vivienda lo deslumbró por un segundo pero no le impidió ver, erguida en el umbral, la figura familiar de Víctor que le esperaba con una sonrisa en los labios y los brazos abiertos.

Los camaradas se abrazaron estrechamente, pasaron al interior de la vivienda y ocuparon dos mecedoras en la pequeña estancia que servía de sala y comedor. El guía permaneció fuera, lo que estimuló a Alberto a confiarle a su compañero su reciente

experiencia. Víctor se no con estrépito.

*“Diego es una de las personas más confiables con que contamos”, dijo. “Pertenece a la organización desde su constitución. Es valiente como nadie y de probada lealtad revolucionaria. No le contaré que lo confundiste con un guardia porque eso no lo harta nada feliz.”*

La velocidad de la caída aumentó a la altura de las ramas más bajas del algarrobo por el efecto combinado de las leyes de la gravedad y la ausencia de obstáculos en esa etapa del descenso. Pero Alberto no tuvo conciencia de ese cambio de ritmo porque estaba demasiado concentrado en la observación de la figura imponente del cura, parado en el umbral de la puerta recién abierta, con la sotana abotonada hasta arriba y el rostro enrojecido por la presión del último botón sobre su cuello.

El padre Anselmo no era de estatura elevada pero parecía enorme desde el ángulo en que lo miraba Alberto, de rodillas en un rincón del oscuro cuarto de castigos. Con los brazos en jarras, la barbilla levantada agresivamente y la dura mirada rencorosa clavada en los ojos del niño, el cura habló con frases que parecían pasar con esfuerzo por entre los pálidos labios apretados.

*“Espero que estas horas de castigo te habrán ayudado a aclarar tus confusiones. ¿Estás arrepentido de tus palabras?”*

Al escucharlo, Alberto sentía casi físicamente todo el peso de la autoridad del colegio gravitar sobre sus hombros. Sin embargo, encontrando muy hondo dentro de sí mismo una fuerza secreta que le impulsaba a resistir, respondió entrecortadamente: *“No tengo nada de qué arrepentirme.”*

*“¿Que no tienes nada de qué arrepentirte?”, bramó el cura desorbitando los ojos y endureciendo la voz. “¿Has perdido tan pronto el temor a Dios? ¿Está tu alma tan envilecida que no sabes discernir el bien del mal? ¿Que ya no tienes noción de lo que es un pecado?”*

Alberto sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas sin poder evitarlo, pero apretó los labios con firmeza y trató de contenerlas con bravura. En el Ínterin, haciendo un evidente esfuerzo por serenarse, el cura dio algunos pasos dentro de la habitación después de haber cerrado la puerta tras de sí. Se enjugó la frente con un pañuelo que sacó del bolsillo de su sotana y se sentó en la silla en que se apoyaba el niño, aún de rodillas.

*“Compréndeme, Alberto —dijo con voz ahora suave y pausada—, estoy aquí para ayudarte a salir de un error. Cuando se tiene la edad que tú tienes uno se siente inclinado a actuar sin haber pensado lo suficiente en las consecuencias de sus actos. Yo tengo muchos años más que tú y he adquirido la experiencia necesaria para juzgar las cosas con serenidad y no dejarme llevar por los impulsos. Por eso puedo hablarte como un padre a su hijo.”*

Hizo una pausa y miró al niño de reojo: “¿Conoces la historia de la gallinita imprudente que oyó caer al río una rama de árbol y, sin comprobar lo que había sucedido en realidad, salió corriendo y gritando a los cuatro vientos que el cielo se estaba cayendo a pedazos, provocando con ello un pánico general entre todos los animales de la comarca? Está en tu texto de moral y la leeremos en clase próximamente. La moraleja de esa historia es que no deben sacarse conclusiones apresuradas sobre hechos o situaciones que no se conocen completamente. Tú has actuado en esa forma temeraria. Sin conocer a fondo los hechos, te has lanzado a hacer una acusación gravísima contra el colegio y sus autoridades.”

Alberto escuchaba en silencio mientras trataba de contener las lágrimas. “Creo, padre Anselmo —dijo— que cumplí un deber al denunciar una cosa que está mal hecha. No estaba tratando de perjudicar al colegio cuando le dije lo que hacía el padre Damián. Cómo perseguía a los alumnos en los pasillos y los manoseaba en los rincones cuando tenía la oportunidad...”

La interrupción del cura fue tajante: “¿Te hizo algo a ti, personalmente? ¿Viste con tus propios ojos que molestaba a algunos de los alumnos?”

“No, pero varios compañeros sí lo vieron.”

“¿Cómo lo sabes?”

“Porque ellos me lo dijeron...”

“¿Ves?”, exclamó el cura. “Te has hecho eco de calumnias y eres más culpable todavía que los que inventaron esas calumnias, porque ellos no hicieron más que comentarlas en conversaciones íntimas mientras que tú has traspasado ese límite, pretendiendo utilizar la maledicencia para desacreditar a tus profesores y trastornar el orden establecido en el colegio... Tu pecado es el orgullo, un orgullo desmedido que te ha arrastrado hasta el extremo de enlodar la reputación de tus maestros, de los que se han desvivido por proporcionarte instrucción y enseñarte los principios de nuestra santa religión...”

“Pero, padre Anselmo —osó decir Alberto aprovechando la pausa que siguió a las últimas palabras del cura—, yo no le dije nada en contra de los otros maestros. Sólo le hablé del padre Damián y de las cosas malas que hace. ¿No es mejor para el colegio saber que esas cosas pasan y corregirlas que cerrar simplemente los ojos y dejar que todo siga como está?”

El enojo del cura crecía a medida que avanzaba la intervención de Alberto. “¿Ves lo que te decía hace un momento? Eres un orgulloso sin remedio, incapaz de aceptar con humildad cristiana el lugar que te corresponde en la vida, y piensas que eres superior a los demás. ¿Con qué derecho —agregó alzando la voz— un infeliz chiquillo puede pretender manchar la reputación de personas que son muy superiores a él, de personas que, además, por su investidura religiosa, están muy por encima de las insinuaciones malévolas de cualquier mequetrefe...?”

Un raptó de rebeldía impulsó a Alberto a interrumpir la perorata del cura. “*Esa sotana no debe servir para esconder cosas malas*”, dijo con firmeza.

El padre Anselmo palideció de rabia. “*Este hábito —gritó sacudiéndose con la mano las faldas de la sotana— merece respeto, sobre todo de quienes, como tú, no son dignos siquiera de llevar el nombre de cristianos...*” Y arrastrado por la fuerza de sus propias palabras, perdida ya toda compostura, el cura agarró a Alberto por el cuello con la mano derecha y torciéndole la cabeza hacia abajo en dirección al borde inferior de su sotana ordenó con voz histérica: “*¡Bésala, carajo, bésala, bésala!*”, acompañando sus palabras con tirones cada vez más crueles del cuello del niño.

Alberto, con los ojos cerrados y los labios fuertemente apretados resistió con firmeza la afrenta, sin permitir que su rostro tocara el hábito del cura. Este, jadeante, abandonando finalmente su intento, empujó con rudeza al niño que cayó al suelo. “*No quiero verte más en el colegio. Recoge tus libros y lárgate de aquí*”, vociferó mientras salía de la estancia dando un portazo.

En la etapa final de su largo viaje hacia la tierra, cuando la crecida maleza que rodeaba el algarrobo comenzaba a acariciarle la frente, un segundo antes de que todo su cuerpo se aplastase como una masa informe sobre las raíces del árbol, Alberto estaba en cuclillas concentrado en la tarea de desatar los tres paquetes colocados junto a él en el suelo de su habitación. Era muy temprano en la mañana de aquel día de enero y el aire fresco que penetraba por la ventana abierta hacía tiritar su cuerpo, apenas cubierto con el delgado género de su pijama infantil.

El primero de los paquetes reveló su contenido después de una breve lucha victoriosa con las cintas y los papeles de colores que lo envolvían. Era un hermoso tambor de latón pintado de rojo con sus dos palillos de madera formando una cruz sujeta con esparadrapos sobre una de sus caras.

Poniendo a un lado el juguete dedicó su atención al segundo bulto: se trataba de una caja repleta de soldaditos de plomo, en los que unos eran de infantería, otros de caballería y los menos de artillería. Había, además, muchas clases de armas, entre ellas cañones, fusiles, sables y pistolas.

El tercero y último paquete encerraba sin duda el regalo más importante: todo un complicado sistema ferroviario con locomotoras, vagones, rieles desarmables y casetas para los guardavías.

Alberto desplegó frente a sí todas las piezas del sistema y luego se dedicó a armarlas pacientemente. Primero ensambló unas con otras las diferentes partes de los rieles formando a su alrededor una figura que remedaba la pista de un hipódromo y distribuyendo a lo largo de ella las casetas de los guardavías. Después unió la locomotora con uno de los vagones y los restantes entre sí colocando cuidadosamente el conjunto sobre la vía férrea. Se puso de pies para observar mejor el resultado.

Ahora faltaba descubrir el mecanismo para poner en movimiento el ferrocarril porque en algún lugar de aquel complejo conjunto debía haber alguna palanquita escondida que sería capaz de operar el milagro.

Pero Alberto no la encontró y, después de algunas tentativas infructuosas, desvió su atención hacia el tambor. Tornó los palillos y produjo un torpe redoble sobre el círculo de latón que no le produjo placer alguno.

En vista de ello abandonó el tambor y los palillos y se concentró en los soldaditos de plomo. Distribuyó las piezas en dos grupos asignando a cada uno igual número de soldados a pie y a caballo e idénticas piezas de artillería, así como del resto de las armas disponibles. De inmediato alineó ambos ejércitos, uno en frente del otro, poniendo a la vanguardia las respectivas caballerías, la infantería en el medio y los cañones en la retaguardia.

Se imaginó entonces una batalla campal cuyo desarrollo indicó moviendo de uno a otro lado los diferentes componentes de los ejércitos y remedando con la voz el estampido de los disparos y el galope de los caballos, mientras tumbaba con el dedo algunos de los combatientes. Pero al cabo de pocos minutos perdió también interés en este juego. Barrió con las manos el equipo bélico y los supervivientes de la batalla, se incorporó y caminó hacia el pequeño armario que estaba en un rincón de la habitación, abrió la puerta y tomó del tramo inferior de éste una enorme caja de cartón.

Volvió entonces sobre sus pasos, empujó con el pie los soldaditos, las armas, el tambor y el ferrocarril hasta amontonarlos en un rincón y se sentó en el centro de la pieza colocando la caja frente a él. Con gran solemnidad, como cumpliendo una ceremonia sagrada, la destapó lentamente y dejó al descubierto su contenido. La caja estaba llena hasta el tope de semillas de flamboyán. Miles de ellas, amontonadas unas con otras en una masa oscura y compacta como resultado de una paciente y larga labor de recolección.

Entrecerró los ojos y sumergió las manos en el conjunto y lo acarició con fruición dejando que los granillos resbalasen por el dorso y la palma, estremeciéndose de placer al roce suave y terso de las pequeñas semillas sobre su epidermis. Luego tomó un puñado de ellas, levantó un poco el brazo y entreabriendo los dedos dejó que cayesen poco a poco en la caja, en una dulce cascada levemente sonora que humedecía de placer cada milímetro de su mano. Y una y otra vez realizó el rito reviviendo el mismo goce hasta que la voz de la madre a sus espaldas lo sacó con brusquedad de su éxtasis.

“¿Qué le han traído los Reyes Magos a mi niño? ¿Eh?... Vamos a ver”, y arrodillándose junto a Alberto y rodeándole el cuello con su brazo lo besó en la mejilla mientras sus ojos se posaban primero en las semillas de flamboyán y después en los juguetes amontonados en desorden en el rincón.

“¿No te han gustado tus regalos?”, agregó sin transición, sacando una conclusión lógica de lo que veían sus ojos.

“Sí, mamá, me han gustado mucho... Pero tienes que explicarme cómo funciona el trencito. No sé como ponerlo a correr.”

Mientras hablaba, Alberto tapó con precipitación la caja de las semillas y la cubrió celosamente con ambos brazos.

“Debe funcionar con baterías. ¿No te fijaste si estaban en el envoltorio cuando lo desataste?”

“No, mamá, no estaban.”

“Entonces las compraremos. Seguramente a los Reyes se les olvidó ese detalle.”

“Pero —intervino Alberto con extrañeza— a los Reyes no puede olvidárseles nada, porque ellos son como Dios, que lo sabe todo, ¿no es verdad?”

“Sí, es verdad. Es bien raro que haya sucedido esto, Pero no importa, puedes jugar hoy con tus otros juguetes y mañana conseguiremos la batería... ¿Por qué no vas donde José Ernesto y le enseñas tus soldaditos y el tambor? Podrían jugar juntos y él tendrá seguramente otros regalos de Reyes que mostrarte.”

“No, mamá, quiero jugar con Luisito. No me gusta José Ernesto.”

“¿Que no te gusta José Ernesto? ¿y por qué?”

“José Ernesto no es bueno, mamá. Ayer mismo le cayó a golpes y botó de su casa a Luisito.”

“Algo debió hacerle Luisito. José Ernesto es un niño muy bien educado.”

“No le hizo nada. Luisito y yo acabábamos de llegar y tan pronto lo vio, José Ernesto se le fue encima y le pegó con los puños en la cara y le dijo que se fuera y no volviera nunca a su casa.”

La madre de Alberto pensó un rato antes de responder. “José Ernesto hizo mal, sin duda. No debió usar la violencia, pero tal vez tuvo razón en echar a Luisito...”

“¿Por qué?” inquirió Alberto asombrado.

“Por la misma razón con que ahora yo te digo que no debes jugar más con él. Porque no es un compañero para ti ni para José Ernesto.”

“Pero es mi amigo y me gusta estar con él.”

“Luisito no tiene maneras. Sus padres no le han dado educación. Recuerda que no es más que el hijo de una negra cocinera que está a nuestro servicio. A ustedes no les conviene su compañía porque nada bueno podrán sacar con ella.”

Alberto bajó la cabeza y meditó un rato sobre la respuesta de su madre. Deseaba comprender sus razones, pero no podía.

“¿Qué importa que sea hijo de una cocinera o que sea negro?”, dijo al fin. “Cuando estoy con él no pienso en su madre ni le miro el color.”

“Pues ya es tiempo de que vayas prestando atención a esas cosas”, advirtió la madre. Y, después de una corta pausa, agregó: “Mira, mi hijo, el mundo ha sido

*creado en esa forma y tenemos que aceptarlo como es. No es cierto que todos los que lo habitan son iguales y nosotros, los que somos mejores, debemos agradecer a Dios que nos haya colocado en este lado de la raya. Aunque ahora pueda parecerle injusta esa situación, cuando crezcas y madures te convencerás de que es inevitable y nada podemos hacer para cambiarla. José Ernesto y su familia también están de este lado, Luisito y la suya están del otro y esa raya no debe ser traspasada. Así lo ha querido Dios y así será siempre.”*

El asombro de Alberto crecía a medida que escuchaba las palabras de su madre.

*“Pero Dios no puede querer eso”,* adujo. *“Dios es bueno y no podría castigar a una gran parte de la gente obligándolas a vivir siempre como sirvientes de los demás.”*

*“Dios sabe lo que hace y aunque su decisiones puedan a veces parecemos injustas, tienen siempre una explicación”,* sentenció la madre.

Alberto permaneció un rato en silencio y luego resignadamente aceptó. *“Está bien, mamá. Iré a casa de José Ernesto, pero antes quiero enseñarle mis regalos a Luisito y ver lo que los Reyes le trajeron a él.”*

*“No creo que los Reyes le hayan traído regalos a Luisito, seguramente se portó mal”,* opinó de pasada la mujer mientras salía de la habitación sin mirar a su hijo.

Alberto quedó solo, entregado a sus pensamientos, incapaz de comprender pero oscuramente consciente de que algo muy importante andaba mal, porque si de alguna cosa estaba él seguro era de que Luisito había sido un niño bueno todo el año. Ayudaba a su mamá en el trabajo levantándose de madrugada cada día para acarrear el agua del pozo y llevarla a la cocina. En los días en que se despertaba temprano, Alberto lo veía por la ventana de su habitación cargando los enormes cubos llenos de agua, demasiado pesados para sus escasas fuerzas y que hacían bambolear cómicamente su escuálida figurilla durante sus caminatas a través del patio, en cuyo extremo el algarrobo rompía con su humildad plebeya la aristocrática monotonía de los flamboyanes. Después acompañaba a su madre al mercado y la ayudaba en el transporte de las grandes fundas que se almacenaban en la despensa de la casa. Y todavía le tocaba hacer uno que otro recado antes de ir a la escuelita del barrio al tiempo que Alberto salía para el colegio católico.

Cuando regresaba a la casa por las tardes encontraba a Luisito regando las flores, desyerbando el patio o haciendo algunas otras tareas en el jardín y sólo al anochecer tenían oportunidad los niños de jugar un rato juntos bajo el algarrobo. Nunca había visto Alberto a Luisito cometer una mala acción, ni ser desobediente, ni tener ningún otro signo de rebeldía. Por el contrario, siempre estaba de buen humor y dispuesto a cumplir con alegría cualquier cosa que le pidiesen. ¿Cómo era posible, entonces, que los Reyes no le hubiesen traído regalos cuando a él, que no había sido tan bueno con los demás, le habían obsequiado el tambor, los soldaditos y el ferrocarril?

La única respuesta que se le ocurrió a esa pregunta fue la de que la desigualdad que su madre acababa de informarle que existía en el mundo no se limitaba a éste sino que se extendía también al cielo. Pero esa respuesta, a su vez, lo llevaba a hacerse otra pregunta, aún más difícil: ¿Cómo era posible que Dios dispusiera que en su propio reino hubiera injusticias?

En verdad, no le era posible entender lo que pasaba, pero una firme decisión fue tomando forma dentro de él tan pronto reparó en que conservaba todavía en sus manos la caja de cartón que contenía el más maravilloso de sus tesoros. Sin medir la importancia de la acción que se proponía realizar, ajeno por completo a la idea de que aquel acto pueril marcaría para siempre la trayectoria de su vida y sería la raíz de donde crecería todo lo demás, Alberto colocó bajo su brazo la caja y salió en busca de su amiguito porque había decidido que la colección de semillas de flamboyán iba a ser el regalo de Reyes de Luisito.

Al momento de disparar, el sargento Sención no tenía ninguna idea de cuál era su objetivo. Sólo había visto —o creído ver— un breve aleteo de hojas cerca de la copa del algarrobo que levantaba su imponente estructura hasta más allá del tope mismo del cerro a cuya ladera se había detenido brevemente la patrulla que comandaba. Sólo un minúsculo remezón en las hojas más altas, que sobrepasaban el borde de la planicie que remataba el cerro y que debía extenderse en terreno llano más allá del alcance de su visión. Un perfecto lugar, se dijo, para que algún francotirador enemigo pudiera convertirlo fácilmente en una trampa mortal.

Pero no era él quien iba a dejarse coger desprevenido. No le pasaría lo que le sucedió a la docena de compañeros heridos o muertos que había visto con sus propios ojos en el puesto de socorro improvisado en las afueras del pueblo, camino del campo de batalla. Tenía demasiado vivo el recuerdo de aquellos cuerpos ensangrentados y de aquellos ojos desorbitados por el terror para permitirse ninguna imprudente negligencia.

*“Estos comunistas parecen brujos”, le había advertido la noche anterior un compañero de armas, el sargento Montero. “Ayer teníamos a un grupo completamente rodeado en un bajío, a la vera de una cañada. La aviación había saturado la zona con bombardeos por más de dos horas y no debió haber quedado uno solo vivo, pero cuando fuimos a rastrear el lugar no encontramos más que dos culebras y cuatro puercos cimarrones. Los comunistas se habían esfumado como el humo. Y te aseguro que teníamos todos los accesos bloqueados. No me explico cómo lo hacen, a menos que tengan arreglos con el diablo.”*

Al oír esto, el sargento Sención había recordado lo que le dijo un soldado herido en el puesto de socorro: *“Teníamos a uno de ellos acorralado en un bohío. Le tiramos como doscientos tiros y las balas le rebotaban en el cuerpo. Se nos fue*

*caminando, despacito, entre las lomas.”*

Pero ahora el sargento tenía algo más que habladurías para justificar la creencia de que aquellos comunistas estaban protegidos por el diablo, porque habían desaparecido también de la zona que acababa de explorar con sus hombres. Y, sin embargo, el informe de las patrullas de reconocimiento había sido preciso: un grupo de ocho guerrilleros estaba acampado esa mañana en el claro, junto al algarrobo que crecía a la vera del cerro. Más de trescientos soldados acordonaron el área bloqueando todos los accesos para nada: no habían encontrado ni uno solo de ellos.

“*Son cosas que no tienen explicación*”, acababa de decirse a sí mismo el sargento cuando observó de soslayo el extraño movimiento en la copa del algarrobo. Así que, sin pensarlo dos veces, levantó su *san cristóbal* y disparó al bulto. El estampido alborotó algunos pájaros dispersos y liberó el rebuzno prolongado de un asno que pastaba del otro lado del cerro. Pero el sargento Sención no estaba atento a esos resultados remotos del estampido, porque todos sus sentidos se mantenían en concentrada vigilancia de las ondulaciones que observaba en las hojas de la copa del algarrobo y en el sonido de ramas quebradas que había comenzado un poco más abajo de aquélla y se prolongaba hacia el suelo cada vez más cerca de la tierra.

Aunque el cerrado follaje del árbol le impedía una observación directa, esos indicios bastaron para que el sargento Sención supiese que había hecho blanco y le permitió adivinar el curso de la caída de su presa a lo largo del alto tronco del árbol, apenas interrumpida durante brevísimos lapsos por la resistencia de las más gruesas de las ramas que encontraba a su paso.

Un golpe seco sobre las raíces invisibles del algarrobo avisó al Sargento que su presa había alcanzado el nivel del suelo y se hallaba inmóvil, a pocos pasos de distancia, oculta en la yerba crecida que rodeaba el tronco. Sin proferir palabras, con un breve gesto de la mano derecha, designó un par de soldados para que fueran a identificar el objetivo.

Avanzando cuidadosamente, con las armas automáticas prestas a disparar y la vista fija en la copa del árbol, los dos hombres se acercaron al tronco separando a su paso con las culatas de los fusiles la cerrada maleza que se interponía a su paso.

La exploración fue larga y minuciosa. Desde su posición el sargento Sención observaba a sus hombres rastrear concienzudamente los alrededores del algarrobo, detenerse durante un buen rato con las miradas clavadas en un solo punto, rascarse con azoramiento las cabezas y retornar lentamente hasta él con un informe inverosímil:

*“Lo que cayó de la mata fue un carajito que no podía tener fuerza ni pa' cargar la mochila que llevaba, cont'imá el fusil.. Y, otra cosa, sargento, vimo un montón de semilla de flamboyán regá por el suelo, ¿de dónde habrán salío si esta mata e'jun algarrobo?”*

Sin responder, el sargento Sención se dirigió solo al pie del árbol para comprobar personalmente la veracidad del informe.

Allí, con el torso y las piernas formando entre ellos un ángulo absurdo, con los brazos abiertos en cruz, el cráneo aplastado y deforme, el rostro cubierto de sangre y la mirada inmóvil vuelta hacia el cielo impasible, un niño de apenas ocho años, absurdamente vestido con el uniforme de campaña de un adulto y rodeado de un mar de semillas dispersas de flamboyán, le sonreía con la sonrisa petrificada y final de los muertos.



VIRGILIO DÍAZ GRULLÓN, hijo del poeta Virgilio Díaz Ordóñez, (más conocido como Ligio Vizardi), y de Ana Virginia Grullón, cursó sus primeros estudios en Santiago de los Caballeros. En 1946 obtuvo el título de Doctor en Derecho en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, luego de lo cual desempeñó cargos en la administración pública, la banca privada y en organismos financieros internacionales. Su obra narrativa abarca desde la narración de escenario urbano y de clase media hasta la temática psicológica, pasando por el cuento fantástico clásico y la crítica social. En su novela *Los Algarrobos también sueñan* realizó una fuerte crítica a Trujillo, y reivindicó los fracasados intentos de oposición armada e ideológica a su dictadura.

Está considerado como uno de los mejores exponentes de la literatura dominicana en el género de cuentos. Juan Bosch dijo que a pesar de la juventud de Díaz Grullón al momento de escribir sus primeros cuentos, el escritor ya «Tenía la madurez de un cuentista avezado en el tratamiento del género». En particular, calificó a *La enemiga* como «...el cuento perfecto...» donde «...Grullón muestra la asombrosa facultad de describir complejidades psicológicas con una cantidad sorprendentemente escasa de palabras».

En 1958 obtuvo el Premio Nacional de Cuento con *Un día cualquiera* y fue finalista del Concurso de Autores Hispanoamericanos del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid por el cuento *Edipo*. En 1977 obtuvo el Premio Anual de Novela Manuel de Jesús Galván por *Los Algarrobos también sueñan*. En 1997 recibió el Premio Nacional de Literatura de la República Dominicana.

Colaboró con diversos periódicos y revistas nacionales y extranjeras. Varios de sus cuentos han sido traducidos al inglés, francés y portugués, apareciendo en numerosas antologías. Fue miembro de la Academia Dominicana de la Lengua.

Su obra narrativa completa fue recopilada en el libro *De niños, hombres y fantasmas*, publicado en 1981.

Falleció en Santo Domingo el 18 de julio de 2001.

# Notas

[1] Palabras pronunciadas en ocasión de la presentación de este libro en la Casa de Bastidas el 23 de junio de 1981. <<

[2] Escrito para la obra *Cuentos Dominicanos para Niños*, preparada por Manuel Rueda. <<

[3] Escrito para la novela *Mutanville* de Arturo Rodríguez Fernández. <<